Yomi Adegoke

La lista



AdN

Yomi
Adegoke

La lista

Traducido del inglés por Inmaculada C. Pérez Parra

AdN

En recuerdo de mi querido abuelo

Primera parte

1. Veintiocho días para la boda

La noche antes de que pasara, habían salido de celebración. Su mesa era un involuntario santuario de los dioses del *Schadenfreude,* plagada de copas de champán doradas y botellas puestas boca abajo en los cubos con hielo. La feliz pareja brindaba, sin saberlo, por el principio del fin.

La habitación estaba tenuemente iluminada; el aire tenía un toque salado debido al sudor de los que andaban de fiesta con la piel pegajosa. Eran más de las nueve de la noche, así que la zona del bar se había transformado en una pista de baile improvisada en la que la élite creativa de Londres, vestida con andrajos, iba encajándose entre sí como piezas del Tetris. Michael contemplaba la escena sentado en la esquina de un reservado de color rojo oscuro, con las largas piernas de su futura esposa extendidas sobre su regazo. Se sentía muy hombre. Borracha de mala manera, Ola bostezó con la boca tan abierta como un león bajo un mechón de trenzas de color azul oscuro. Se tropezó un poco al incorporarse para iniciar su tercera discusión simulada de la noche.

—Pero NO ME LO PUEDO creer —dijo Ola, fingiendo estar enfurruñada, adelantando hacia fuera el labio inferior de una manera que le quitaba años. A aquello no contribuía precisamente el hecho de que llevara corrida la barra de labios de color ciruela oscuro por las comisuras de la boca, lo que le daba a su cara de bebé un aire de niña pequeña que asalta el neceser de maquillaje de su madre—. ¿De verdad que no me lo puedes decir?

Michael extendió la mano sobre el regazo de ella para coger otra copa.

—¿Cómo se supone que voy a saber la respuesta, hermana? —preguntó Michael.

Aunque estaba achispado, no había bebido tanto, y se dio cuenta de que iba a tardar un tiempo en alcanzar el grado de borrachera de su prometida. Ahora se habían pasado al vino y estaban en un club privado solo para socios de cuyo nombre no podía acordarse; no estaba seguro siquiera de cómo habían conseguido entrar. Mientras Michael sentía que el Merlot se le iba mezclando con la sangre y lo acaloraba, una música electrónica desatada retumbaba desde alguna

parte de aquella sala abarrotada. Todo era una feliz confusión: no se acordaría de casi nada al día siguiente, pero los pequeños detalles se quedarían con él. El atuendo de Ola: un *bralette* de encaje negro conjuntado con una chaqueta gris y pantalones pitillo; sus risas ahogadas por la sala atestada de gente mayor bailando a contratiempo; el olor del cuello de Ola, la suavidad de su piel y de sus labios. Se habían pasado buena parte de la velada besuqueándose por los rincones oscuros, como dos adolescentes.

—Es una pregunta sencilla, nene —dijo Ola, adelantando el labio todavía más, en un intento poco convincente de parecer seria y ofendida—. Que no contestes es una respuesta, a decir verdad. —Ola desenredó con torpeza sus piernas de las de él y le dio la espalda, con los brazos cruzados. De manera nada disimulada, echó un vistazo por encima del hombro para ver si él la seguía mirando—. Si no vas a derramar lágrimas como una bestia en la boda, no quiero casarme —farfulló Ola.

Michael fingió un suspiro pensativo, sabiendo que aquello la provocaría.

—Vale, dame un minuto para que me lo piense.

Ola volvió a girarse con rapidez.

—¡¿Un minuto?! ¿Sesenta segundos enteros para decidir si el 8 de junio va a ser el día más feliz de tu vida? ¿El día que tú mismo has dicho que llevas esperando desde la primera vez que posaste los ojos en mí? ¡Y después te preguntas por qué digo que los hombres saben mentir!

—O sea, vi a Thierry Henry en Gatwick aquella vez, en 2008 —respondió Michael con ironía—. Y me saludó con la cabeza, te lo conté, ¿no?

—Eres un capullo…

—Déjame por lo menos que llegue a la iglesia y vea cómo es —dijo Michael soltando una risita—. Ya sabes que no me gustan las bodas espectaculares.

Ola chasqueó los labios.

—Sí, bueno, a este paso ni siquiera habrá boda. El hecho de que estés diciendo que no vas a ser feliz el día de nuestra propia boda…

—¡Ola! ¿Cuándo he dicho yo eso, por favor?

—… es una locura total. ¿Qué cosa puntuaría más en la clasificación? Ilumíname.

Michael se acarició la barba.

—¡No digas que la primera vez que te dejé metérmela, Michael! —dijo Ola, dándole un empellón a una copa con la mano derecha y propinándole un puñetazo a Michael en el brazo con la izquierda.

Él fingió una mirada incrédula, con las cejas levantadas, falsamente conmocionado.

—¡Lo digo en serio! Porque estoy a punto de ponerme en plan *Real Housewives* de Streatham y tirarte esto.

Riéndose, Michael atrajo la cara de Ola hacia la suya. La miró, contemplándola durante un momento con los ojos dopados y entrecerrados; la besó en la frente.

Ola se rio y se limpió el beso mientras soltaba una risita histérica.

—¡Quítate, tío! Estás intentando distraerme y no te va a funcionar. Quiero respuestas, Michael. ¡¡Respuestas!!

Estaba levantando la voz; unas cuantas personas giraron la cabeza desde la barra y empezaron a lanzarles miraditas. Michael no se podía creer lo que le gustaba consentir a Ola, incluso cuando montaba una escena. Ese día sentía que podía decir, sin dudar, que amaba cada una de las cosas de Ola. De hecho estaba seguro de que, en aquel preciso momento, la quería más que a nada en el mundo.

No era capaz de acordarse de ningún momento en el que hubieran sido más felices. Nunca lo haría. Volvería a evocar aquella noche en las semanas siguientes y pensaría en todas las cosas que habría dicho y hecho de manera distinta. Si hubiera sabido lo que le esperaba al día siguiente, jamás se habría atrevido a arriesgarse a bromear sobre su futuro juntos. Le habría dicho a Ola que le costaba elegir el día más feliz de su vida porque no podía decidirse entre el día que ella había accedido a casarse con él o el día en que le había dicho que ella también lo quería. Le habría dicho que sabía que iba a ser el día de su boda, pero que, más tarde o más temprano, se vería superado por el día en que naciera su primer hijo.

A Michael se le escapó una sonrisa de satisfacción antes de volver a besar a Ola en la frente con ternura.

—¿Cuándo me dejaste metértela por primera vez, entonces? —preguntó Michael, que se encogió cuando el puño de Ola alcanzó con un ruido sordo el cojín después de no acertarle en el brazo.

2. Veintisiete días para la boda

Ola se despertó a las ocho y media de un lúgubre lunes del mes de mayo, con el sonido de la alarma acompañado por el tañido simultáneo de los mensajes de WhatsApp. Los pitidos agudos poco hicieron para sacarla de su confusión matutina, más enturbiada todavía por las botellas de champán compradas para dos (que, en la práctica, se había ventilado ella) la noche anterior.

—Mierda —se oyó susurrar.

No podía mover ninguna parte del cuerpo, salvo los labios. Era imposible que hubiera dormido más de cuatro horas. Se quedó tumbada un momento, saboreando los últimos segundos con la cara enterrada en la almohada, antes de que, oficialmente, se confirmara que llegaba tarde. Con languidez, estiró los brazos por encima de la cabeza y se volvió hacia la pared, donde, como un amante abandonado, yacía el iPhone, que se estaba cargando. Deslizó el dedo, alargado por una uña acrílica de color lima, a lo largo de la pantalla agrietada del teléfono para silenciarlo, y entrecerró los ojos para mirar la cola de notificaciones.

Ciento treinta y nueve malditos mensajes. Además, Ola adivinaba de quién serían y sobre qué: el capítulo final de la temporada de *Juego de tronos* se había emitido la noche anterior; ya se imaginaba los apasionados comentarios del chat grupal de sus amigas.

RUTH: Nono lo siento tías pero Dany es una ídola. NO NOS QUEDA MÁS REMEDIO QUE SER SUPERFANS DE NUESTRA KHALEESI 🐉🐉🐉🔥🔥🔥

CELIE: Emm, yo sí tengo más remedio. Paso.

No sé qué, no sé qué, Lannister. No sé qué, no sé qué, el Muro. Ruth escribiendo todo con mayúsculas y *gifs* animados y párrafos serpenteantes; Celie puntuando las enfáticas diatribas de su amiga con un solitario «hermana…» o con una silenciosa cadena de signos de interrogación, sin más. Con cuanta más intensidad hablaban de ello, más segura estaba Ola de no querer tener nada que ver con lo que a ella le parecía un poco *El señor de los anillos* con cierto arco de oscura violencia sexual y una pizca de capacitismo.

Una veintena de mensajes serían sin duda de la floristería, para

preguntarle por los detalles de alguna cosa que Ola les había descrito el día anterior. Se sentiría menos ofendida por las incesantes preguntas sobre la proporción de peonías y rosas del ramo si no se hubiese gastado tantísimo dinero esperando ahorrarse el tener que intervenir ella directamente. Se preguntó si la florista no estaría haciendo todo lo posible para justificar sus exorbitantes tarifas pareciendo lo más ocupada posible o si sería verdad que necesitaba que le respondiera. Ola no estaba segura de qué era peor.

Se estremeció cuando el teléfono zumbó dos veces más. Era probable que la mayoría de los mensajes (que ahora habían aumentado hasta ciento cuarenta y uno) serían de su jefa, Frankie. Ola le había prometido enviarle el texto para un *post* patrocinado a las siete y media de la mañana, «como muy muy tarde». Había dejado arrinconada esa entrega en el fondo de su mente por culpa de los encargos de la boda: las sillas especiales, la mesa alta, los manteles y las servilletas, las cortinas, el mobiliario para el *lounge,* la pista de baile portátil, la iluminación.

Además, si calculaba lo que costaban aquellas cosas: Bueno, hasta ese momento, más que su préstamo universitario. La semana anterior le había pedido a su jefa que le ampliara el plazo de entrega, ya que le estaba costando mucho hacer funcionar el artículo. Le habían encargado encontrar un vínculo consistente entre los fundadores —hombres— de una marca danesa de juguetes sexuales bañados en cannabidiol, *Kalmte Kut,* y el movimiento *body-positive.* En parte, Ola lo había pospuesto con la vana esperanza de que Frankie se lo endilgara a otra empleada de *Womxxxn* a quien se le diera mejor disfrazar las notas de prensa de marcas seudofeministas. Sin embargo, Frankie no lo había hecho y el artículo seguía sin escribir.

De Tooting a Victoria: Ola tenía menos de veinte minutos para arreglarse. Con ojos somnolientos, tecleó el año de nacimiento de su padre en el teléfono. Como respuesta, vibró:

Estás #BLOQUEAT hasta las 9:30 (56 minutos)

Abrumada, respiró hondo.

—Mierda, mierda.

El iPhone de Ola estaba repleto de aplicaciones para ponerse las pilas, y todas ellas caídas en el olvido. Aplicaciones sin usar para el insomnio. Aplicaciones para correr que había abandonado hacía mucho, ya que era sedentaria el ochenta por ciento de la semana. Y, por supuesto, #BLOQUEAT, una aplicación infranqueable para controlar el tiempo de uso del móvil que había instalado para no acercarse a las aplicaciones por la mañana, ya que lo más probable es

que fuera una adicta. Estaba harta de ver su cronología de Twitter nada más despertarse. La última vez que lo había comprobado, pasaba casi seis horas al día frente a la pantalla, el doble de la media nacional. Después de fracasar tres años consecutivos en sus propósitos de Año Nuevo, era o #BLOQUEAT o algún tipo de rehabilitación tecnológica. La aplicación cumplía con su cometido: una ventana emergente oscurecía la pantalla del teléfono e impedía acceder a él hasta que se desbloqueaba a las nueve y media de la mañana, pero como su móvil seguía vibrando y haciendo mucho ruido, Ola sentía que las virtudes de la aplicación quedaban opacadas por el hecho de que era un completo peñazo.

En ese momento, Ola se incorporó. Descorrió las cortinas, de un color naranja vivo que contrastaba con el cielo lúgubre del sur de Londres, y se volvió para inspeccionar su dormitorio en busca de daños y perjuicios. No estaba demasiado mal. La ropa de la noche anterior estaba colgada a los pies de la cama. Evitó la mirada del dibujo lineal de Maya Angelou, que había pedido por Etsy con las palabras AUN ASÍ ME LEVANTO escritas debajo en cursiva, y al lado de su cactus zigzag vio una caja de Chicken Corner llena de huesos roídos. Había un cerco en el escritorio dejado por una taza con vino, pero, salvo por eso, había salido bien parado. Aun así, las pruebas de la noche anterior estaban esparcidas por la habitación como si fuera la escena de un crimen; la Ola borracha había dejado pistas para que rellenara las lagunas.

Entró en el cuarto de baño y, con el iPhone aún agarrado, se quitó con lentitud la enorme camiseta que utilizaba como pijama, demasiado resacosa como para acelerar el ritmo. Se recogió en un gran moño sus interminables trenzas de color azul marino y lo cubrió en parte con un gorro de ducha demasiado pequeño. Después de colocar el teléfono a un lado del lavabo, se quedó de pie desnuda frente al espejo del baño y se contempló. Sus ojos, de un color marrón oscuro, estaban ahora enmarcados por las ojeras. Enseñó los dientes; el Merlot le había dejado las encías y la lengua ennegrecidas. Mientras se metía en la ducha, sonrió al recordar la noche anterior. Había sido una gran velada. No como en los viejos tiempos, tal vez mejor. El pobre chaval había vuelto en el Uber con ella para meterla en la cama, bendito fuera; en la habitación todavía olía a la loción para después del afeitado de Tom Ford que utilizaba Michael. Aunque no se acordaba del trayecto de vuelta a casa, vislumbraba vagamente a Michael quitándole los zapatos de tacón y a ella agarrándole la cara, diciendo su nombre con voz cantarina mientras él la arrebujaba debajo del edredón. Ola sintió una punzada de culpabilidad: él tenía

que levantarse temprano aquella mañana; esperaba que sus travesuras no le hubieran afectado en su primer día de trabajo.

Ola y Michael se habían conocido tres años antes, en el verano de 2016, en un encuentro de afrobritánicos para establecer contactos en el mundo de los medios, cuando en las listas de éxitos predominaban canciones de Drake que provocaban mil situaciones: *Controlla, One Dance,* su versión de *Work* con Rihanna. Congeniaron enseguida. A ella le había sorprendido gratamente que, una semana después, le pidiera salir, y anunció la inminente cita en el chat grupal con sus amigas mostrándoles la segunda mejor foto de él que había encontrado en su perfil de Facebook. En la mejor que tenía, estaba en una fiesta del Día de la Independencia de Ghana con la camisa desabrochada hasta casi el ombligo, luciendo una bandera del país a modo de improvisado pañuelo. Ola quería evitar que lo tachasen de *fuckboy,* así que eligió una foto en blanco y negro en la que parecía un conferenciante de motivación personal.

Ruth dijo en el grupo de WhatsApp llamado «Lo mejor de Saint Augustine»:

No te voy a mentir, está CAÑÓN, pero en realidad parece un *fuckboy*
LOOOL

Y Celie añadió:

Tiene pinta de ser el que tocaba los tambores en la iglesia. Y ya sabes que son los peores de todos

Por lo menos admitieron que era guapísimo. Michael era incluso más alto que Ola, medía uno noventa, tenía los ojos almendrados y un cutis perfecto. Debajo de la barba, cuidada a conciencia, un rostro tallado en mármol negro. Vestía bien, fijándose en los detalles; siempre llevaba una fina cadena de oro y una argollita pequeña en la oreja izquierda que su madre odiaba y Ola adoraba. Su aspecto era lo único en lo que coincidían sus amigas. Celie y Ruth ni siquiera estaban seguras de que nadie que le gustase a Ola fuera lo bastante bueno para ella, lo que reflejaba unos niveles de exigencia extremadamente altos (que Ruth no conseguía sostener en su propio caso y que Celie, casta a perpetuidad, no tenía que cumplir), más que el mal gusto de Ola. Así que ella ni se inmutó por la opinión que sus amigas tenían de él. A Ola le gustaba cómo se sentía cuando estaba con Michael. Más suelta, menos ella misma, pero más ella misma. Él era un animal de calle, divertido y amable. Y puede que a Ola no le gustara tener que pagar siempre la cuenta del restaurante, pero le gustaba todavía menos lo

que habría dicho de ella que castigase a Michael por eso.

—Con todo lo que escribes sobre la brecha salarial de género, no tienes excusa —dijo Ruth cuando empezaron a salir.

—Tiene toda la razón —concordó Celie—. La Biblia habla de unirse en yunta igual, no en ruina igual.

Cuando Ola contraatacó diciendo que, por definición, estaban unidos en yunta igual, Ruth y Celie cerraron las bocas como si fueran dos líneas gemelas y sombrías. Aunque solo parecían estar de acuerdo cuando discrepaban por el gusto de Ola en cuanto a hombres, se habían puesto manos a la obra con la organización de la boda y ayudaban a Ola de todas las maneras que podían, por lo que les estaba agradecida, pero sabía que seguían teniendo sus reservas sobre Michael. Seguro que estarían satisfechas ahora que iba a ganar más que ella en su nuevo trabajo. Ola no había decidido todavía cómo se sentía al respecto —había destinado más dinero a la boda que él, al fin y al cabo—, pero la felicidad que sentía por que tuviera trabajo dejaba aquello en segundo plano.

Perdió el hilo del pensamiento cuando su teléfono empezó a vibrar otra vez, con una intensidad que a Ola le pareció creciente. Alargó la mano a ciegas para cogerlo y, mientras se limpiaba la cara con una loción con aroma a vainilla, le dio la vuelta a la pantalla despacio. El nombre FRANKIE W destellaba con furia como una advertencia. Se dio cuenta de que junto a ciento cuarenta y ocho mensajes, enterrados bajo una oleada de notificaciones de Instagram y de Twitter, tenía diecisiete llamadas perdidas que el teléfono no le había enseñado hasta entonces. Aquello era la confirmación de que había metido la pata hasta el fondo. Derrotada, Ola cerró la ducha, se envolvió en una esponjosa toalla turquesa y se quedó mirando fijamente las baldosas del suelo del cuarto de baño.

Antes de aquel contratiempo laboral, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se había sentido en paz. O todo lo cerca que podía estar de esa sensación. Esa paz real de «llevar al día todos los preparativos de la boda, todo lo marcado en el calendario de Google, todas las facturas pagadas» le resultaba una sensación tan extraña que no podía relajarse ni confiarse del todo a ella. Se sintió más segura cuando por fin llegó la tormenta a la que había precedido la calma.

Aquella mañana, creía que la tormenta iba a presentarse en forma de Frankie convocándola a un rapapolvo disfrazado de «charla rápida» cuando entrara en la oficina, pero en realidad se desató unos minutos después de que llegara, a las nueve y media en punto, cuando la aplicación por fin le permitió acceder al teléfono. Fue a marchas forzadas hasta su mesa, con la mirada tan gacha que ni siquiera estaba

segura de que Frankie hubiese llegado ya. Desbloqueó el teléfono: los primeros cuatro mensajes eran, tal como sospechaba, de Celie y de Ruth. Con su animación característica, los de Ruth decían:

EMERGENCIA. CONTESTA EL PUTO TELÉFONO!
POR DIOS SANTO, OLAIDE!!!!! NO HAS ENTRADO EN TWITTER???
LLÁMAME EN CUANTO PUEDAS
LA HAS VISTO??? HAS VISTO LA LISTA?

El mensaje de Celie, corto y directo como ella, consistía en solo tres palabras:

Tas bien, Ola?

3. Veintisiete días para la boda

El primer día de Michael Koranteng en su nuevo trabajo en CuRated fue el día del lanzamiento de «La Lista» en internet. Odiaba que la gente hablara de ella en esos términos, como si fuera el lanzamiento de unas zapatillas deportivas o el adelanto de una película de Marvel.

Esa mañana se había despertado antes de que sonara la alarma: los nervios del primer día lo activaron a las siete y diecisiete. Michael estaba bien despierto a pesar de haber trasnochado; no le había dado ni de lejos tan fuerte como Ola, a quien había tenido que llevar hasta su casa en Uber, cargándola como un bombero. Cuando llegaron, se las arregló para quitarle la ropa, ponerle una camiseta vieja y meterla en la cama, pero pasaron otros veinte minutos hasta que se quedó dormida. Michael se había quedado sin batería, así que no podía pedirse un taxi; cuando le preguntó a Ola su contraseña, ella no quiso dársela a menos que bailaran juntos la canción de su boda, *Yori Yori,* de Bracket, y se refiriese a ella como «señora Koranteng». Por suerte, consiguió sacarle la contraseña antes de que perdiera la conciencia y encharcara de babas la almohada.

Habían celebrado su nuevo trabajo deambulando por el Soho, saltando de club privado en club privado, mientras se preguntaban en voz alta «¿Quién coño somos?». Michael se daba cuenta de que sonreía cada vez que pensaba en su futura esposa. Ola era de una belleza extraordinaria: grandes ojos marrones, pómulos marcados, con la honesta belleza africana con hoyuelos a la que los músicos del Yori le dedicaban discografías enteras. Con su metro ochenta, era alta y delgada, algo que, según ella, no le había sido útil durante su adolescencia en Streatham, lugar en el que su pecho plano y sus caderas estrechas la dejaban en el escalón más bajo de lo atractivo. Para cuando llegó a la universidad, la antes considerada «larguirucha» ya era percibida como «piernas largas» y, en algunas ocasiones, la habían confundido con una modelo; algo parecido le sucedía con su frente alta. Su carta de presentación, las trenzas que le llegaban hasta la cintura y que iba cambiando con regularidad de color, la hacían todavía más llamativa, igual que la argollita de plata que llevaba en la nariz chata.

Pero no era solo una cara bonita. Ah, no, ni mucho menos. Ola era

lista y ambiciosa y comprensiva con Michael. También tenía valores profundos y gran empatía. De entre los varios miles de millones de almas gemelas potenciales del planeta, Michael sabía que la suya no podía ser otra que Ola Olajide. Dentro de veintisiete días iban a declararlo delante de todo el mundo a quienes querían, casi tanto como se querían el uno al otro. Casi. Habían pasado por muchas cosas, Ola y él, pero aquel día, eso esperaba Michael, sería el primero en que demostraría que la merecía, tanto a sí mismo como a los demás.

Abrió el armario, cogió una de las pocas camisas entalladas con cuello que tenía y un par de pantalones negros elegantes, en vez del uniforme habitual que se autoimponía de jersey oscuro, pantalón de chándal a juego y zapatillas de deporte. Sabía que era probable que fuese demasiado arreglado para trabajar en esa empresa emergente conocida por su ambiente relajado, pero no podía quitarse de encima la voz desdeñosa de su madre, preguntándole con sarcasmo que por qué quería dar la impresión de ser un desempleado el primer día en su nuevo trabajo. Michael estaba a punto de bajar a la cocina a desayunar cuando decidió revisar su teléfono; lo había dejado cargando por la noche, pero en el momento en que se encendió la pantalla supo que algo iba mal. Veintiuna llamadas perdidas. Cincuenta y nueve WhatsApps. Se le revolvió el estómago. ¿Quién se había muerto? Pensó en su abuela, a quien no llamaba lo suficiente, ni de lejos. La última vez que habían hablado, hacía más de una semana y media, su abuela estaba recuperándose de una operación menor. Michael se aseguraba de mandarle mensajes de texto un día sí y otro no desde que la habían operado, y parecía que todo iba bien, pero su abuela tenía ochenta y un años. Además, los pacientes de los hospitales de Ghana morían con frecuencia de manera inesperada después de intervenciones menos invasivas todavía.

No había mensajes de su madre, sino muchos de gente muy distinta. Intentó encontrar una conexión entre ellos. El primero era de un hombre llamado Ryan, al que no recordó hasta que miró su foto de contacto; tenía el vago recuerdo de haberlo conocido en un taller de pódcast unos meses antes. La naturaleza del último mensaje que se habían escrito —habían intercambiado de forma amistosa información sobre la fecha del próximo evento— no podría haber sido más distinta a la del texto de aquel día:

¿¿¿Esta mierda es verdad???

¿Que si era verdad qué *mierda*? Michael no estaba seguro de si le gustaba el tono de Ryan. Abrió un segundo mensaje, esta vez de la mejor amiga de Ola, Celie, que le había enviado seis signos de

interrogación, sin más, seguidos de un enlace. Michael lo pulsó y lo redirigió a una cuenta de Twitter con un avatar gris: «@_la_ lista». Frunció el ceño mientras leía la biografía. «Dejando al descubierto a los acosadores más productivos de los medios de comunicación británicos», decía el texto. «En directo solo durante 24 horas». El estado de ánimo de Michael pasó de la ansiedad a la confusión. ¿Qué tenía que ver aquello con él? El perfil no seguía a nadie, tenía setecientos ochenta y seis seguidores y había publicado solo dos tuits. El primero estaba fijado en la parte superior del perfil y se titulaba «Nuestra respuesta», con una captura de pantalla del texto adjunto:

> Gracias a todas las que nos habéis enviado nombres. Hemos creado esta cuenta, ya que los canales oficiales siguen fallándoles a las víctimas de abusos en los medios de comunicación y en la industria del entretenimiento. No nos queda más opción que hacer algo por nosotras mismas.
> Para proteger la seguridad y la identidad de las que han enviado los nombres, no responderemos a DM sobre #LaLista. Esta cuenta se desactivará dentro de 24 horas.

Michael tenía la boca seca. Su teléfono seguía zumbando con mensajes, aunque ya apenas quedaban registrados. Él no podía estar en esa lista, sin duda… El segundo tuit mostraba una captura de pantalla de una hoja de cálculo con dos columnas llenas de texto. Respiró hondo antes de hacer clic en ella y enseguida reconoció su nombre. Allí estaba, el número cuarenta y dos, encajado entre un productor de televisión acusado de violación durante una cita y un periodista que se aprovechaba de chicas adolescentes. Su nombre de pila estaba mal escrito, *Micheal;* después habían puesto CuRated junto a las palabras «Acoso y comportamiento intimidante / Agresión física en la fiesta de Navidad de la oficina». A eso le seguía una «orden de alejamiento», entre paréntesis. En cualquier otra circunstancia, le habría encantado la idea de que lo reconocieran solo por su nombre de pila, como si fuera una figura pública. Durante un momento se preguntó si no estaba entrando en pánico antes de tiempo, quizá porque aquel día empezaba su trabajo nuevo de manera oficial. A lo mejor era una confusión, tal vez era otro Michael de Producción o de Contabilidad. Michael era un nombre muy común. Descartó la idea en pocos segundos, en cuanto se acordó del anuncio de su contratación que tanto se había retuiteado la semana anterior. Salió de la Lista y miró el tuit. Treinta y cuatro retuits. Doscientos tres me gusta. Publicado a las seis y media de la mañana. Se sintió mareado y empezó a andar de un lado a otro.

«Voy a perder el trabajo», fue lo primero que pensó. «Voy a perder

el primer trabajo que he deseado, antes siquiera de empezar». Con manos temblorosas, pulsó el icono de la banderita que había debajo del tuit, junto a las palabras «Informar de un problema». Cuando lo hizo, se desplegó un menú con opciones. «Es spam»; «Expresa intenciones suicidas»; «No me interesa». No había una opción de «Me acusa de agresión». Eligió «Comete abusos o es perjudicial» y se sintió todavía más frustrado en la siguiente página: «¿De qué manera comete abusos o es perjudicial este tuit?». Aunque le daba la sensación de que «Anima al suicidio o a las autolesiones» era lo que más se acercaba, optó por «Incluye acoso selectivo» y pulsó enviar.

Observó que las reacciones a la publicación no dejaban de aumentar. Buscó nombres y caras conocidas entre los me gusta. Era difícil llevar la cuenta, los miembros del jurado crecían y crecían cada vez que deslizaba hacia abajo. Cada vez que actualizaba el tuit, parecía una condena. Ahora había doscientos diecisiete me gusta; el último programa en directo que había hecho en el pódcast había tenido doscientos diez oyentes. Se tambaleó al pensar en el aspecto que tendría tal cantidad de gente en una habitación. Y eso que solo eran las que habían interactuado públicamente con el tuit: ¿cuántas publicaciones veía, compartía y debatía él sin involucrarse en absoluto de manera visible? Se acordó del mensaje del tal Ryan: demasiado íntimo, acusatorio. «¿¿¿Esta mierda es verdad???». Apenas lo conocía y, aun así, aquel tipo había sentido la confianza suficiente como para mandarle un mensaje como si fueran unos críos, para lanzar acusaciones en su contra antes de las nueve de la mañana. Sintió náuseas cuando se imaginó los demás mensajes que se amontonaban en su teléfono, mensajes de semidesconocidos o de gente que tal vez lo conociera mejor.

Se había despertado hacía menos de una hora como el nuevo presentador de *Tasted,* era el primer día del resto de su vida. Pero ahora estaba yendo a trabajar como un agresor que trabajaba en el sector de los medios. Hacía apenas un momento que le habían colgado esas etiquetas, «acosador», «asaltante», «agresor» y, sin embargo, ya se sentía marcado por ellas para siempre. No sabía qué hacer.

Todo por lo que había estado trabajando los últimos seis años se desintegraba a su alrededor. Michael quería desaparecer, que se lo tragara la tierra. ¿Cómo demonios iba a enfrentarse a sus nuevos compañeros? Si aún no habían visto la publicación, no tardarían en hacerlo. Estaba acabado: en aquella lista había gente mucho más famosa que él, así que no faltaría mucho para que pasara de ser un hilo de Twitter a salir en las páginas de cotilleos, en un artículo en los periódicos, en…

Ola. Tenía que hablar con ella. Marcó su nombre en los contactos, sabiendo que era probable que no le contestara hasta más tarde por culpa de la aplicación de bloqueo que se había instalado hacía unas cuantas semanas. Michael le había advertido de que era una idea estúpida. ¿Y si había alguna emergencia? Aunque él pensaba más bien en que se le perdieran las llaves y no en que lo acusaran de forma anónima de haber agredido a una mujer. Después de un tono, la llamada se cortó. Lo volvió a intentar otra vez; ahora sonaron unos cuantos tonos antes de que saltara el contestador.

—Oye, Ola, soy yo —dijo, sin saber qué añadir—. ¿Puedes llamarme en cuanto oigas esto?

Ignorando los demás mensajes, empezó a contestarle a Celie:

No es verdad. Necesito hablar con Ola lo antes posible

El estado de Celie cambió inmediatamente de «conectada» a «está escribiendo». Michael se quedó mirando mientras el tecleo se detenía y comenzaba repetidas veces, antes de que el avatar de Celie cambiara a la silueta predeterminada del muñeco de palitos: lo había bloqueado.

El ruido sordo que sentía en el pecho empezó a afectarle a la respiración. Ola y él se iban a casar dentro de un mes. Al menos eso se suponía. No estaba seguro de cómo afectaría aquello a la boda. O a su relación. Aquella lista de agresores le revolvería el estómago a cualquier mujer, pero ¿a Ola? Era el tipo de cosa que se había pasado documentando toda su carrera. El tipo de cosa que hacía que sintiera que el mundo que intentaba cambiar con tanta desesperación no tenía arreglo. Esa clase de hombres. ¿Y qué significaba «esa clase de hombres» ahora que el nombre de Michael aparecía entre ellos? ¿Ahora él pertenecía a ese grupo de hombres sobre los que escribía Ola? Michael volvió a estudiar la lista, tratando de encontrarle el sentido al lugar que ocupaba en ella, relacionando su nombre con el de los demás acusados. «No me puedo creer que me esté pasando esto a mí», pensó Michael. Aunque, en el fondo, siempre se había preguntado si algún día le pasaría algo así. El karma, quizá. Mantuvo apretado el botón de encendido del lateral del teléfono hasta que la pantalla se quedó en negro.

Se sentó en el borde de la cama para tranquilizarse, con los dedos en las sienes. Le palpitaban. Al cabo de un rato se levantó despacio, sintiendo que le temblaban las rodillas. Volvió a respirar hondo y corrió al cuarto de baño, donde vomitó. Después se cepilló los dientes por segunda vez, se abrochó los botones de la camisa y salió hacia el trabajo.

Todas las miradas cayeron sobre él cuando entró en la oficina; no sabía si por ser nuevo, por ser negro o porque sus nuevos colegas ya se habían topado con la Lista. Al entrar en las oficinas de CuRated le dio la sensación de que la plataforma *online* había cobrado vida. Distinguido, casi como si fuera el algoritmo de la elegancia de Instagram; lo recibieron unas señales fluorescentes de color amarillo, verde y azul que proclamaban eslóganes como «Date prisa» y «Sube de nivel». Había un futbolín del mismo rojo que los autobuses de Londres cerca de la entrada, así como un conjunto de minifrigoríficos con las puertas de cristal al final de cada zona de trabajo llenos de Evian, Coca-Cola *light* y Rekorderlig. Al fondo, una cabina de grabación con una iluminación tenue.

—¡Michael!

Oyó la atronadora voz de Beth Walker, la directora de Recursos Humanos antes de verla. Notó lo mucho que se parecía aquella gente de los nuevos medios de comunicación cuando intentaba destacar: igual que otras dos mujeres que había en la oficina, Beth lucía un corte pixie rubio platino, gafas negras de pasta y argollas de plata de tamaño creciente dispuestas a lo largo del borde de ambas orejas. Le estaba sonriendo, mostrándole los dientes, con la sonrisa adornada con una barra de labios de un tono naranja casi fluorescente.

—¡Estamos taaan emocionados de que por fin te unas a nosotros!

«Emocionados. Bien. Así que todavía no lo ha visto», pensó Michael.

—Gracias, Beth. No veo la hora de empezar.

Estaba acostumbrado a tener que hablar en dos idiomas; uno lo reservaba para sus amigos; otro, para su lugar de trabajo. Sin embargo, ese día se sentía aún más cohibido. Esperaba que Beth estuviera en guardia cuando se encontraran. Michael era muy consciente de cómo se había producido su contratación. A finales de diciembre del año anterior, el ahora exdirector de redes sociales de CuRated, al que luego habían despedido, había tuiteado una foto de la fiesta de Navidad a sus 656 400 seguidores. La imagen del equipo de veintiséis personas, todas blancas, se hizo viral muy rápido, lo que espoleó el *hashtag* #NotRated, que fue tendencia en Twitter dos días seguidos. Acusaron a aquella plataforma de contenidos digitales para hombres de ser la «guardiana de la esencia» y de «blanqueo». No les favorecía el tipo de vinculación de la página con la cultura negra: hacían vídeos con cuentas regresivas de las zorras más icónicas de todos los tiempos en los vídeos musicales de rap o sobre los sistemas de sonido patrocinados en el carnaval de Notting Hill. Unos meses y dos *hashtags* más tarde, Michael se unió al equipo para presentar su

programa de cultura y estilo de vida, *Tasted,* dos veces por semana. Saldría en YouTube. Habían anunciado su contratación en internet a bombo y platillo. Y ahora Michael estaba seguro de que iba a provocar más comentarios, pero por los motivos equivocados.

—¡Qué momento tan emocionante! —exclamó Beth—. Bueno, antes de seguir, quiero asegurarme de que me queda absolutamente claro. Tu apellido… —Puso cara de disculpa preventiva—. ¿Se pronuncia… Corn… Quran-ting?

—Sí, sí —respondió Michael, asintiendo con entusiasmo ante aquella carnicería—. Eso es.

—¡Increíble! —dijo Beth aplaudiendo para celebrarlo—. ¡Estaba preocupada por si lo decía mal! Ahora que ya hemos arreglado eso, vamos a saludar a Seb, ¿te parece?

El director general y editor de CuRated, Sebastian Fraser, tenía el mismo aspecto que en sus fotos: el de un miembro de las juventudes de un partido conservador. Aunque no había conseguido averiguar su edad por mucho que la había buscado en Google, Michael estaba seguro de que no podía tener más de veintitrés años. Iba bien afeitado y era pelirrojo. Era una criatura diferente a sus compañeros de Hypebeast, de tipo más corporativo. Llevaba una camisa de rayas debajo de una chaqueta gris de traje, pantalones ajustados y zapatos Oxford de color marrón, muy lustrosos. Sebastian estaba a mitad de conversación con alguien sobre la estrategia de redes sociales de CuRated cuando llegaron Michael y Beth.

—¡Mike, colega! —dijo Sebastian, que miró a Michael con sus ojos castaños y extendió las manos para estrecharle las suyas mucho antes de que lo hiciera él—. Muy muy fan de *Pillado en un desliz.* ¡Tus amigos y tú sois tremendos! Espero que puedas meter algunas bromas de esas en CuRated, ¿eh? —dijo mientras asentía con la cabeza para enfatizar sus palabras—. Me alegro de tenerte a bordo.

—Gracias —respondió Michael, con la esperanza de que Sebastian no notase lo húmeda que tenía la mano—. Me alegro de estar a bordo.

—Estoy seguro de que Beth ya te lo habrá dicho, pero en CuRated somos una gran familia. Lo único que nos preocupa es conseguir que las cosas sucedan. Vosotros sois los cerebros, los jefes. —Siguió estrechándole la mano con gran vigor. A Michael se le estaba empezando a cansar la muñeca—. Sé que en la práctica soy tu «jefe», pero no es más que un tecnicismo. En el esquema general de las cosas, en realidad, soy un don nadie. Solo me encargo de la parte aburrida de los números, de mantener en marcha nuestro pequeño proyecto. ¡Los que de verdad hacéis que esto sea lo que es sois vosotros, así que espero que estés preparado! —Michael asintió. Por fin, Sebastian le

soltó la mano, antes de darle una palmada en la espalda—. ¡Estupendo! Y ahora, colega… —dijo, juntando las manos, ahora un poco más húmedas—. ¡Vamos a presentarte al resto de la banda!

Le presentaron a una fila de Jacks y Katies y Emmas y Toms, cuyas caras y puestos se le fueron desdibujando poco a poco. Lo llevaron a dar una vuelta por la oficina, de la que ya no se acordaba cuando lo acompañaron a su mesa. Se disculpó por su actitud distante, achacándosela a un dolor de cabeza, lo que era verdad en parte, y se pasó casi toda la mañana metido en un silencio que esperaba que atribuyeran a los nervios. En cuanto el reloj dio las doce, volvió a encender el teléfono: treinta y cuatro llamadas perdidas, algunas de gente de la que hacía años que no sabía nada, otras de números desconocidos. Ninguna de Ola.

Intentar pensar en otra cosa que no fuera la Lista le resultaba imposible; en lugar de familiarizarse con el programa de edición que tenía que utilizar, hizo un repaso mental de todas las chicas que había conocido, con las que había ligado, salido, a las que había ignorado, hecho *ghosting,* a las que les había puesto los cuernos… Lo que fuera. Estaba frenético por la falta de contexto de aquellas acusaciones, intentaba rellenar las lagunas. ¿Lo habría denunciado alguna de aquellas chicas? Le vino a la cabeza Gabrielle King, una chica devota a quien había desvirgado en el viaje de fin de curso del instituto a Chipre. Habían compartido pupitre unas cuantas veces porque en la lista de la clase iban uno detrás del otro y se llevaban bien, hasta que a Michael le llegó el rumor de que le gustaba en serio a Gabrielle. No era su tipo, tenía mal cutis y vestía todavía peor. Pero la primera noche del viaje hicieron la cucharita en la cama de él y a Michael le faltó el tiempo para tener relaciones sexuales sin preservativo con aquella chica con la que había entablado conversación solo cuando había necesitado pedirle prestado un bolígrafo.

Casi ni hablaron mientras lo hacían; además, todo terminó prácticamente antes de que Michael se diera cuenta. Algo para olvidar. Unas cuantas noches después, en el mismo viaje, en la misma cama, Michael se enrolló con la amiga de Gabrielle, Martha; mientras estaban acurrucados, la chica le contó que Gabrielle estaba arrepentida y se sentía utilizada. La píldora del día después —que él había pagado de mala gana— le había dado náuseas. En aquel momento, Michael se había limitado a soltar un gruñido como respuesta. Cosas que pasan. No era culpa suya que Gabrielle fuera a un colegio católico solo para chicas cuando era pequeña y que tuviera una actitud rara hacia el sexo. Pero a lo mejor no había sido solo una cagada. A lo mejor había sido algo más grave. Pero no podía ser, ¿no?

Era absurdo sugerir siquiera que… Aunque, si lo pensaba, tampoco es que se hubiera portado muy bien con Toyasi mientras salían juntos. Ni con Efua. Ni con Tash. Ni con Jackie.

Había habido otras, además. Antes de madurar y conocer a Ola, había roto unos cuantos corazones. Les hundía la autoestima; luego le desmoralizaba que fueran inseguras. Sabía que podría haber tratado mejor a las mujeres con las que había salido cuando era más joven, más idiota. Se estremeció, consciente de que muchas exnovias abandonadas estaban convencidas de que era una mierda humana. Pero ¿hasta qué punto?

El teléfono se puso a vibrar. En la pantalla parpadeaba: OH LA LA. Ola lo estaba llamando.

Michael contestó enseguida.

—Ola —dijo, casi sin aliento por el alivio que sentía.

—Hola —dijo ella con voz tranquila.

—Hola, ¿estás bien? Perdona si has estado intentando contactar conmigo. Ha sido…, esta mañana ha sido un poco una locura. Supongo que habrás visto…

—¿Podemos hablar?

Michael se quedó callado. ¿Detectaba miedo en la voz de Ola?

—Claro, sí, claro que podemos hablar. Deberíamos hablar.

—¿En persona?

Si estaba asustada, ¿por qué iba a pedirle que se encontraran cara a cara? Michael se secó la frente húmeda con la manga de la camisa. Era Ola. Se estaba portando como un paranoico.

—Sí, vale. Perfecto. ¿Te parece en el Prêt, al lado de la estación Victoria? Nos podemos ver allí para comer, a las doce y veinte.

—Vale. Nos vemos allí.

—Genial. Oye, Ola. Espero que sepas…

Pero Ola ya había colgado. Michael tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Se levantó y cogió la mochila y la chaqueta del respaldo de la silla. Cuando salía a toda velocidad, se chocó con Beth.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —preguntó con una sonrisa—. ¿Ya te has cansado de nosotros?

—Sí, o sea, quiero decir, no, perdona. He quedado con mi chica para comer…

—Ah. —Beth cerró los ojos y se llevó las manos al pecho con fingida adoración—. ¿No es maravilloso el amor?

4. Veintisiete días para la boda

Aquella mañana, Ola había entrado en el trabajo a hurtadillas y se había escondido detrás de su mesa; al parecer, había pasado inadvertida. Frankie todavía no había llegado y, en un segundo golpe de suerte, Sophie estaba en la cocina, de espaldas, sirviéndose agua hirviendo para prepararse una taza de té verde. Kiran estaba encorvada sobre su ordenador portátil, tecleando con furia y asintiendo para seguir el ritmo de lo que fuera que salía de sus AirPods. En silencio, Ola le dio las gracias al universo por aquellas pequeñas cosas mientras contestaba al mensaje de Celie («¿Estás bien, Ola?»). Sí, estaba bien, gracias por preguntar, pero ¿qué mierda estaba sucediendo? No había pasado ni un minuto cuando Celie intentó llamarla dos veces. Ola le contestó rápidamente con un mensaje:

> No puedo hablar, estoy en el trabajo. Mándame un mensaje

La respuesta de su amiga llegó al instante: un enlace a un tuit seguido de un «Llámame en cuanto puedas».

Cuando lo abrió, Ola entrecerró los ojos para enfocar la pantalla del teléfono. La cabeza le daba vueltas por culpa de la resaca. Por eso tardó en darse cuenta de lo importante que era el mensaje:

> Esta base de datos servirá como herramienta temporal para subrayar la gravedad de los abusos en los sectores del entretenimiento y la creatividad del Reino Unido. Esperamos que esto sirva de altavoz para las víctimas e inspire a los miembros de la industria a ser más proactivos en cuanto a prevención. El * significa que la acusación proviene de más de una persona.

Mientras Ola iba leyendo la Lista, sintió un profundo desánimo, aunque también satisfacción. Que les dieran a aquellos hombres por lo que habían hecho y que vivan las mujeres que se niegan a permanecer en silencio. En unos pocos renglones había tantos tipos diferentes de abusos registrados que se puso enferma: de todo, desde fotopollas no solicitadas a intimidación sexual y violaciones.

La invadió una sensación de aprensión, se le erizó la piel ante lo familiares que le resultaban las acusaciones. Le vinieron recuerdos del abrazo acompañado de manoseo del director de *Womxxxn,* Martin

Frost, en los Premios Netty, hacía ya algún tiempo. Aquella misma noche le había hecho un comentario cargado de prejuicios sobre el *Kama Sutra* a Kiran y le había preguntado si, como era pansexual, tendría más posibilidades con ella, «ya que le gustaba todo el mundo».

—Entonces, ¿no es más que una excusa para participar en un montón de orgías? —le había susurrado al oído, con la cara enrojecida por la borrachera—. Porque si es por eso, ¡cuenta conmigo!

Y ¿cómo iba a olvidarse de sus primeras prácticas? ¿Por qué se había ido dos semanas antes de lo estipulado, renunciando así a una nómina que no podía permitirse el lujo de perder?

Ola se puso a pensar en cómo le había llegado la Lista aquella mañana. Celie se la había mandado con desesperación, preguntándole si estaba bien. Ruth le había rogado que la llamase, preguntándole con letras mayúsculas si la había visto. Pero ¿por qué? ¿Qué tenía que ver aquello con Ola? ¿Qué —o más bien a quién— habían visto en ella? La cabeza empezó a irle a mil por hora. Examinó los nombres, más de sesenta, para ver si reconocía a alguien. ¿Estaba Martin en la Lista? ¿Lo habían dejado por fin al descubierto? Enseguida se encendió la chispa del reconocimiento mientras bajaba por la hoja de cálculo: Papi Danks, joven promesa del *afroswing*. Celie y ella habían asistido a una fiesta que había dado su discográfica hacía unos años; aunque Ola recordaba muy poco de él, no dejaba de ser una conmoción relativa ver su nombre en la Lista. Su familia iba a la misma iglesia que Celie.

Samson Mackay también estaba en la Lista, pero Ola mentiría si dijera que no se lo esperaba. Llevaban años circulando historias sobre él, mujeres periodistas mayores que Ola le habían advertido que pusiera tierra de por medio si se lo encontraba. Luego se fijó en Lewis Hale, leyenda del fútbol, un habitual del programa de la BBC *The One Show*. ¿No había quedado finalista el año pasado en ese concurso de baile, también de la BBC, *Strictly Come Dancing?* A Ola no le interesaban los deportes, pero Lewis era muy famoso. Desde que tenía uso de razón, recordaba aquella figura televisiva pública perenne, un experto en deportes. El tipo de hombre que esperabas que fuese tan agradable en persona como en la tele. No parecía de esa clase. Pero Ola sabía de sobra que nunca lo parecían.

Siguió leyendo. Cuando sus ojos se posaron en el nombre número cuarenta y dos, el estómago le dio un vuelco:

> Micheal, CuRated. Acoso y comportamiento intimidante / agresión física en la fiesta de Navidad de la oficina (orden de alejamiento).

Nada podría haberla preparado para eso. Le empezaron a temblar las manos mientras el teléfono no dejaba de zumbar sin parar con los

mensajes que iban llegando. ¿Cómo iba a estar Michael en aquella lista? ¿Su Michael? Cuando sopesó las palabras que acompañaban a su nombre —acoso, comportamiento intimidante, agresión física—, se sintió mareada. Era como estar soñando. Aturdida, intentó procesar lo que había leído, pero no tenía ningún tipo de sentido.

Al levantarse, tuvo la impresión de que las paredes de la oficina se derrumbaban. Con la misma brusquedad con la que había entrado, se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras hasta los aseos de la empresa emergente de velas veganas del piso de arriba. Una vez dentro, le dio un codazo a la puerta de cada cubículo para asegurarse de que estaba sola. Se sentó en la tapa de uno de los inodoros, sacó el teléfono y empezó a deslizar el dedo por la pantalla.

El número de me gusta y de retuits de la publicación no paraba de aumentar cada vez que Ola pulsaba «actualizar»; sin embargo, de donde no podía apartar la vista era de los comentarios que se iban multiplicando. Mezcla de conmoción y escepticismo, rabia y elogios, era como si todos esos mensajes le gritaran a ella en silencio:

> ¿Quién ha criado a esta gente? Solidaridad con las que han sido tan valientes como para contar su verdad
> ¿Cómo ha conservado @_Matt_Plummer su puesto en @ITVNews después de que se descubriera que es un delincuente sexual?
> Sabéis que os pueden acusar por difamación, ¿verdad?
> #noestássola #nonoscallamosmás #yosítecreo #LaLista

Algunos usuarios comentaban la definición de difamación. Muchos evitaban las palabras y preferían usar emojis con el puño en alto y corazones multicolores. La mayoría se limitaba a etiquetar a otros usuarios, y no había duda de que se guardaban los comentarios para los chats privados, lo que enardecía la imaginación de Ola y la hacía pensar en qué otras cosas estarían diciendo. Volvió a la publicación original, juntó los dedos sobre el texto de la Lista y luego los separó para ampliarla, hasta que el nombre de Michael llenó la pantalla. Se quedó mirándolo fijamente, como si así se obrara un milagro y se transformase en el nombre de otra persona. Allí estaba, en blanco y negro, «Micheal», sin el apellido que no tardaría en ser el suyo. Le quedaba un poco de margen, supuso.

Se sintió avergonzada. Al cabo de un rato, se sintió aún más avergonzada porque fuera vergüenza precisamente lo primero que había sentido con claridad. Era una reacción muy egocéntrica, pero no podía evitarla. Se le llenaron los ojos de lágrimas y los oídos de las burlas imaginarias que le estarían haciendo a sus espaldas, al pensar en los mensajes directos de Twitter que se estarían intercambiando a

su costa:

> El novio de Ola está en la Lista, ¿sabes? Qué locura.
> Ola ¿la de Womxxxn???
> OLA DE WOMXXXN. ¡La directora general del Twitter de «los hombrxs son basurx»! Está con el «hermanx más basurx» de todos ellos.
> ¡Shhh, calla! Ni de puta coñaaa… ¡¡¡Se le acabó el reinado a la Obama británica!!!

En realidad, ¿podía culpar a alguien por pensar así? Era más o menos lo que habría dicho ella si le hubiera pasado a cualquier otra persona. Pero Ola había dedicado la mayor parte de la última década a luchar contra el patriarcado, la cultura de la violación y la masculinidad tóxica. Ola había asistido a más protestas, mesas redondas y manifestaciones en favor de los derechos de la mujer de las que recordaba. Durante el primer curso, había fundado la Sociedad Feminista Negra de su universidad, por Dios santo, en aquellos tiempos en que la conversación en torno al feminismo era poco sexy y nada instagrameable. Cuántas veces, en su antiguo blog de Tumblr, se había enfrentado a las reacciones negativas y al troleo de sexistas a los que no les gustaba lo que decía; en aquella época, sus creencias la habían mantenido en pie. No era el tipo de persona que no ve las señales de alarma y comete el error de estar con alguien capaz de tener un comportamiento así.

Pensó para sí que Michael no podía ser un…, pero no tardó en refrenarse. Así se empieza. «Él no puede ser» era exactamente lo que se decía de los hombres que sí podían serlo y de hecho lo eran. Cuando se publicó en *Womxxxn* el artículo de investigación que había escrito sobre el #MCsToo, en el que denunciaba los abusos cometidos por hombres de la industria musical, cientos de fans dijeron que sus ídolos eran incapaces de cometer los crímenes que Ola denunciaba. Que unos años después su voz se uniera al coro de los negacionistas era algo que no podía soportar. Todas las mujeres que le habían escrito después de que se hiciera viral #MCsToo para darle las gracias, para contarle sus historias de terror…, ¿qué pensarían de ella ahora?

Era difícil decantarse por una emoción clara de entre el batiburrillo sobrecogedor que sentía. Quería llorar, eso lo sabía, pero no estaba segura de si era de miedo o de angustia. Ni siquiera estaba segura de qué le daba más miedo o por quién estaba más disgustada. Sentía rabia, eso seguro, y un toque de arrepentimiento preventivo. Lo único que sabía con certeza era que su vida entera había cambiado en un instante. Sintió que se doblaba como si le hubieran dado un puñetazo en las tripas, las lágrimas le nublaban la vista. Temblaba mientras

sollozaba en silencio contra la camisa, afligida tanto por la pérdida de su feliz ignorancia de un momento antes como del futuro que había planeado con Michael. Con una larga exhalación, Ola pulsó el botón para mandar un mensaje directo desde su cuenta y, temblorosa, escribió un mensaje:

Conozco a alguien que ha salido en la Lista… No sé qué hacer. ¿Me puedes ayudar?

Enviar. ¿Y ahora qué? Sintió que las piernas iban a fallarle en cualquier momento, pero se acercó al lavabo y abrió el grifo, ahuecó las manos debajo. Se salpicó la cara con el agua helada, pero seguía sintiéndose pegajosa. Dentro de un mes iba a casarse con un hombre a quien, al parecer, no conocía. Sintió una opresión en el pecho.

—Ola, respira —dijo en voz alta.

Cerró los ojos, buscando en su memoria el ejercicio de respiración para la ansiedad más fácil de los que le había enseñado Fola. De repente, la voz de su hermana resonó en sus oídos: «Exhala caos, inhala paz». Se llevó el pulgar a la fosa nasal derecha e inspiró lentamente por la izquierda. Luego repitió lo mismo con el dedo índice en el otro lado, exhalando por la fosa nasal derecha. Después de tres rondas de inhalaciones, se le calmó la respiración.

Se sacudió. Comprobó en el espejo que no tenía los ojos inyectados en sangre y luego miró el teléfono para ver si había respuesta. No la había. Respiró hondo una última vez y se dirigió de nuevo a la oficina.

Cuando llegó a su silla, aún temblorosa, vio una notificación en la esquina de su pantalla de Slack, la plataforma de mensajería que utilizaban en el trabajo. Era un mensaje de Frankie, que estaba ya en su oficina, entrecerrando los ojos delante del ordenador. A Ola no se le cayó el alma a los pies porque ya se le había caído antes.

¿Podemos charlar un momento, rápido? FW besos

Antes, el rapapolvo matutino cortesía de Frankie le había parecido un asunto de vida o muerte; ahora solo era algo que tenía que quitarse de encima.

Sí, bajo dentro de cinco minutos

Volvió a leer el mensaje de Frankie y miró otra vez el suyo por encima. Mientras ponía los ojos en blanco, firmó con «besos» y pulsó enviar.

Las paredes de la oficina de Frankie eran de cristal, una representación del compromiso literal y figurado de *Womxxxn* con la

transparencia o algo así, suponía Ola. Tenía la impresión de que la vigilancia resultante quizá sí que era involuntaria, ya que el equipo veía a Frankie, tan bien como Frankie las veía a ellas, cada vez que con los dientes apretados volvía a instaurar los límites que había traspasado su exmarido durante una llamada, cada vez que engullía su primera comida del día a las tres y media de la tarde directamente de la caja del restaurante Wasabi.

Como el resto de *Womxxxn,* la oficina de Frankie era de varios tonos pastel: las paredes melocotón, la lámpara de la mesa azul celeste, los posavasos lilas; la mesa desordenada, llena de papeles esparcidos, una maceta de aloe vera, una fotografía enmarcada de ella acariciando a un niño muy rubio y una vulva de cerámica de color rosa metalizado, en la que guardaba el papel para carta y los sobres. En la pared de detrás, una reproducción ampliada de la portada digital de septiembre de 2017 de *Womxxxn,* con la modelo y activista estadounidense Jada Smalls dándole de mamar a su hijo, que entonces tenía un mes; aquel año, *Elle* había hecho historia al poner en portada a la primera víctima de quemaduras, así que Frankie contrató a Jada para que fuera la primera portada de una publicación femenina con una mujer con albinismo.

—Dile que se traiga a Zion, vamos a inmortalizarla amamantando —le había dicho a Kiran—. ¿Sigue existiendo lo de *Free the niple?*

—Estoy bastante segura de que no existe desde 2014 —le había contestado Kiran.

—Bueno, ¿estás bastante segura de que no lo podemos hacer… si el pezón es albino? El negro es el nuevo blanco o el nuevo negro… o algo así.

Ola vio el ceño fruncido de Frankie por encima de la pantalla mientras abría la puerta. Tenía un aspecto increíble para sus cuarenta y muchos; usaba de manera asidua, si bien secreta, los mismos tratamientos de belleza no invasivos sobre los que manifestaba estar en contra en los artículos de opinión. Aun así, su empeño por imitar los conjuntos tal como estaban puestos en los maniquís de Urban Outfitters —vaqueros holgados de corte masculino, gorras de marinero y zapatillas de deporte macizas— la envejecían. A Ola le recordaba a la madre de *Ponte en mi lugar* después del intercambio de cuerpos, vestida como su hija adolescente. No lo decía en voz alta porque le parecía edadista, pero no podía dejar de pensarlo. Ese día Frankie llevaba un mono amarillo de tela vaquera al que Ola le había echado el ojo por internet y un par de zapatillas Vans de color blanco.

—¿Querías verme? —preguntó Ola en vez de saludar cuando abrió la puerta.

Asomó la cabeza por una esquina, como si no tuviera intención de entrar. Frankie sonrió de manera forzada y leve, con la misma sonrisa que se le dedica a un niño travieso a quien no nos corresponde castigar.

—¡Ah, Ola, sí, genial! Quiero hablar contigo —dijo, metiéndose un mechón de pelo castaño claro y lustroso detrás de la oreja—. Siéntate. ¿Has tenido algún problema con el teléfono esta mañana?

Ya habían bailado aquella danza muchas veces. En vez de decir «¿Por qué llegas tarde?», Frankie decía cosas como «Había mucho tráfico esta mañana en Tooting, ¿no?». En vez de preguntarle por qué no había entregado todavía un artículo, le decía algo como «Solo quería saber cómo te va. Avísame si tienes algún problema para terminarlo». Al principio, Ola no se había dado cuenta de que detrás de aquellos dobles sentidos se escondían acciones concretas, pero no tardó en aprenderse los pasos de las coreografías de Frankie. A veces, en un juego de poder que no admitiría jamás abiertamente estar jugando, Ola se comportaba como si no fuera capaz de leer entre líneas, obligando a Frankie a explicarle las cosas con claridad, lo que no era capaz de hacer sin sonrojarse con un satisfactorio tono granate. La hostilidad pasiva era la lengua vehicular de las oficinas de *Womxxxn.*

—Sí, culpa mía —dijo Ola demasiado rápido mientras se sentaba frente a Frankie—. He descargado una aplicación para el teléfono que me lo bloquea todo hasta las nueve y media, así que no podía contestar a tus llamadas.

Se abrazó a sí misma, como si intentara no salir flotando.

—¡Ya veo! ¡Cuánto sabes! —dijo Frankie con la voz alegre y la cara tensa todavía—. Para tenerlo en cuenta en el futuro, ¿podrías asegurarte de ponerme al corriente de cosas así? Ojalá no tuviéramos que preocuparnos por el trabajo antes de las nueve y después de las cinco, pero ya sabes cómo funcionan las cosas en un equipo tan pequeño. Es muy importante que estemos todas en la misma sintonía.

—No te preocupes, voy a desinstalar la aplicación en cuanto pueda —respondió Ola, intentando mantener la voz tranquila.

—¡Genial! —Ola sintió que venía un «pero»—. Aunque yo no diría que te tengas que deshacer obligatoriamente de ella. ¿Crees que la podrías usar solo durante las horas de trabajo? Es genial que hayas tomado la iniciativa de limitar el tiempo que te pasas al teléfono, y me parece que podría ser útil, ya sabes, para asegurarte de que estás totalmente concentrada cuando estás aquí.

—Tomo nota —dijo Ola. Se acomodó en su asiento y trató de adivinar cuáles serían las palabras mágicas para poder poner fin a esa

parte de la conversación—. ¿No estoy disponible en el móvil cuando hace falta, pero sí lo uso muchísimo cuando no debo?

«Sobre todo cuando estoy en casa, asistiendo fuera de horario a tu última crisis neurótica de mierda relacionada con el trabajo», pensó Ola. La sonrisa de Frankie empezó por fin a dibujarse en sus ojos verdes. Su jefa había ganado la batalla sin apenas resistencia, una rareza que debería haber hecho sospechar a Ola. Observó cómo Frankie por fin bajaba los hombros, satisfecha de que la niña traviesa hubiera sacado provecho de la lección que le habían enseñado. Era una jefa guay, no era una jefa normal. Era una jefa mujer guay.

Se inclinó hacia delante.

—No te preocupes, Ola. Oye, que yo lo entiendo. Conciliar la vida laboral y familiar nunca es fácil. Requiere tiempo. Es probable que yo sea peor que tú —dijo, medio en susurros—. ¡Si no estuviera al cargo, me descargaría yo misma esa aplicación! —dijo guiñando un ojo mientras volvía a echarse hacia atrás en el asiento.

Frankie Webb sonaba tan despreocupada que casi había que respetarla. Ola, a su pesar, admiraba de forma extraña la energía luchadora y adaptable de Frankie, ese aire que tenía de concursante que no ha conseguido ganar en *El aprendiz* (lo que la volvía más ambiciosa, incluso vengativa). A pesar de proceder de un entorno adinerado, sabía trapichear como un comerciante de Petticoat Lane, tenía un gusto impecable y buen ojo para la imagen de las marcas. Su mayor proyecto de renovación de marca había sido ella misma. Después de haber pasado la mayor parte de su carrera editando revistas femeninas que traficaban con los desórdenes alimenticios, fue una de las primeras en adoptar la «marca del feminismo» en internet, cuando se hizo evidente que la prensa escrita estaba muriendo y que era difícil darle otro sentido al autodesprecio. Para cuando se hubo hundido la mitad de la industria de las revistas femeninas tal y como la había conocido, Frankie ya se estaba preparando para lanzar un antídoto para la enfermedad que ella misma había contribuido a propagar. Aquello coincidió con un repunte del uso de palabras como «empoderamiento» o «interseccional» y el referirse siempre a los hombres blancos como «hombres blancos», una jugada que no distrajo a los lectores del hecho de que ella misma fuera blanca.

En 2014 lanzó *Womxxxn,* una plataforma de salud sexual femenina reconvertida en marca de estilo de vida que publicaba «un número digital que marcaba las tendencias» una vez al trimestre. Frankie ni siquiera había pensado en cómo se pronunciaría aquella palabra fuera de internet, en la vida real; había elegido el nombre después de ver «women» escrito «womxn» en Twitter y de suponer de manera errónea

que el propósito de la x era estético. Pero hasta ese descuido consiguió convertirlo en perspicacia, declarando que el nombre se pronunciaba «Wo-minx», en un intento de animar a las mujeres a abrazar a su «pícara interior». Lo que *Womxxxn* ofrecía de manera genuina, gracias a un equipo sagaz e ingenioso, resultaba innovador y tenía un propósito, aunque la flagrante hipocresía solía dejar a Ola de una pieza. Por cada reportaje revolucionario que publicaban sobre citologías, había un publirreportaje de alguna marca que era noticia por despedir a una mujer cuando llevaba cuatro meses de baja por maternidad.

—Entonces —dijo Frankie—, adivinarás por qué te he llamado esta mañana para charlar…

—Sí y, de nuevo, siento mucho el retraso —la interrumpió Ola, intentando adoptar un tono más conciliador, desesperada por que terminara la conversación. Se revolvió en su silla—. Te prometo que lo tendré terminado mañana.

Frankie pareció confundida durante un instante y luego aulló al comprender de repente a qué se refería Ola.

—¡Kalmte Kut! Ah, no, no, no, esa conversación la dejamos para otro día. Como para ayer. Olvídate de los consoladores holandeses, mujer. ¡La Lista, tenemos que informar sobre la Lista!

Ola descubrió que había más espacio debajo de sus pies para que se le cayera el alma de lo que había pensado en un principio. Se quedó mirando a Frankie con la boca abierta mientras se preguntaba cómo era posible que alguien sintiera tanto ánimo con un tema tan deprimente, incluso aunque no hubieran acusado a su prometido de agresión física.

—¡Ola! —cacareó Frankie. Ola no entendía por qué su jefa seguía pronunciando su nombre como «Ou-la», ya que parloteaba sobre su sobrino Ollie diciendo «Oli» sin ningún problema—. ¿Quieres decir que te pasas todo el tiempo en el teléfono en vez de trabajar y, sin embargo, estoy yo más enterada que tú?

Ola se limitó a mirarla embobada mientras Frankie seguía hablándole en voz baja, como si estuviera cotilleando.

—Vale, pues esta cosa llamada la Lista ha salido esta mañana. Al parecer, empezó como un documento de Google hecho por un montón de mujeres anónimas de armas tomar: periodistas, activistas, feministas, etcétera, todas las clases buenas de «istas». Y ahora es una cuenta de Twitter que ha puesto a caldo a todos los bastardos de los medios. Violadores, abusadores… Los malos «dores». Sinvergüenzas y depredadores, todos al descubierto. Como sé que esto es muy de tu rollo, te lo voy a encargar a ti.

Su jefa siguió hablando con entusiasmo y sin parar, aparentemente sin inmutarse por la expresión asustada de Ola.

—Tenemos que profundizar en la noticia, ir más allá. Necesitamos encontrar mujeres que estén dispuestas a hablar de manera oficial. Hiciste muy buen trabajo con el #MCsToo, así que estoy segura de que no tendrás problema para conseguir que las víctimas te cuenten sus historias. Y tenemos que actuar rápido, no hay duda de que la gente estará esperando la noticia, y somos las mejor preparadas para darla. Si me puedes mandar un borrador esta tarde, sería genial. —Frankie se quedó esperando, por fin descolocada por el silencio de Ola—. ¿Te parece bien, Ola?

A veces, Ola se sentía mal por las pocas cosas sobre su vida personal que compartía en el trabajo. Huía, con educación, de las copas después de la oficina como de la peste; utilizaba su don para contar historias e hilaba algún cuento sobre otro compromiso imaginario que tenía después del trabajo. Salvo con Kiran, era evasiva y vaga sobre todos los temas de los que charlaban en los bares; cuando sus colegas intentaban pasar de los asuntos del trabajo a los asuntos personales de ella, con la sonrisa radiante y agresiva de quienes tiene en perspectiva algo más profundo que una relación de conocidas, Ola sentía la culpa en la boca del estómago cuando, con firmeza, las rechazaba. No habría mencionado siquiera su compromiso matrimonial en el trabajo si Sophie, de la sección de moda y belleza, no lo hubiese hecho; de mala gana y durante seis minutos que le parecieron eternos, les enseñó el pequeño diamante de talla marquesa engarzado en un fino anillo de platino antes de volver a su reticencia habitual.

En aquel momento, a Ola la tranquilizó saber que había tenido razón al mantener las distancias. Se dio cuenta de que su falta de diálogo significativo con el personal de *Womxxxn,* junto con la incapacidad de Frankie para retener información que no le afectara directamente, significaban que no tenía ni idea de que habían denunciado a Michael. Era probable que ni siquiera recordara el nombre de su prometido y, mucho menos, dónde había conseguido trabajo. Titubeante, Ola consiguió sonreír.

—Pues claro —asintió Ola—. Te enviaré un borrador sobre las dos.

Mientras salía de la oficina de Frankie y se dirigía a su mesa, Ola intentó poner una expresión menos dolida. Las mejillas le escocían del calor, pero se las arregló para mantener la cara seria. Al pasar disparada entre sus distraídas compañeras de trabajo, sintió que una sensación de claridad se iba abriendo paso poco a poco a través de su desorientación. Tenía que mantener la calma, solo hasta la hora de

comer, entonces llamaría a Michael. Necesitaba encontrarle sentido a todo aquello. Necesitaba descubrir la verdad.



5. Veintisiete días para la boda

La publicación había subido a 4957 retuits y 8003 me gusta para cuando Michael llegó al Prêt à Manger. El calor lo envolvió al entrar, en contraste con la fresca brisa del exterior; no tardó en distinguir a Ola en un rincón alejado, tamborileando con las uñas sobre la mesa. Estaba seguro de que lo había visto porque había enderezado la espalda, pero desde la puerta era difícil distinguir qué cara tenía. Iba vestida de negro de la cabeza a los pies. El único toque de color, aparte del pelo y de las uñas, eran unas gafas de lectura con la montura de color morado. De las muchas Olas que había, aquella era su preferida. Incluso más que la Ola que se comportaba como una cumpleañera, la chica subida de tono y con ropa ajustada y la Ola excitada que se emborrachaba en el *brunch* —por muy tópico que fuera—; la Ola taciturna y estudiosa, con sus gafas de pasta y ropa demasiado grande (muchas veces con jerséis negros descoloridos que le cogía prestados a él), era su kriptonita.

Mientras se iba abriendo paso por el restaurante, notó que Ola había dejado el teléfono justo donde no pudiera alcanzarlo y había puesto una taza reutilizable de color rosa como barricada estratégica contra sus dedos. Michael sabía que evitaba el teléfono no porque no quisiera leer lo que estarían diciendo sobre la Lista, sino porque no quería que él la viera leyéndolo. Lo invadió una oleada de humillación tan abrumadora que pensó en darse media vuelta.

Le pareció extraño no saludarla con un beso, sino con un «hola» apagado mientras acercaba la silla para sentarse. En silencio, se maldijo por haber elegido aquel sitio. Pensándolo bien, parecía fuera de lugar hablar de algo tan serio en una cafetería de franquicia, mientras gente que no podía volver a su casa a comer desde la oficina zampaba con prisas burritos de pollo y cotilleaban sobre sus jefes. Pero ¿qué otra alternativa tenía? No estaba seguro de si Ola iba a sentirse a salvo yendo a su piso o estando cerca de él. No estaba seguro de si Ola iba a sentirse a salvo estando a solas con él. Era imposible saberlo. Ola se quedó allí sentada mirándolo sin más, sin decir una palabra.

—Está un poco abarrotado, perdona —dijo Michael rompiendo el silencio, por no decir el hielo—. No sé dónde se supone que se tienen

este tipo de conversaciones. O sea, lo normal es que a alguien se le hubiera ocurrido montar una empresa emergente para esto. Algo tipo Airbnb, pero para gente que quiere hablar de sus mierdas. Hoteles para corazones rotos.

Se rio, incómodo. Ola seguía mirándolo. Se quedaron callados durante lo que parecieron eones, la risa de él suspendida en el aire resultaba más incómoda con cada segundo que pasaba. Michael se frotó los brazos.

—Ola, esto es una locura, tía —empezó a decir—. De verdad, no me puedo creer…

—Para, por favor —le cortó ella. Pareció armarse de valor—. Michael. Solo quiero saber, con sinceridad: ¿por qué está tu nombre ahí?

Michael se desplomó hacia delante sobre la mesa, con la cabeza apoyada en las manos. Aunque había intentado prepararse, le sorprendió lo que le dolió la pregunta. Sabía que Ola habría estado sopesando la manera de construir la frase, el tono que usaría; así era ella. ¿Las emociones la habrían hecho abandonar el primer borrador o esa era la manera menos dolorosa de abordar el tema que se le había ocurrido?

—Intenta ponerte en mi pellejo —dijo ella en mitad de su silencio —. Esta mañana me he levantado y he visto que han acusado al hombre con el que se supone que me voy a casar dentro de menos de cuatro semanas de ser un depredador, en una lista en la que aparece junto a violadores y maltratadores. —Aunque Ola había bajado la voz para decir las últimas palabras, se quedaron resonando en los oídos de Michael. La incertidumbre del «se supone que me voy a casar» y de «depredador» lo atravesaron de diferentes maneras, todas igual de brutales—. No esperarás que no te lo pregunte. ¿Por mi propia cordura? ¿Por mi propia seguridad?

Michael se aclaró la garganta.

—¿Seguridad? Por Dios, Ola…

—No lo hagas más difícil. No es que sea precisamente fácil tener que preguntártelo.

—No tienes que preguntarme nada. Eres mi prometida, que me acuses de…

—No te he acusado de nada. Pero ¿no puedo preguntarte siquiera nada sobre el tema? ¿Algo que está compartiendo la gente que conozco y sobre lo que me están bombardeando a mensajes?

—¿Mensajes?

¿Por qué no se le habría ocurrido que a ella también le estarían llegando mensajes?

Ola tragó saliva.

—Me han estado citando en Twitter —dijo—. Me preguntan si sé que estoy con un maltratador, si lo he sabido desde siempre. La Lista es tendencia en Londres, por el amor de Dios.

Michael se dio cuenta de que estaba golpeteando con violencia el suelo de linóleo con el pie izquierdo; desplazó la mano para sujetarse la pierna.

—Solo dime una cosa —añadió Ola con calma—: ¿Quién te ha metido en la Lista? ¿Por qué?

Era una pregunta sencilla. Una que cada vez estaba más seguro de poder responder, después de devanarse los sesos y repasar con detenimiento durante buena parte de la mañana su pasado, que tanto distaba de ser perfecto. En el camino hacia el Prêt, había planeado qué contarle a Ola. Ahora nada le sonaba del todo bien. ¿Cómo iba a hacerlo?

Michael miró a su futura esposa, se fijó en que tenía el cuerpo orientado en dirección contraria a él. Ya está. No había vuelta atrás. Estaba seguro de haberla perdido y, por tanto, le pareció incierto que fuera a importar siquiera lo que dijera después. Por supuesto, sabía que tenía que contarle la verdad. Toda la verdad. Ola se lo merecía, era lo que ella deseaba. Pero, si lo hacía, sellaría su destino para siempre. ¿Y qué pasaba con lo que él se merecía? ¿Con lo que él deseaba? Aunque en aquel momento no lo sintiera así, estaba seguro de ser una buena persona. Sería bueno con ella. Había cambiado. Nunca le haría daño, de ninguna manera. Y la verdad duele, ¿no? Así que mintió.

—Escúchame —dijo Michael, esforzándose todo lo posible para sostener la mirada de Ola—. Te juro, por la vida de los dos, que no sé por qué estoy en esa lista. Llevo pensándolo toda la mañana y no sé quién ha sido ni por qué iba a denunciarme nadie… Estoy igual de atacado que tú.

Esperó a que ella reaccionara. Ola lo miraba expectante, como si aquello no fuera todo lo que tuviera que decir.

—Nunca le he pegado ni amenazado a ninguna mujer en mi vida. Jamás he acosado a nadie. No sé qué más decirte —añadió Michael—. No soy un maltratador. Eso lo sabes. —Se quedó dudando, sin estar seguro de si debía decir lo que sabía que ella no quería oír, las palabras exactas que distintos hombres habían repetido como loros a la hora de negar acusaciones iguales que aquella y que Ola había documentado—. Tú me conoces, Ola.

Ola guardó silencio. Michael sintió que su discurso se iba volviendo confuso por lo desesperado que estaba.

—Si te soy sincero, creo que alguien está intentando quitarme mi nuevo trabajo. Que me despidan. Es lo único que tiene sentido.

El fuerte chirrido de una silla al ser sacada de la mesa de al lado hizo que ambos se sobresaltaran. Al cabo de un rato, Ola suspiró y se pasó una mano por las trenzas.

—¿Me estás diciendo que no le has pegado nunca a ninguna mujer en toda tu vida? —preguntó mientas escrutaba la cara de Michael; tenía una expresión tan llena de dolor que casi ni podía mirarla.

—Nunca —respondió.

—Pero ¿y alguna otra cosa que pudiera considerarse una amenaza? Me refiero a que a veces sí que me levantas la voz cuando discutimos. Lo has hecho conmigo.

—Venga, hombre —dijo Michael negando con la cabeza, consciente de lo necesario que era que sonara lo menos amenazador posible—. Eso habrá sido en mitad de alguna pelea. No es como…

—¿Y qué pasa con esa agresión en la fiesta de Navidad? ¿Cuándo ha sido eso?

—¿En qué oficina he trabajado yo como para ir a una «fiesta de Navidad de la oficina», Ola?

Casi era un alivio que le preguntara aquello. Desde que Michael había salido de la universidad, había trabajado tres años en la tienda de Apple de Oxford Circus y luego había sido el encargado otros tres años de una sucursal de Schuh, una tienda de ropa para hombre en Stratford Westfield. Lo habían contratado en CuRated gracias a las actividades paralelas que hacía presentando actuaciones en canales populares de YouTube y a un pódcast —*Pillado en un desliz,* se llamaba— que hacían Kwabz, Amani y él, que se había vuelto de culto y tenía bastantes seguidores. No era lo que se podría decir «famoso famoso», pero sí lo suficientemente conocido en ciertos círculos como para garantizar que a su paso se cruzaran miradas y susurros.

—Vale, pero ¿no te echaron de Schuh? —lo presionó Ola—. ¿Por qué?

—Ya te lo he contado: me despidieron a mí y a cinco personas más.

—Bueno, ¿hay algo que hayas hecho en alguna parte que haya podido malinterpretarse como agresión? ¿Presión? ¿Algo? Necesito saberlo. Ahora mismo.

Antes de Ola, Michael había sido un donjuán; algo que hasta hacía solo unas horas él valoraba con una especie de orgullo socarrón. Cuando era adolescente, si veía por la calle a una chica con la cara bonita o el trasero bien proporcionado, se iba tras ella, llamándola, y le sonsacaba con pericia su nombre, una sonrisa y su número de teléfono, como si fuera un encantador de serpientes. A veces las

perseguía por la calle, piropeándolas, por supuesto, pero no en mal plan. Conocía a chicas que no se sentían atractivas si no intentaban ligar con ellas por la calle al menos una vez. Aun así, Ola le había mencionado que cuando era adolescente y volvía andando a su casa, en más de una ocasión, temerosa, había dado un número falso y rezado para que el tipo no llamara a su teléfono en ese mismo momento. ¿Desde cuándo intentar ligar se había convertido en acoso callejero? De hecho, había ido detrás de algunas chicas expresamente porque eran unas «estiradas». Nadie deseaba lo que podía ser de cualquiera; se deseaba lo que costaba trabajo conseguir. Las chicas que retrocedían un poco, las que se cruzaban de brazos y chasqueaban los labios antes de conceder besos y abrirse de piernas. Aunque ahora que lo pensaba así, fuera del chat grupal, sonaba mucho a… acoso.

—Nunca he acosado a nadie, no —dijo con firmeza—. No entiendo cómo podría interpretar de esa manera algo que yo haya hecho.

—Pone que alguien tiene una orden de alejamiento contra ti.

—Lo sé, he estado leyendo sobre eso. No se puede tener una orden de alejamiento sin que lo sepas. Nadie me ha impuesto nunca jamás una orden de alejamiento, y he estado intentando averiguar cómo demostrarlo, pero las órdenes solo aparecen al hacer comprobaciones de antecedentes penales, no en una comprobación básica ni en informes policiales. Y solo pueden pedirlas los empleadores, así que…

—Así que no lo puedes demostrar —masculló Ola—. Cómo no. Genial. —Se echó hacia atrás en el asiento.

Michael, en un acto reflejo, alargó las manos para ponerlas sobre los hombros de Ola, pero se contuvo.

—¿Por qué no me crees? —Estaba intentando ser paciente, pero comenzaba a sentirse frustrado—. Jamás te haría daño. Tú lo sabes.

—¡No lo sé! —chilló Ola con la voz entrecortada—. Estoy… Estoy asustada, la verdad. —Un escalofrío recorrió la espalda de Michael cuando Ola dijo eso—. Michael, es aterrador ver esas acusaciones en tu contra. No quiero ser una de esas mujeres que piensan que solo porque no me hayas hecho daño a mí significa que no podrías hacerle daño a… —dijo, y luego se quedó callada.

Michael carraspeó, desconcertado por las palabras de ella, que le habían dolido, aunque hizo todo lo posible por parecer razonable.

—Te escucho. Pero no es mi palabra contra la de otra persona. Es mi palabra contra a saber quién. No hay forma de saber quién lo ha presentado, no hay ningún control. Es un documento de Google que puede haber editado cualquiera. ¿Cómo no iban a aprovecharse de eso si ha caído en las putas manos equivocadas?

Ola permaneció inmóvil un momento y luego asintió con la cabeza,

aunque seguía con la cara impasible.

—Por favor, créeme —siguió diciendo Michael, alentado por aquel pequeño logro—. Confía en el hombre con el que te vas a casar antes que en una persona anónima de internet. Es lo único que te pido.

Ola buscó un pañuelo de papel en el bolsillo y se secó los ojos antes de volver a asentir.

Hasta entonces, Michael no se había dado cuenta de lo tenso que estaba. Se dejó caer en el asiento, desinflándose de alivio. Era como si le hubiesen quitado de encima de la tráquea una enorme bota —la aparatosa Dr. Martens de Ola—. Que ella le creyera no solo podía suponer la supervivencia de su relación, sino de su propia cordura. Sabía que era un buen tipo, y lo más importante era que Ola también lo supiera. Se inclinó para poner la mano sobre la de ella. Ola se estremeció.

—¿Qué pasa? —preguntó, confuso.

Ola apartó la mirada por primera vez desde que se habían sentado. Por su lenguaje corporal era obvio que las noticias eran malas, Ola tenía las manos entrelazadas, aferrándose la una a la otra como si le fuera la vida en ello.

—Voy a…, vamos a necesitar tomarnos un tiempo.

—Vaya —dijo Michael al sentir que la Dr. Martens de su novia volvía firme a su posición anterior—. Cuando dices tiempo…

—No he dicho que vaya a suspender la boda. Es dentro de un mes —respondió ella con frialdad.

—¿Por eso no la suspendes? ¿Porque no quieres perder el depósito de la carpa?

—No. —Ola apretó la mandíbula como si estuviera mordiéndose la lengua para no decir palabras de las que pudiera arrepentirse—. Y tampoco he dicho que vayamos seguir adelante con la boda.

El suelo se abrió bajo los pies de Michael. Un camarero gritaba para que alguien recogiera su pedido, pero los zumbidos que tenía en los oídos se tragaban los sonidos de la cafetería.

—Quiero creerte, pero necesito tiempo. Y también están las cosas del trabajo…

—¿Cosas del trabajo?

Silencio.

—Frankie quiere que escriba un artículo sobre la Lista —dijo Ola por fin. Michael se quedó boquiabierto. Ella seguía sin levantar la mirada—. Frankie no sabe que apareces en ella. Le he dicho que lo haría, pero, dado que estás implicado, es obvio que no puedo. Tengo que pensar en cómo manejar la situación.

—Estarás de broma —dijo Michael con el miedo atascado en la

garganta—. ¿Qué tal si le dices que la Lista es una sarta de mentiras de mierda y que sobre quien deberías estar escribiendo es de la gilipollas que me ha metido ahí, no sobre mí?

Había perdido la calma y ya no le preocupaba levantar la voz. Los de la mesa de al lado bajaron las suyas, como si estuvieran escuchando.

—Ya te lo he dicho —dijo Ola despacio—: no voy a escribirlo.

—Pero ¿vas a permitir que una compañera tuya lo haga?

—¿Qué quieres decir con «permitir»? *Womxxxn* es una revista feminista. Escribimos sobre ese tipo de cosas.

—¿Incluso aunque se trate de patrañas de mierda sin comprobar ni verificar que podrían destrozarle la vida a la gente? —siseó—. Te pasas el día hablando de ética y de todas esas mierdas al escribir. ¿Qué tiene esto de ético?

—Hay casi setenta personas en la Lista —dijo Ola—. La mayoría son gente importante. Quién sabe cuántas víctimas hay. No voy a ser la responsable de silenciar las voces de las mujeres que han contribuido a esto. No sé de nadie más que esté involucrado. Solo sé lo que me estás contando y lo que quiero creer sobre ti.

—Lo que quieres creer sobre mí —repitió Michael con tono burlón.

—No hagas eso —dijo Ola con brusquedad—. No es como que siempre hayas sido honesto conmigo, ¿verdad? No es como que me lo hayas puesto fácil para que confíe en ti.

Michael sabía que aquello iba a pasar. Era solo cuestión de tiempo que Ola sacara el tema.

—Sé que he cometido errores —dijo con cautela, para no provocarla más—. Errores que acordamos dejar atrás. Pero ya no soy así. Y por supuesto, no soy ese tío de la Lista.

Ola empezó a levantarse el esmalte de las uñas acrílicas. Mientras lo hacía, Michael vislumbró el anillo de compromiso que le había llevado meses de ahorrar y más meses todavía de incordiar a Fola y a Celie, de mandarles cientos de opciones posibles por WhatsApp. Pensó en lo orgulloso que se sintió al haber elegir el adecuado, en la cara de Ola cuando lo vio en Santorini, en el balcón de Pinterest con las vistas perfectas al mar Egeo en el que le pidió matrimonio. Intentó hallar consuelo en el hecho de que Ola todavía lo llevara puesto.

—¿Que yo aparezca en la Lista no te hace pensar que es probable que también estén mintiendo sobre otras personas? —preguntó.

—Michael, según las estadísticas…

—No me hables de estadísticas, tía —la interrumpió, perdiendo la cabeza con aquella palabra—. Esto no es un hilo de Twitter. Háblame como a una persona. Soy tu pareja. Hay gente por ahí difundiendo

mentiras y no te importa una mierda. ¿Sabes que Celie me ha bloqueado?

—¿Te puedes tranquilizar? —susurró Ola—. Sé que esto es difícil para ti, pero también lo es para mí. Y gritarme no es que ayude precisamente a demostrar que no eres quien la gente dice que eres.

—No es tu nombre el que está siendo arrastrado por el fango. Hasta por mi propia novia, además. En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad. Pero que me jodan si me acusan de agresión, ¿no?

—¿Qué quieres de mí? —escupió Ola—. ¿Que dimita? ¿O debería mandarle un correo a Frankie y decirle que no puedo escribir el artículo porque mi puto prometido sale en la Lista? ¿Eso quieres? Puedo redactarlo ahora mismo. —Cogió el teléfono y lo desbloqueó, después se quedó callada antes de decir la siguiente frase. Frunció el ceño, torció el gesto por la confusión—. Mierda.

—¿Y ahora qué?

—La Lista. Ha desaparecido. La han quitado de Twitter.

—Vaya. Mierda.

Volvieron a quedarse callados. Michael miró a Ola actualizar la página hasta que dejó el teléfono boca abajo ante ella. Después sostuvo la taza reutilizable, que estaba vacía, como si necesitara hacer algo con las manos. Ya no se le notaba tanta preocupación en la cara, pero seguía con el cuerpo rígido.

—Bueno. Entonces, con un poco de suerte, esto se acaba aquí —dijo Michael al cabo de un instante—. Ahora que la han quitado, a lo mejor se ha terminado todo.

Vacilante, volvió a rodear la mano de Ola con la suya. Esta vez ella lo dejó, pero volvió a bajar la mirada para hablar.

—Si no me demuestras que nada de eso ha pasado, Michael, no hay boda…

6. Veintiséis días para la boda

—¡Pareces un ángel! —dijo sonriendo la dependienta de la tienda de vestidos de novia mientras le subía la cremallera del vestido a Ola—. ¡Y qué cintura! La última vez que te vi la tenías diminuta, pero ahora te queda un poco más suelto por el centro que antes. Qué afortunada. Voy a buscar más alfileres para ver si merece la pena que le metamos un poco.

¿Había conseguido perder peso en solo un día? Quizá Ruth tuviera razón al decir que estaba más delgada que de costumbre. No es que fuera imposible: no había comido nada de nada desde que habían subido la Lista.

—¿Estás segura de que estás bien? —le había dicho Celie, en cuanto se cerró con un clic la puerta del probador—. Pareces agotada.

—Porque lo estoy —respondió Ola, moviendo la cabeza y haciendo oscilar el velo.

No llevaban allí ni media hora y ya estaba desesperada por marcharse. Se subió con los tacones a un podio que había en el centro del probador, lo que la hizo parecer todavía más alta. De los rieles que había detrás de ella, colgaba un ejército de vestidos de novia en diferentes tonos de blanco (cáscara de huevo, hueso, porcelana) y telas (satén, crepé, raso). Era como si ella fuese su comandante, iluminada por la estridente lámpara de araña del techo y las guirnaldas de luces que cubrían los bordes del gran espejo barroco. Desde luego, se sentía como si se dirigiera a una batalla para la que no estaba preparada, inquieta y asustada por mucho que intentara calmarse.

—¿Has comido? —le preguntó Ruth.

Ola asintió con brusquedad y su amiga suspiró.

—No te voy a mentir, estoy atacada —añadió Ruth—. ¿Algún retrógrado anónimo ha dicho alguna mierda sobre Michael que nadie puede demostrar y ahora estáis al borde del naufragio? En serio, ¿a quién tengo que partirle la mandíbula?

No era momento para bromas, pero así era Ruth. La sonrisa reticente de Ola —la primera que había esbozado en las últimas veinticuatro horas— no se veía a través del velo, pero Celie sacudió la cabeza con fuerza suficiente por las dos.

—De todas formas —siguió diciendo Ruth con seriedad en la voz—, estoy preocupada por ti, tía. Es todo una puta mierda. O sea, ¿un mes antes de la boda?

Ola negó con la cabeza.

—No tengo ni idea ni de si voy a seguir adelante.

—Pero tú misma has dicho que no hay pruebas —dijo Ruth—. No veo por qué vas a tener que cancelar toda la boda por un trol. Son ellos los que han hecho algo mal, no Michael.

—Eso ella no lo sabe —la interrumpió Celie—. No puede saberlo seguro. Nadie puede saberlo.

Ola se había dejado puesto el velo para protegerse de la luminosidad excesiva del probador. La habitación parecía haber sido diseñada para hacerla sentir como si estuviera en una sala de interrogatorios de la policía, solo que adornada de manera estrafalaria: candelabros en todas las superficies posibles, luces LED baratas con letras que ponían «*Love*» y «*Mr. & Mrs.*» en las paredes. Tenía la frente cubierta de sudor bajo las luces, como si estuviera bajo custodia.

Había estado esperando la última prueba del vestido de novia desde la primera vez que se lo había probado: era un vestido lencero de seda color marfil con la espalda descubierta y largo hasta los pies, con un intrincado tocado de perlas, oro blanco y diamantes de imitación sujeto a un velo tan largo que casi le llegaba al dobladillo del vestido. Cuando le mandó a su hermana las fotos, Fola la comparó con Yemọja, la diosa yoruba, y luego le aseguró que estaba «canalizando su femineidad divina», que era su cumplido por excelencia cada vez que Ola se ponía otra cosa que no fueran unos pantalones. El vestido era más comedido de lo que su madre hubiese querido —dijo que era sencillo—, pero era el único que se había probado que la hacía sentir ella misma, en vez de un hada madrina de pantomima. Además, su segundo y tercer modelo compensarían con creces la moderación del primero en cuanto a apostar por el espectáculo. Había deseado sentirse tan guapa con él puesto como la primera vez, pero, después de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, casi que no soportaba ver su propio reflejo. Desde el día anterior, Ola estaba ansiosa por ver en persona a Ruth y a Celie para que le dieran algún consejo. Las quería muchísimo, pero no tardó en darse cuenta de lo ingenua que había sido al pensar que serían capaces de ayudarla.

Ruth Nnadi estaba, como le decían los hombres jamaicanos que frecuentaban las casas de apuestas cuando volvía a su casa, «rellenita». Ancha no solo en las caderas, como decían las letras de sus raperos favoritos, sino por todas partes, y orgullosa de ello. Llevaba una

constelación tatuada en la espalda que se había hecho en 2008 después de verle el mismo diseño a Rihanna. En esta época, agradecía llevarla tapada con sus muchos centímetros de pelo liso y brillante. Ruth nunca salía a la calle sin, por lo menos, la misma cantidad de maquillaje que una cumpleañera —haciendo también las veces de anuncio móvil de sus servicios como maquilladora artística a media jornada y especialista en pestañas—, una base de maquillaje mate que le cubría el cutis tostado de tono nogal sin que le asomara un poro y los labios esmaltados con brillo labial Fenty, la marca de Rihanna. Solía llevar los ojos cargados de pestañas de su línea *Cashmere Lash Doll,* que vendía por Instagram; así también iba ese día. Compraba las pestañas sintéticas en comercios chinos, las volvía a empaquetar en lujosas cajas negras con lazos dorados, les ponía una etiqueta que decía «visón siberiano», aumentaba los precios un cuatrocientos por ciento y les agradecía amablemente a sus clientas que aportaran su granito de arena al apoyar un negocio negro. Ruth era el tipo de chica a quien las suegras africanas acusaban de estrangularlas en sueños proféticos.

Celestina «Celie» Tembe, en cambio, era la que aparecía en respuesta a sus ayunos cuando rezaban por la nuera perfecta. Una mujer como se promulgaba en Proverbios 31. Se había pasado sus años de formación machacando Biblias y, aunque ahora era una creyente menos fervorosa, no había abandonado su devoción. Los vestidos y faldas vaporosos y floreados que usaba se amontonaban sobre su ligera silueta de metro cincuenta y ocho; siempre llevaba medias opacas, hiciera el tiempo que hiciera, con el largo del vestido que fuera (aunque los llevaba siempre por debajo de la rodilla). Celie exudaba la energía de una maestra suplente: con los labios fruncidos farfullaba afirmaciones pasivo-agresivas (o cuando se ponía de verdad a prueba su paciencia, citas bíblicas) cuando no tenía nada bueno que decir, ya que era incapaz de no decir nada. Fan del rock y del teatro cristianos, su primer y principal amor eran los libros. Trabajaba de editora en una intrépida editorial independiente. A los pocos días de empezar a trabajar, se dio cuenta de que en el sello había más personas llamadas Helen que minorías. El número se triplicaba si incluía a las que se llamaban Helena.

Las dos mejores amigas de Ola estaban sentadas en un diván color lila, esforzándose todo lo posible para no empeorar el día de su prueba discutiendo. Era difícil decir si Ruth y Celie serían amigas si se hubiesen conocido entonces. Aunque se conocían desde hacía más de veinte años, se juzgaban la una a la otra por las mismas cosas que al principio de su amistad: sus decisiones vitales, su gusto en ropa, sus

opiniones en general. Celie pensaba que Ruth era una choni, y Ruth sospechaba que Celie pensaba que era una choni solo porque ella estaba «abducida por la marginación» (además, Ruth apostaría lo que fuera a que a Celie, en secreto, le excitaba ser la única chica de color de su oficina).

Ola se levantó el encaje de delante de los ojos y le lanzó una mirada desdeñosa a Celie, que ella fingió no haber captado.

—Sí, sé que nadie puede saberlo seguro —dijo Ola, sonando más a la defensiva de lo que esperaba. No sabía a quién estaba intentando convencer, si a sí misma o a su amiga—. Pero es complicado.

—No sé qué tiene de complicado —respondió Celie con frialdad—. Si nos pasara a alguna de nosotras, serías la primera en sacar la pancarta y gritar cosas sobre «complicidad» y «misoginia interiorizada». ¿Cuál es la diferencia? Aparte de las, digamos, veintitantas mil libras que has puesto para la boda.

La cara de Ola permaneció imperturbable, aunque aquella pulla le había dado donde más le dolía.

—Primero de todo, no se trata del dinero —dijo Ola, aunque no estaba del todo segura de que fuera cierto—. Segundo, ya os lo he dicho: Michael tiene que demostrar que no ha hecho nada. No he dicho que la boda vaya a seguir adelante de manera definitiva.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

Ola no supo responder a aquella pregunta. Por qué estaba frente a su reflejo sombrío, como una señorita Havisham contemporánea consternada por el próximo abandono que ella misma iba a cometer. El día anterior, en el Prêt, sí que había dicho en serio lo del ultimátum y había ignorado los mensajes que Michael le había enviado después. Pero allí estaba, sintiendo en la espalda los cosquilleos de los alfileres y del sudor mientras se probaba su vestido de novia en lo que podía ser o la penúltima o la última vez que lo llevara puesto.

—Porque si cancelo la boda, cancelada está —respondió Ola—. Eso no se puede deshacer. —Lo único que la asustaba más que seguir adelante con la boda era suspenderla—. Necesito más tiempo para pensar.

—No tienes tiempo. Es dentro de un mes, literalmente…

Ruth se volvió hacia Celie para poder fruncirle el ceño como es debido.

—¿Te crees que no lo sabe? —dijo—. ¡Ya están bastante mal las cosas con todas las feministas que tiene en las menciones y ahora encima ni su mejor amiga le da un respiro, por dios santo!

Ola decidió hacer caso omiso del uso despectivo que había hecho Ruth de la palabra feministas, que sugería que Ola no era una de ellas;

se limitó a asentir. Su estrategia de supervivencia en internet era el silencio. Desactivar sus cuentas era demasiado dramático, pensó, así que eliminó Instagram y Twitter de su teléfono y le pasó las cuentas a Fola, que cambió las contraseñas. Por suerte, aquello no parecería sospechoso, ya que sus seguidores rara vez se daban cuenta de cuánto tiempo pasaba conectada porque era una participante más silenciosa que activa. Incluso aunque Ola intentaba no mirar Twitter, le resultaba imposible no hacerlo. En una línea temporal alternativa en la que no se hubiera mencionado el nombre de Michael, habría sido una de las primeras en retuitear la Lista. Sintió la tentación de archivar el puñado de fotos que tenía de Michael y ella en Instagram, pero decidió que parecería sospechoso. Pasaría lo mismo si desactivaba los comentarios, aunque de vez en cuando se colara alguno que otro de un canalla. Fola se daba prisa en borrarlos, aunque no la suficiente: menos de una hora o así después de pasarle la cuenta a su hermana, se encontró con más de veinte comentarios entre acusadores y rabiosos.

—Ya sabes cómo son las redes sociales —crepitó la voz de Fola a través del Skype desde Panamá cuando Ola la llamó como loca—. La semana que viene estarán dándole por culo a otra. Tómatelo como que el universo te está dando la oportunidad de que aclares por fin tus ideas. Medita. Haz una dieta *detox*. Bebe un poco de puta agua.

Con eso, su hermana no quería decir que no estuviera preocupada. Lo que Ola le contó había perturbado de manera considerable su energía zen habitual. Cada pocas horas, le mandaba mensajes para preguntarle cómo andaba la cosa. ¿Qué estaba pasando en ese momento? ¿Le había dado explicaciones Michael? Había sido ella quien le había sugerido que se pusiera en contacto con sus antiguas empresas para que confirmaran por escrito que nunca había asistido a una fiesta de Navidad. Al principio, Ola se sintió mejor, pero cuando le mandó a su hermana lo que Michael le había enviado —correos electrónicos de las tiendas de Apple y de Schuh en los que declaraban que ellos no organizaban fiestas de Navidad—, Fola le preguntó si no podría presentar una carta firmada con el membrete impreso, por si acaso los correos eran una falsificación.

—Escúchame. Si hay algo que nos enseñó papá, Dios lo tenga en su gloria, es que jamás hay que subestimar lo lejos que pueden llegar los hombres para sostener sus mentiras —le había dicho Fola—. ¡Es la única ocasión en la que son capaces de hacer varias cosas a la vez!

«Mi padre debería estar aquí», pensaba Ola. No solo porque su pequeña *Bíntín* iba a casarse, supuestamente, sino porque él habría sabido cómo hacerla sentir capaz de superar esto. A medida que se

acercaba la boda, se sorprendía pensando en él cada vez más, oyendo cuando se quedaba sola los proverbios que tantas veces repetía su padre: «Un hombre acusado de robar una cabra no debería agasajar a sus visitas con estofado de cabra»; o «Las orejas que no escuchan los consejos acompañan a la cabeza cuando la cortan». Cuando era niña, cada vez que le preguntaba el «porqué» de cualquier cosa, él le respondía: «¿Por qué no?», para frustración de Ola. Su incapacidad para ser directo las volvía locas a su madre y a ella, pero Ola daría cualquier cosa en el mundo aquel día por escuchar a su padre diciendo una de sus crípticas máximas.

Celie se había puesto detrás de Ola. Levantó la mano y le apretó con suavidad el hombro mientras ambas miraban apesadumbradas su reflejo.

—Voy a decirte algo que a lo mejor no quieres oír —le dijo Celie. En el espejo, la imagen de Ruth entornó los ojos, hasta que solo se le vio la parte blanca—. Eres como una hermana para mí. Te conozco bien. Pero eso no quiere decir que entienda lo que estás haciendo. He venido porque te quiero, pero también porque alguien tiene que decirte estas cosas: las acusaciones sobre Michael son graves; quedarte con él podría ser peligroso.

Ola sintió una punzada en el estómago.

—No digo esto para defenderlo, pero conmigo nunca ha sido violento, Celie. Ni por asomo.

—¿Significa eso que no puede llegar a serlo? —replicó su amiga—. E incluso si no lo es, un montón de mujeres, víctimas, se sentirán decepcionadas porque tú, precisamente tú, elijas apoyar a alguien así.

Aquello le dolió. No estaba apoyando a un hombre culpable, o al menos de eso se convencía a sí misma cada hora. Simplemente, estaba intentando averiguar la verdad. Pero lo mirara como lo mirase, sentía que se estaba convirtiendo en una de aquellas mujeres sobre las que escribía cáusticas columnas: la mujer del jugador de fútbol que llamó fulana a una mujer demasiado borracha para consentir; la novia de un músico que le llevaba a admiradoras menores de edad a la habitación del hotel después de los conciertos; la prometida que intentó impedir un reportaje porque en él se comprometía al hombre al que amaba.

Ola intentaba mantener la cordura, pero estaba destrozada, sobre todo porque sabía que no podía descartar que Celie tuviera razón. Aun así, llevaban siendo amigas el tiempo suficiente como para que Celie le concediera a Ola el beneficio de la duda. Se conocían desde mucho antes de que sus bromas sobre llamar «Saint Reatham» a Streatham por su lento proceso de gentrificación se convirtieran en una profecía autocumplida; cuando sus vidas eran una confusión de bolsos *Just Do*

It y reposiciones de la serie *My wife and kids;* cuando pasaban el rato en la pista de patinaje sobre hielo, si no la había acordonado con cinta la policía, o sentadas en la parte de atrás del autobús, cuando no estaba ocupada por niños mayores y más fuertes. Después, Ola y Celie fueron a la universidad a estudiar literatura inglesa —Celie a York y Ola a Durham— y solían visitarse en sus respectivos campus. Ruth rara vez subía a verlas, porque aborrecía el largo viaje hasta mitad de la nada y casi todo lo que veía al llegar («¿No decíais que aquí arriba había noches de música negra?», decía cada vez que salían a bailar. «¡Que pongan dos veces Sean Paul para luego volver a poner música "chunta chunta" no es una noche de música negra!»). Ninguna de las dos universidades tenía demasiados alumnos negros, todavía menos procedentes de la educación pública, así que las visitas de Celie significaban para Ola tener un trocito de hogar con ella.

Las tres tenían sus tradiciones. Tradiciones que, a medida que se iban haciendo mayores y sus agendas estaban cada vez más ocupadas, eran una garantía de que seguirían viéndose. Como su salida anual al carnaval de Notting Hill, aunque ahora se saltasen las *after-parties* y cambiaran los pantaloncitos cortos con los que enseñaban el culo por otros que lo cubrían. Sin embargo, cada vez era menos frecuente que estuvieran las tres juntas, y no era eso lo que tenía Ola previsto para su encuentro.

—No he elegido nada —dijo Ola, apartando la mano de Celie de su hombro de una sacudida—. Es obvio que sé que las mujeres no van lanzando por ahí acusaciones sin más, pero la Lista es anónima y colectiva, y estamos hablando de internet. Creía que todas estábamos de acuerdo con que la gente se inventa cosas en internet. ¿O vamos a hacer ahora como que no hemos visto *Catfish: Mentiras en la Red?* En un mundo en el que se puede dejar una crítica en Tripadvisor de un restaurante en el que nunca has estado, puede pasar cualquier cosa.

—Entonces, ¿estás diciendo que un grupo de mujeres aburridas decidió destrozarle la vida a unos cuantos hombres elegidos al azar?

—Esa es la cosa, que no sabemos siquiera si han sido mujeres —murmuró Ola, poco convencida. Odiaba estar defendiendo a Michael, cuando ni ella misma sabía siquiera qué pensaba al respecto—. Puede que se la hayan jugado por venganza o por algún motivo oculto.

—Esa sí que no la había escuchado antes —se burló Celie, dando un paso atrás—. Qué conveniente.

—Venga, Celie. No seas injusta —respondió Ola, que se estremeció —. Cambiemos de tema. ¿Por favor? Solo quiero probarme el vestido y largarme de aquí, ¿de acuerdo? No me gusta hablar de eso así. Me estoy expresando mal y estoy sonando como una defensora de

machistas.

Celie se encogió de hombros y miró al suelo.

—Bueno, si camina como una defensora de machistas y habla como una defensora de machistas…

—Entonces, por lo general, será una defensora de machistas, pero en este caso es nuestra mejor amiga intentando hacer lo correcto —la interrumpió Ruth, levantando la voz—. ¡Déjala, tía, es Ola! ¡Es la mayor progre que conocemos! Y ya sabes que no soy la fan número uno de Michael, pero ¿no se merece la oportunidad de demostrar su inocencia? No es culpable hasta que se demuestre lo contrario. ¡Quienquiera que lo haya metido en la Lista ni siquiera ha escrito bien su nombre!

Las tres oyeron el clic de la puerta que la dependienta de la tienda de vestidos de novia abrió con cautela, como si hubiera estado escuchando lo que estaban diciendo y hubiera esperado al final de una frase para entrar avergonzada. No cruzó miradas con nadie, salvo con la Ola del espejo, y se puso a ponerle más alfileres en la espalda del vestido.

—Se la ve impresionante, ¿verdad? —dijo en voz baja, a nadie en concreto.

Ola carraspeó incómoda.

—Gracias. —Se volvió a Ruth y le ofreció una pobre sonrisa—. Valoro tu opinión. Y entiendo lo que estás diciendo, Celie. Créeme.

—Por eso no le cuento nunca ninguna de mis mierdas —dijo Ruth, sin inmutarse porque hubiera alguien nuevo entre el público—. Porque se comporta como si la suya no oliera.

—No he dicho eso —replicó Celie medio en susurros—. He dicho que darle este enfoque, actuar como si no hubiera pasado nada, es una locura.

—¡Celie, ya están mandadas las invitaciones! —farfulló Ola—. La iglesia está reservada. El local para la celebración, reservado. Los vuelos desde Nigeria y Ghana, reservados. El vestido que me ha costado 979,99 libras está pagado hasta el último puto penique —dijo Ola tirando de los costados del vestido. A la dependienta se le salieron de las órbitas los ojos, de un color azul brillante—. Me habéis ayudado a elegir todas las putas cosas. El *catering,* los fotógrafos, los que van a hacer el vídeo, el DJ, la banda en directo, está todo pagado…

A medida que Ola iba enumerando todas esas cosas, se fue sintiendo cada vez más abrumada. Las bodas nigerianas eran grandiosas; la boda nigeriano-ghanesa de una pareja de *influencers* accidentales que era más o menos famosa en Instagram era aún más enorme. Llevaba semanas preocupada por lo mucho que le quedaba

por hacer; ahora no podía ni creerse el dinero que se había gastado ya.

Dudó, casi avergonzada de decir lo que sentía.

—Al fin y al cabo, es el hombre al que quiero. Tengo que estar segura de lo que le estoy haciendo. Lo que nos estoy haciendo. Si esto os pasara a alguna de vosotras, ya sabéis que os daría el beneficio de la duda. ¿Entendéis que si suspendo la boda sería como decir que creo que es culpable?

—Y si sigues adelante con la boda, es como si dijeras que es inocente —dijo Celie.

En ese momento, el teléfono de Ola, que estaba sobre un escabel de terciopelo, empezó a vibrar; se giró con tal fiereza que la dependienta soltó un grito de pánico.

—¡¿Y ahora qué pasa?! —chilló Ola, subiéndose el vestido hasta las rodillas y dando zapatazos hacia el teléfono.

—Voy a buscar más alfileres… —dijo la dependienta mientras salía a toda prisa de la habitación.

Ola levantó el teléfono hasta ponérselo delante de la cara.

¡Eh, Ola! ¿Cómo te va con el artículo? ¿Alguna novedad con las entrevistas? FW besos

—¿En mi puto día libre? —rabió Ola—. ¿El día de mi última prueba? ¿En serio?

Tiró el teléfono al escabel, donde aterrizó con un decepcionante rebote. Furiosa, le dio una patada al escabel. Celie y Ruth intercambiaron miradas de preocupación.

La desaparición de la Lista solo había servido para que Frankie se planteara más preguntas y empezara a perseguir como un sabueso cualquier tuit o entrada sobre el tema en oscuros blogs. La reaparición de unos tuits racistas de 2012 de Morgan Briggs, un *influencer* de salud y bienestar, hizo que la Lista perdiera relevancia, pero las capturas de pantalla seguían circulando por los chats grupales y por Facebook. Hasta el momento, la Lista solo se había publicado en páginas de cotilleos o en algunos medios que habían sacado la noticia eliminando los nombres, las profesiones y las acusaciones. Frankie iba detrás de una investigación a fondo y le aterrorizaba que alguien se les pudiera adelantar, preocupación que Ola compartía por motivos diametralmente opuestos.

Incluso después de dejar de dominar el *timeline,* la Lista siguió marcando la agenda del día. Mujeres con cuentas públicas admitieron haber incluido nombres y sus motivos para hacerlo. Otras contaron que habían reconocido a hombres que habían abusado de ellas. «Hola, amigas. No me puedo creer que esté escribiendo esto, pero el hombre

que me violó está en la Lista», decía un tuit que a Ola se le quedó grabado en el cerebro. «Por primera vez desde hace nueve años, he sido capaz de decirle su nombre a mi pareja». Luego vino la reacción violenta, rápida e inevitable. La mezcla de acusaciones suscitó críticas: los hombres acusados de ser «asquerosos» mencionados al lado de hombres que te metían drogas en la bebida. «¿Cómo se cuantifica el "sexismo beligerante", y de verdad debería compararse con la corrupción de menores y el intento de secuestro?», preguntó un periodista en Twitter. Ola nunca había sentido tantos conflictos internos: quería que todo desapareciera, aunque seguía asqueada por que hubiera tanta gente deseando que se desestimaran las acusaciones.

Aparte de Frankie, nadie más en *Womxxxn* sacaba el tema de la Lista con ella, ni en un contexto laboral ni como cotilleo al lado del dispensador de agua.

—¿Te puedes creer que Matthew esté en la Lista? —oyó Ola que le contaba Sophie a Lucy por el pasillo, cuando ella volvía de ver a Michael, mientras su compañera hacía girar el tenedor en algo serpenteante proveniente de la cadena de comida asiática Itsu—. Me mandó unos DM hace un par de años, a pesar de que yo tenía una bandera arcoíris y otra lesbiana en la bío…

—Yo lo que no supero es lo de Lewis Hale —susurró Lucy—. ¡Parecía muy agradable! Hasta voté por él en *Bailando*. Mi padre se va a quedar destrozado, pobrecito. ¡Lewis le encanta!

Sin embargo, no había incomodidad hacia Ola. Ni siquiera Kiran había mencionado nada, aunque con su típico modo directo le había preguntado por qué tenía aspecto de estar al borde del colapso mental. La boda era lo último de lo que quería hablar, pero era una buena coartada. No obstante, la omisión empezó a parecer intencionada. ¿Habían sumado dos y dos sus compañeras y habían descubierto la identidad de aquel Michael que estaba mal escrito? ¿Por qué no sacaban el tema? ¿Por desconocimiento? ¿Por vergüenza? ¿O por aquella fingida ignorancia británica a la antigua usanza para evitar la vergüenza? Ola deseaba sinceramente no haberse pasado todo el tiempo distanciándose de todas y cada una de las personas con las que trabajaba.

La línea argumental que más había escuchado en la oficina era una que ya había utilizado ella antes: cuando el río suena, agua lleva. No terminabas en una lista como aquella si, para empezar, no habías hecho algo. Era así de simple. Cuando habían estado sentados uno frente al otro en Prêt, Michael la había mirado como si fuera una traidora; decepcionado, había resoplado al ver que Ola no se había encogido de hombros ante las acusaciones y se había vuelto a poner a

hablar del orden del día de la boda. Pero a Michael se le daba bien justificar los agravios que recibían él y los que le rodeaban, cosa que preocupaba a Ola. Confundía los límites, sobrepasaba las barreras y luego se quedaba perplejo si la gente se ofendía. Rara vez Michael le soltaba a Ola mentiras descaradas, pero sí que tendía a adornar: engañaba mediante el embellecimiento o la omisión total de algunos hechos. Ola pensaba, por ejemplo, en «el incidente», justo al principio de su relación. ¿Y si estuviera ocultándole alguna verdad igual de horrible?

Había habido momentos en su relación en los que Ola había pensado en dejarlo. Durante los primeros años, había evitado pedirle a Michael un tiempo porque sabía que él se lo tomaría como una excusa preparada de antemano para follarse a otra. Michael se solía saltar los límites en cuanto a otras mujeres se trataba, y muchas veces sobrepasaba lo que era apropiado dentro de una relación. Ola no iba a jugársela. Había invertido años en moldear su relación, en moldearlo a él, y la idea de que hubiera sido para nada —o, peor, para que se lo quedara otra que no había movido ni un dedo— la sacudía hasta la médula.

Ruth resopló por el esfuerzo al levantarse de su asiento, lo que sacó a Ola de sus pensamientos. Cogió el teléfono de Ola y se lo tendió.

—Contraseña.

—¿Por qué?

—Porque voy a mandarle un mensaje a Sheryl Sandberg para decirle que no te moleste en tus días libres, por eso —dijo Ruth—. La presión es real. De Michael y de tu familia y de todos esos activistas de Twitter, pero ¿encima también del trabajo? Por no mencionar que toda la Gran Bretaña negra se va a poner a temblar si os separáis vosotros dos. Sois la pareja perfecta, en serio. ¿Sabes que una chavala en mi trabajo tiene de salvapantallas la foto de vuestro compromiso?

Ola soltó un gemido.

—Nunca pedí ser la embajadora del *Black Love*.

—Ya, bueno, cuanto más estupendos los pómulos, mayor la responsabilidad.

Ola ni siquiera captó el chiste. La dejó pasmada lo rápido que los dioses de internet te lo dan todo y lo rápido que te lo quitan. En cuestión de días, había pasado de ser la mitad de una pareja poderosa a una paria. Estaban arruinados como unidad y como individuos; el capital social adquirido tanto por separado como juntos había desaparecido.

—Estoy tratando de hacer lo que es mejor para todos —dijo Ola con voz apenada—. Todavía no hay nada que se sostenga, salvo que

Michael nunca ha estado en la fiesta de Navidad de ninguna oficina, cosa que han confirmado en sus dos antiguos trabajos.

—Un error potencial en una de las acusaciones le quita vigencia a todo el asunto, ¿verdad? —dijo Celie, resoplando con incredulidad

Ola estuvo a punto de espetarle que era precisamente su aversión por aquella lógica la que la había llevado a contratar a un detective privado con lo que le quedaba de sus extintos ahorros: le estaba costando ochenta y cinco libras la hora. Y era un dinero que no tenía. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a Fola.

Ola necesitaba hacer algo. Y ese algo terminó siendo añadir a sus contactos de WhatsApp a un tipo sospechoso y de voz ronca llamado Luke, después de encontrar sus datos en un foro y pedirle que recabara toda la información posible sobre Michael. Luke le había explicado que por la tarifa plana que habían acordado podía seguir a Michael, montar vigilancia, mandarle a Ola acceso a todos sus archivos públicos («Eso incluye los antecedentes penales y documentos judiciales, si es que necesitas eso, guapa», le había aclarado con el tono informal con el que una cajera te informa de que el papel de cocina está a mitad de precio esa semana), realizar comprobaciones básicas de sus antecedentes, buscar en sus redes sociales y toda una serie de actividades que en ese momento Ola estaba demasiado estresada como para recordar. Aunque legalmente no podía pincharle el teléfono ni poner micrófonos en su piso, por una suma adicional que Ola no podía permitirse, podía «ver qué se podía hacer». Pero Ola prefería que Celie pensara que era débil antes de que supiera lo del detective. Contarle la verdad no haría más que confirmar algo que Ola ya sabía: que aquella no era manera de empezar un matrimonio.

—¡No estoy diciendo eso! —gritó Ola, llegando por fin al límite de su paciencia—. Estoy diciendo que por qué no esperar a tener más información antes de bloquearlo en WhatsApp.

—Porque ya tengo toda la información que me hace falta —respondió Celie sin dudarlo—. Porque creo a las mujeres.

Casi se escuchó un «y lo mismo deberías hacer tú». Qué clara tenía ella la respuesta correcta. Ola se marchitaba bajo la luz de la araña del techo.

—Creer a las mujeres —dijo Ruth chasqueando la lengua—. ¿Qué pasa cuando las mujeres dicen mierdas? ¿Acaso el feminismo no es equidad? Tanto los hombres como las mujeres son gilipollas. Y escucha, sí, esa gente siempre encuentra la manera de intentar hundir a los hombres negros.

—¿Y qué pasa con todos los hombres blancos que aparecen en la Lista? —dijo Celie, irritada—. ¿Cómo encajan ellos en tu

conspiración? No se puede andar buscando la aprobación masculina todo el tiempo, Ruth.

—No, no, no, mierda, ¡espérate un momentito! —dijo Ruth apuntando a Celie con una uña afilada, como si la estuviera retando a un duelo—. Aquí nadie busca la aprobación masculina, hermana. A mí me aprueban sin más. Tú tienes prisa porque a ti hace tiempo que no te aprueba nadie. Eres como la galleta de coco del surtido, esa que nadie quiere. Y no es solo que ni te mire nadie, es que por dentro eres blanca. Tú, que no has descubierto tu negritud hasta 2013 gracias a Tumblr, ¿quieres hablar de los hombres negros?

—Porque a ti apoyarlos te ha funcionado muy bien, ¿no? —le escupió Celie, ya sin piedad ni contemplaciones—. Entonces, ¿supongo que Troy por fin ha dejado de hacerte *ghosting?*

A Ruth le temblaba el labio inferior como si estuviera pensando alguna respuesta y después como si estuviera a punto de llorar. Chasqueó los labios y se echó hacia atrás; el diván dejó escapar un pequeño crujido.

Resultaba casi cómico lo terrible que había sido aquel día: los preparativos de Ola para el mejor día de su vida habían sido de lo peor que había experimentado. Allí de pie, con su vestido de novia, frente a los ojos críticos y llenos de lástima de su madrina de boda y de su dama de honor, Ola llegó a su límite. Aquejada por un dolor de estómago que llevaba ya sufriendo dos días y con los nervios destrozados, intentó recuperar la compostura por última vez.

—No os estoy pidiendo a ninguna de las dos que me entendáis —dijo Ola—. Solo necesito que no me hagáis sentir peor de lo que ya me siento.

—Lo entiendo —contestó Ruth, tirando de ella para abrazarla—. Y la gente que no ha tenido nunca ninguna relación verdadera no está en las mejores condiciones para decir ni mu sobre la tuya.

Dolida todavía por el comentario de Celie sobre su última y fallida aventura romántica, Ruth estaba decidida a asestarle un golpe. La brusca inhalación de Celie sirvió como prueba de que esta vez no había fallado. Celie murmuró algo inaudible y después negó con la cabeza.

—No entiendo por qué iba a acusar nadie a Michael sin venir a cuento —dijo después de un rato—. No tiene dinero para que lo extorsionen ni influencia verdadera. ¿Qué sentido tiene?

Ola aún no había reparado en eso: ¿por qué le harían algo así a Michael? Por mucho que la evitara, la duda seguía allí. Las posibilidades la sacaban de sus casillas: que fuera inocente ante sus propios ojos, pero genuinamente culpable a ojos de su acusadora; que

fuera inocente, pero que hubiese hecho algo lo bastante atroz como para que fuera una venganza o que fuera culpable.

Desde el momento en que se habían conocido, Ola había sabido que Michael tenía bastantes defectos, y esperaba que el hecho de que hiciera la vista gorda no fuese síntoma de un defecto de carácter, una manifestación de sus problemas por la «ausencia del padre». Michael tenía buenas intenciones, pero había sido un «machito» problemático. Ola se enorgullecía, lo admitiera o no, de haberlo domesticado. Creía haberlo hecho, por lo menos. Michael era capaz de mentir, eso seguro, pero ¿era capaz de aquello? Y si lo era, ¿qué decía eso de ella, de sus elecciones, de su juicio, de su moral? La conocida punzada ardiente del resentimiento comenzó a surgirle en el pecho. Michael no era el único que a veces era deshonesto en su relación. Ella era tan culpable de mentirse a sí misma como él. A medida que iba aumentando el ansioso estruendo en su interior, Ola se aseguró a sí misma que lo resolvería con un abundante plato de comida, una gran copa de vino tinto y el mensaje de un hombre llamado Luke.

7. Diecinueve días para la boda

Michael y Ola se sentaron el uno al lado de la otra en el despacho del abogado, cerca, pero sin tocarse. El brazo de Michael vacilaba junto al de Ola, detenido por una línea que no podía cruzarse, invisible para todos menos para ellos.

—Muy bien, entonces, ¿lo que estás diciendo es que no deberíamos… —Ola se corrigió con rapidez—, que Michael no debería demandar a Twitter por esto?

—Eso es —dijo Gary, el abogado, mientras asentía con entusiasmo con la cabeza—. Veréis, la sección 5 de la Ley de Difamación establece que si los administradores de una página web retiran con rapidez la declaración difamatoria de un tercero, no se les considerará responsables. Hablando en cristiano, los sitios web son meros intermediarios de la libertad de expresión, siempre que sean conscientes de que el contenido publicado es perjudicial.

—Pero denunciaste el tuit inmediatamente, ¿no es verdad? —dijo Ola, volviéndose hacia Michael, quien hizo un gesto evasivo con la cabeza.

—Sí, pero ahí radica lo perverso de la defensa —respondió Gary, apoyando los codos en el escritorio y entrelazando los dedos delante de la barbilla—. Se disuade a los portales de internet de que vigilen activamente los contenidos por si acaso son difamatorios. Básicamente, se les aconseja que los ignoren a menos que se les indique que lo son. Habéis dicho que quitaron la Lista pocas horas después de que Michael la denunciara, ¿correcto? Ni siquiera habían respondido a su denuncia todavía. Como la eliminaron antes de que Twitter supiera que existía, no hay delito. Por lo menos no en el caso de Twitter.

El teléfono de Ola parpadeó un momento a su lado. Se fijó en la notificación y después le devolvió la inclinación de cabeza.

—Entendido. Y como Michael no sabe quién la publicó…

—… El señor Koranteng tendría que obtener una orden de revelación obligatoria de datos, que obligaría a un tercero, en este caso, a Twitter, a proporcionar la información del individuo que la publicó: la información de registro, su dirección IP, etcétera.

Michael empezó a distraerse. No era que no le importara, es que

estaba bloqueado, sin más. Mientras estuvieron reunidos en la oficina del abogado, la única señal de que Ola estaba «con él» era dónde estaba sentada. Gary Deakins, un hombre corpulento, de rostro rosado, le demostró más afecto que su prometida. Quizá porque esperaba sangrarle el dinero que no tenía. Ola, mientras tanto, le había dejado claro a Michael de todas las maneras concebibles que no estaba allí para apoyarlo.

Hacía ocho días que se habían sentado juntos a la mesa del Prêt y Michael había hecho lo imposible para averiguar qué hacer. No tenía derecho a asistencia jurídica y los de la Oficina de Atención al Ciudadano no pudieron ayudarlo, pero cuando le dijo a Ola que había encontrado a alguien dispuesto a concederle treinta minutos de asesoramiento legal gratuito, pensaba que aquello, al menos, la haría feliz. Fue Ola quien sugirió acompañarlo para la charla preliminar con una respuesta de tono profesional, para asegurarse de que «estaba al tanto de todo lo que se decía». En realidad, no es que Michael esperase que lo felicitara, pero no había previsto aquel grado de frialdad. Era como si ella fuera la única que estaba sufriendo por aquella situación o, al menos, sufriendo sin merecérselo. ¿No podría tener Ola un poco de confianza en su futuro marido? Michael no entendía por qué estaba tan dispuesta a creerse lo peor de él. No es que hubiese sido siempre un ángel, pero nunca le había puesto una mano encima, ni siquiera le había gritado. Sin embargo, Ola estaba dispuesta a creerse las palabras de una completa desconocida antes que las suyas, todo porque supuestamente era «lo correcto».

El desconocimiento era lo que volvía loco a Michael. Una necesidad imperiosa de descifrar lo que se decía o no se decía en todo momento. No solo con Ola, sino con todos los demás, sobre todo en CuRated. ¿Era normal que Sebastian no se involucrara con el personal o es que estaba evitando a Michael? ¿Era la sonrisa siempre forzada que se dibujaba a diario en el rostro de Beth —aunque no se reflejaba en su mirada— consecuencia del malestar general que sentía hacia los hombres de color o hacia los hombres a los que creía capaces de pegarle a una mujer? El día anterior, el representante de un prometedor actor británico negro que había conseguido un papel protagonista en un *reboot* de *Paid in Full* había llamado en el último momento a Michael para desconvocar la entrevista que le iba a conceder. Sin explicaciones, sin disculpas. Los famosos eran unos tiquismiquis; sin embargo, cuando Michael sugirió cambiar la fecha, lo ignoraron.

Mucha gente estaba desapareciendo de su vida: gente de los márgenes que ahora echaba de menos porque ya no estaba. No

muchos habían dejado tan claro su disgusto con él como Celie, lo que le había dolido aunque no hubieran sido íntimos nunca. Pero algo había cambiado y era difícil de explicar sin que pareciera que se había vuelto loco. Lo invitaban a menos eventos. Le evitaban la mirada. Sin embargo, no había nada demasiado concreto; no podía saber con certeza si estaba siendo racional o tambaleándose en el precipicio de la pura paranoia.

Estar incluido en la Lista era como estar en un estado de espera constante; como recibir un diagnóstico abierto, pero terminal: no sabía si le quedaban semanas o meses de vida, pero era irrefutable el hecho de que un día la enfermedad haría estragos en él. Al principio, Michael creyó que prefería que no le mencionaran la Lista, aunque la hubiesen visto. Había archivado todas las conversaciones en las que le habían preguntado por ella, bloqueado y borrado a los contactos que se habían preocupado. En aquel momento, sin embargo, una semana más tarde y sin haber dormido una noche entera desde que saliera a la luz aquella publicación, quería saber con exactitud a qué atenerse con todo el mundo, incluso aunque los demás prefiriesen no tener nada que ver con él.

Había escuchado a Gary decirle algo con voz apagada y a Ola repetirlo; de repente, estaban los dos mirándolo expectantes.

—¿Michael? —dijo ella.

—¿Mmm?

—Gary te ha preguntado si la cuenta de la Lista ha vuelto a aparecer en Twitter desde entonces.

—No, no. O sea, no que yo sepa. Aunque sí sé que la han compartido en otros sitios.

—Está bien, bueno, le sugeriría que se pusiera en contacto con cualquier otro sitio que sepa que está alojando el contenido difamatorio y solicitara que lo eliminasen —dijo Gary con un movimiento de cabeza.

—Ah, vale.

—En cuanto al original, es increíblemente difícil rastrear una publicación hasta un individuo concreto —siguió diciendo Gary—. Ahora bien, por lo general, se puede rastrear hasta un ordenador concreto, y entonces se pueden utilizar pruebas circunstanciales para establecer la identidad. Aunque, dada la naturaleza de esa lista, el autor en cuestión podría ser una persona distinta a la que realizó la acusación ofensiva.

—De acuerdo —dijo Michael, comprendiendo apenas.

—No es un proceso rápido o sencillo.

—¿No?

Gary se ajustó la corbata.

—Tampoco es barato.

Las palabras se quedaron flotando en el aire. Michael oyó la respiración acompasada de Ola, que cambiaba de postura en el cojín del sofá, cruzando y descruzando las piernas. Con la mente confusa por la estática, Michael le echó un vistazo a Ola por el rabillo del ojo y vio que se estaba tocando la cutícula del dedo anular, ahora sin anillo.

—Lo mínimo que deberías hacer es concentrarte —le dijo Ola mientras salían de la oficina y rebuscaba el iPhone en su bolso.

—Estaba concentrado.

—No es verdad. He hecho yo todas las preguntas —dijo Ola, bajando la mirada al teléfono.

—Ola, te he dejado hacer las preguntas porque querías hacer tú las preguntas. —Ola no le contestó—. No dejas de mirar el móvil —dijo Michael.

Ante eso, Ola levantó la mirada.

—No es verdad.

—Sí es verdad.

Ola resopló.

—Vale, ¿y qué si lo hago? Tengo un trabajo y amigas preocupadas y troles de Twitter y una boda que puede que se celebre o no, así que sí, tengo más movimiento en el teléfono de lo habitual. ¿En serio ese es nuestro mayor problema ahora, Michael?

Él se quedó callado.

—Tienes razón. Lo siento.

Ola frunció los labios y volvió a entrecerrar los ojos para mirar la pantalla.

Cuando Michael le había pedido matrimonio diez meses antes, había puesto como pie de la imagen de ellos dos —besados por el sol y besándose con la puesta de sol de fondo— #BlackLove, no solo para que la etiqueta hiciera que la publicación fuese fácil de encontrar, sino como declaración. Ella era el paradigma de la mujer negraTM y él era el paradigma del hombre negroTM. No había duda de que era genial que se hubiesen encontrado. Y era estupendo ver que unos completos desconocidos estuvieran de acuerdo —casi treinta mil—, si los me gusta de aquella publicación servían como referencia. Y, de repente, la cara de Ola y la suya estaban pegadas en perfiles de Instagram llamados cosas como @melaninmarriages y @blackluvdontcrack, intercalada entre fotos de Beyoncé y Jay-Z y los Obama. En el transcurso de aquel periodo surrealista de dos semanas, entre los dos consiguieron cuarenta y siete mil seguidores nuevos. Desde entonces, Michael había subido fotos de ellos dos con regularidad, lo que había

atraído más admiración de aquellos desconocidos. No tenía ni idea de que un día haría cualquier cosa por sentirse menos visible. O de que un día su relación con Ola le recordaría a la de sus padres, cuando se provocaban el uno al otro y discutían.

—¿Vas a ir a la comisaría? —dijo Ola con los ojos todavía pegados al teléfono.

Michael levantó un hombro.

—No estoy seguro. Cuanto más lo pienso, menos seguro estoy de que puedan hacer algo.

Ir a la policía no era algo que, por lo general, Michael hiciera, pasara lo que pasase. Desde que tenía uso de razón, siempre había oído «que les den a los maderos, que le den a la pasma, que les den a los pitufos, que le den a la bofia». Pero se le estaban acabando el tiempo y las salidas. Cuando le había propuesto la idea a Ola, ese mismo día, con la esperanza de apaciguarla, ella había parecido dispuesta a escucharlo. Sin embargo, a la fría luz del día, no estaba seguro de ser capaz de seguir adelante.

Ola levantó la cabeza, confundida.

—Bueno, no te puedes permitir llevarlos a juicio —dijo ella—. Así que si no es la policía, entonces, ¿qué?

—No lo sé, Ola, pero ¿la policía? No es que sea famosa precisamente por velar por los intereses de los hombres de color, ¿no?

—Sí, bueno, es probable que la situación fuera peor si fueras una mujer intentando denunciar una violación —le espetó Ola.

Michael retrocedió, y la voz y los ojos de Ola se suavizaron un poco.

—Entiendo lo que dices —concedió—, pero si no has hecho nada de lo que te acusan, entonces a lo mejor te pueden ayudar.

Michael asintió a regañadientes.

—Supongo, si crees que merece la pena.

—Quiero decir que mal no va a hacer. —Un silencio—. ¿Necesitas que vaya contigo? —Michael se dio cuenta de que Ola le preguntaba por obligación.

—Estoy bien, no tardaré mucho. A menos que quieras venir…

—No, no, no te preocupes. Encárgate tú. —Levantó la barbilla a modo de despedida y se alejó, inclinada sobre el teléfono.

«Era mejor así», pensó Michael. Quería un apoyo que ella no podía darle. Y si iba solo, tendría menos la impresión de estar intentando convencer a dos personas de su inocencia en vez de a una.

Le hizo falta toda su resolución para llegar a la comisaría. La caminata fue una agonía, el estrés hacía que le dolieran las articulaciones. La última vez que se había sentido así de vacío, tan

cansado que habría podido dormirse y no volver a despertar jamás, fue cuando lo despidieron de Schuh y no conseguía encontrar otro trabajo. Para entonces, el pódcast había convertido a Michael en una especie de microfamoso, y su presunto éxito en internet, comparado con el desastre de mierda que era su vida profesional, solo conseguía que se sintiera peor. A lo largo de su relación, había celebrado las victorias de Ola como si fueran suyas; se entusiasmó cuando le anunció que gracias al blog había conseguido una entrevista en *Womxxxn.* Pero le resultó más difícil emocionarse con el ascenso de Ola a editora de temas de actualidad, ya que coincidió con su despido. Su autoestima, ya sacudida por el desempleo, tuvo que sufrir el golpe de ser el novio «fracasado».

Antes de eso, había tenido problemas de salud mental durante su primer año en la Universidad de Montfort. Echaba de menos la comida de su madre y a sus amigos, y todo lo que hacía que su casa fuera su casa. Empezó a fumar más marihuana de la cuenta y a beber más que nunca. Cuando empezó a saltarse primero las clases y luego las fechas de entrega, su tutor tuvo una charla con él en la que le ordenó que fuera a ver al equipo de atención al estudiante, que lo envió a ver al terapeuta del campus. Fue a tres citas y dijo exactamente lo que creía que querían oír en cada visita: sí, echaba de menos su casa y algunos días se sentía solo y abrumado por su nuevo entorno, pero no era demasiado grave. Todo el mundo experimentaba cambios de salud mental; al fin y al cabo, algunos días eran mejor o peor que otros, lo mismo que con la salud física. Sí, tenía amigos con los que sentía que podía hablar, gracias: se llevaba muy bien con su compañero de habitación, Kwabz. Una visita a su casa sin duda ayudaría; de hecho, a final de mes tenía previsto ir. Después, Michael controló aquellos sentimientos durante sus años de universidad con la ayuda de mucho alcohol y muchas mujeres, pero la idea de que volvieran a dominarlo una vez más, como hombre adulto, le asustaba.

Desde fuera, la comisaría de Plaistow era un viejo edificio de ladrillos rojos de aspecto poco amenazador, como un colegio. Pero cuando Michael entró y vio el cartel de personas desaparecidas y el cristal antibalas en la recepción, no podía creerse que hubiese llegado a eso. Su madre rezaba para que Michael no terminase nunca donde estaba entonces. Había esquivado a los gamberros chungos del colegio y a los policías que se pasaban la vida buscando pelea. Sin embargo, allí estaba, intentando que no le castañetearan los dientes en una sala de interrogatorios con el aire acondicionado demasiado fuerte.

—¿Y dónde han publicado esos mensajes? —preguntó el policía, que tenía problemas para seguirlo.

Estaba sentado detrás de un monitor de ordenador grande de pantalla plana que en la década de los noventa habría parecido futurista y ahora se veía anticuado. El laminado de la vieja mesa se estaba descascarillando y la mayoría de las cosas que había en la habitación eran de algún tono de azul: las persianas azul marino, la ordinaria silla de escritorio cobalto, la moqueta mugrienta gris azulado, moteada de chicles negros aplastados.

—En Twitter —contestó Michael.

Oyó que el policía empezaba a teclear.

—¿Qué decían exactamente los mensajes?

—Era una publicación que decía que había cometido acoso y que había una orden de alejamiento en mi contra por una agresión física.

El policía puso cara de perplejidad.

—Lo que no es verdad —añadió Michael por segunda vez—. Pero, obviamente, antes de que lo borraran, hicieron capturas de pantalla y se sigue difundiendo.

—Entonces, ¿la publicación en cuestión ha sido retirada?

—Bueno, sí —dijo Michael mientras se le iba empezando a notar el pánico en la voz—. Pero el daño está hecho.

El policía se rascó la cabeza.

—Lo siento muchísimo, señor Koranteng, pero esto parece ser un asunto civil, no policial.

—Por favor, tío, ¿no podéis hacer nada vosotros? Se supone que me voy a casar dentro de dos semanas y media. Mañana tenemos que preparar la distribución de los asientos y mi chica no puede ni mirarme a la cara.

—¿Ha intentado ponerse en contacto con Twitter directamente?

—Ya lo he hecho. A ver, les mandé un mensaje, pero no es como que tengan un número al que se pueda llamar, ¿no?

El policía chasqueó la lengua y dejó de teclear. Se puso las manos sobre los muslos y suspiró.

—No estoy muy seguro de que podamos hacer algo. No tenemos el nombre de la denunciante. No hay ningún material, aparte de lo que había escrito en ese tuit que ya no existe.

Michael empezó a dar golpecitos con el pie.

—También han pasado otras cosas.

—¿Otras cosas?

—Sí —dijo Michael, y después carraspeó—. Me están acosando por internet.

Decirlo hizo que se sintiera estúpido. No sonaba nada grave. Había empezado con uno o dos comentarios de la misma cuenta, @mirrorissa92. Un número de comentarios lo suficiente pequeño

como para que el encargado de las redes sociales de CuRated, Simon, con su camisa de franela y su pelo rubio, pudiera borrarlos en cuanto aparecían, sin tener que molestarse en avisar a Sebastian.

@mirrorissa92: No podéis ignorar el comportamiento de Micheal Koranteng hacia mí y muchas otras mujeres #DespedidaMichealKoranteng #LaLista
@mirrorissa92: Así que dándoles altavoz a los maltratadores de mujeres, ¿eh, CuRated? Parece que seguís #NotRated. Qué asco
@mirrorissa92: Micheal Koranteng es un maltratador y un pedazo de mierda. CuRated tiene que hacer lo que debe por las mujeres y despedirlo. YA.

Simon supuso que era un perdedor de esos que seguía viviendo con sus padres, un poco inestable, obsesionado con el apuesto empleado recién contratado. Pasaba de vez en cuando, la gente decía todo tipo de cosas desde cuentas anónimas. Después, unas horas más tarde, llegó otro comentario. Y otro. Simon bloqueó la cuenta al día siguiente, pero lo que supuso que era el mismo usuario volvió enseguida bajo el alias @mirrorissa90210. Bloqueó también esa cuenta y, pocos minutos después, apareció otra, @mirror_issa. Cada vez que borraba una cuenta, se reencarnaba en una variación del mismo seudónimo: @mirrorissa29, @mirrorissa_92, @ mirrorissa93, etcétera. Simon se lo hizo saber a Michael, que había visto los comentarios en cuanto empezaron. Sabía que no se detendría, aunque no podía contarle a Simon el porqué. Cuando llevaba dos días en CuRated, Michael vio que @mirrorissa92 pedía que lo despidieran y que divulgaba su dirección particular. Volvió a tener aquella desagradable sensación que ya conocía y que le había puesto de los nervios una semana antes. Lo habían estado troleando sin piedad desde que habían subido la Lista, pero @mirrorissa92 era distinta, implacable. Los mensajes se referían a la vida personal de Michael. En ellos aseguraba que Michael había abusado de ella.

—Y la cuenta esta, mirrorissa92… ¿Tienes idea de quién está detrás?

—Es anónima —dijo Michael. Después se recompuso y añadió—: Pero creo que sé quién es. Creo que es la misma persona que me ha metido en la Lista.

Se alegraba de que Ola no estuviese allí, pero en cierto modo también deseaba que estuviera. Una discusión más con ella y era probable que se lo confesara todo. Absolutamente todo. Porque una gran parte de él quería que ella lo supiera. Que le había mentido al decir que no sabía quién lo había acusado. Que, a pesar de sus convicciones, sí que era una persona de mierda. No era un maltratador. No pegaba a las mujeres ni era violento, pero era

deshonesto. Hacía promesas que no tenía intención de cumplir. Y ahora estaba seguro de que era eso lo que lo había metido en aquel lío.

Michael nunca engañaría a Ola. Acostarse con otra persona mientras estaba con ella era un límite que no volvería a saltarse jamás. Pero no le había contado lo de los mensajes. Las llamadas de teléfono. El *sexting*. Las videollamadas de FaceTime. Lo que Kwabz llamaba una «aventura emocional» y Michael consideraba un término inventado. Cuando Ola y él se peleaban, o cuando Michael se sentía rechazado —lo que pasaba más a menudo de lo que le gustaba admitir—, Jackie y él intercambiaban mensajes que era probable que no debieran intercambiar. Mensajes que Ola no debía ver jamás. Las cosas que Michael le decía a Jackie no eran sinceras, pero ahora estaba seguro de que Jackie quería demostrarle cuánto pesan las palabras y el daño que pueden llegar a hacer.

Segunda parte

8. Quince días para la boda

Entonces, lo que me estás diciendo, UNA VEZ MÁS, es que todavía no tienes nada para enseñarme???

Los ojos de Frankie estaban entrecerrados y su boca mostraba una tensión evidente en los labios mientras golpeaba el teclado con los dedos. Aunque Ola no podía oír su iracundo tecleo, sí podía verlo desde su mesa a través de las paredes de cristal.

Ya me has hecho perder bastante tiempo con esto, así que podemos ir al grano para variar? Qué demonios está pasando????

Los dedos de Ola revolotearon sobre el teclado mientras pensaba con detenimiento qué palabras elegir. No perder los nervios era crucial —al fin y al cabo, había público—, pero también resultaba esencial no cabrear más a Frankie. Aquella mañana, por Slack, Frankie le había preguntado si por fin había adelantado algo con el artículo sobre la Lista. Lo había hecho a propósito en el chat principal de Slack, para que todo el equipo viera la conversación. Cuando Ola le contestó que no, Frankie siguió por el mismo canal, convirtiendo el chat en una bronca pública. Cuando empezó el rapapolvo de Ola, sus compañeras estaban tan tiesas y calladas como maniquíes en una tienda, demudadas y mudas por aquel momento tan desesperadamente incómodo. Solo se oía el zumbido de los ventiladores de los portátiles en la quietud de la oficina. Ola empezó a teclear:

OLA: Lo siento mucho, Frankie. Me ha llevado mucho más tiempo del previsto y reconozco que me he organizado mal.
FRANKIE: ¿Mal? Te has organizado COMO LA MIERDA. ¿Me haces el favor por lo menos de darme alguna excusa? ¿¿¿O se supone que tengo que atribuir todo esto a que estás otra vez «ocupada» con la boda, a pesar de que te dije ESPECÍFICAMENTE que esto era prioritario???

Mayúsculas. La paciencia de Frankie se estaba agotando hasta un punto que Ola no había visto nunca; no había ni un «maravilloso» o un «fabuloso» a la vista que suavizaran la situación. Aquello no era pasivo-agresivo, era agresivo-agresivo. Ola siguió con la mirada clavada en la pantalla.

OLA: No quiero presentar algo de calidad inferior, así que necesito un poco más de tiempo.

FRANKIE: De calidad inferior a estas alturas sería mejor que nada de nada. ¿No tienes NADA que enseñarme? ¿Ni el nombre de una sola entrevistada o alguna pista?

OLA: Lo siento, ha sido mucho más difícil de lo que pensaba.

Era cierto. Habían pasado casi dos semanas desde que Frankie le había encargado que investigara la Lista a fondo, un encargo al que Ola tenía planeado renunciar y dejar en manos de otra persona del equipo. Pero Ola se dio cuenta de que no quería que lo escribiera otra persona: no quería que se escribiera en absoluto. No hasta que estuviera convencida de que Michael era culpable. Si hubiera creído que lo era, se aseguraba a sí misma, estaría deseando echarlo a los leones. Quizá «deseando» fuera una exageración, pero aun así… Necesitaba tiempo para que Luke investigara, para demostrar o refutar la acusación, por su propio bien, y después, quizá, por el bien del artículo. Hablaba con Luke más a menudo que con los proveedores de *catering* de la boda, intentando conseguir noticias, pero hasta el momento lo único que le había enviado era la comprobación de antecedentes más aburrida del mundo y algunas fotos de Michael durante su descanso para almorzar. Se sentía fatal, atormentada por la culpa cada vez que le informaba de que no había encontrado nada, aunque nunca sintiera alivio de verdad, porque ninguno de los dos sabía exactamente qué iba a poder averiguar.

Las excusas tan poco brillantes de Ola estaban empezando a parecer una afrenta contra la autoridad de su jefa, así que no era más que cuestión de tiempo que Frankie llegara a su límite. En ese momento estaba sufriendo una crisis en toda regla en su Slack, echándole otro rapapolvo a Ola mientras su personal, convertido en testigos del asesinato de Ola, se preguntaba qué hacer.

FRANKIE: Esto es MUY decepcionante. Siempre has sido desorganizada, pero a estas alturas me parece que eres una incompetente manifiesta!!

OLA: Siento no tener una excusa mejor. Te prometo que te entregaré algo mañana. No volverá a pasar.

FRANKIE: Exacto, no volverá a pasar porque te va a sustituir Kiran.

Ola habría jurado que la sala había empezado a temblar. Saltó de su asiento —las ruedas de su silla y ella chirriaron al mismo tiempo— y se dirigió al despacho de Frankie, llamó a la puerta transparente y entró antes de que su jefa contestara.

—Pero es que ya lo he empezado, Frankie —dijo, cerrando la puerta tras de sí—. He investigado un montón, así que…

—Qué coño, Ola, y estoy usando el término en sentido reivindicativo, así que no empieces, es demasiado poco y demasiado tarde —resopló Frankie—. Últimamente eres un desastre y estoy harta. No eres la primera que ha tenido que planificar una boda, ¿sabes? No estoy segura de lo que está pasando, pero se ha vuelto problemático desde el momento en que ha empezado a afectar a tu capacidad para hacer tu trabajo.

Ola no se atrevió a moverse.

—Bien, vamos a sacar un reportaje sobre una modelo webcam de talla grande que ahora es una emprendedora de sujetadores deportivos, y sé que lo harás de maravilla —dijo Frankie, con la dulzura volviéndose a filtrar en su voz—. Pórtate como una niña buena y ponte manos a la obra, joder. ¿Vale?

De todas las personas del trabajo con las que Ola no había querido tratar el tema, Kiran era la que estaba más alto en la lista. Era la única persona que consideraba amiga suya en *Womxxxn;* ambas llevaban trabajado allí desde su fundación. Sophie Chambers, su otra compañera, había sido la primera contratada del equipo original de «fuerza *woke*» de tres redactoras (que desde entonces Frankie había cuadriplicado). Sophie era una periodista elegante y experta en redes sociales que se había labrado su próspera presencia en internet con más de ochenta mil seguidores en Twitter, cortesía de su *hashtag* #Castradalosheteros. Usaba el *hashtag* para citar tuits que fueran «ejemplos de cisheteronormatividad que revolvían el estómago» —revelaciones de género, peticiones para ir al baile de fin de curso— y, al final, la expulsaron de la página, hasta que tuvieron que readmitirla y volvió cubierta de gloria al hacer viral una petición que tachaba la medida de homófoba.

Sophie era la versión más extrema de «redes sociales contra la realidad» con la que Ola se había topado. Tenía el mismo aspecto que en las fotos de internet, con su pelo rosa algodón de azúcar y sus claros ojos grises, aunque en persona no podría haberse comportado de manera más diferente. En internet era toda respuestas descaradas y desafíos. Fuera de internet, se mostraba tan renuente a los conflictos que cuando Jada Smalls entendió mal su nombre y creyó que era «Sophia» durante su sesión de fotos para la portada, no la corrigió y se pasó rebautizada las cinco horas enteras.

A Kiran Ranaut la habían contratado unos meses más tarde para que escribiera tanto en cultura como en estilo de vida; a Ola la reclutaron en último lugar como redactora jefe. Ahora Ola dirigía la sección de actualidad, pero por aquel entonces luchaba por llegar a fin de mes como escritora independiente, cubriendo una baja de

maternidad de seis meses en un sitio digital de noticias que ya no existía mientras escribía sobre sexo y relaciones en su blog ya desaparecido, MeteteyaJodr.com. Las tres formaban el equipo de editoras jefe de *Womxxxn* (junto con sus cargos no oficiales de redactoras, subeditoras, inspectoras, limpiadoras de la oficina y terapeutas).

A veces, Ola era consciente de que cumplía con el papel de ser «la negra del equipo», pero se imaginaba que Kiran y Sophie también sentían lo mismo sobre sus papeles obvios de asiática y gay. Después de que Kiran saliera del armario, Frankie empezó a bromear con que ella sola podría cubrir sin ayuda de nadie la cuota de diversidad de *Womxxxn,* ya que Kiran era pansexual, de origen indio y tenía dispraxia.

—Si lo hubiera sabido, no me habría molestado en contratar a Sophie y a Ola. ¡Con Kiran ya tengo un puñado de las letras de LGBT y de BAME de una sola tacada! ¡Es como si estuviera en el puto *Cifras y letras!*

Frankie repetía una versión nueva de aquel chiste en todas las fiestas de la oficina después de haberse tomado unas cuantas copas, como si no estuviera segura de que lo hubieran oído la vez anterior porque no se habían reído.

Cuando Ola dio con ella, Kiran estaba en la parte de la cocina, con los AirPods puestos, llenando de agua su botella sostenible. Llevaba el pelo negro y grueso rapado hasta la mitad de la nuca y lo demás recogido en un moño alto, con las puntas de color rubio ceniza que le quedaban de la decoloración que se había hecho cuando tenía el pelo corto y que conseguían un efecto *ombré* involuntario. Así era Kiran en pocas palabras: conseguía ir siempre a la última sin esforzarse. Llevaba una camiseta blanca grande con unos pantalones de pata de gallo y los calcetines, cuyo borde empezaba justo debajo del dobladillo, le desaparecían dentro de unos Wallabees negros. De su oreja izquierda colgaba un pendiente descomunal con forma de imperdible. Ola le dio un golpecito en el hombro y ella dio un grito ahogado; se le cayó la botella al fregadero. Kiran se giró con actitud acusadora y luego suspiró aliviada.

—¡Nana! Mierda puta, menos mal que eres tú —dijo, llevándose la mano al pecho.

Aquel mote era una de las muchas maneras en que le tomaba el pelo a Ola por su diferencia de edad; tenía su número de teléfono guardado con el emoji de la abuela.

—Sophie no deja de intentar meterme en un vídeo patrocinado que están preparando para el lanzamiento del nuevo suero para el

contorno de ojos de L'Oréal, la campaña esa de #OjosTanWoke. —Fingió arcadas mientras se metía los AirPods en el bolsillo—. Está asustada y como loca por si se revela la verdad de que nuestra oficina es blanca como la mierda, a lo CuRated. Va a ser como el anuncio de Pepsi de Kendall Jenner, pero en 2019, espera y verás.

—Mierda —dijo Ola—. ¿Cómo vas a escaparte?

—Le he dicho que iba en contra de mis convicciones religiosas, pero está claro que alguien se ha chivado, porque Sophie está intentando sonsacarme más información.

—¿Como qué?

—Eh… ¡Como de qué religión soy! No lo había mencionado antes, así que está intentando aparentar indiscreción para «evitar cualquier futura confusión». Le he dicho que era ofensivo preguntar. —Se echó a reír al decir aquello, oyendo la respuesta de Ola en su silencio y su ceja enarcada—. Vamos, venga. ¡Es ofensivo en serio! —dijo con una sonrisa—. Es el motivo literal por el que ponen la opción esa de «prefiero no decirlo» en los formularios. O lo que es para mí la opción: «Se supone que soy religiosa porque soy marrón, pero no voy ni a confirmarlo ni a negarlo». ¡Déjame utilizar una de las pocas formas del privilegio asiático que existen! —Esperó a que Ola se riera de nuevo, pero Ola no se rio. Kiran arrugó la nariz—. Vale, ¿qué pasa? Y no me digas que es la boda, porque si vas a tener esa pinta de desgraciada todos los días, entonces a lo mejor no deberías casarte —dijo, dándole a Ola un ligero codazo en las costillas.

Ola se agarró la cara con las manos.

—No sé qué hacer, Kiran.

—¿Con qué?

—Con… —dijo Ola, y luego se calló. No había ningún punto de partida elegante para la conversación—. Con la Lista.

—¿Oh, es eso? Me acaba de llegar un mensaje de Frankie diciendo que quiere que me encargue yo —dijo Kiran—. ¿Qué ha pasado?

¿Qué había pasado? Ola buscó la manera menos inquietante de resumirle la situación. En realidad era una historia muy corta: el contexto, sin embargo, era larguísimo. Ola quería contestar todas las preguntas que sabía que surgirían antes de que Kiran se las hiciera.

Más sabia de lo que correspondía a su edad, Kiran era una periodista formidable y una de las pocas personas de la oficina que consideraba su profesión como algo más que un medio para conseguir gratis entradas de prensa. El día que conoció a aquella *wunderkind,* Ola había sentido celos de ella, lo que no estaba de moda y era poco feminista admitir. Kiran era el tipo de persona que entraría en la lista anual de Forbes *30 Under 30* (todavía le quedaban cinco años enteros

para poder entrar), pero solo escribiría sobre ello para denunciarlo por edadista, capitalista y por ser el epítome de lo mal que estaba que en la cultura milenial predominara «prostituirse por dinero». También predicaba con el ejemplo de su moralidad feminista: los fines de semana hacía voluntariado en refugios de mujeres y donaba gran parte del dinero que sacaba en su popular Patreon. Ola no podía soportar la idea de que Kiran pensara mal de ella.

—¿Ola? —inquirió Kiran.

—Me parece que nadie debería escribir sobre la Lista todavía.

Kiran inclinó la cabeza hacia atrás, confusa.

—¿Por qué no?

Ola inspiró profundamente.

—No me parece que sea lo correcto, antes de que conozcamos todos los hechos.

—Mmm, pero no vamos a informar sobre la Lista como si fueran «todos los hechos», ¿no? Es una noticia en proceso de desarrollo.

—Bueno, ¿en serio deberíamos darle espacio en las columnas a una lista anónima en la que puede haber participado cualquiera?

Ola sintió escalofríos incluso mientras lo decía. Se descubrió a sí misma defendiendo puntos de vista opuestos según con quien estuviera, una chaquetera en todos los contextos.

—Sí, porque si esos hombres sí han hecho aquello de lo que se les acusa, se lo debemos a las víctimas, Ola. A nuestras lectoras —dijo Kiran con lentitud y precisión, como si le estuviera explicando las tablas de multiplicar a un niño—. ¿Qué te ha dado? No es que no hayan escrito ya de ella. *The Guardian* ha publicado un artículo corto, *Vice* también. Hoy ha salido un artículo en *Buzzfeed,* y que me parta un rayo si esos gilipollas de mierda de los test…

—Pero es eso, si lo han hecho —la cortó Ola—. Si. ¿Y si no lo han hecho?

—Entonces que limpien su buen nombre. No los estamos acusando de nada. Meteremos un montón de «supuestamente» —respondió Kiran dando un paso hacia atrás—. Ahora mismo estás empezando a parecer un poco una infiltrada de Jordan Peterson.

—Conozco a uno de los hombres acusados —dijo Ola, sorprendiéndose a sí misma.

Silencio.

—Vale…

—Es Michael. Lo han acusado de violencia física, comportamiento intimidante y acoso.

—Guau —dijo Kiran después de un momento—. No lo entiendo. Frankie me lo ha mandado y no me ha dicho nada.

—No lo sabe.
—Ay, Dios mío. ¿No podría ser otro Michael?
—No.
—Mierda. ¿Estás bien?
—No.
Kiran se quedó callada un momento, mientras Sophie y Lucy pasaban rozándolas para coger batidos de colores vibrantes de Joe & The Juice del frigorífico comunitario. Kiran se arrimó a Ola cuando se quedaron a solas y bajó la voz:
—Pero qué coño, tía.
Ola suspiró.
—Todos los días me despierto y me siento mal. Como si estuviera traicionando a toda la población femenina, pero también a mi prometido. Nunca he estado tan confusa.
—Vale. Bueno… —dijo Kiran. Se quedó callada un momento—. Pero de verdad espero que no me estés diciendo que apoyas a un maltratador.
—Kiran… —Ola la miró con ojos suplicantes—. No puedo decir que sea un maltratador.
—Madre mía —dijo Kiran, con más decepción que molestia en la voz—. ¿En serio?
Ola sintió que le ardía la cara de la vergüenza.
—No es que haya aceptado su palabra —dijo—. Pero algunas de las acusaciones no cuadran. Como que han dicho que agredió a alguien en una fiesta navideña de la oficina; me ha mandado pruebas de sus antiguos trabajos que demuestran que nunca ha estado en una.
—¿Y si fuera la fiesta de Navidad de otro sitio?
En ese momento, Ola se quedó helada. No había pensado en eso. Se puso a mirar el suelo de vinilo, derrotada.
—No estoy diciendo que no escribamos nunca sobre eso, estoy pidiendo que esperemos.
—Las mujeres heterosexuales vuelven a hacer de las suyas —murmuró Kiran en voz baja—. Son el eslabón más débil.
—No me jodas, Kiran.
—Es muy curioso que hayas estado más que dispuesta a hablar de la importancia de «creer a las mujeres» hasta el único momento en el que se te ha exigido un sacrificio personal de verdad. Y con «curioso» quiero decir «total hipocresía de mierda».
—No estás siendo justa conmigo —dijo Ola.
Se le quebraba la voz; no podía tomarse la molestia de fingir que no era así.
Kiran escudriñó a su alrededor para comprobar si las estaban

escuchando.

—Nada de esto es justo —dijo Kiran—. Ni para ti ni para las mujeres a quienes quizá Michael haya hecho daño. ¿Qué pasa si ni siquiera se da cuenta de que es culpable? ¿Y si lo que él cree que es consentido es acoso, en realidad? Dado lo que sabemos por las estadísticas y…

—Entonces, ¿qué pasa con las estadísticas si una mujer ha decidido mentir? —intervino Ola—. Si, digamos, el 99,9 % de las mujeres está diciendo la verdad, hay un 0,1 % que no, ¿correcto?

—Ola, no me siento cómoda con el derrotero que está tomando la conversación…

—Yo tampoco —dijo Ola. Los ojos le escocían—. Pero ¿tan difícil es de concebir? Podría acusarte de agresión desde una cuenta anónima ahora mismo.

—Vale que es posible que una de las mujeres estuviera mintiendo —replicó Kiran—. ¿Deberían descartarse las historias de todas las demás? Siendo realistas, es probable que la mayoría de los hombres haya hecho algo para terminar ahí.

—No veo por qué no podemos aspirar a un resultado en el que nadie salga herido sin necesidad.

—¿Cuándo se ha dado ese caso, Ola? ¿Cuando las mujeres hacen lo que el sistema les pide y este las deja tiradas invariablemente? Por supuesto que vamos a tomar cartas en el asunto. Las mujeres llevan años siendo un daño colateral. Siento que esta vez pueda ser Michael, pero siempre hay balas perdidas. Eso no cambia por que compartas una lista de bodas en John Lewis con alguien que esté al final de la trayectoria de una.

—Esas balas perdidas también me están dando a mí.

—Me refiero a que no te ha molestado cuando les ha pasado a otras. ¿Cuál es la diferencia entre esto y aquella cosa de la Gully TV?

Ola había estado esperando que saliera a colación la comparación, y debería haber sabido que Kiran, con sus conocimientos enciclopédicos de todas las cancelaciones de internet, sería quien la hiciera. En 2017, se hizo viral una entrada de un blog anónimo en la que se acusaba de acoso a por lo menos tres socios de la plataforma de música Grime, Gully TV, que entonces estaba en boga. La entrada ganó adeptos entre periodistas musicales y artistas; unas semanas después, se hizo viral un artículo de Ola, #MCsToo, en el que se analizaba la caída de Gully TV y el silencio en torno a los abusos dentro de la escena musical británica. El canal Gully TV cerró de forma definitiva tres meses después.

¿Había sido aquello irresponsable? Ola había intentado ser

rigurosa: consiguió mensajes de texto y correos electrónicos cuando pudo, revisó dos veces las fechas, señaló las dudas. Pero no se había planteado aquellas cuestiones éticas cuando había escrito sobre #MCsToo. Si había una acusación falsa contra alguien en #MCsToo, ¿invalidaba eso todo el reportaje? No podía decir que pensara que sí, si era sincera: otras cuatro mujeres denunciaron a uno de los hombres en cuestión, que terminó acusado de secuestro y agresión con agravantes. Otro fue detenido después de que se filtraran textos y fotos inapropiados que le había mandado a una admiradora de catorce años. Había sido productor, y Ola se había enterado de que también figuraba en la Lista. Sabía que era culpable de lo que se le acusaba; sin embargo, habían acusado junto a él a su prometido, que aseguraba ser inocente. Defender a Michael era como defenderlos a los dos y, de paso, a los demás hombres acusados.

—No estoy segura de que haya alguna diferencia —propuso Ola después de un rato—. Lo único que puedo decirte es que lo hice porque creí de verdad que lo que me estaban contando era cierto. Cuando se trata de Michael, no sé cuál es la verdad, así que estoy haciendo todo lo posible para averiguarlo. Él ha estado en la policía, ha ido a buscar asesoramiento jurídico…

—¿La policía? ¿Un abogado? ¡Se está comportando como si fuera él la víctima!

—Pero si no es verdad, Kiran, un poco sí lo es, ¿no? Si no hace nada, parece culpable. Si hace algo, parece culpable. Haga lo que haga, está jodido. —Ola se quedó callada y se mordió el labio—. He contratado a un detective privado, ¿sabes?

Kiran abrió mucho los ojos y la boca al mismo tiempo.

—¿Cómo?

Ola echó un vistazo por la habitación. Entrevió que Frankie se levantaba en ese momento de su mesa y se ponía a pasear por el despacho mientras atendía una llamada telefónica, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Ha estado comprobando los antecedentes de Michael, siguiéndolo —dijo Ola en voz baja—. No ha encontrado nada, pero no puedo permitir que lo deje, ¿no te parece? Me están bombardeando a mensajes. Fola se ha tenido que hacer cargo de mis cuentas. Puede que Michael lo haya hecho o puede que no, pero la que lo va a pagar soy yo, sea lo que sea.

Pronunciar aquellas palabras era una tortura. Ola se apretó la cara con fuerza para cerrarse como si fuera un grifo, pero, sin darse cuenta siquiera, se echó a sollozar sin consuelo, las lágrimas corrieron a raudales. Kiran sacó dos hojas de papel de cocina de la encimera y se

las alargó a Ola, mientras mecía el hombro de su compañera con la mano que le quedaba libre.

—No te alteres. Van a empezar a hacer preguntas, y sé que odias que la gente se meta en tus asuntos. —Ola se rio con crispación mientras se sonaba la nariz—. Vale, ¿qué es lo que quieres de mí en realidad? —dijo Kiran, con la cara encogida de angustia.

—Solo quiero un poco más de tiempo antes de que salga el artículo. Todavía no sabemos la verdad. Por favor. —Ola notó que estaba temblando—. Déjame que por lo menos vea qué más me trae Luke —siguió diciendo—. Lo pido por mí, no por Michael. Pero, Kiran… Estoy preocupada por él. Me asusta dónde tiene la cabeza y lo que puede llegar a hacer.

Kiran volvió a abrir mucho los ojos.

—No a mí —dijo Ola con un tono de agotamiento. Era una batalla constante equilibrar sus temores por el bienestar de Michael con el miedo a que fuera culpable. Pero por mucho que intentara contener su sentimiento de preocupación, no podía evitarlo. ¿Dónde iría todo el amor que sentía por él si descubría que era culpable? No podía hacerlo desaparecer, por mucho que lo intentara—. Mira, sé que te he puesto en una situación de mierda y lo siento. Pero no sabía qué más hacer…

—Hablaré con Frankie —dijo Kiran con firmeza—. No voy a impedirlo, pero lo contendré, hasta que investigue un poco más y pueda conseguir información concreta de verdad. Pero no me lo agradezcas —dijo cuando Ola empezó a abrir la boca para decir algo—. No me parece bien.

—Vale. Bueno, te lo agradezco. Mucho.

Kiran echó un vistazo por encima del hombro de Ola y se quedó mirando a su jefa, que estaba paseándose por su despacho. Sacudió ligeramente la cabeza mientras se volvía hacia Ola y unos cuantos mechones de pelo se le soltaron del moño.

—No confío en los hombres cis, nana —dijo Kiran—. Pero en ti, sí. Sea cual sea el dios al que al parecer adoro, me va a mandar al infierno por esto. Así que más vale que tengas razón. Más vale que Michael esté diciendo la verdad. Y más vale que sea capaz de demostrarlo.

9. Trece días para la boda

Michael tardó más de lo que se esperaba en recibir el correo electrónico que tanto temía. Hacía dos semanas que habían subido y eliminado la Lista, pero estaba claro que a sus colegas de CuRated les había llegado. Había notado que las conversaciones se interrumpían cuando entraba en la cocina y las sonrisas tensas que rayaban en la mueca cada vez que saludaba a alguien. El ambiente era gélido, aunque resultaba más doloroso que pareciera aterrador. Solo había sido cuestión de tiempo que recibiera en su bandeja de entrada un mensaje de Beth con el asunto «La Lista».

—La verdad es que nos notificaron tu presencia en la Lista el día que llegaste —le dijo Beth, después de darle un sorbo a su té. Lo había convocado a la oficina de Sebastian, y Michael se preguntó cuántas charlas mortificantes más como aquella le esperaban—. Hemos recibido algunos correos electrónicos. Pero en CuRated no cotilleamos, hacemos comprobaciones exhaustivas de los antecedentes penales—. Se rio, incómoda—. Hicimos una, como tenemos por costumbre, antes de que llegaras, en la que habría aparecido cualquier aviso, condenas cumplidas o por cumplir, así como cualquier otra cosa relevante que haya en los archivos policiales. No había ninguna orden de alejamiento. Nada.

En un abrir y cerrar de ojos, se replanteó todas y cada una de las interacciones que habían tenido. Todas las charlas al lado del frigorífico de «¿Qué tal el fin de semana?», todas las tazas de té que le habían ofrecido.

—Vale. Ya veo —terminó diciendo Michael.

Estaba esforzándose por estar presente, pero todo empezaba a resultarle confuso. Beth sonaba como si la estuvieran retransmitiendo desde otra dimensión, sus palabras apenas atravesaban la nube de los pensamientos de Michael.

—También he hecho unas llamadas a tus trabajos anteriores, por si acaso —dijo Beth—. Al parecer, era la segunda vez que les preguntaban por una fiesta de Navidad; me dijeron que ni siquiera las celebraban, así que asumimos que no había aparecido nada porque las acusaciones no eran ciertas, ¿correcto? —dijo escudriñándole la cara.

—Correcto.

—Pues claro. —Beth volvió a darle un sorbo al té—. Esperábamos hablarlo directamente contigo en algún momento. Seb iba a sacarte el tema, pero parecías… —le miró entrecerrando los ojos—… frágil.

Michael se retorció en su asiento.

—Esperábamos que la cosa se calmara con el tiempo. Pero con esos comentarios en tus vídeos, algunos de tus compañeros han expresado que se sienten incómodos. Y eso nos pone en una situación más comprometida.

—Vale —dijo Michael—. Entonces, ¿qué significa eso, en realidad?

El silencio que siguió pareció interminable, interrumpido solo por el tictac de un reloj que había en la pared.

—No lo sabemos, Mike. —Beth respiró por fin, su voz sonaba extraña y desconcertante, sin su habitual optimismo.

Michael asintió.

—Estoy despedido.

—No he dicho eso —dijo ella, nerviosa—. Valoramos tu presencia en el equipo de CuRated, y ese es precisamente el motivo por el que estamos aquí sentados. Para ver cómo gestionamos el asunto.

A esas alturas, Beth se agarraba a su taza como si le fuera la vida en ello. Michael recordó la imagen de Ola en el Prêt, hacía dos semanas, jugueteando con su taza reutilizable y con el mismo aspecto de derrota. Todo por el embrollo que había montado él solito. Se olvidó por un momento de la lástima que sentía por sí mismo; lo inundó una oleada de compasión. Beth no era mala persona. Ola tampoco.

—Vale —dijo Michael, incorporándose en la silla—. ¿Qué va a pasar ahora?

Casi veía el engranaje en movimiento, oía el tictac de todo el proceso mental de Beth. ¿Cómo iba a resolver el asunto de la manera que pareciera menos problemática en internet? Sabía que a CuRated no le ayudaba que fuera negro, lo que, por una vez, le era útil. Despedir a su único empleado negro meses después de un escándalo corporativo de carácter racial les daría mala imagen. Pero, por otro lado, lo mismo pasaría si daban cobijo a un presunto agresor. Así de rudimentario era el juego que estaba jugando Beth. ¿A quién respaldarían en Black Twitter? ¿Y en el Twitter de las insignias azules? ¿En el Twitter afrofeminista? También eran negras, pero eran mujeres, y Michael, bueno, al parecer no era bueno para las mujeres.

—¿Qué tal si te tomas un descanso? —preguntó Beth, con una voz de nuevo estable ante la posibilidad de aquella solución temporal.

—Un descanso —repitió Michael.

—Solo hasta que decidamos cómo proceder, si valdría la pena hablarlo con alguien de relaciones públicas. De todos modos, descansa

un poco mientras. Tienes pinta de que te vendría bien un descanso.

Beth volvió a recorrerlo con los ojos y la cara se le encogió en un gesto de piedad.

—Muy bien. Entonces, ¿no me echáis?

—No te echamos. Te vamos a tener de baja temporal hasta que sepamos cómo avanzar. Pagada, no te preocupes.

¿Que no se preocupara? ¿Con poco menos de tres meses de periodo de prueba por delante?

—Vale. Guay. Gracias, Beth —dijo, en cambio.

—De nada, Mike. Esto debe de ser sumamente duro y haremos todo lo que esté en nuestras manos para apoyarte. —Michael no esperaba compasión de ninguna clase, ya que se suponía que nadie debía sentir lástima por él, y no le consoló recibirla. Beth se había metido una bolsa de lona debajo del brazo mientras se preparaban para salir, pero vaciló a medio camino al levantarse y se quedó como colgada—. Espero que no te importe que te pregunte una cosa.

—No, no, pregunta.

—¿Tienes idea de quién te ha metido en la Lista? ¿O por qué?

Michael tragó saliva.

—Ni idea.

Beth negó con la cabeza.

—Menuda mierda. Hay mucho chalado suelto, ¿no te parece? Supongo que así funciona einternet, ¿no?

Michael se marchó de la oficina justo después de eso y, en cuanto llegó a su casa, se fue directo a la cocina y se sirvió una copa muy generosa de Jack Daniel's. Últimamente había estado fumando más marihuana de lo habitual, aunque desde que había salido de la universidad había estado intentando evitar el alcohol. Aquel día lo necesitaba. Sintió el mismo peso en la boca del estómago de otras veces que lo dejaba inmovilizado en el sofá, la opresión en el pecho que conocía tan bien. Se le oscurecía el aura, una nube de humo le nublaba la mente. Ya había vivido aquello antes y tenía que evitar que una insidiosa desesperación se apoderara de él.

Cuando se sintió lo bastante tranquilo, le mandó un mensaje a Ola para contarle la reunión con Beth. No habían hablado en condiciones desde la visita al abogado de la semana anterior; las pocas conversaciones que habían tenido entretanto eran cada vez más forzadas. La culpa que sentía por Jackie, por la situación en la que había puesto a Ola, se lo estaba comiendo vivo. ¿Iba a celebrarse la boda siquiera? No tenía ni idea. Cuando sacaba el tema, Ola repitió lo que le había dicho dos semanas antes: tenía que demostrarle que era inocente. Pero cada vez que creía que estaba a punto de conseguirlo,

se daba cuenta de que estaba en un callejón sin salida. Llamó a la policía cuatro veces antes de darse por vencido, recitando su número de caso a un agente distinto cada vez.

—No se han producido amenazas —le había repetido el último con toda naturalidad—. Por desgracia, a menos que esté demostrado que lo que dicen no es verdad, es muy difícil avanzar.

—¿Cómo refuto lo que dice una persona que no puedo identificar? No tengo ninguna prueba de que Jackie esté detrás de esos mensajes. ¿Qué queréis que haga?

—Lo siento, señor Koranteng.

Cuando por fin Ola contestó el mensaje de Michael sobre el trabajo unas cuantas horas después, su respuesta fue tibia. No pareció darle mucha importancia. Él le contestó con un mensaje en el que le contaba lo que le había dicho Beth sobre su certificado de antecedentes penales, donde se revelaba que no tenía ninguna orden de alejamiento, pero fue como si no demostrase nada de nada. Si acaso, Ola tenía más preguntas.

Estaba claro que su prometida tenía la impresión de que todo era una batalla entre ellos, no una que estuvieran librando juntos. La única persona que se preocupaba de verdad por él era su madre, que ni siquiera sabía nada de la Lista, gracias a Dios, pero que lo bombardeaba con llamadas ansiosas, tanto por la boda como por su bienestar. Hasta había obligado a su padre a que le mandara un mensaje genérico para expresar su inquietud. Sabía cuánto le habría costado aquello a su madre, ya que el padre de Michael nunca había sido especialmente atento, cosa que su madre compensaba de sobra guardando siempre a su niño bajo sus alas, a su «maravilloso Michael». Resultaba desconcertante cómo, mientras crecía, se había sentido a la vez asfixiado e ignorado en el mismo hogar.

Estaba desesperado. Eran más de las tres y estaba solo en casa; el whisky le corría por las venas y la sangre se le subía a la cabeza; después de fumarse un buen porro, Michael decidió que iba a hablarles a sus amigos de la Lista.

Llevaba un tiempo dándole vueltas a si hacerlo o no, ya que los comentarios que le dejaban en los vídeos se convirtieron pronto en mensajes que le llegaban al correo del trabajo. Se le disparaba la ansiedad cada vez que intentaba controlar lo que se decía en internet, cada vez que perdía otra multitud de seguidores. Pero sentía la misma ansiedad cuando no estaba mirando el teléfono y se quedaba a oscuras. Quizá en lo que respectaba a sus amigos tendría algún control.

Durante días, el chat grupal había seguido funcionando con

normalidad, y Michael se había perdido cientos de notificaciones. Nadie había preguntado por qué estaba desaparecido en combate, como dando por sentado que estaba liado con los preparativos de la boda. Los amigos de Michael, sus amigos de verdad, no habían mencionado la Lista, y él sabía que era porque no la habían visto. Se había vuelto viral en un sector de internet que ellos no frecuentaban. La Lista existía en un mundo del que ellos no formaban parte, otra dimensión, pero el horror se estaba desplegando de todas maneras. A veces pensaba en sacarle el tema a Kwabz, pero no estaba seguro de cómo dejarlo caer en la conversación: en aquella época, solo se veían en persona en los cumpleaños o para quedar para beber a última hora en casa de Amani. Era raro plantearlo por mensaje, sobre todo porque hacía más de dos semanas que no había escrito más que emojis. Pero ¿con quién más podía hablar?

Abrió el chat grupal, cuyo nombre en ese momento era ESE CULITO NO VA A SER TUYO, KWABZ. Sus colegas estaban aclarándole algo a su padrino de boda. En vez de andarse con preámbulos, Michael les mandó sin más una captura de pantalla de la Lista, con las palabras «Me han metido en esto».

—¿Qué es? —escribió Kwabz.

Eran cuatro en el chat grupal, incluido Michael. Amani y él habían ido al mismo instituto en Canning Town, donde habían conocido a Seun (o Sean, dependiendo de con quién estuviera hablando); a Kwabz lo habían conocido en la universidad. Justo después de la graduación, habían empezado *Pillado en un desliz,* por puro capricho; había desacuerdo sobre si había sido idea de Amani o de Michael, pero todos estaban de acuerdo en que el pódcast había crecido mucho más de lo que se esperaban. Amani era entrenador personal a tiempo parcial, y la relación con la que estaba más comprometido era con la que tenía con el gimnasio que dirigía. Tenía los ojos color castaño claro y el pelo le llegaba a la altura de los hombros cuando lo llevaba trenzado; había sido el rompecorazones de su clase; durante la mayor parte de su preadolescencia y de su adolescencia, lo habían comparado con Omarion, Bow Wow, Lil' Romeo y cualquier otro con cara de bebé y piel clara que en los años noventa saliera en la portada de las revistas sobre música negra.

Kwabz servía de brújula moral del grupo, siempre escandalizado por el comportamiento de sus amigos, que a menudo lo hacían blanco de sus bromas. Tenía facilidad de palabra y la usaba en Waldegrave Manor para dar clases de inglés de secundaria, y había formado parte de *Pillado en un desliz* durante tres años, antes de conseguir el trabajo y dejar internet por completo para evitar que lo espiaran sus alumnos.

Michael era el tipo normal, Amani el divertido, Kwabz el que impedía que retirasen el programa de los servicios de *streaming*. Aunque no tenía la presencia de Amani o de Michael, lo que le faltaba en ese aspecto lo compensaba con creces con su encanto, sus bromas y sus rastas.

En cuanto a Seun/Sean, como muchos hombres del mundo empresarial de Canary Wharf, tenía la arrogancia de alguien mucho más guapo que él y su factor diferencial era «no tener filtro». Se las arreglaba para llevar americana y pantalones de vestir en todos los contextos imaginables, ya fuera para ir a un bautizo o al cine. El hecho de que su bellísima, intermitente y sufrida novia Rachel siguiera con él desconcertaba a todo el grupo, cosa que le hacían saber cada vez que tenían ocasión. A veces aparecía en el programa como invitado, sobre todo para el segmento «el rincón trasero», en el que clasificaban las nalgas de famosas y de chicas de la calle. Pero nunca se había comprometido a tiempo completo y les recordaba que él vivía en el mundo real, donde tenía que «levantarse y darlo todo».

—Leedlo —escribió Michael, al que le daba demasiada vergüenza teclear lo que le había pasado.

AMANI: Eh, venga, tío. Nadie se va a poner a leerse todo eso lol
MICHAEL: Es una lista de maltratadores de los medios

Los estados de «escribiendo» se detuvieron, todos a la vez. Seun fue el primero en responder.

SEUN: Familia, keeeeeee???
AMANI: ?????
AMANI: Qué está pasando??? Por qué estás tú en esto??
MICHAEL: No lo sé. Nunca he amenazado/acosado/atacado a nadie en mi vida y desde luego no a ninguna mujer.
AMANI: Pues claro que no. No me lo tienes que contar. Pero esto es de locos, tío
SEUN: Se supone que esto le ha parecido a alguien una broma graciosa o qué, tío???
MICHAEL: Nop. El primer día de curro me desperté y lo vi
SEUN: Ola debe de estar como loca
AMANI: No entiendo cómo te puede meter nadie en una lista de tocaniños, ¿están puto locos o qué?

—No es una lista de tocaniños —escribió Michael rápidamente, al tiempo que sentía que le ardía la cabeza.

Estaba demasiado colocado para aquello. No es que estuviera orgulloso de lo que le habían acusado, pero consideró que la distinción era importante y solía pasarse por alto.

MICHAEL: Nada que ver con niños ni con abusos sexuales. Dicen que soy un acosador y que he agredido físicamente a alguien. Lo que no es verdad

SEUN: Tienes que buscarte un abogado, hermano

MICHAEL: Ya lo he intentado. Hasta he ido a la poli, no pueden hacer nada

SEUN: Bueno es obvio que los polis no iban a hacer nada! Pero es difamación, te lo juro. Los tienes que llevar a juicio. Conozco a un par de tíos que te podrían defender

MICHAEL: ¿Que lleve a juicio a quién? Lo han colgado en una cuenta anónima, una persona anónima. ¿A quién voy a demandar, a Twitter?

SEUN: ¿No pueden rastrear las direcciones IP?

MICHAEL: Todo lo que me digas ya lo he intentado, créeme. Estaba pensando en escribir un comunicado

AMANI: Naaaa que le den al comunicado. Eso es lo que hace la gente cuando sí ha hecho mierdas. ¿A que no miento, Seun?

SEUN: Verdad de la buena. Vas a terminar más arrastrado todavía

AMANI: Tíooo, tienen aquí a mi hermano, Danks! Esta mierda es falsa total. Mira cuándo la han sacado, justo cuando sale su remezcla de puta pena

SEUN: Primo, está también Lewis. ¡Y el Guy Abe! Qué locura es esta. Parece todo una trampa, no te voy a mentir. El mal de ojo no es ninguna broma

AMANI: No, no es una broma. Tíos, ¿os he contado lo de aquella tía de Dagenham que se puso a decirme que abusaba emocionalmente de ella porque le dije que su hermana estaba más buena que ella? 🤯🤯🤯

SEUN: Juraría que sí que intentaste levantarte a su hermana 👀

AMANI: jajajaja 😂 sí, vale, pero cómo te intentan colar las palabras esas inventadas. En cuanto me empezó a decir que le estaba haciendo luz de gas la tuve que bloquear rapidito. Mira que usar términos médicos para lo que era una mentira normal y corriente

SEUN: Cómo mierda han metido aquí a Mike y a Amani no, eso sí que es de coña. El tío es una amenaza looool

La conversación estalló en decenas de «lol» con decenas de oes, y Amani empezó a contarles una leyenda urbana que había oído del amigo de un amigo sobre una chica de Finsbury Park que al parecer les agujereó tres condones a distintos novios con unos años de diferencia, se quedó con todos los bebés consecuencia de aquello y los padres le seguían pasando la pensión alimenticia hasta aquel mismo día.

—¿Dónde estaba ahí el consentimiento? —escribió—. ¿Dónde está la lista de tías que hacen esas mierdas?

Entonces Seun añadió que cuando el culpable era un hombre negro no se le permitía cometer errores ni seguir adelante con su vida como a todo el mundo, y que Chris Brown ya había pagado su deuda. Además, ¿no le había pegado Rihanna primero? No pasó mucho tiempo hasta que empezaron a poner emojis llorando de la risa, y en

eso quedó todo, como si Michael no les hubiese revelado nada en absoluto.

Le saltó una notificación aparte de WhatsApp con un mensaje de Kwabz.

—Hermano —decía sin más.

—Lo sé —contestó Michael.

KWABZ: Es todo un poco loco

KWABZ: Escucha, ya sabes que eres mi hermano, pero, tío, tengo que preguntártelo. ¿Es verdad algo de eso? ¿De las acusaciones?

MICHAEL: Kwabz, nunca le he pegado a una tía ni he acosado a ninguna tía en toda mi vida. Ni he amenazado a nadie. Te lo juro por mi madre

KWABZ: OK. Te das cuenta de lo loco que parece todo?

MICHAEL: Lo sé. Entiendo que no sepas qué pensar porque lo más probable es que a mí me pasara lo mismo. No es que haya sido un santo precisamente

Kwabz lo sabía mejor que nadie. De hecho, en De Montfort, Kwabz, de mala gana, había echado de los pasillos a chicas histéricas, cubriéndole las espaldas a Michael, que no quería asomarse a la puerta y lidiar él mismo con el asunto ya que, por lo general, estaba follando con otra. Michael solía sentirse como una mierda en la universidad y, aunque le avergonzara admitirlo, muchas veces las mujeres le hacían sentirse mejor con la vida, consigo mismo. Durante una de sus peleas más dramáticas, una amiga con derecho a roce de su clase le había dicho que era un «usador». Pero ¿qué significaba eso de «usador»? A ella nunca le había pedido nada, jamás había sido cruel a sabiendas. ¿Cuál era el límite entre ser un «usador» y, bueno, un abusador emocional? ¿Entre un abusador emocional y un adolescente inmaduro o un hombre de veintipocos? ¿A lo mejor no había ningún límite, y ese era el problema?

MICHAEL: Pero quien quiera que me haya puesto ahí ha dicho que tiene una orden de alejamiento en mi contra. Tío, eso no es verdad, ni siquiera sale en mi certificado de antecedentes penales

MICHAEL: No me conoces de ayer, bro. Solo espero que sepas que no soy capaz de hacer esas cosas

KWABZ: Guay. No me pareció que lo que estaba leyendo coincidiera con el tipo que conozco. Pero sería un poco loco no preguntar

MICHAEL: Na, te entiendo. La verdad es que me alegra que me lo hayas preguntado. A los colegas ni se les ha ocurrido preguntarme nada, mira que ponerse a hablar de Chris Brown y de no sé qué

Que Kwabz se molestara en preguntar implicaba que, de no haberse creído la respuesta de Michael, aquello habría supuesto la ruptura de su relación. El apoyo incondicional de Seun y Amani, sin embargo,

daba crédito a lo que Ola llevaba diciéndole mucho tiempo: que a los hombres solo les resultan problemáticos los hombres agresivos cuando no forman parte de su círculo íntimo. Cuanto más cercanos, más ciegos se vuelven. Era probable que tuviera razón. Aunque había ido madurando con los años (y mucho más rápido en las dos últimas semanas), se había portado tan mal como Amani y Seun, si no peor. Como esas veces, hacía unos cuantos años, en que subían al grupo desnudos que les mandaban las oyentes de *Pillado en un desliz*. Las mujeres no sabían que lo harían, y ahora Michael no repetiría aquello, pero entonces había participado. Sus admiradoras jamás le preguntaban si quería las fotos, ojo, se las mandaban sin que él las provocara. Aun así, la despreocupación de Amani y de Seun le enfermaba un poco. Igual que el hecho de que Kwabz indagara sobre el tema, de manera tan directa como lo había hecho, no había provocado en él la misma decepción y rabia que había sentido cuando había pasado lo mismo con Ola.

KWABZ: A ver, no vamos a negar que no se toman nada en serio. Pero de todas maneras, ¿crees que esto es obra de ya sabes quién?
MICHAEL: ¿De J?
KWABZ: Sip
MICHAEL: No quería ni mencionarlo, pero no te voy a mentir, sé que ha sido ella. ¿Quién si no?
KWABZ: Hermano… Por eso te dije que cortaras con eso. No te ha merecido la pena

Amani y Seun llevaban haciendo chistes sobre Jackie y él desde que ella empezó a aparecer en sus programas en directo, pero el único que sabía lo que pasaba era Kwabz. «¡Ay, ya ha vuelto a venir Jackie la culona a ver a Michael!», decían soltando carcajadas cada vez que la divisaban. Michael se lo tomaba a broma siempre. Sus amigos eran unos bocazas y no podía arriesgarse a que le llegara ninguna información a Ola. Por otra parte, sabía que Kwabz era el que menos lo aprobaría, pero también el que era más probable que se callara el secreto. Michael le dio otro sorbo a su copa antes de teclear, y el whisky le quemó la garganta.

MICHAEL: Lo sé. Y lo supe en cuanto los mensajes empezaron a torcerse, ya te lo dije. Antes de que Ola y yo nos prometiéramos, la bloqueé en todas partes. Sabía que estaba molesta, pero no hasta el punto de hacer esto
MICHAEL: Tengo la impresión de que si contacto con ella, se va a poner a decirme que la estoy acosando o cualquier otra mierda. No sé hasta dónde querrá llegar

Su desliz con Jackie había comenzado con una serie de DM. Ola y él no llevaban mucho tiempo juntos, o nada de tiempo, según a quien se le preguntara. Las conversaciones sobre su turbia «fase de negociaciones» eran difíciles de mantener. Según la mentalidad de Michael, la primera regla de una «relación sin etiquetas» era que no había ninguna regla. Fue cuando trabajaba en tiendas al por menor. Acostumbrarse a implicarse emocionalmente le llevó mucho más tiempo de lo que les gustaba recordar a ninguno de los dos. Ella no había dicho nada, pero Michael sabía que Ola pensaba que podía estar con alguien mejor que él. A veces, Michael no estaba seguro de si le gustaba a Ola o de si lo quería siquiera. Era como si estuviera más enamorada de la idea de lo que podía llegar a ser, y no tanto de lo que ya era. Hablaba sobre su potencial más que de su estado actual. Pero Jackie era distinta. A ella Michael le parecía inteligente. Divertido. Era alguien.

Jackie le había mandado el emoji de los ojos, sin palabras, pero lo bastante entrada la noche como para que el mensaje fuera recibido alto y claro. Había sido una de las primeras oyentes de *Pillado en un desliz;* Michael la reconocía de la sección de comentarios de sus vídeos de YouTube. Le había devuelto el *follow* enseguida en Instagram después de recibir unas cuantas decenas de notificaciones de ella en fotos que se remontaban hasta 2014. A @jackie_ayyx no la llamaban Jackie la culona por nada. Pero Michael tenía cuidado: reaccionaba a las fotos provocativas de ella por DM: emojis de llamas que solo veía ella.

Si Ola hubiera visto los primeros mensajes de Instagram que se habían mandado, no habría habido problema. Era obvio que a Jackie le gustaba Michael y que él estaba siendo educado, pero que no le daba pie, aunque todo cambió cuando le dio su WhatsApp. A pesar de lo que se decía a sí mismo, sabía que estaba pasándose de la raya al invitarla a que fuera a pasar el rato con él y sus amigos después de un programa en directo. Llegaron al punto de no retorno la primera vez que se acostaron, horas después de haber estado sonriéndole con afectación a Ola mientras se tomaban unos tés de burbujas en el Boxpark de Shoreditch. Aquella noche, Jackie le clavó las uñas en la espalda, muy hondo; desde entonces, no le había quitado las garras de encima.

Jackie estaba, según las palabras de Kwabz, «dispuesta a arriesgarlo todo». Michael podía tratarla como quisiera. Era como si existiera solamente para que hiciera uso de ella, como un hervidor eléctrico o una tostadora. Michael sabía lo que Jackie sentía por él, y aun así la ignoraba durante días enteros. Cuando le entraban ganas de volver a

hablarle, allí estaba ella, donde él la había dejado. Dispuesta y esperándolo. Cuando Ola lo descubrió y todo saltó por los aires, Jackie terminó consiguiendo abrirse camino otra vez, incluso después de que empezara a ir en serio con un tipo con el que salía, un hombre que parecía darle la consistencia y la disponibilidad emocional que ella le suplicaba a Michael. Después de un año sin contactar con él, Jackie le mandó a Michael un mensaje de «Feliz Navidad» sin venir a cuento. A él lo habían despedido una semana antes. Jackie llegaba justo a tiempo. Cuando Michael le contestó, la dinámica volvió a ser la misma de siempre. Michael había estado correspondiendo a sus propios sentimientos, no a los de ella.

La primera vez duraron algo más de tres meses; la segunda, casi dos. Cuando Jackie empezó a decir en serio que iba a dejar a su novio, Michael, lentamente, se dedicó a hacerle el vacío. Tardaba más en contestarle los mensajes, le mandaba respuestas tibias a los desnudos. Michael sabía que era una cabronada, que no tenía disculpa. Y esta vez, Jackie no se lo tomó con calma. Le mandaba mensajes repetidas veces. Lo llamaba sin parar, le dejaba notas y mensajes de voz chillando desesperada sobre que si Mikey esto y Mikey aquello. Hasta había aparecido por *Pillado en un desliz* con su nuevo novio, creyendo que así pondría celoso a Michael. Al contrario, este hizo como si no la hubiera visto en la primera fila; luego se aseguró de no quedarse a socializar y se fue directamente a su casa. Cuando llegó, Jackie le había mandado un ensayo por WhatsApp, haciéndole una lista con puntos de todas las maneras en las que la había hecho sufrir. Michael pensó que aquello sería el final.

Sin embargo, unas semanas después, Michael recibió una llamada perdida a las dos de la mañana, seguida de un mensaje inconexo, que él supuso que Jackie había tecleado borracha. Era distinto a los demás. Algunas cosas asustaban. Debía de habérsele desbaratado algo por dentro. El mensaje decía que la vida de Michael se había terminado, que debería morirse y su madre también. Había una vaga amenaza de atacarle con ácido; si no hubiera borrado toda su correspondencia con Jackie para que Ola no la viera, se la habría enseñado a la policía. Era demasiado. Hasta Kwabz, que por lo general sacudía sus mechones con solícita desaprobación, a lo Aslan, el león de Narnia, había leído y releído los mensajes, desconcertado ante lo contundente de la reacción de Jackie. Pero ¿todo aquello, más de un año después? ¿Lo de meterlo en la Lista? Era difícil creerse que lo odiara tanto. Mientras los pensamientos sobre Jackie se arremolinaban en su mente, le vibró el teléfono al llegarle un mensaje.

KWABZ: Lo siento por ti, tío. No sé qué haría si me pasara eso a mí

KWABZ: Aunque espérate a que pase. Mantén la cabeza alta y un perfil bajo. ¿Qué dice Ola? Se le debe de haber ido la cabeza

MICHAEL: Me ha dicho que si no le demuestro que no he hecho nada no va a seguir adelante con la boda

KWABZ: Joder, tío. Espero que a estas alturas te conozca lo bastante para saber que no eres un maltratador

KWABZ: Pero ¿estás bien?

Michael tardó un momento antes de escribir su respuesta:

MICHAEL: Sinceramente, no

KWABZ: Habla conmigo

Quería hacerlo. Contarle que no dormía de noche. Que a veces se pasaba los días enteros fumando hasta que se difuminaban en una neblina de humo y Netflix. Que había terminado buscando en Google (y borrándolo luego de su historial de búsquedas) lo que significaba no tanto el deseo de morir, sino de «dejar de existir». Que los primeros resultados fueron teléfonos de prevención del suicidio. Podía prometerle que no quería morirse, y sería sincero. Lo que deseaba era no haber nacido, lo que sabía que sonaba terrorífico, claro que no tan terrorífico como el futuro que parecía tener por delante. Esperaba que Kwabz lo entendiera, porque, si no lo entendía, ¿significaría que Michael, en definitiva, no estaba bien? Le costaba imaginar un desenlace que no lo dejara marcado como depredador de por vida, y no estaba seguro de que vivir una vida así mereciera la pena. Michael alargó la mano que le quedaba libre para coger la copa y empezó a teclear con la otra mano:

MICHAEL: Es que es un estrés que lo flipas

KWABZ: Mira, tío, es solo mierda de internet. Si no lo hubieras soltado en el grupo, ni me habría enterado. En el mundo real, sigues teniendo tu trabajo. Tus amigos. A tu chica. La gente se pondrá a echar mierda sobre otro dentro de unos días

MICHAEL: Eso espero, tío

KWABZ: Tienes que dejar de ponerte en lo peor, primo. Dios está de tu parte y nosotros también. Ya sabes que aquí me tienes si necesitas hablar, ¿sí?

MICHAEL: Sí, tío. Te lo agradezco, hermano

Michael amplió la captura de pantalla de la Lista del chat grupal. La examinaba todos los días, sin falta, para sopesar cómo de probable era que lo consideraran culpable en comparación con los demás acusados. A algunos de ellos no los había reconocido al principio, lo que en su mente era una sentencia: si habían acusado a la gente para chantajearla o simplemente porque los odiaban, ¿por qué elegir a unos

don nadie? A otros los conocía de sobra; incluso si no hubiese estado él en la Lista, Michael se habría inquietado, ya que estaba Lewis Hale, uno de sus futbolistas favoritos de siempre. Al final de la primera semana, sin embargo, se había familiarizado con cada uno de esos nombres. Si se indicaban los apellidos, consultaba sus cuentas de LinkedIn, leía y releía sus tuits. Examinó detenidamente sus cuentas de Instagram, con la esperanza de encontrar algo, cualquier cosa que demostrara que eran buenos y que, por lo tanto, también él lo era. Tenía que haber otros como él. Hombres que estuvieran en la Lista por ser unos gilipollas. Algunos no habían subido nada desde que había salido la Lista, pero la mayoría siguió inalterable, subiendo actualizaciones como si todo fuera bien. Aunque la Lista ocupaba todos sus momentos de vigilia, muchos de los otros hombres parecían seguir adelante con sus vidas y salirse con la suya. Si eran culpables, habían salido impunes. Entonces, ¿por qué se sentía castigado de una manera tan implacable?

En un rincón de la cocina, Michael vislumbró las docenas de bolsas de regalo vacías que esperaban a que metiera en ellas los recuerdos de la fiesta y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Apagó el teléfono. Lo atenazó un sentimiento de angustia, tan fuerte que resultaba casi físico. Mientras se tomaba otro trago del vaso de whisky, se quedó mirando los azulejos color beis de la pared de su cocina, imaginándose que se golpeaba la cara contra ellos hasta que se partía el labio y se rompía la nariz. Se le empezaron a empañar los ojos y echó hacia atrás el puño izquierdo para golpear la pared lo más fuerte que pudo. Después lo hizo una y otra vez. El dolor le recorría la mano cada vez que impactaba con la pared; terminó invadiéndolo una sensación de calma, como si le estuvieran inyectando morfina. Cuando por fin quedó exhausto, tenía las heridas de sus nudillos oscurecidas por la sangre que iba formando un charco en el suelo ante su atenta mirada.

10. Once días para la boda

La cuarta vez que subió cojeando por la calle Romilly, Ola se arrepintió profundamente de haber elegido aquellos zapatos. Los pies le habrían agradecido mucho más unas botas que los tacones terminados en punta que llevaba, que iban aplastándole los cinco dedos, como si se hubieran convertido en uno solo.

Ola no tenía previsto caminar tanto. Tampoco lo había previsto Google Maps. Se subió las gafas, casi iba tocando la pantalla con la punta de la nariz mientras miraba inquieta la aplicación, que aseguraba que había llegado a su destino once minutos antes. Cuanto más caminaba, más se acordaba de hasta qué punto se sentía como una turista en el Soho. Era una zona en la que sentía que debía llevar zapatos bonitos, aunque muchas veces tuviera que esquivar varios líquidos amarillentos desperdigados por el bordillo de la acera: pipí o cerveza con sabor a pipí. Ese día andaba distraída, preocupada por cómo iría la conversación de aquella tarde y por si su currículum estaba al día, en caso de que Frankie se enterara.

A pesar de no haber encontrado pruebas que incriminaran a Michael, Luke por fin había cumplido; no con lo que Ola le había pedido, sino con un proyecto que había aceptado cuando quedó claro que había agotado todas las vías con respecto a su prometido. Por medio de algún tipo de magia negra de la *deep web* que Ola no entendía, Luke había rastreado a la creadora de la Lista. Y, además, a su debido tiempo: la última vez que se vieron, en el despacho del abogado, Michael le había dejado claro que sabía que algo estaba pasando. Desde entonces, se habían mandado unos cuantos mensajes, pero llevaban días sin hablarse. Los únicos temas posibles de conversación que había entre ellos eran la Lista o la Boda, y no tenía sentido hablar de ninguna de las dos hasta que pudiera constatarse la verdad. La falta de comunicación con su prometido no era nada práctica, Ola lo sabía, pero, nada lo era en aquella situación.

Además, se estaba volviendo más difícil hacer la vista gorda ante los asuntos de la boda que se iban acumulando. Ola todavía tenía que confirmarla o anularla, y solo faltaba una semana y media para la ceremonia. En ese momento, los únicos mensajes que tenían garantizada su respuesta eran los de Luke; Celie le preguntaba si debía

darle el visto bueno a la imprenta para que hicieran las tarjetas para las mesas con los nombres de los invitados, y Ruth la rondaba sin parar, acosándola por las mañanas en el chat grupal con la lista de las fotos:

> OI. Cuál es el plan, tía??? Tengo al fotógrafo dándome por saco y a Bella Naija preguntándome si tiene permiso para compartir las fotos es su insta.

«Bella Naija no», se había limitado a contestar Ola; su primera respuesta en semanas. En cuanto a casi todos los invitados a la boda, nada había cambiado con respecto al 8 de junio. Todos los días, Ola se preguntaba cuánto tiempo podía postergar las llamadas telefónicas. Pero lo que pasara ese día la obligaría a dar una respuesta. Luke le había confirmado la identidad de la creadora de la Lista: Rhian Mcintosh, redactora adjunta de temas políticos de *The Observer.* En cuanto Ola y Kiran investigaron un poco, se dieron cuenta de que era un secreto a voces. La verdad había empezado a colarse por los lugares más peligrosos de internet, corrían rumores entre los activistas de los derechos de los hombres de que había sido o Rhian o una antigua alumna de la BBC, Louisa Meade. Se decía que *Masc On,* un blog dirigido por «artistas del ligue», planeaba publicar un artículo para sacar a la luz a una o a ambas.

Ponerse en contacto con Rhian no había sido fácil, ya que, al parecer, mantenía un perfil bajo incluso antes de que las páginas web de la *alt-right* amenazaran con revelar su información privada. No tenía Instagram, Facebook ni LinkedIn públicos, y su Twitter llevaba inactivo desde 2015. Pero, después de que Kiran la molestara con mucha insistencia a través de unas conocidas que tenían en común y de que le asegurara que no era más que una charla preliminar, Rhian accedió a una entrevista anónima con *Womxxxn.* La sorpresa era que Rhian parecía dispuesta a hablar para evitar que Louisa Meade se viera en el punto de mira y para controlar una historia que ya se les había ido de las manos.

La entrevista, por supuesto, no era auténtica. Si Frankie llegaba a enterarse alguna vez de que no solo habían montado una entrevista falsa, sino que esta trataría del tema por el que no dudaría en matar, era indudable que no vacilaría en asesinarlas a ellas. Kiran ya se había jugado el cuello para conseguir que Frankie retrasara la publicación del artículo. Le había contado a su jefa, sin faltar a la verdad, que tenía una conexión lejana con la creadora de la Lista; luego, mintiéndole descaradamente, le dijo que podría conseguir un videochat exclusivo con ella.

—Creo que hasta la vi limpiándose la baba que le caía del labio

inferior —le dijo Kiran a Ola—. ¡Me dijo que pusiera toda mi energía en conseguirlo y me ha dado dos semanas extra!

Cuando Ola llegó quince minutos tarde al club Venus, exclusivo para sus socias, se dio cuenta de que estaba tras una discreta puerta negra por la que había pasado varias veces. Pulsó el casi imperceptible timbre y una voz digna de un vídeo de ASMR salió del altavoz.

—Buenas tardes, Venus —susurró la voz.

—Hola. He quedado con Rhian Mcintosh.

Se oyó el sonido del intercomunicador seguido del de la puerta. Ola se vio transportada a lo que parecía el producto de una lluvia de ideas de una agencia de *marketing* sobre lo que sería un paraíso para chicas —no, para mujeres—: suelos de mármol rosa, paredes de espejo, un mostrador de recepción blanco adornado con jarrones blancos llenos de orquídeas. Detrás del mostrador, en la pared color terracota habían colgado una obra de arte lineal que representaba senos de distintos tamaños, colores y grados de elasticidad. Encima había un cartel con grandes letras de neón rosa: «Venus: una casa de amigas», con la diosa del amor sentada encima de un planeta, mirándose en un espejo con forma de concha que sujetaba con el brazo extendido. A la izquierda había un quiosco en el que vendían baberos para bebés, botellas de agua, camisetas y bolsos de lona con la misma imagen, y un cartel que indicaba lo que había en cada planta con letras de color rosa dorado. La quinta planta albergaba una sala de maquillaje, llamada *Casa de muñecas,* junto al gimnasio, *Im/Perfect.* Era curioso, pensó Ola un instante, que el feminismo hubiera virado para encontrarse a medio camino con el patriarcado, concordando al parecer en que las mujeres querían que todo fuera rosa y tuviera buen aspecto.

La mandaron al bar restaurante que estaba en la primera planta y se llamaba Sirenum Scopuli, donde iba a encontrarse con Rhian. Ola se dirigió con decisión a los ascensores mientras repasaba mentalmente las preguntas. «¿Quién ha metido a Michael en la Lista?» era una pregunta magnífica para empezar. Ola se dio cuenta, con un mal presentimiento, de que lo que dijera Rhian sellaría su destino, en un sentido o en el otro.

Rhian estaba sentada en la barra en una silla color coral con forma de caracola, delante de un vaso de agua con gas. Si no la hubiese buscado antes en Google como una obsesa, jamás le habría prestado atención. Era una morena completamente insulsa: blanca como el papel, con el pelo recogido en un moño bajo, con los labios delgados, las cejas finas, una camiseta de rayas de manga larga y un par de Converse blancas muy usadas. Conforme se fue acercando, Ola sintió una leve amargura hacia ella, hacia esa mujer que le había destrozado

la vida de una manera demasiado abstracta como para que su ira terminara de materializarse. Cuando intercambiaron dos «holas» cortantes, mientras Ola se sentaba, captó el deje de un acento norteño que la pilló desprevenida. Rhian hablaba tan bajo que tenía que esforzarse para oírla. No pareció para nada sorprendida de que fuera Ola la que la saludara, en vez de Kiran.

—Espero que no te importe que te haya traído aquí —dijo Rhian mientras se daban la mano—. No es para nada mi estilo, en realidad. Es un poco… —dijo mientras se le iba apagando la voz—. En cualquier caso, a esta hora suele estar vacío, así que… —dijo, encogiéndose de hombros—. Además, los fetuccini no están mal.

Ola le echó un vistazo al restaurante. La parte inferior del papel pintado estaba revestida con un motivo de sirenas, y detrás de la barra había colgado un retrato de Rosie la remachadora vestida de marinera. Salvo por una de las camareras y las pocas tetas morenas desmembradas que había visto en la recepción, Ola era la única mujer no blanca de todas las que había allí.

Intentó sonar lo más natural posible.

—Me parece que sé a qué te refieres con que es…

Rhian miró más allá de Ola, evaluando el espacio como un agente inmobiliario.

—Tú eres más una chica del Soho, ¿no?

Ola soltó una pequeña risa entrecortada.

—¿Tan obvia soy?

—No te juzgo —dijo Rhian sonriendo mientras tomaba un sorbo y levantaba la mano—. Tengo carné de miembro del Venus y perdí el acento de Newcastle hace demasiado tiempo como para poder decir nada. Y demasiado deprisa.

Ola volvió a reírse, esta vez de verdad. Michael se burlaba cuando ella decía que pertenecer a algún club privado era un «mal necesario» en su campo. Los gustos de ricachona de Ola, como la yaca deshebrada preparada como carne vegana y los cúrcuma *lattes,* eran una broma recurrente entre ellos. Cuando se refería a sí misma como clase trabajadora, Michael hacía como que agarraba un micrófono imaginario y la llamaba «la voz de las calles en las que ya no vive». Cuando Ola señalaba que vivía en Tooting, Michael le decía que era como el barrio, que se iba volviendo cada vez más pijo.

Ola le echó un vistazo al reloj de la pared.

—No quiero robarte mucho tiempo de tu tarde.… —empezó a decir.

—Sí, claro. —Rhian abrió una pequeña carta con forma de concha —. Esto lo paga *Womxxxn,* ¿no? Porque me pienso pedir un *gin-tonic*

de trece libras… —hizo una mueca mientras leía— con… limo-nada de perder el tiempo.

Ola asintió.

—Muy ocurrente.

Rhian estudió la carta.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar? ¿De la Lista así en general o de tu prometido?

Ola debió de parecer que estaba a punto de desplomarse. Rhian soltó la carta y colocó las palmas encima de la mesa como si estuviera estabilizándola.

—No era una pregunta trampa, por cierto —dijo Rhian—. Pero, sí, sé con quién estás prometida.

Ola empezó a sentir una conocida sensación de aprensión en el pecho. ¿Quién más lo sabía? ¿Lo sabía Frankie? ¿Era todo parte de un plan para denunciarla en Twitter? Aunque Rhian no usaba Twitter. ¿O sí? ¿Estaría retransmitiendo en directo por Facebook mientras hablaban?

—¿Lo sabías? —balbuceó Ola—. Pero ¿por qué no…?

—Mira. Hay gente que quiere hacerme daño de verdad. Son sobre todo activistas por los derechos de los hombres, pero tengo que investigar a todo el mundo antes de quedar. De manera exhaustiva. Soy investigadora de oficio, no es que haya sido complicado, precisamente —siguió diciendo Rhian con calma—. Has borrado la mayoría, pero las instantáneas que has subido de «vacaciones con mi amor» salen en las páginas de fans cuando tienes las suficientes interacciones. Felicidades, por cierto. ¿Cuándo es el gran día?

Los ojos de Rhian vagaron hacia el dedo anular de Ola.

Había sido estúpido pensar que Rhian no lo averiguaría. Era periodista, al fin y al cabo. No obstante, aquello la desconcertó, como solía pasarle cuando alguien ajeno a la otra *dark web* —Black Twitter, el *hashtag* #BlackLove de Instagram— se enteraba de su relación y de su surrealista fama internáutica. Otra broma recurrente entre Michael y Ola era que precisamente ella era la *fuckboy* de la relación: él solía subir fotos de ellos dos con efusivos pies de foto, mientras que si alguien echaba un vistazo al perfil de Ola, podría pensar que estaba soltera.

A Ola no le gustaba llamar la atención, ni la buena ni la mala. Era un milagro que hubiera sobrevivido a las consecuencias del anuncio de su compromiso. Aunque la estremeciera el interminable torrente de emojis de corazón que le ponían en las contadas fotos que publicaba de ellos dos, entendía aquella manía. Eran una pareja inteligente, atractiva, negra, la representación de un #CoupleGoals, imagen poco

frecuente cuando se alcanzaba cierto estatus, sobre todo en Gran Bretaña. Ola sabía que significaba algo en un mundo en el que se suponía que un hombre como Michael —guapo, ascendiendo en la escala social, negro— estaría con una mujer menos negra o más blanca. Pero las notificaciones interminables la sobrepasaban. La sensación de ansiedad la embargaba cada vez que se topaba con la foto de su cuerpo moreno en bikini en ese precioso momento personal, destacada para que la vieran los desconocidos en la página de descubrimientos de Instagram. Los comentarios preguntándole por Michael cuando pasaba un tiempo sin subir fotos suyas, exigiéndole que contara si seguían juntos, hermana, y si no, ¿me pasas su número? ¿O tiene un hermano mayor, hermana? ¿O uno más pequeño? La proyección constante de las expectativas de los demás, todo porque una vez se habían hecho una foto mona juntos. Nunca había deseado aquella visibilidad, para empezar; no se consideraba una *influencer*. Y ahora, a pesar de toda su precaución, de su reticencia, de que Fola hubiese terminado borrando y archivando algunas publicaciones, Rhian estaba sentada frente a ella, confirmando su temor de que una vez que subías algo a internet, dejaba de ser de tu propiedad.

—El 8 de junio. Pero no estoy cien por cien segura de qué va a pasar con la boda —respondió Ola de forma cortante mientras se cubría los dedos con las mangas.

Rhian levantó las cejas y emitió un silbido largo y prolongado.

—Vas a llegar por los pelos, ¿no, tía? —Su acento apareció tan rápido como se fue—. ¿Cuándo tienes planeado tomar una decisión? ¿En el altar?

—No lo tengo planeado, a decir verdad —dijo Ola—. A decir verdad también, por eso he venido.

Rhian carraspeó.

—Me imaginaba que esto no iba a ser solo una entrevista.

—Me sorprende que aun así estuvieras encantada de verme.

Rhian se encogió de hombros de manera casi imperceptible.

—Dispuesta, más que encantada. Pero sí que he investigado un poco, he leído algunas cosas tuyas. Me has parecido una persona cuerda. No eres la primera que se ha puesto en contacto conmigo, pero sí la primera con la que he quedado.

—Bueno, me alegro. Gracias. Supongo que no tiene sentido que me ande por las ramas —dijo Ola, y respiró profundamente—. Necesito que me digas quién metió el nombre de Michael en la Lista. Por favor. —Levantó las dos manos con rapidez para impedir que Rhian soltara su réplica, que ni siquiera llegó a empezar—. He leído el descargo de responsabilidad de la publicación y lo entiendo. Sé que es necesario

garantizar la protección. Pero yo necesito saber si el hombre con el que se supone que voy a casarme la semana que viene es un maltratador de mujeres.

Rhian le dio un sorbito premeditado a su agua con gas y chasqueó la lengua después de tragárselo.

—Me temo que no puedo decírtelo.

Ola sintió una oleada aguda de rabia. Esa mujer había vuelto insoportables las últimas dos semanas y media de su vida, por muy nobles que fueran sus motivos. ¿Y ahora se negaba a ayudarla? Sintió que le temblaban las fosas nasales y que la razón abandonaba su cuerpo con cada respiración.

—Vale —dijo Ola intentando mantener la calma—. ¿Por qué?

—Porque no sé quién lo ha metido en la Lista —contestó Rhian—. No sabría cómo conseguir los nombres de nadie.

—¿No tienes manera de acceder a ninguna información que pueda serme útil? ¿Incluso aunque solo fuera a usarla yo, para entender si lo que se dice es cierto? ¿Por mi seguridad?

Rhian negó con la cabeza.

—Aunque tuviera esa información, no creo que estuviera bien dártela. También he de tener en cuenta la seguridad de las víctimas —dijo. Luego se quedó callada un momento—. Asumo que crees que Michael… es inocente.

Ola se mordió el interior de la mejilla. Quería irse, ya que estaba claro que Rhian no iba a ayudarla. Pero se quedó sentada.

—No estoy segura —dijo Ola—. Por eso estoy aquí.

No estaba segura, aunque según Michael debería estarlo. Al parecer, CuRated había confirmado que no había pruebas de que hubiera orden alguna de alejamiento en su certificado de antecedentes penales. Michael les había pedido que lo pusieran por escrito. Era una lástima que eso no excluyera las acusaciones de acoso ni de agresión física. Con el historial de mentiras de Michael, Ola necesitaba una prueba irrefutable. Era algo, pero no bastaba.

—Me lo imagino —dijo Rhian con voz casi de aburrimiento, como si ya hubiesen tenido antes aquella conversación—. O no estarías aquí… —Volvió a quedarse callada—. ¿Tengo razón al pensar que ya habías escrito algo relacionado con esto antes? #MCsToo lo hiciste tú, ¿no?

—Sí. —Ola se sintió cohibida. Era sorprendente pensar lo diferente que habría sido su manera de afrontar la situación si no hubiera sido por Michael. Se había sentido muy orgullosa de #MCsToo. Ahora le parecía una prueba de su propia duplicidad—. Fue y sigue siendo importante —aclaró rápidamente—. Pero, incluso dejando fuera a

Michael, sabes tan bien como yo lo importante que es comprobar los hechos, la verificación, las fuentes. —El cambio en su tono de voz fue sutil pero evidente, ahora era menos conversacional y más periodístico —. Como periodista, esta conversación es importante.

Rhian permaneció impasible, apenas curvó un poco los labios.

—Bueno, en eso estoy de acuerdo —dijo Rhian—. Ese fue el primer motivo por el que hice la Lista.

Llevaba años pensando en hacerla, dijo, desde 2017 para ser exactos. En octubre de aquel año, cuando habían tirado de la manta de Harvey Weinstein y estaban saliendo historias sobre el abuso sistemático en oleadas nauseabundas; primero en Hollywood, luego en la industria musical, más tarde en el mundo de la moda, después en todas partes. En todo el mundo. #MeToo consiguió que los nombres de esos tipos salieran en la prensa, que los citaran ante los tribunales y que tuvieran que rendir cuentas en internet. Había escritoras procedentes de distintos husos horarios compartiendo sus experiencias en grupos de Facebook y WhatsApp, advirtiéndose unas a otras sobre quiénes eran los infractores más prolíficos. Llevaban años haciéndolo en persona, pero el poder digitalizado de la red de rumores era un verdadero espectáculo para la vista.

Rhian había estado en Washington informando durante el primer año de la presidencia de Trump, y le enviaban documentos de Google en los que se acusaba a hombres cuyo trabajo ella leía religiosamente, hombres con los que había trabajado. Hombres que se habían quitado el preservativo sin consentimiento durante las relaciones sexuales, que habían amenazado a mujeres, las habían atacado, las habían violado. Para Rhian era especialmente doloroso porque había pasado por una relación de maltrato con un antiguo colega. Llevaban saliendo siete meses cuando él le puso las manos encima por primera vez. La primera vez que lo acusó fue mediante un documento anónimo de Google.

Las mujeres siguieron compartiendo sus historias durante muchos meses, incluso después de que empezara a desaparecer el #MeToo de los titulares. El punto de inflexión para Rhian fue cuando aquel mismo periodista, su ex, fue mencionado en un grupo de Facebook; la víctima había subido fotos de sus moretones. Esa misma noche, creó una hoja de cálculo para que las mujeres que trabajaban en medios de comunicación del Reino Unido la rellenaran.

—Se la mandé solo a nueve personas —dijo Rhian—. Todas de la profesión, todas dignas de confianza. Son las únicas colaboradoras cuyos nombres conozco. Acordamos que le mandarían la Lista solo a personas en las que confiaran. Y entonces esas personas se las

mandaron a otras en quienes confiaban. Se fue haciendo cada vez más y más grande y más difícil de controlar.

—Bueno, eso es lo que iba a pasar —dijo Ola, que sonó más sarcástica de lo que pretendía—, en el momento en que la subiste a Twitter.

—Yo no la subí —dijo Rhian—. Algunas de las mujeres decidieron hacerla pública. Yo dije que no, pero ellas argumentaron, con razón, que estábamos dejando expuestas al peligro a las mujeres que no pertenecían a nuestra red. Sea como sea, la borré, pero por supuesto ya había copias circulando por ahí para entonces. No puedes ser la «dueña» de algo así, en realidad —dijo haciendo el signo de las comillas con los dedos.

Solo estuvo subida dos días, pero no tardó en dejar de ser una lista solo de hombres periodistas: había actores, músicos, creadores de pódcast, *influencers*. A medida que iba llegándole a más personas y se añadían más nombres, más entraba en pánico Rhian. La hoja de cálculo no estaba protegida mediante contraseña, no se le había ocurrido que hiciera falta. Cuando llegó a Twitter y vio que se referían a ella como una «lista de violadores», empezó a tener problemas para dormir. Un hombre con el que había trabajado, al parecer, había intentado besar a una compañera sin su consentimiento: escribió en un tuit que habían tenido una cita y que había malinterpretado las señales de manera genuina, claro que estaba borracho.

Ola puso cara de escepticismo.

—¿Cómo no pudiste prever el riesgo obvio de que te manipularan? —Se sintió como una farsante al preguntarlo, teniendo en cuenta #MCsToo, pero aquello era diferente, ¿no?

—Por supuesto que sabía que había riesgos —dijo Rhian, inequívocamente a la defensiva. Por primera vez pareció inquieta mientras jugueteaba con el extremo de la manga—. De que nos llamaran putas y nos hicieran luz de gas como es habitual. La mayoría de las mujeres que leyeron la Lista estaban demasiado asustadas como para participar. Les daba miedo que los hombres acusados averiguaran quién los había metido en la Lista y tomaran represalias.

—Bueno, yo también estaba asustada —dijo Ola. Se quedó callada un momento, incómoda por lo despectiva que estaba pareciendo—. Sé que es distinto. Pero si vieras a tu hermano o a tu padre en algo así, sin más explicaciones, sin pruebas, ¿qué se supone que tendrías que hacer?

A Ola se le ocurrió que por eso no se había ido antes. ¿A quién más podría preguntarle aquello?

—Sé que es difícil. —Rhian volvió a parecer completamente

impasible—. Pero no me parece que sea obligatorio decir que ese dolor supere el de las víctimas. La gran mayoría de las alegaciones de ese tipo son ciertas. Sabemos que…

—En una comisaría, sí —interrumpió Ola—. En el juzgado, sí. Pero ¿en internet? ¿Te parecería bien que otros delitos se tramitaran en el tribunal de Twitter?

—Lo que digo es que primero hay que abordar esos delitos —dijo Rhian.

—Mira, yo creo a las mujeres —dijo Ola—, pero que las acusaciones falsas sean escasas no significa que sean imposibles. Por ejemplo, hubo todo un periodo histórico en el que encarcelaban y linchaban a hombres negros porque las mujeres blancas mentían al decir que las habían atacado. ¿Emmett Till? ¿Los muchachos de Scottsboro? Si te dijera que a lo mejor ha sido una racista la que ha metido ahí a Michael, ¿se merecería entonces la simpatía blanca y liberal?

Rhian empezó a revolverse. Estaba claro que estaba pensando con mucho detenimiento lo que iba a decir.

—Entiendo a qué te refieres —terminó concediendo—. Se suponía que la Lista iba a ser un espacio en el que las mujeres pudieran contar su verdad sin que las acusaran de mentir. Pero, de todas maneras, eso es lo que está pasando. —Negó con la cabeza—. Lo único que puedo decirte es que no lo hice con mala intención. O a la ligera. Muchos de esos hombres tienen dinero. Lo peor que podría pasar no es que salgan de rositas, es que denuncien a las que los han acusado. Y como esa lista la he hecho yo, yo sería la primera en caer.

Ola pensó en Kiran, en lo que le había dicho al mencionarle que Michael había hablado con un abogado. Sintió que la mugre la cubría por todas partes. Rhian no debería tener que enfrentarse a demandas de hombres a los que ella ni siquiera había acusado porque estos buscasen una vía de escape. Rhian había pretendido lo mismo que ella cuando escribió #MCsToo. Sin embargo, no podía evitar volver a pensar en la persona reducida a una mera cáscara junto a la que se había sentado aquel día en el bufete del abogado. Había sido la última vez que había visto a Michael. Un hombre completamente destrozado. Hacía dos semanas le había dicho que, si no podía demostrar su inocencia, se acabó. ¿Y qué había hecho él? Ola no había dicho que fuera a ser fácil, pero la diferencia era que ella había contratado a un puto detective privado y estaba sentada frente a la creadora de la Lista quince días después de que la subiera a internet, cuando debería andar por ahí ejerciendo de novia sacada de quicio por algo de la boda, amoldando los zapatos para el gran día.

Michael, mientras tanto, había dejado de mandarle mensajes, había dejado de hablar. Como si estuviera encerrado en sí mismo. ¿De ese modo se comportaba un hombre inocente? Pero así era Michael: cuando se había quedado sin trabajo, ¿no había sido Ola la que había rastreado por él los portales de empleo? Se había pasado las noches ayudándolo a editar su porfolio en vídeo, a corregirle la carta de presentación. En la solicitud para CuRated, se refirió a él como «acucioso»: estaba segura de que Michael ni siquiera se había molestado en mirar lo que significaba. Y ahora estaba agotadísima, ni se acordaba de cuándo había sido la última vez que había dormido toda la noche de un tirón o había pasado un día entero sin llorar.

Tosió, sintiendo un cosquilleo en los conductos lagrimales.

—¿No te arrepientes de nada?

Rhian le dijo que se arrepentía de sentirse como si hubiese defraudado a quienes quería ayudar. No tardaron mucho en llegarle correos electrónicos aterrados de mujeres que habían participado en la Lista creyendo que se compartiría solo de manera privada. Aunque las denuncias no estaban vinculadas a ellas, se sentían humilladas. Habían leído comentario tras comentario buscando inconsistencias en sus historias, diciendo que querían llamar la atención. Mencionó a un youtuber que había compartido un vídeo en el que se había hecho la prueba del polígrafo, y sus consiguientes más de setenta mil visitas. No era concluyente, aunque sí bastó para poner en duda las demás historias, que tantos estaban ansiosos por desmentir.

—Si se demuestra que una mujer miente, todas nos convertimos en unas mentirosas —dijo Rhian, suspirando—. Si un tipo decide suicidarse o irse a pegar tiros a un cine, entonces resulta que el feminismo está matando a hombres inocentes, a pesar de las innumerables mujeres inocentes que han perdido la vida por culpa de los malos tratos. Por eso quizá me arrepienta de algunas cosas, pero no de esto.

Ola, que estaba empezando a acostumbrarse a quedarse sin palabras, no dijo nada. Era como si estuviera debatiendo con una versión de sí misma de un universo en el que a su prometido no le había pasado nada. Había esperado que la Lista la hubiera creado un trol o algún otro agente de la mala fe para avivar la guerra cultural, no alguien con quien, en otra vida, le hubiese encantado compartir un almuerzo líquido mientras se autoflagelaban por su izquierdismo caviar lleno de buenas intenciones. Desde el principio, Ola habría asegurado que la Lista se había hecho con buena intención. Se le rompió el corazón al darse cuenta de que estaba en lo cierto.

—Tengo que volver a la oficina —dijo Ola, después de unos

segundos de silencio.

Se levantó para irse y las dos se saludaron con la cabeza con gesto de lúgubre reconocimiento.

—Muy bien. Siento no haberte servido de ayuda.

Había una tensión en el aire que hizo que Ola se quedara, había algo que claramente quería decirle Rhian.

—¿Sabes qué? Antes de que mi ex me pegara, nunca habría creído que lo haría —dijo Rhian—. Tú… Cuídate, ¿vale?

Ola le devolvió una débil sonrisa y asintió antes de dirigirse a la salida del restaurante.

Al entrar en el vestíbulo del club Venus, el iPhone de Ola dejó escapar la fugaz vibración de un mensaje de texto. Sacó el teléfono, redactando ya mentalmente su respuesta a Luke para decirle que todavía no había terminado su trabajo, pero era de un número oculto.

> No sé quién metió a Michael. Pero lo hicieron bajo el nombre mirrorissa92. No estoy segura de si eso te dirá algo. Elijas lo que elijas hacer, espero que te elijas a ti misma.

Girando sobre sus doloridos talones todo lo rápido que pudo, Ola apretó frenética el botón del ascensor antes de subir corriendo las escaleras hasta el primer piso. Llegó al Sirenum Scopuli pocos segundos después, con el ceño fruncido y el pecho agitado, pero era demasiado tarde. No se veía a Rhian Mcintosh por ninguna parte.

11. Siete días para la boda

En circunstancias normales, Michael no podía pensar en nada más exasperante que lo que pasaba con las pantallas de las marquesinas cuando esperaba el autobús. Esas malditas letras naranjas sobre fondo negro anunciaban, en una suerte de cuenta atrás, la «LLEGADA PREVISTA» y, entonces, justo mientras uno se preparaba, la cuenta atrás volvía a empezar, aunque el autobús no hubiera llegado. En la parada de la avenida Aintree, sucedía con frecuencia y ese solía ser el peor momento de la semana de Michael. Qué tiempos.

En otro momento, el retraso del autobús lo habría enfurecido, pero ese día no sintió nada. Ni siquiera se había molestado en subirse la capucha bajo la llovizna, aunque se le había empapado el pelo y le había empezado a gotear la nariz. Era como si anduviera sonámbulo. Mientras atravesaba con paso cansado por el interminable fango de su vida, algo lo empujaba hacia delante, aunque de mala gana.

Ese día, ese algo era ver a Ola. La noche anterior, le había mandado un mensaje cortante para decirle que el vestido para la boda que había encargado para su futura suegra había llegado; y Michael se había ofrecido rápidamente a recogerlo. Era una excusa para verla. Ola seguía evitándolo, contactaba con él solo cuando era absolutamente necesario. Esa iba a ser la primera vez que se encontraran cara a cara desde hacía casi dos semanas, y hacía casi un mes que Michael no había ido a casa de Ola. Echaba de menos su caleidoscópico dormitorio lleno de trastos, que parecía sacado de un tablero muy caótico de Pinterest y que contrastaba diametralmente con su estética a la hora de vestir, más parecida a la de Miércoles Addams.

Hacía siglos que tampoco pasaba por la oficina, y estaba empezando a sentirse como si de verdad estuviera de baja médica. Los nervios de la boda se habían convertido en las náuseas de la boda. La ceremonia debía tener lugar al cabo de una semana, demasiado cerca para no seguir adelante, por supuesto, aunque todavía quedaba tiempo suficiente para que Ola echara el cierre. ¿Quizá sería lo mejor?

Para cuando llegó el 115, estaba calado hasta los huesos. Subió trabajosamente y se replegó en un rincón del fondo, se echó la capucha sobre la cabeza; las luces brillantes del autobús hicieron que se sintiera cohibido. Percibió una sensación de tirantez en las manos y

en la cara conforme se le fue secando la lluvia, y se mordió la piel muerta del labio, que sería demasiado doloroso despellejar.

Un mensaje de texto de su madre lo distrajo temporalmente de lo mal que se sentía. Todos los días, mandaba mensajes al vacío que Michael solía ignorar, lo cual a efectos prácticos era como si estuviera hablando sola. Cuando Michael no contestaba a sus llamadas, su madre le dejaba suplicantes mensajes de voz que ya debía de saber que no recibirían respuesta. De vez en cuando, Michael le respondía con un «Estoy bien», que solo conseguía ponerla más rabiosa y que le preguntara dónde había estado y por qué había tomado la decisión de provocarle un infarto a su propia madre… Su falta de comunicación con ella no era personal. También se le habían acumulado los mensajes del chat grupal de sus amigos. Seun había intentado llamarlo un puñado de veces; ignoraba las invitaciones bisemanales de Amani para que entrenara con él en su gimnasio; Kwabz había amenazado con pasar a visitarlo, pero por suerte Michael había conseguido convencerlo de que no era necesario. Si Kwabz hubiese ido a su casa, solo se habría preocupado más. Habría visto las botellas de alcohol apuradas hasta la última gota que revelaban la verdadera dimensión del alcoholismo de su amigo. Los platos y la vajilla sucios esparcidos por el suelo, la basura que no había llegado hasta el cubo de la casa, por lo general impoluta.

Como hacía cada vez que se encontraba con el teléfono en la mano, Michael hizo clic en el icono de la taza de té de entre los sitios más visitados de su navegador. Contuvo la respiración. Sintió una oleada de alivio al abrirlo. No había ninguna entrada nueva sobre él en All Tea, No Crumpet desde que lo había comprobado por última vez por la mañana. En ese momento, la atención se la llevaba un *youtuber* llamado «That Guy Abe», que se había hecho la prueba del polígrafo, cosa que, según aseguraba, demostraría su inocencia en cuanto a las alegaciones de la Lista. Documentó los resultados en un vídeo monetizado; cuando salió «no concluyente», su agencia lo despidió. Su lucrativa asociación con la marca de ropa Boohoo Man siguió intacta, para disgusto de todos los que estaban en All Tea. Los usuarios juraban que la perdería también, si ellos tuvieran alguna influencia.

Michael cerró la pestaña y aflojó la mandíbula. Apoyó la cabeza contra la ventanilla del autobús mientras el repiqueteo terapéutico de la lluvia chocaba contra ella. Agradecía que la última publicación no fuese sobre él, aunque muy pronto volviera a serlo. All Tea, No Crumpet (o @AllT_NoCrumpet tal y como aparecía en sus redes sociales) era el mayor foro negro de cotilleos de Gran Bretaña y contaba con decenas de miles de abonados y cientos de miles de

seguidores en Instagram. Su divisa era el escándalo: todo, desde filtrar DM privados a selfis malos con pies de foto provocadores.

La hipótesis era que All Tea estaba lleno de gente sin amigos o trabajo o vida, pero Michael no estaba tan seguro. Le desconcertaba lo normal que parecía la gente que dejaba sus comentarios en el portal. Sobre todo en la página sobre la Lista. Estaba claro que muchos de ellos creían estar haciendo lo correcto. Un día habían arremetido contra la productora propietaria del pódcast de uno de los acusados. Habían espameado la sección de comentarios, llenándola de acusaciones, y consiguieron que lo suspendieran indefinidamente. Los del foro estaban entusiasmados, y a Michael se le había helado la sangre. Todos los días leía que los miembros del foro seguían sus movimientos en línea y especulaban sobre qué estaría haciendo fuera de internet. Lo llamaban de todo menos bonito. Comentaban tácticas para dejarlo sin trabajo, para encontrar y publicar la dirección de su casa. Hasta les seguían la pista a las insignias azules que lo habían dejado de seguir o, lo que era más preocupante, que le habían vuelto a seguir. De esto último se dio cuenta, horrorizado, una noche de la semana anterior, mientras leía una conversación entre dos usuarios del foro:

@Poison_Ivy_Carterrr: Los Jays están siguiendo a M!chael K otra vez 👎
@incog_negro: ¿Los dos?

@Poison_Ivy_Carterrr: La cuenta de él y la conjunta 😤 La cuenta personal de ella todavía no

Los Jays eran conocidos de Michael, de su época del pódcast: los dos con bonitos ojos color avellana, piel color caramelo y el pelo suelto y rizado. La chica era una *influencer* de cuidados para el cabello y el chico había quedado finalista en *La Voz Reino Unido*. Sobre todo eran conocidos por su canal conjunto *Jay and Jay 4 Life*. Después de que colgaran la Lista, habían dejado de seguirlo en todas las redes sociales. Hacía unos días, los había visto fuera de la gran tienda de Topshop en Oxford Circus. Una vez que estuvo claro que era inevitable que se vieran, Jay, el chico, había brincado hacia él como un labrador.

—¿Qué pasa, tío? ¡Cuánto tiempo! —dijo sonriendo y enseñando una dentadura perfectamente alineada. Michael se acordó de una historia de Instagram de Jay, la chica, y Jay, el chico, mordiendo una curiosa férula dental de LED y de que, desde entonces, les brillaban los dientes de un color blanco fluorescente—. He visto el anuncio de lo de CuRated —siguió diciendo Jay, el chico, antes de que Michael tuviera tiempo de contestarle—. ¡Enhorabuena! ¡Vamos para delante!

—¡Ay! Solo estoy intentando ser como tú, *bro* —le contestó Michael, con tono poco convincente.

—¡Y qué ganas de ver las fotos de la boda! —intervino Jay, la chica, mientras le botaban los rizos del pelo al hablar.

—Gracias —respondió Michael—. No os voy a mentir, cuando os habéis acercado, casi se me sale el corazón del pecho. No todos los anuncios que han hecho sobre mí últimamente han sido buenos, la verdad.

Los dos Jays cambiaron el peso de su cuerpo de un lado al otro al mismo tiempo mientras soltaban una risita.

—Sí, bueno —dijo Jay, el chico, después de un momento de silencio—. No sé qué andarán diciendo los demás, pero yo no me lo he creído nunca, *bro.* No te puedes creer todo lo que lees en internet, ¿a que no?

Jay, la chica, asintió.

—La cantidad de veces que los he oído decir que estoy embarazada después de haber comido mucho en el almuerzo. ¡La gente está loca!

Cuando llegó a su casa, Michael abrió Instagram por primera vez desde hacía varios días; como era de esperar, la cuenta conjunta de los Jays lo estaba siguiendo otra vez y había dejado un rastro de me gusta con corazones. Sin embargo, Michael no podía dejar de pensar en que Jay, la chica, no había vuelto a seguirlo desde su cuenta personal.

A los usuarios de All Tea no se les escapaba una: alguien había publicado que habían visto a Ola sin el anillo puesto. Ninguno de los dos era lo bastante famoso como para eso. O eso le parecía a Michael, al menos. Pero, al parecer, los de All Tea tenían mucho más difícil echar abajo a hombres más famosos. Un columnista muy conocido de una revista para hombres, al que llevaban décadas persiguiendo por las acusaciones de abuso que pesaban contra él, había seguido con sus asuntos como de costumbre, a pesar de los infinitos correos electrónicos que les habían llegado a los editores de la revista.

—Estación Canning Town —anunció de repente la voz automatizada del 115.

Cuando llegó a la parada, Michael bajó dando tumbos del autobús y se dirigió a la estación de metro. Había dejado de llover, pero el cielo seguía gris y desagradable. Se sintió aliviado cuando llegó el metro; internet no tardaría en cortarse, por lo que no podría seguir leyendo All Tea. Vince Staples lo acompañaría por la línea Jubilee hasta el puente de Londres, J Hus por la línea Northern hasta Tooting Broadway.

La zona donde vivía Ola solía ser como una explosión para los sentidos en cuanto se salía de la estación de metro: fruterías y

pescaderías, tiendas de telas y puestos de flores, todos peleando por un espacio cada vez más limitado en el código postal SW17. Pero Michael estaba ansioso y distraído, y se pasó todo el camino hasta casa de Ola aturdido y haciendo todo lo posible por ahogar con música los pensamientos que lo invadían. Cuando Ola abrió la puerta de PVC color crema de su casa, Michael pareció desconcertado. Su novia era flaca por naturaleza, pero en ese momento parecía estar esquelética, con aquella enorme sudadera con capucha negra de Michael y los ojos que le ocupaban la mitad superior de la cara. Los tenía inyectados en sangre. Seguía sin llevar puesto el anillo, tampoco sus uñas: no había ni rastro de sus habituales garras de vivos colores.

—Hola —dijo Michael en voz baja.

Como respuesta, Ola asintió con la cabeza. Michael tenía muchísimas ganas de abrazarla, pero ella permaneció callada, con el rostro pétreo y los brazos cruzados sobre el pecho, apoyada en el marco de la puerta. Abrió de par en par los ojos momentáneamente al verlo aparecer. Michael bajó la vista y se miró la camiseta sin lavar que llevaba, buscando manchas de vino o de sangre. Todo en él parecía desgastado y arrugado: las zapatillas deportivas; la piel, atípicamente seca, grisácea y cenicienta. Ola no le pidió que entrara y Michael no demostró querer entrar. En vez de eso, se apartó a un lado y estiró la mano hacia detrás para tocar la puerta. Cuando Ola se dio la vuelta, Michael miró por encima del hombro dentro de su casa y sintió una punzada de tristeza nostálgica. Había paquetes sin abrir apilados en el pasillo; los numerosos carteles y láminas enmarcados dejaban poco espacio en la pared del salón; los cojines incompatibles entre sí de manera intencionada; la colcha de *patchwork* que le había dado vida a su sofá de segunda mano. A Michael le dio la impresión de que hacía años que no entraba en aquella casa. La última vez que había estado allí, estaban borrachos y enamorados, emocionados por su futuro en común. Tenían tantas esperanzas, con la boda, con el nuevo trabajo de Michael. Tosió, con la intención de deshacer el nudo creciente que se le atascaba en la garganta.

Sin decir una palabra, Ola le pasó la bolsa de rafia del supermercado Sainsbury; allí dentro iba el traje de su madre para la boda. Al hacerlo le rozó con la mano la costra que se le estaba formando en la parte delantera de los nudillos, cosa que le hizo sisear de dolor. En ese mismo instante, probablemente sin pensarlo, Ola atrajo hacia sí la mano de Michael.

—¿Qué te has hecho en la mano?

La cicatriz no se notaba mucho en su piel color chocolate. Michael no quería que Ola la viera, pero dejó que la recorriera con los dedos

solo para poder sentir su contacto. Durante un momento, sopesó agarrarle la mano, pero era mejor no hacerlo.

—Ah, eso —dijo Michael—. Me tropecé el otro día de camino a la tienda de la esquina. Qué puta vergüenza pasé.

Ola lo miró perpleja, incapaz de ocultar su inquietud. Michael sintió una punzada en el pecho. Por mucho que odiara ver la preocupación en el rostro de Ola, era un grato recordatorio de que seguía interesándose por él, de que lo quería.

—¿Y cómo va el trabajo? —preguntó Michael mientras soltaba la bolsa de rafia con suavidad sobre el felpudo de la entrada.

No sabía qué otra cosa preguntarle, pero necesitaba llenar el silencio para que Ola se quedara en el umbral. Hacía mucho tiempo que no hablaban como es debido. Aquellos días, entre ellos solo había habido charlas sin sustancia. Al oír aquello, Ola le soltó la mano y volvió a cruzar los brazos sobre el pecho.

—Va bien. Gracias —respondió, y se quedó dudando un momento —. No vamos a hacer el artículo sobre la Lista, por cierto, si eso es lo que quieres saber.

—¡Vaya! ¿En serio? —Algo dentro de Michael empezó a desenrollarse lentamente.

—Sí —murmuró Ola—. Frankie quería que lo escribiera Kiran, no yo, pero hemos decidido que es mejor esperar. Sigue habiendo muchas preguntas en el aire.

—Guau, ¿en serio? —Michael sopló por la boca e hinchó las mejillas—. Tía, no te voy a mentir, me sorprende. Aunque me alegro de que hayáis hecho lo correcto.

Ola se erizó al oír «lo correcto».

—Sí, bueno. No es como que Frankie haya dicho que nunca vaya a salir.

—Bueno, esperemos que no pase.

Ola dio un pasito hacia atrás.

—¿Esperas que no podamos advertirle a la gente sobre los maltratadores que hay en nuestro sector?

—Ola, no es eso lo que estoy diciendo.

Dejándose llevar, puso las manos sobre sus hombros. Le sorprendió que ella se lo permitiera. Los huesos de los hombros de Ola se le clavaron en las palmas de las manos de una forma que le asustó. Había perdido más peso incluso que él.

—No sé cómo hablar de esto contigo —dijo Michael—. Siento como que siempre estoy diciendo lo que no debo.

Ola lo miró con una ternura que hacía semanas que Michael no experimentaba.

—Me pasa igual. Es imposible.

Se miraron fijamente el uno al otro y, por primera vez en mucho tiempo, aunque solo fuera brevemente, Michael sintió que Ola lo veía. Que veía al Michael al que le había dicho que sí, no al supuesto maltratador que sus difamadores lo habían acusado de ser. Se daba cuenta de que cada día la idea de lo que él era se iba distorsionando más. Que Ola se estaba olvidando de por qué estaban juntos. Era difícil creérselo en ese momento, pero en otra época se habían hecho felices el uno al otro. Michael estaba viviendo en la habitación de su infancia cuando se conocieron, esperando tener un golpe de suerte. La reconoció por la foto de Twitter en el encuentro para establecer contactos en el que se cruzaron sus caminos, y se sorprendió al ver que Ola era exactamente igual que su foto de perfil, aunque completamente diferente. La sonrisa con hoyuelos, siempre presente, que en internet parecía petulante, tenía un aire pícaro.

Su primera cita fue casi a final de mes; Michael estaba sin blanca, así que pasearon por el Southbank Centre, discutiendo sobre quién era el mejor artista del Grime de todos los tiempos, sin llegar a estar nunca en auténtico desacuerdo (fluctuando entre Kano y Ghetts, que peleaban en esquinas opuestas). Luego Ola lo invitó a cenar en un restaurante de tapas cercano. Allí le preguntó qué parábola bíblica le había dado forma a sus ansiedades de adulto. Michael contestó que la del hijo pródigo y le devolvió la pregunta.

—La del tipo avaricioso que guarda todas sus cosechas y se muere con el granero lleno de cosas que no utiliza —dijo Ola entre bocado y bocado de calamares fritos.

Verla en carne y hueso había sido extraño, ya que antes de ese momento ya habían debatido unas cuantas veces en la imaginación de Michael. Mucho antes de conocerse, de vez en cuando aparecía en el chat grupal de los amigos de Michael alguna entrada del blog de Ola, acompañado por un «¿Ideas?», sin más, junto al emoji de los ojos. Los comentarios de Amani y Seun, por lo general, empezaban y terminaban por el titular, quejándose de la «agenda feminista» y llegando a la conclusión de que casi todos los problemas de Ola, o más bien de las mujeres del mundo entero, se arreglarían «si le echaran un buen polvo». De vez en cuando, Michael se ponía lívido al recordar cómo solían hablar en el grupo sobre la mujer con la que pretendía casarse. En cuanto empezaron a salir, sus amigos dejaron de gastar bromas sobre ella, pero recordarlo hacía que se cabreara consigo mismo y con ellos. Sus amigos no eran malos, pero ¿acaso no era ese el problema? ¿Por qué «no ser malo» por lo general no era lo bastante bueno?

Un ligero retumbar en el cielo los interrumpió. Michael levantó la vista y vio que las nubes empezaban a juntarse de nuevo. No quería arriesgarse a preguntar, pero la relajación de la mandíbula y los hombros de Ola le hizo atreverse a esperar que le pidiera entrar. Suspiró profundamente.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, Michael. No lo sé.

Michael chasqueó la lengua.

—De verdad creía que el mayor reto al que tendríamos que enfrentarnos en esta boda iba a ser qué arroz wólof servir.

Ola puso los ojos en blanco y sonrió.

—Qué tonto eres.

Los dos se rieron un poco. Michael seguía con las manos sobre los hombros de Ola y las apretó levemente, antes de prepararse para decir algo. Sabía que no debía hacerlo, que estropearía el momento, pero no se contuvo.

—Ola, sabes que yo no haría esas cosas, ¿verdad? Sabes que soy una buena persona y por eso estás intentando hacer lo que está bien. Pero, por favor, dime que sabes…, que sabes que no soy malo.

Los grandes ojos de Ola brillaron casi de inmediato; cuando empezó a entreabrir los labios, Michael oyó que le vibraba el teléfono en el bolsillo del chándal. Ola lo buscó mientras se retorcía para zafarse de Michael y estudió la pantalla con atención durante un momento. Luego volvió su atención hacia él, con el rostro ya serio.

—Tengo que irme.

—Ah… —Michael no fue capaz de esconder su decepción—. ¿Ahora mismo?

—Sí. —Ola volvió a mirar la pantalla del teléfono—. Pero te veo luego, ¿vale? Dale recuerdos a tu madre.

De repente, Michael se encontró frente a la puerta cerrada de Ola. Todo había pasado muy deprisa, la conversación había terminado antes de empezar. Había percibido un cambio en el ambiente después de que Ola leyera lo que le había llegado al teléfono: su apariencia se había endurecido, el puente levadizo había vuelto a subir. Aquel mensaje había cambiado algo. De pronto, se había vuelto reservada, evasiva, como cuando estaban en el abogado y pensó que Michael no se había dado cuenta de que había puesto la pantalla del teléfono boca abajo para que él no la viera. Michael negó con la cabeza. No podía pensar en eso en aquel momento. Era demasiado peligroso. Sin embargo, mientras se alejaba de casa de Ola, no podía dejar de pensar en qué significaría aquel cambio. Cuando él mismo se había portado así, solo había significado una cosa: que estaba mandándole mensajes

a quien no debía.

Se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar con paso enérgico hacia la estación de Tooting Broadway, con la esperanza de evitar el inminente chaparrón. Solo pensar que Ola podía traicionarlo lo enfermaba, pero recordar que justo eso era lo que le había hecho a ella lo hacía sentir aún peor. Enseguida volvió a pensar en Jackie. ¿Qué le pasaba por la cabeza? Es que no tenía sentido. ¿De verdad creía que Michael la había maltratado? ¿En serio pensaba que la había estado acosando cuando…? No se le ocurría cuando «qué», por mucho que lo intentara. Si alguien había incurrido en amenazas, había sido ella. Michael no podía predecir lo que haría Jackie después. Una pesadilla recurrente dentro de aquella pesadilla era que, al final, Ola y él conseguían llegar hasta el altar, pero entonces aparecía Jackie, esperando intervenir cuando el sacerdote les pidiera a los invitados que hablaran ahora o callaran para siempre.

Michael se apretó más la capucha sobre la cabeza mientras caminaba y rebuscó el móvil en el bolsillo con la otra mano. Abrió la página sobre la Lista de All Tea. La cuenta @mirrorissa92 —la mismísima Jackie— dejaba comentarios en All Tea de vez en cuando, metiendo baza sobre los abusos y los llamamientos a la acción. «Mirror Issa» era una referencia a la serie *Insecure*. Ola la veía religiosamente. ¿La habría visto Jackie? Estaba bastante seguro de que había nacido en 1992, como se indicaba en su nombre de usuario.

Michael llevaba a cabo un ritual cada hora, que consistía en buena medida en mirar la página del foro de Jackie, sin estar seguro de qué esperaba encontrar allí. A lo mejor cometía un desliz y revelaba su nombre de pila o compartía accidentalmente su ubicación. El hilo sobre la Lista había llegado ya a las setenta y tres páginas, así que retrocedió unas cuantas páginas hasta que encontró el último comentario de @mirrorissa92: «Hay que echar al narcisista de paletas separadas M!icheal K, pero del todo —había escrito @mirrorissa92 un día antes—. Tiene que rendir cuentas por cómo trata a las mujeres. RIP M!cheal K. ¡Ya ha hecho demasiado!».

¿Sería él malo? Aun así, se había defendido de aquella acusación. «¿Qué tal si nos cuentas lo que se supone que ha pasado? ¿O no puedes porque en realidad no ha pasado nada?», había contestado la primera vez que lo vio. Ese día, había pulsado el icono del pulgar hacia abajo en el comentario, sintiéndose estúpido mientras lo hacía. Luego había buscado aquel perfil.

mirrorissa92
Miembro activo
De: Espacio exterior

Miembro desde: 10 de mayo de 2019
Publicaciones: 34
Última conexión: viendo este hilo hace 2 minutos

Al leer el último renglón del perfil, Michael se detuvo en mitad de la calle. Hacía dos minutos, así que era probable que Jackie siguiera en línea. Había empezado a lloviznar y la pantalla del teléfono estaba salpicada de pequeñas gotas de agua. Michael apretó el paso mientras tocaba el icono de mensaje, preguntándose qué responder. ¿Qué podía intentar que no hubiese intentado ya?

«Sé quién eres —escribió despacio mientras la gente que pasaba por su lado se quejaba y meneaba la cabeza porque les estaba bloqueando el paso—. Sé que has sido tú la que ha metido a Michael Koranteng en la Lista.»

Había evitado mencionar su nombre hasta ese momento, pero, a la mierda, se dijo. Sabía que era Jackie; lo más probable es que ella supiera también que era él.

«¿Por qué lo haces?»

Enviar. Aceleró el paso.

Cuando estaba llegando a la estación de Tooting Broadway, le vibró el teléfono en la mano: otro mensaje de su madre. Pensó en ella, en que su tía Abena pudiera encontrar la Lista, a saber cómo, y se la mandara a su madre. Los artículos sobre la Lista no habían mencionado todavía ningún nombre. Todavía. Habían empezado a hacer alusión a las profesiones, refiriéndose a «antiguos atletas» y «estrellas de los *realities*». Sin embargo, tenía la impresión de que, en cualquier momento, su nombre pasaría de las trastiendas de internet a las noticias, a las de verdad. Para recordarse a sí mismo que las acusaciones sobre él circulaban solamente en páginas de cotilleos y blogs, refrescaba sin descanso una pestaña en cuya barra de búsqueda tecleaba su nombre completo una y otra vez. Cada vez que buscaba: nada. Ningún titular, ninguna actualización, salvo unos cuantos enlaces a una nota de prensa sobre su contratación en CuRated. Su nombre solo había sido mancillado en algunos rincones de internet. Como había dicho Kwabz, seguía teniendo su trabajo, más o menos, y Ola aún no lo había dejado. Pero en All Tea*,* No Crumpet había un diluvio de odio fresco cada pocas horas. ¿Cómo una cantidad tan pequeña de gente que hablaba sobre la Lista podía dar la impresión de que todo el mundo estaba murmurando sobre él? En cierto modo, sí era un mundo, su mundo. Michael apagó el teléfono y lo guardó, esperando, en vano, sentir que todo se detenía por un rato. Se puso los auriculares y se abrió paso para entrar en el metro, mientras, fuera, en la calle, el cielo se abría.

12. Cinco días para la boda

Kiran estaba sonriendo con diligencia, su moño alto rubio se balanceaba arriba y abajo mientras Abi se deshacía en agradecimientos. Hablaba a mil por hora, con las mejillas redondas enmarcadas por docenas de pequeñas trenzas serpenteantes.

—No esperábamos que la participación fuera tan asombrosa —decía Abi—. ¿Y las donaciones aparte de las entradas? ¡Creo que hemos recaudado más de setecientas libras en total!

—¡Increíble! ¿No es verdad, Ola? —dijo Kiran dándole a Ola un suave apretón en la parte superior del brazo.

Los ojos de Ola se escabulleron con timidez detrás de sus gafas mientras observaban la habitación, que estaba abarrotada. El acto de esa noche había tenido lugar en un pequeño centro comunitario y ellas se encontraban en medio de cuarenta y tantas personas. El espacio era adecuado para su objetivo, pero estaba en muy malas condiciones. En las paredes había colgados folletos de actos que se remontaban a 2011, descoloridos y arrugados, mientras que las marcas blancas de una pista de bádminton se veían tenues contra el suelo de madera de arce, lleno de arañazos. La mirada de Ola se posó en la salida de incendios cuando echó un vistazo entre la parlanchina concurrencia. Ya había dejado claro que no quería quedarse para el segmento de *networking* y estaba deseando salir de allí lo antes posible.

—Setecientas libras —repitió, sin dejar de observar la puerta—. Sí, qué locura.

Ola estaba distraída. Durante días, no había podido olvidarse de la imagen de Michael delante de su puerta. Tenía un aspecto horrible, como si todo él hubiese sido destruido por una agresiva enfermedad. Tenía los ojos hundidos, las mejillas demacradas, los hombros muy pegados al cuerpo. A través de la enmarañada barba, se le veían los labios marchitos y oscuros como la corteza de un árbol. Apestaba a alcohol, además tenía aquel corte bastante feo en la mano. Era obvio que le había mentido al decir que se había tropezado. Entonces, ¿cómo se lo había hecho, en realidad?

Sin embargo, en cuanto Michael le preguntó por su trabajo, la preocupación de Ola se vio anulada de manera casi instantánea por su

actitud defensiva. ¿Se estaba haciendo el ocurrente? Habían evitado mencionar *Womxxxn* hasta el día anterior, aunque ya no hablaban de verdad de nada, Michael hasta había dejado de preguntarle por la boda. Hubo un tiempo en el que Ola le contaba las minucias más aburridas de su día, hasta de qué sabor eran las patatas fritas que se había comido en el almuerzo. Pero ahora cada frase que intercambiaban estaba llena de implicaciones, a solo una palabra de distancia de su siguiente pelea. Y si discutían parecía que la apuesta era cada vez más alta. Su relación pendía de un hilo, y allí, en el umbral de su puerta, Ola vio que Michael también lo sabía. Lo había visto mal antes, pero ni siquiera aquella mala racha, cuando había perdido su trabajo, era comparable a cómo se encontraba ahora. Una discusión en el momento equivocado podría ser la gota que colmara el vaso. Ola temía por él.

También temía por ella. Le daba miedo lo que podía pasar si discutían. A lo mejor había tenido suerte hasta entonces o no lo había presionado lo suficiente. Si le preguntaba si el nombre mirrorissa92 significaba algo para él, ¿perdería los estribos? Quién sabe qué diría si supiera que Ola había quedado con Rhian, por no hablar de si se enteraba de lo de Luke. Qué llegaría a hacer. Las mentiras se iban acumulando, como la culpa que Ola sentía al respecto. Cuando Michael le había rogado que le dijera si creía en él, Ola no había sido capaz de responder. Pero tampoco de ignorar cuánto deseaba decirle lo que quería escuchar.

—¿Cómo vais a volver, chicas? —oyó que le preguntaba Abi a Kiran—. ¿Os hemos reservado un taxi o vais a pedir un Uber?

—No hace falta —intervino Ola—. No está tan lejos.

Kiran frunció el ceño al oír aquello.

—Estamos en Islington. Vives en Tooting…

—Sigue siendo Londres, ¿no? —dijo Ola con rapidez—. Un Uber no va a costar más de treinta libras. No te preocupes, Abi.

Kiran enseñó los dientes en lo que pretendía ser una convincente sonrisa falsa, pero terminó siendo una mueca confusa.

—Es obvio que lo van a reclamar como gasto, bonita. Lo que estás haciendo no les supone ninguna diferencia —le dijo Kiran a Ola mascullando entre dientes.

Abi, sin entender nada, daba golpecitos a Citymapper en la pantalla de su teléfono.

—Muy bien, bueno, decidme lo que sea y lo arreglamos. ¡Ah! —dijo chasqueando los dedos al acordarse de algo—. Antes de que os vayáis, os tengo que presentar a nuestra auxiliar administrativa, Nour. Su sueño es ser escritora y quiere dedicarse al periodismo cuando se

gradúe. Es una fan total de vosotras dos. ¿Os importa?

Kiran negó con la cabeza; antes de que Ola pudiese protestar, Abi había desaparecido entre la multitud. Kiran se acercó a su amiga y le dio un tirón a la parte inferior de su camisa.

—Nana, para ya.

—¿Que pare con qué? —respondió Ola.

La sala estaba a rebosar de periodistas, *influencers* y activistas, a algunas las reconocía de Twitter, a otras, que nunca se había molestado en seguir, de la pestaña «cuentas que deberías seguir». Estaban todas apiñadas en grupos, charlando entre sí mientras picoteaban los aperitivos de cortesía: samosas y gambas en gabardina. Ola no podía evitar preguntarse si la estaban esquivando.

—Con esto —le siseó Kiran al oído—. Con todo esto.

Ola se daba cuenta de que, a Kiran, sus intentos por demostrar que no era un pedazo de mierda empezaban a resultarle irritantes y, lo que era aún peor, estaban provocando el efecto contrario.

El mensaje de Rhian después de su encuentro la había dejado conmocionada. Estaba claro que sospechaba de Michael. En teoría, Ola ya sabía todo lo que Rhian le había dicho sobre la Lista, pero hablar con ella volvió insoportable su realidad. Las mujeres que habían participado en ella se apoderaban de sus pensamientos cuando estaba despierta y cuando estaba tumbada en la cama, sumida en un sueño intranquilo. Veía sus caras en sueños. Por eso Ola se había empeñado en demostrar, a sí misma y al mundo, que era una buena persona. En cuanto volvió a la oficina aquel día, arrinconó a Kiran para preguntarle por su voluntariado en el refugio para mujeres en Tower Hamlets y se ofreció a acompañarla, rastreó causas en GoFundMe y donó doscientas libras a una madre soltera de Clapton a quien su casero le había rescindido el contrato de alquiler antes de tiempo. A continuación, pulsó el botón «más como esto» y donó a otras ocho campañas de recaudación de fondos, asegurándose de marcar todas las veces el botón «hacer pública mi donación». Sin embargo, siguió teniendo aquella sensación persistente en la boca del estómago.

Aquella constante ansiedad la había llevado a aquel centro comunitario, el lugar donde se celebraba una mesa redonda patrocinada por *Womxxxn* que moderaba Kiran. Kiran había ayudado a organizarla para recaudar fondos para el Grupo Iwosan, una organización benéfica que ofrecía asesoramiento para mujeres refugiadas. Días antes de que se celebrara, Ola había contactado con Abi directamente para involucrarse en la pequeña charla que tenían planeada, y aquello se había apoderado de ella completa e inmediatamente. Había conseguido bebidas gratis, la participación de

una activista de alto nivel y bolsas de lona reutilizables llenas de regalos publicitarios. Ola incluso le había enviado un correo electrónico a una pequeña pastelería de Instagram para pedirles que colaborasen con *cupcakes* con la marca. Se negaron con un áspero correo electrónico en el que manifestaban que «no tenemos por costumbre trabajar con personas cómplices del mismo tipo de maltrato que aseguran querer erradicar».

Al principio, Kiran había sido increíblemente comprensiva con sus intentos de enmendar las cosas, pero el malentendido con Abi le había sentado mal. Ola se volvió a mirarla.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes —susurró Kiran con fuerza por encima de la charla—. Y te juro que ahorrarle al Grupo Iwosan treinta libras no va a impedir que los conservadores hagan recortes en los servicios para mujeres ni va a ayudarte a lidiar con tu culpa por todo el asunto.

Kiran no se equivocaba. El intento de Ola de ir cayendo despacio en bancarrota sufragando los gastos de transporte era su extraña manera de cumplir con su penitencia.

—Solo estaba un poco nerviosa —dijo Ola con poca convicción.

—Ola. Estás nerviosa. Estás como un flan. Pero podrías intentar comportarte como una persona normal. No como este… *fembot* feminista que se esfuerza tanto por hacer y decir lo que está bien que parece que va a sufrir un cortocircuito.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Sobre todo aquí. De verdad, te juro que he visto a esa chica del New Statesman mirar hacia aquí y ponerse a susurrar.

Kiran miró con disimulo hacia donde le indicaba Ola.

—¿Cuál, la morena del flequillo, la que está en forma? —preguntó Kiran—. De hecho, ahora que lo dices, sí… Pero ¿cómo sabes que no me está mirando a mí? —Le dirigió una amplia sonrisa a la mujer en cuestión, que la saludó levemente con la mano.

—¡Kiran, estoy hablando en serio!

—¡Yo también!

Ola resopló y Kiran puso los ojos en blanco.

—No sé, es que me siento fuera de lugar —dijo Ola—. Como si no debiera quedarme. Cuanto más tiempo me quede, más posibilidades hay de que alguien saque el tema de la Lista.

—¿Estáis hablando de la Lista? —preguntó Nour, de repente a su lado, a pocos centímetros de ella y sin Abi.

Tenía apenas veinte años y una belleza bíblica, de ese tipo que te hace pensar en leche, miel y en el pan nuestro de cada día. La piel satinada, cejas pobladas y angulosas y un abanico de pestañas oscuras

y espesas que hacían que las de Ruth parecieran dispersas y tiesas.

—¿Nour? —preguntó Kiran, para ofrecerle la oportunidad de presentarse.

—¡Sí, y no voy a fingir que no estoy ejerciendo de fan loca total ahora mismo! Tus preguntas en la mesa de hoy han sido, ¡argh!, perfectas —dijo dirigiéndose a Ola—. De hecho llevo leyendo tus cosas desde *Métete ya, joder,* muuucho antes de lo que debería haberlas leído —dijo Nour riéndose—. ¡Por tu culpa casi me mandan al Líbano! Ayer le mandé a mi compi tu entrevista con aquel instructor de masturbación *mindfulness.* Sigue siendo una de las cosas más divertidas que he leído. ¡Qué talento tienes!

Su padre la llamaba así: la niña con talento. Se había dado cuenta del talento que tenía para escribir cuando era pequeña. Su nombre, le había dicho su padre, siempre había estado destinado a aparecer impreso: Olaide Olajide.

Ola se estremeció ante la rapidez con la que los halagos de Nour hicieron que se encariñara con ella. No se los merecía, pero los necesitaba. Ante la perspectiva de estar con una fan obsesionada con ella, se dio cuenta de que erguía un poco más la espalda, se ponía su traje de «persona correcta» y se preparaba para decir algo que fuera, a partes iguales, inteligente y despreocupado. En *Womxxxn,* Ola solía escribir sobre mujeres, especialmente sobre mujeres de color, que sufrían el síndrome del impostor. Pero nunca se había sentido tan fraudulenta como en aquel momento en que aquella meritoria de la generación Z estaba pendiente de cada una de sus palabras como si fueran la transcripción de un libro sagrado.

—Ah, guay —fue lo único que consiguió decir—. Gracias.

—Gracias a ti —dijo Nour, juntando las palmas de las manos y haciendo una reverencia de broma—. Pero, bueno, ¿estabais hablando de la Lista?

Ola sintió que se le quedaba frío el cuerpo.

—Sí. Desde luego, ha causado un revuelo —respondió Kiran con poco entusiasmo—. Bueno, más que un revuelo, un puñetazo en la mesa que hacía mucha falta.

—Seguro. Había unos cuantos tíos de los que había oído cosas —dijo Nour con un poco de duda, luego bajó la voz—. También alguien con quien tuve un encontronazo.

—¿En serio? —metió baza Ola.

Nour asintió.

—¿Conocéis a Matthew Plummer? ¿El periodista deportivo?

Ola reconocía el nombre de Twitter, donde iba acompañado de una insignia azul. Solo lo había visto en la foto de perfil, de los hombros

hacia arriba, con media sonrisa asomándole a través de la espesa barba rubia.

—Me suena —dijo Kiran— ¿Qué pasó?

Nour recorrió la sala con la mirada y se acercó a ellas un poco más.

—Hay gente a la que le han pasado cosas mucho peores, por supuesto —dijo Nour—, pero cuando estaba en el último curso de secundaria, fui a una conferencia que daba él. Al terminar, se me acercó y me dijo que saliéramos a charlar. —Tragó saliva—. En cuanto estuvimos fuera, se me echó encima. Pensé que seguramente lo estuviera interpretando yo mal. Después me mandó un mensaje diciendo que si me parecía, me podía dar algún consejo personal mientras nos tomábamos una copa. Le dije que todavía no tenía edad legal para beber y él me dijo que, si no, podíamos fumar o esnifar algo, si yo quería.

Ola ahogó un grito. Matthew Plummer tendría unos cincuenta años. La idea de una Nour adolescente, que prácticamente seguía siendo una cría en ese momento, riéndose y leyendo a hurtadillas su antiguo blog mientras sonaba Justin Bieber de fondo, mientras tenía que esquivar los besos de un hombre maduro. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

En la cara de Kiran se dibujó el horror abyecto que sentía.

—Pero ¡qué mierda! Siento tanto que te haya pasado eso, Nour. ¡Menudo cabrón! ¿Fuiste a verlo?

—No, no fui, no —dijo Nour—. Me mandó una fotopolla y lo bloqueé. Pero me he pasado años castigándome por eso, pensaba que a lo mejor así eran las cosas en los medios y que había echado a perder mis posibilidades. —Nour suspiró—. Me estremezco al pensar lo que podría haber pasado —dijo cerrando los ojos con firmeza y negando con la cabeza, como si estuviera intentando deshacerse de aquella imagen.

¿Qué habría hecho Ola si las palabras que hubiera junto al nombre de Michael hubieran sido «manosear a una menor de edad»? ¿Y si hubieran sido agresiones sexuales o abuso de menores o violación? ¿Lo habría dejado inmediatamente o estaría igual que estaba en ese momento, sin cancelar la boda mientras intentaba comprobar su inocencia? Estaba segura de que habría terminado con él, no había manera de cuestionarlo. Pero, si era así con ese tipo de alegaciones, ¿por qué era tan diferente la situación actual?

—Obviamente, lo de Matthew era de dominio público —siguió diciendo Nour—. ¡En la Lista tenía seis asteriscos al lado de su nombre!

Ola sintió que no podía tragar. «Mensaje recibido alto y claro,

universo. No hay manera de que hagas que me sienta peor de lo que ya me siento», pensó.

—Odio que el protagonismo se centre en los hombres y en sus necesidades —siguió diciendo Nour—. En vez de hablar de cómo llegamos hasta el punto de necesitar la Lista o de qué hacemos ahora para que no haya que volver a hacerla. Al fin y al cabo, esta es la vez que más he oído hablar en el sector sobre los abusos que se producen en él. Eso es importante.

«Pues claro que me puedo sentir peor», pensó Ola. Mucho peor. Todo lo que decía Nour daba en el clavo. ¿Sería un topo? Era eso o que a Ola se le había agudizado tanto la culpa que había empezado a sufrir alucinaciones de verdad y su conciencia se estaba manifestando como si su propio Tyler Durden fuera una estudiante de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos con un pelo increíble.

Kiran se encogió de hombros.

—El patriarcado patriarqueando.

—¿A que sí? —dijo Nour—. Me hace sentir fatal pensar con cuántas chicas lo habrá intentado Matthew después de mí. Y cuántas menos habrían sido si hubiese dicho algo —dijo Nour frotándose los ojos.

Al oír aquello, el tono de Kiran pasó bruscamente de fraternal a docente. Ola notó que también se estaba emocionando.

—Nada de lo que haya pasado ha sido culpa tuya, Nour. No te eches la culpa de los actos de un hombre adulto. Eras una niña.

—Sí que lo era —respondió Nour con la voz entrecortada—. Pero ahora no lo soy. —Se secó las comisuras de los ojos oscuros con la muñeca y esbozó una triste sonrisa.

Después de despedirse, se dirigieron al aparcamiento; Kiran se agarró del brazo de Ola. Caminaron un poco, en silencio, sintiendo el aire cálido, el sonido distante de la batería y el bajo y el gimoteo ahogado de un gato callejero que andaba cerca, que le daban a la noche un aire extrañamente reconfortante.

Ola ralentizó el paso.

—Dejé mis primeras prácticas dos semanas antes de lo que me correspondía —dijo Ola—. Uno de los redactores que se suponía que tenía que cuidar de mí intentó meterme mano por la parte de arriba mientras tomábamos unas copas después del trabajo.

Sintió que el brazo de Kiran se tensaba en el suyo.

—Mierda puta.

—Tengo miedo, Kiran —admitió Ola—. Miedo de ser parte del problema. De provocar que la cloaca que es este sector sea peor para ella. Para todas nosotras.

Ola esperaba, desesperada, que las palabras tranquilizadoras de su

amiga llenaran el silencio y el vacío de su interior. Que Kiran le dijera que a un pedazo de mierda no le importaría tanto portarse bien con todos los involucrados. Pero los ecos de los juerguistas lejanos y del gato afligido, su alma gemela, su desdichado familiar, no hicieron más que crecer, igual que el silencio entre ellas.

13. Tres días para la boda

Al llegar a la terminal del aeropuerto de Heathrow, Michael hizo un último intento de arreglarse un poco, dándose palmaditas en el pelo desaliñado, frotándose a toda prisa los labios agrietados con vaselina. Buscó un chicle con la esperanza de que disimulara el aliento a alcohol y deseó en silencio haberse traído unas gafas de sol. Dentro de la terminal, todo brillaba demasiado. Miró la pantalla de llegadas con los ojos entrecerrados. British Airways. Acra. BA078. Llegada: 10:47.

Su abuela estaba allí, pero Michael no la veía entre el revuelo de la terminal 5. Se abrió camino entre las mochilas y los ramos de flores, pasó junto a las colas para el café y los chóferes que sostenían carteles plastificados o teléfonos iluminados con los nombres de los pasajeros. Oía a su alrededor el suave roce de las ruedas sobre el suelo de terrazo: maletas, carritos de equipaje, niños sentados encima de maletas correpasillos fluorescentes. Se subió el puño de la manga para consultar la hora en su reloj. El impulso de hacerlo en su teléfono resultaba irrefrenable, pero estaba tratando de desengancharse de su obsesivo escrutinio del portal All Tea. En un momento dado, hasta se había planteado bajarse #BLOQUEAT, de lo mal que estaba. Se había dado cuenta de que, los días buenos, lo comprobaba varias veces cada hora. Michael estaba jugueteando con los cordones de su sudadera, incapaz de quedarse quieto. Un vistazo rápido no le iba a hacer daño, solo para ver qué estaba…

—*¡Kweku!*

La inconfundible voz de su abuela sonó al otro lado del vestíbulo. Estaba en la entrada de la librería WHSmith, junto a una legión de maletas solo un poquito más pequeñas que ella. Llevaba una enorme y larguísima túnica con un turbante a juego, de tela azul con lunares naranjas intercalados entre manchas moradas más grandes hechas con *tie dye*. Mientras saludaba, sus manos eran un torbellino de energía frenética que tenían el vigor de alguien que tuviera la mitad de su edad. Michael habría corrido a su encuentro si se hubiera encontrado con fuerza.

—*¡Mafe wo!* —gritó su abuela mientras envolvía a Michael en el abrazo de oso que una vez fuera la pesadilla de su adolescencia.

La piel del labio inferior se le abrió ligeramente al sonreír.

—Yo también te he echado de menos —dijo Michael, olvidándose momentáneamente de todo lo demás.

Estaba abrumado por lo feliz que le hacía verla bien. Su abuela todavía se estaba recuperando de la operación y no habían sabido seguro si iba a poder volar o no. Michael la achuchó, saboreando los segundos, hasta que ella se hizo a un lado para contemplarlo, mientras se le llenaban los ojos de felicidad y preocupación.

—*¿Biribiara bɔkɔɔ deɛ?* —le preguntó a su nieto más joven.

Afortunadamente, se pasó todo el camino desde Heathrow a Enfield durmiendo. El viaje desde Ghana había sido muy largo y, para cuando el conductor del taxi hubo cargado la última de sus maletas en el maletero, ella ya se había apagado como una luz en el asiento de atrás. Habían charlado de camino a la parada de taxis sobre su dolor abdominal, la boda, Ola. Pero Michael sabía que el interés de sus preguntas cambiaría una vez que entraran en el taxi. Su abuela había estado echándole miradas a sus nudillos ennegrecidos todo el camino, pero el sueño pudo con ella antes de que la tomara con Michael. Si hubiera conseguido quedarse despierta, el viaje habría sido insoportable. Ella solo le hablaba en twi y él solo podía contestarle en inglés, lo que habría conseguido que sus afirmaciones de que estaba bien fueran todavía menos convincentes.

Cuando se detuvieron delante de donde vivían sus padres —una casa adosada de ladrillo amarillo y dos dormitorios en Enfield—, Michael se metió otro chicle entre los dientes y se roció con un poco de desodorante barato, mientras su abuela, aturdida, lo miraba con los ojos entornados. Su madre esperaba en el umbral en bata, antes siquiera de que llamaran a la puerta. Las mujeres se saludaron con una ráfaga de palmadas en la espalda y se mecieron abrazadas. Se parecían muchísimo, con los cuerpos pequeños y regordetes y los ojos redondos, aunque a su abuela la piel se le hundía suavemente en el cuello y tenía la pupila izquierda nublada por lo que parecía el principio de una catarata. Se separó del abrazo y señaló las manos de Michael.

—Yaa —dijo el nombre de su madre—, *¿ɛdeyɛbɛn na ayɛ me nana yi?*

Michael se metió las manos en los bolsillos, pero su madre lo estaba mirando con cautela, como si no lo hubiese visto de verdad hasta ese momento. No dijo nada y le dio un fuerte abrazo. Luego los hizo pasar dentro.

Aquella era una conversación que tendrían más tarde, sin duda. Michael venía preparado para eso, incluso antes de que su abuela expresara su preocupación. Su madre se percataba de todo lo suyo: de

cuando ganaba o perdía unos cuantos kilos, cuando necesitaba un corte de pelo y cuando algo andaba mal. Pero simplemente era imposible que tuvieran una conversación sobre lo que iba mal. Michael podía afirmar de manera categórica que le preocupaban más los posibles efectos que tendrían las acusaciones sobre su madre que sobre él. En realidad, su madre no entendía internet, le desconcertaba la simple idea de que la gente publicara cualquier cosa que se le ocurría. El número de cadenas que le reenviaban todos los días, una afirmando que un sacerdote le había devuelto la vida a un hombre que llevaba doce días muerto en Obuasi, otra diciendo que habían hospitalizado a Nana Akufo-Addo por una enfermedad misteriosa… Michael había dejado de tomarse la molestia de debatir con ella sobre la veracidad de esos mensajes.

—Si no es verdad, ¿por qué me lo iba a mandar la tía Abena, eh? —solía protestar su madre—. ¿No es una mujer de Dios, acaso?

Michael se imaginaba que, si le explicaba lo que le estaba pasando, acabaría con ella. Lo vislumbraba claramente: su madre retorciéndose en el suelo entre llantos, mientras gritaba en twi que estaban intentando matar a su único hijo.

Michael arrastró en silencio las maletas de su abuela hasta el salón, donde su padre estaba sentado en su sillón, con la mano derecha en el mando a distancia y la izquierda sujetando una bebida de malta.

—Hola, papá.

Su padre gruñó por toda respuesta y asintió con la cabeza, sin apartar los ojos de la CNN. A aquellas alturas, Michael había aprendido a no tomárselo como algo personal, aunque cuando era niño había sido otra historia. Por aquel entonces, su padre trabajaba muchas horas al día y pasaba fuera casi todas las noches, haciendo lo que cualquier adulto razonable supondría que estaría haciendo con sabe Dios quién. El poco tiempo que su padre estaba en casa, lo pasaba así, tumbado en silencio delante de la televisión. Hacía mucho que Michael se había dado cuenta de que la soledad de su madre era la causa de que se entrometiera en su vida. Esa era la cruda realidad de por qué Michael no podía permitirse que le pasara nada: su madre no tenía a nadie más que a él. Últimamente, lo único que le daba fuerzas para levantarse de la cama era el sentimiento de culpa que le invadía al imaginarse la histeria de su madre si la policía le daba la noticia de que habían identificado su cadáver. Sabía que tenía que mantener la compostura por ella. Pero ¿cuánto tiempo más podría sostener aquella farsa? Se hacía pasar por un novio feliz a punto de empezar el resto de su vida, cuando de noche solo pensaba en ponerle fin. No sabía cuánto tiempo más iba a aguantar.

Se había prometido a sí mismo que nunca sería como su padre. Jamás sería el hombre que le hacía difícil la vida a su mujer, que la hacía sentir sola cuando estaba con él. Lo había intentado con todas sus fuerzas con Ola, pero no podía evitar tener la sensación de que el fracaso era genético. Estaba en su ADN, no en sus manos. Cuando era niño, había escuchado a los sacerdotes hablar de la «maldición de Eva», pero, en realidad, eran los hombres los que estaban condenados por su naturaleza, por su educación o por ambas cosas. Sonaba a excusa, pero no había motivos racionales para que Michael se comportara de una manera tan egoísta. La persona a la que más amaba estaba sufriendo por culpa de sus actos, y no era la primera vez que pasaba. Nunca había sentido por nadie lo que sentía por Ola, pero le preocupaba llegar a tratarla con el mismo desdén con que había tratado a las demás. Michael se dejaba llevar exclusivamente por las emociones, como un animal. Y su padre, a pesar de que parecía no tener emoción alguna, hacía lo mismo.

Michael recorrió el salón con la mirada. La decoración era la misma que cuando él era niño. También el olor era el mismo: el leve pero perenne aroma a pimientos morrones y a ajo. Las señales de los años resultaban innegables: el sofá, antes beis, ahora era parduzco; las cortinas estaban deshilachadas en los bordes; un cartel con una chica sonriente y vestida con tejidos kente debajo de la palabra «Akwaaba» ('Bienvenido') se había ido estropeando con la humedad a lo largo de los años; las fotos enmarcadas de Michael en distintos periodos de su vida sonreían desde las paredes y la repisa de la chimenea: desde que estaba en su clase de párvulos, con una sonrisa melosa y ñoña, hasta con el birrete y la toga en su graduación de la universidad. Se suponía que las fotos de la boda no tardarían en unirse a aquella galería, aunque Michael no podía imaginárselas allí.

Su madre se le acercó furtivamente y le rodeó la cintura con la manita. Michael se giró para darle la bolsa de Sainsbury que había traído de casa de Ola; lo mucho que pesaba hizo que sacudiera la cabeza. La exageración de los africanos era digna de estudio. Dos cambios de vestimenta para sus madres, tres para Ola y para él. Sus madres habían hecho campaña para que fusionaran sus dos culturas en una boda nigeriano-ghanesa completa, con telas *aso oke* y *kente,* dos tipos de arroz wólof que competirían entre sí y cientos de parientes lejanos de ambas familias. Ola y Michael habrían deseado una boda más pequeña, pero al final «llegaron a un acuerdo»: es decir, hicieron exactamente lo que sus madres querían. Si finalmente se celebraba, la boda sería un espectáculo considerable.

—Hola, mami —dijo Michael todo lo alegremente que pudo

mientras ponía la mano sobre la de ella—, *¿ɛte sɛn?*

Intentó no pensar en lo fina que era la piel de su madre, lo venosas que tenía las manos. Odiaba lo mucho que habían cambiado sus padres cada vez que los volvía a ver. Aunque había estado desaparecido en combate, no habrían pasado más de dos semanas desde la última vez que había llamado a su madre por FaceTime. Ella sujetaba el teléfono de una manera que la hacía parecer un huevo moreno cuando contestaba: aparecía cortada por la barbilla y grabándose directamente las fosas nasales, que ya tenía encendidas de rabia por no saber cómo hacer una videollamada. Su piel alazana era tersa y juvenil, aunque alrededor de los ojos, castaños y saltones, tenía arrugas. A su padre le salía por las orejas y la nariz el pelo de color gris que le quedaba. Era agradable verlos fuera del cuadradito de su teléfono en el que solían vivir.

Su madre lo miró fijamente; hizo una pausa y frunció los labios antes de chasquear la lengua.

—Estoy bien, Kweku —dijo con voz fatigada, como si hubiera vuelto de una jornada de trabajo en una mina de carbón, a pesar de que había tenido el día libre. Trabajaba en una farmacia de la cadena Boots. De repente, señaló con el dedo hacia arriba de forma teatral—. Incluso aunque mi hijo quiera llevarme a la tumba antes de tiempo del disgusto. ¿Cuántos mensajes tengo que mandarte para que me contestes?

«Allá vamos», pensó Michael.

—Lo siento. He estado distraído con cosas del trabajo.

Su madre resopló por la nariz, soltando algo parecido a una risa.

—Está bien, *oo.* —El tono de su voz indicaba que, por supuesto, no estaba bien.

—Mamá, venga, tía. Ya te he dicho que lo siento.

—No soy tu «tía» —dijo su madre con sequedad—. He dicho que está bien. Es culpa mía. ¿No fui yo y no tu padre quien decidió traerte aquí? Has venido a Inglaterra y te has criado entre *obronis,* así que, ¿cómo no te vas a comportar como los *obronis?* —dijo negando con la cabeza—. Algún día me dejarás tirada en una residencia, igualito que hacen ellos.

Al principio de su relación, Ola le había advertido que sabía lo de las «madres ghanesas con sus hijos». A ojos de sus madres, le había dicho Ola, sus hijos eran incapaces de hacer nada mal: los mimaban, los halagaban, les lavaban la ropa hasta bien entrados en la edad adulta y seguramente les habrían seguido limpiando el culo si hubieran podido. Aquello era verdad solo en parte. Como hijo único que era, como el perfecto «niño nacido en miércoles» que era, su

madre lo adoraba y seguía convencida de que nadie era lo bastante bueno para él, aunque también se pasaría el resto de su vida comportándose como si Michael fuera la cruz de su existencia.

—Debería haberte contestado, mamaíta. —En cuanto su madre murmuraba para sí en twi, era como si Michael, de pronto, volviera a tener seis años. Tenía que estirar lo que sabía del idioma hasta el límite, pero estaba seguro de que le estaba insultando—. Siento haberte preocupado.

Su madre negó con la cabeza.

—No es solo hoy, Kweku. Todos los días, cuando te mando un mensaje, ni siquiera lo lees. ¡Cuando te llamo, me salta el contestador! ¡He estado enferma de preocupación! ¡Sigo preocupada!

—*Kafra, wai* —gruñó Michael. ¿Cómo iba a explicarle que el teléfono le daba ansiedad, que le recorría el cuerpo una oleada de pánico cada vez que vibraba?—. Sea como sea, ahora estoy aquí. ¿Quieres que nos pasemos todo el tiempo que paso aquí hablando de cuando estoy ocupado?

Su madre lo miró por encima de las gafas de lectura un rato más y chasqueó la lengua.

—¿Qué tal va el trabajo?

—No va mal —dijo Michael, que no es que deseara precisamente hablar de CuRated, pero contento de haber terminado con aquello—. Se ha hecho viral un vídeo que hice. Ha conseguido más de un millón de visitas.

Procuró sonar entusiasmado, aunque ni siquiera le había contestado a Simon cuando lo había avisado por correo electrónico. Como sospechaba que pasaría, en la cara de su madre apareció una amplia sonrisa y se le vio el hueco entre las paletas que compartían.

—¡Démosle gracias a Dios! —dijo, juntando las manos—. ¿Dónde lo podemos ver?

—Luego te mando el enlace.

—Muy bien, hijo. Alabado sea Dios. Estamos orgullosos de ti.

El drama del interrogatorio de un momento antes se había disipado. Michael sabía que esa noche, más tarde, su madre deleitaría a sus amigas de la iglesia por WhatsApp con una exagerada perorata sobre el trabajo de su hijo, que luego él tendría que desmentir. En una ocasión, había sido tertuliano en un debate matutino de la BBC en el que se habló sobre la representación de los hombres negros en los medios de comunicación: su madre le había dicho a sus amigas que trabajaba allí.

La tensión se diluyó, su madre miró las maletas de la abuela.

—Vamos a subir el equipaje de *nanabaa* a la planta de arriba, ¿sí?

Michael le echó un vistazo a su reloj. Todavía tenía tiempo.

—Guay.

Recogió las maletas y se preguntó cómo se las habría arreglado su abuela para tirar de ellas por el aeropuerto ella sola. Pasaron arrastrando los pies por su lado —estaba tumbada en el sofá, silbando por la nariz mientras dormía— y se dirigieron al dormitorio de Michael. Era la única habitación de la casa que había cambiado de verdad. Había una bicicleta estática acumulando polvo en el rincón donde él solía jugar a la PS2 cuando era niño y luego a la PS4 cuando volvió a mudarse allí después de la universidad. En el escritorio, junto a la ventana, se apilaban hasta muy alto carpetas repletas de papeles. Había una televisión rota a los pies de la cama, rodeada de bolsas y bolsas de basura llenas de ropa. La habitación servía sobre todo como habitación de invitados y sitio para poner las cosas que habían prometido mandar de vuelta a Ghana algún día sin haber llegado a hacerlo nunca. Michael soltó las maletas junto a la cama y al girarse vio que su madre lo estaba observando.

—Pareces enfermo, Kweku. Muy enfermo. Tienes la cara demasiado flaca. ¿Ola está pendiente de que comas?

Su abuela y ella eran las únicas que lo llamaban por su nombre ghanés. Ola también, cuando se burlaba de su suegra. Michael intentó sonreír.

—Mamá, estoy bien. Estoy estresado por el trabajo y por cosas de la boda.

Su madre cerró la puerta con suavidad.

—Bueno, vale. Entonces, ¿qué te ha pasado en la mano, eh?

—Me tropecé. No es nada.

—No sé por qué no te gusta hablar conmigo —resopló ella—. No quería preguntarte delante de tu padre, pero Ola y tú… ¿estáis bien? ¿Va todo bien? —Se apretó las manos, la una contra la otra, durante un rato—. Kweku, ningún matrimonio es perfecto, pero si pones a Dios en el centro de tu matrimonio, no fracasarás, ¿de acuerdo? Por Él, podemos hacerlo todo. Tu padre y yo somos la prueba. Hemos tenido nuestras dificultades, pero nos las arreglamos.

Ola y Michael ni siquiera estaban casados; sin embargo, su unión ya estaba pasando por más apuros que el matrimonio sin amor de sus padres. Michael estaba deseando tomarse algo para suavizar la conversación. Después de la universidad, no había sido un gran bebedor —esa era Ola—, más bien era de esos a los que se le soltaba la lengua lo justo después de tomarse unas cuantas copas. En aquel momento, estaba desesperado por tomarse un trago que le permitiera decir algo.

—Estamos bien. Es solo que es todo un poco frenético.

La frente de su madre se arrugó de preocupación.

—¿Estás seguro? Sé que soy tu madre, pero puedes hablar conmigo.

Michael casi se echó a reír en voz alta. Estaba seguro de que en otras casas se decía «Soy tu madre, puedes hablar conmigo». Después de veintinueve años en que todos los miembros de la familia Koranteng habían fingido no tener más emociones que la ira, ¿se suponía que tenía que empezar a hablar de sus sentimientos? Quería mucho a su madre, que lo había sacrificado todo por su hijo, por su familia, pero eso no significaba que pudiera confiar en ella.

—Confía en mí —dijo Michael—. Todo está bien.

Su madre suspiró.

—Kweku, ¿cuándo fuiste a la iglesia por última vez?

—¡¡Mamá!! —dijo Michael levantando la voz—. ¡Que estoy bien!

—Bueno, *oo,* bueno —dijo ella haciéndolo callar—. Si tú lo dices —dijo resollando—. Mi nuera… ¿está bien?

Michael pensó en la última vez que había visto a Ola, en lo frágil que parecía, en su semblante. Delante de su puerta, había sentido la tensión en la calma de Ola. Había visto el esfuerzo en su intento denodado, aunque poco convincente, de fingir que estaba cómoda. Notó su indecisión, sus dudas antes de decir cosas que lo hicieron sentir como un asesino con un hacha. Parecía un pez dorado, sus labios se entreabrían y se cerraban mientras pensaba qué decir. Estaba seguro de que la asustaba o de que, por lo menos, la asustaba cómo iba a reaccionar él a las cosas. Estaba esperando a que llegara su momento, como un rehén en una película de miedo, cantándole una serenata a su acosador con dulce palabrería para, en cuanto estuviera distraído, acuchillarlo por la espalda y escaparse.

—Está bien. Estamos bien.

—Bueno —dijo su madre asintiendo—. Aunque no parece preocupada porque su marido se esté quedando en los huesos.

Al parecer, no se iba a escapar tan fácilmente como había creído. Su madre tenía varias cuentas que ajustar; ahora que había terminado con Michael, se estaba afilando los dientes para ir a por su prometida.

—No me estoy quedando en los huesos —dijo con calma, evitando lo mejor que pudo las trampas verbales que le tendía su madre—. Y Ola, igual que yo, tiene trabajo.

—¿Te refieres a esa página web donde escribe sobre penes de juguete?

Ahora sí que había arrancado. Michael apretó los dientes.

—Mamá.

—¿Qué? —preguntó su madre con tono inocente—. Escribe sobre

los penes de juguete de la *sex shop* esa, ¿no? ¿Y sobre condones multicolores?

Para su madre, el hecho de que se pudieran encargar vibradores en la página de *Womxxxn* la convertía en una *sex shop,* eso para ella estaba grabado en piedra. Cuando llevaban un año saliendo, su tía Abena le había enviado a su madre una reseña de Ola de un consolador impreso en 3D. Después del berrinche que había pasado, a Michael le sorprendía que fuera a asistir a la boda. «Con todas las muchachas ashanti buenas que hay en la iglesia, sin metales en la nariz», se había lamentado. Con el tiempo, Ola empezó a gustarle. Le gustaba tanto como podría gustarle una nuera nigeriana. Pero, por supuesto, tenía pegas.

—Por favor, dile a tu mujer que los borre. Que lo haga por mí, ¿sí? —siguió diciendo—. No más penes de juguete, no más condones. No cuando no tengo nietos todavía.

Cuando por fin Michael le preguntó a Ola si se casaría con él, su madre lo celebró más que ellos. Tenía cuatro hermanas, todas ellas tenían tres hijos o más, y a ella le había costado concebir antes y después de Michael, una vergüenza que seguía transformando en un problema de su hijo. Por tradicional que fuera, su deseo de tener nietos superaba su conservadurismo. Si Ola se quedaba embarazada sin casarse, les aseguraba, organizaría una ceremonia nupcial tradicional en el último momento, con una falda de kente de talle alto, reforzada con una tela que le tapara a Ola la barriga.

Michael sintió que le daba un vuelco el estómago. Siempre que Ola y él pensaban en el futuro, lo primero que les venía a la mente eran los hijos. Cuántas hijas querían y cuántos hijos. Pensaba en cuando le masajeara a Ola los pies y el vientre hinchados mientras debatían si los niños tendrían nombres de pila ashanti o yoruba.

Michael torció la boca.

—Para un poco, por favor.

—Tenéis que empezar a intentar tener hijos lo antes posible —le rogó su madre—. ¡Cuando yo tenía su edad, ya estaba criando a un niño de cuatro años!

—Genial. Gracias.

—Ya sabes que los huevos y la leche de las mujeres son iguales que los demás. Caducan, Kweku.

—Vale, mamá, ya te he oído.

—¿Eso es lo que queréis? ¿Que la leche del bebé se agríe o amargue? ¡No está bien!

Un bebé. No se habían cogido de la mano desde hacía un mes, ni mucho menos se habían abrazado. Por supuesto, el sexo quedaba

descartadísimo: el secreto de alcoba de una pareja que antes había sido muy regular en ese aspecto. Michael tampoco habría podido mantener relaciones aunque hubiese querido. Estaba demasiado deprimido. Pero Ola trabajaba en *Womxxxn,* por Dios santo: las marcas le mandaban cajas y cajas de lubricantes a lo Willy Wonka y anillos para el pene con control remoto. Antes los probaban juntos por lo menos tres veces por semana. El otro día, incómodos, habían hecho como que los paquetes para prensa de Ann Summers y Lovehoney sin abrir que tenía Ola en el pasillo no estaban allí.

Les gustaba experimentar en la cama: Michael la agarraba por la garganta, le pegaba en el culo con una paleta, la ataba, la mordía… Parecía que la vida sexual de la que antes presumía delante de sus amigos se podría utilizar ahora como prueba de sus desviaciones. Aunque las acusaciones no mencionaran ninguna agresión sexual, que su nombre figurase en la Lista significaba que podían haberlo hecho. ¿Quién se acordaba de los detalles? Se preguntó cómo lo vería Ola ahora, en retrospectiva, en aquel nuevo contexto. Eso si Ola estaba pensando en su vida sexual «en retrospectiva». Además, a lo mejor tenía otra vida sexual por otro lado. Michael no la culparía. Estaba cada vez más convencido de que ese era el secreto que le ocultaba. ¿Sería capaz de perdonarla si así fuera? ¿Qué decía de Michael que no estuviera seguro de poder hacerlo, después de todo lo que había hecho él?

La otra vez que habían dejado aparcada su vida sexual también había sido por culpa de él: cuando al principio de salir con Ola había empezado a enrollarse con Jackie, y Ola lo había descubierto. Desde el punto de vista de Michael, no estaba claro que estuvieran saliendo de manera «oficial oficial» en aquel momento. Ola tenía la impresión de que sí y había visto los mensajes, las fotos. Se mirara como se mirase, Michael había sido deshonesto: había estado acostándose con las dos y le había dicho a Ola que no se estaba viendo con nadie más.

Hasta ese mismo día, seguía sosteniendo que no había estado «viendo» a Jackie. No de verdad, no como estaba saliendo con Ola. Sí, la había engatusado, le había declarado sentimientos que, en realidad, no sentía, entre caricias en la cara y besos en los hombros. Pero eso había sido en aquel momento, mientras estaban en la cama. Aun así, Jackie se había puesto histérica cuando él terminó con la relación. Le mandaba mensajes a Michael sin parar, y DM a Kwabz llenos de súplicas. Michael había ignorado todos sus mensajes y, si lo pensaba bien, no se sentía orgulloso de su comportamiento. Estaba todavía menos orgulloso de que, cuando Ola se enfrentó a él por Jackie, al principio mintió y lo negó y, cuando ya no pudo seguir manteniendo

la mentira, se puso a la defensiva. La negativa de Michael para asumir su responsabilidad le había hecho más daño a Ola que su falta de honestidad. Todavía le seguía asombrando haber convencido a Ola de que volviera con él.

Cuando quedó claro que iban a solucionar las cosas, Jackie puso la mira en su novia. Se dedicó a bombardear a Ola con mensajes amenazantes, con fotos y capturas de pantalla de los mensajes de Michael. Estuvieron a punto de separarse por segunda vez. Michael seguía sin saber cómo había conseguido revertir la situación. De alguna forma, Kwabz consiguió que Ola se pusiera al teléfono: lo hablaron y luego lo solucionaron. Ola le había hecho jurar a Michael que no volvería a hablar con Jackie, y en aquel momento él se lo había jurado en serio. Sin embargo, cuando se quedó sin trabajo, poco a poco volvieron a aparecer sus inseguridades. Y las tentaciones. No le resultó tan difícil como esperaba contestar a Jackie cuando le mandó un mensaje al año siguiente. Habría sido mejor si la hubiera querido. Si le hubiese gustado, al menos. Pero no se trataba de ella. Se trataba de él.

Por supuesto, había sopesado decirle la verdad a Ola la segunda vez. Si lo hubiera hecho, habría podido contestar de forma más directa las preguntas pendientes sobre la Lista. Tal vez, pensaba Michael, si le aclaraba que Jackie y él no habían mantenido relaciones sexuales cuando habían vuelto a ponerse en contacto, a lo mejor Ola encontraba la manera de superar la infidelidad. Jackie y él habían reavivado las cosas, sí, pero no la había tocado. Sonaba ridículo: habían hablado por FaceTime, se habían mandado *nudes,* habían descrito explícitamente lo que se harían el uno al otro si tuvieran la ocasión, pero Jackie también tenía novio en esa época, y ambos acordaron que no cruzarían aquella línea.

Cuanto más pensaba en contárselo a Ola, más sentía que la fragilidad de su unión no soportaría el peso de otra traición. Ya había sido muy difícil recuperarla la primera vez. Ahora no es que volvieran a estar juntos en sentido estricto, sino en una especie de camino que los haría superar aquello a pesar de todo: no quería que admitir el segundo devaneo con Jackie pusiera en riesgo lo suyo con Ola de manera definitiva. Además, lo único que tenía garantizado si confesaba era que Ola lo dejara, no que fuera a desestimar definitivamente las alegaciones. La nobleza estaba muy bien, pero prefería portarse como un canalla y tener novia.

El ruido que le hacía el estómago llamó tanto su atención como la de su madre, que volvió a chasquear la lengua.

—Y tendrás el valor de decir que no te estás quedando en los

huesos —dijo su madre—. Por lo menos, quédate a cenar. Hay *waakye.*

Michael nunca rechazaría un *waakye,* ni siquiera en sus peores momentos. Su madre lo sabía.

Volvió a mirar el reloj.

—Bueno, vale. Pero no puedo quedarme mucho.

—¿Sabe Ola hacer *waakye* ya? —preguntó su madre de manera retórica.

Michael ignoró el golpe y bajó las escaleras, donde su padre seguía paralizado en la misma posición, como si no hubiera pasado el tiempo. Cuando Michael se agarró a la barandilla, sintió el polvo acumulándose en las yemas de los dedos y notó pequeñas motas que captaban la luz del aire. Miró el desorden que abarrotaba el salón y trazó mentalmente una línea directa entre la costumbre que tenía su madre de acumular cosas y el estilo minimalista que él había elegido para su propia casa. El padre de Michael solía bromear, cuando todavía bromeaba, diciendo que su mujer merecía llevarse un porcentaje de su cuenta del bar Wotaa Ba Ha (donde «tíos» de cierta edad abordaban a mujeres de edades muy distintas de la suya), ya que eran las quejas constantes de la madre de Michael las que lo llevaban allí. Michael casi prefería aquella época, cuando sus padres se picaban el uno al otro. Ahora apenas interactuaban. El éxito de su matrimonio no venía determinado por su felicidad, sino por el hecho de que siguiera en pie.

¿Era aquel el futuro que le esperaba? ¿Que Ola despreciara al hombre con el que se había casado? ¿Que él estuviera demasiado desmoralizado como para que le importara? Todo aquel tiempo, había estado temiéndose que Ola cancelara la boda, cuando estaba claro que dentro de tres días iban a casarse y que no sería más que el principio de sus problemas.

Michael siguió a su madre hasta la cocina y empezó a ayudarla a servir la cena. Una cena rápida, un poco más de charla sobre la boda y luego se largaría de allí. Tenía que darse prisa. No podía hacer esperar más al antiguo delantero centro del Crystal Palace, Lewis Hale, miembro de la Orden del Imperio Británico.

14. Un día para la boda

La manopla se calentó con el calor de su piel escocida, así que Ola le dio la vuelta para ponérsela por el lado más fresco. Hizo un gesto de dolor. No funcionaba. La esteticista le había prometido que después de tomarse un paracetamol y de ponerse una compresa fría se recuperaría, pero a Ola le costaba hasta dar el corto paseo hasta su portátil.

Aplicó una ligera presión sobre la tela mientras se levantaba y se examinaba las uñas. Largas, cuadradas y nacaradas, con un borde de brillantitos. Aquella mañana le habían pintado las uñas de los pies en el mismo tono, también le habían puesto extensiones de pestañas. Acicalarse le había llevado seis horas en total, viaje no incluido. La cera en la zona del biquini había sido lo que más tiempo le había consumido, incluso más que arreglarse el pelo, que ahora llevaba muy alisado, hacia atrás y de color negro. Empezaba a dolerle el cuello y la cabeza le lastraba con el peso de la larga cola ondulada a juego que le había añadido la peluquera.

En parte, había tardado tanto con la cera porque Ola había insistido en tomarse un descanso de veinte minutos. El volumen de sus gritos, guturales y desgarradores, la había impresionado tanto como a la esteticista.

—¿Dejas pasar tanto tiempo normalmente sin depilarte, cariño? —le había preguntado la esteticista, arrugando la nariz.

Le untó aloe vera en la ingle con las manos enguantadas. El ardor a lo largo de la línea del biquini pronto se convirtió en punzadas más moderadas.

—No —dijo Ola con voz ronca, parpadeando para secarse las lágrimas de agonía. Midiendo el pelo rubio y las raíces oscuras de su agresora, Ola se imaginó que le preguntaba si solía dejar pasar tanto tiempo sin retocarse el tinte, cariño—. He estado ocupada. Me caso mañana.

—¡Ay, enhorabuena! —dijo la esteticista mientras hacía girar la cera, que parecía miel, alrededor del extremo de la espátula de madera. Arrastró la cera caliente por el lado izquierdo de los labios exteriores de Ola y colocó una banda blanca en el último mechón de vello—. Muy bien, amor, a la una, a las dos, a las tres… —Tiró y una

vez más la piel de Ola se encendió como una cerilla—. ¡Listo! —dijo la esteticista como en un arrullo, mostrándole a Ola un gruesa mata de pelo apelmazado en la parte posterior de la tira—. No te preocupes si está sensible, se te pasará dentro de unos días —dijo mientras se echaba un chorro de aloe vera en las palmas de las manos para embadurnarle la vulva—. A lo mejor sigues un poco dolorida en tu noche de bodas, pero que sea por otros motivos, ¿eh? —dijo soltando una risita.

Ola no fue capaz de esbozar una sonrisa. Pensar mucho rato en cualquier aspecto de su relación con Michael resultaba difícil, pero sobre todo pensar en el sexo. Era difícil no replantearse los gustos de Michael como algo siniestro. Los moratones en los muslos y las marcas de mordiscos en las clavículas que Ola le había suplicado que le hiciera. ¿Qué decía de él su disposición a hacerle daño? ¿Y de ella? ¿Y de ellos?

Cojeando, con la compresa fría entre las piernas, sacó el portátil de debajo de todas las porquerías que tenía en el escritorio. El ensayo era dentro de unas cuantas horas y no tenía ni idea de cómo iba a encararlo. Disfrazándose de mujer funcional en una pareja funcional.

Abrió Skype. Fola contestó después de un tono, borrosa por la mala conexión, pero inequívocamente risueña. Ocuparon la pantalla los cuadrados de su imagen pixelada y sus brillantes dientes.

—¡Qué hay de nuevo, gemela!

Estaba borroso, pero Ola vio que estaba en el asiento trasero de un coche. El alivio la invadió al instante: ver la casa de Fola siempre la calmaba. Si la conexión hubiera sido mejor, habría visto una versión solo un poco distinta de sí misma devolviéndole la mirada, sin los hoyuelos y con la nariz respingona. Aparte de la nariz y de la altura (Fola era escultural con su metro setenta y ocho, pero más baja que su hermana mayor, como a Ola le encantaba recordarle), sus diferencias físicas eran mínimas. Fola llevaba la cabeza afeitada desde que tenía diecisiete años, lo que compensaba con una exorbitante cantidad de alhajas: enormes pendientes de jade que le lastraban los lóbulos de las orejas, anillos hechos de cuarzo que le llegaban de los nudillos a las cutículas, cada pieza para atraer una energía o alejar a otra. De manera periódica, Ola recibía por correo preciosos cristales, con una nota garabateada de su hermana detallando cómo «activarlos», aunque Ola solo los utilizaba como topes para los libros. Ese día, llevaba colgados dos collares distintos: una piedra rosa moteada y un turbio cristal liso.

Ola empujó su portátil hacia atrás, esperando que así mejorase la conexión.

—¡Eh! ¿Estás casi al llegar?

—Acabo de aterrizar en la ciudad de Londres. ¡Voy de camino a tu casa, puta! —Fola hizo una pausa—. ¿Estás bien?

—Hermana. Hoy ha sido una locura. Me he hecho las uñas y me he peinado. Casi pierdo un labio en un accidente loco con la depilación.

—¡El pelo está chulo! Pero no sé cómo te haces la mierda esa de la cera del biquini —dijo la hermana de Ola—. El único sitio del que me quito el pelo del cuerpo es la cabeza, *àṣẹ*. —Juntó las manos en la frente como para rezar.

—No sé por qué me he molestado —concordó Ola—. No es como que me vaya a ver nadie.

—Entonces es que no querías ir a casarte con el arbusto, ¿eh? —Fola chasqueó la lengua—. Sé que, desde el Cielo, la tía Lorde te está mirando el culo de reojo.

Ola se rio. Su madre había tenido razón hacía un mes, pero Ola sentía unas contradicciones tan constantes aquellos días que no estaba segura siquiera de que contaran como hipocresía. Era difícil precisar quién era ya, de qué lado estaba, aunque aborreciera aquel enfoque simplista. Pero esa era la verdad: las palabras de Rhian sonaban en su mente todos los días en bucle y, cuando no pensaba en Rhian, la atormentaba Nour. Aquella chica la había admirado, pero se sentiría consternada si supiera la verdad. Desde entonces, en el trabajo, ni ella ni Kiran habían hablado de lo que les había contado Nour, y Ola se sentía más avergonzada cada día que pasaba. Dejó escapar una exhalación de cansancio.

—Fola —dijo Ola después de momento—. Me siento muy mal, tía.

—Escúchame. ¡Lo sabía!

Ola sintió que su boca se curvaba en una sonrisa burlona.

—¿Los ancestros te han avisado, muchacha? —dijo con falso acento canadiense, disfrutando de lo que sabía que iban a ser los últimos y fugaces momentos de desenfadada charla entre ellas.

—No, esta vez no, aunque normalmente sí lo hacen —la reprendió Fola—. ¿Dije o no dije que *Love and Hip Hop* irían luego a Miami? ¡De entre los cincuenta estados! —Incluso a pesar de la mala conexión, Ola distinguió que los ojos de su hermana se agrandaban, maravillados por su «don»—. Aunque esta vez ha sido mi sentido de gemela —siguió diciendo Fola—. Mi sentido de gemela lo estaba sintiendo.

En realidad, Ola y Fola no eran gemelas. Se parecían más que algunos gemelos idénticos y tenían la misma edad, aunque Fola tenía siete meses menos y una madre distinta. También tenía un acento diferente, ya que había crecido en Ontario, Canadá. Lo único que

compartían era a su padre, aunque no hubieran sabido ni eso ni la existencia la una de la otra hasta que tuvieron catorce años. Su padre solía viajar entre Lagos y Londres por asuntos que no se limitaban al trabajo, como quedó claro al pasar el tiempo. También viajaba mucho a Norteamérica y le prometía a Ola que la llevaría a ver la Estatua de la Libertad y el Monumento a Lincoln. Cuando era niña, Ola estaba convencida de que las dos estatuas eran novios. Su padre le había prometido llevarla a oficiar su boda. También la había convencido una vez al volver de Adelaida de que la ciudad australiana tenía un nombre yoruba, solo porque se parecía un poco al suyo. Era así de tonto. Como Fola.

¿Sospechó Ola alguna vez su secreto? ¿Hubo señales? Esas eran las preguntas que le hacía la gente a la que no conocía mucho en las raras ocasiones en que salía el tema. La verdad es que Ola no podía decir que tuviera algún indicio de que su padre tuviera otra familia. Nunca había pensado en él como un donjuán, algo que sí habría hecho si hubiera sido otro hombre. Su madre, sin embargo, no lo sospechaba, sino que lo sabía. Aunque Ola quisiera a su madre, le costaba respetarla por aquello. Siempre había sido más una niña de papá: veía en Michael el mismo carisma, el mismo humor y la misma generosidad de su padre, al que echaba de menos desesperadamente. Su madre, mientras tanto, había sido tradicional, sumisa, un felpudo; el «cuello» en el que se apoyaba su padre como cabeza de familia, todo lo que Ola rechazaba, incluso entonces. A veces le preocupaba que la pasividad de su madre fuese la herencia que había recibido y luchaba contra ella con todas sus fuerzas. Aunque desde el punto de vista intelectual sabía que su padre tenía la culpa de sus infidelidades, no podía evitar sentir que solo te faltaban al respeto si lo permitías.

Su padre falleció de cáncer de próstata en 2002, y la primera vez que Fola y ella se encontraron fue unos días antes del funeral.

—Esta es tu hermana, Folake —murmuró su madre cuando estuvieron todas sentadas en la sala de estar familiar en Streatham, llena de tiestos y de humedad en las paredes, flanqueada por retratos familiares hacia los que Fola no dejaba de dirigir la mirada—. Viene de Canadá.

Al parecer, en la familia se referían a ellas como «las gemelas» mucho antes de que se conocieran. Ola se dio cuenta de lo mucho que se parecía Fola a su padre, tenían la misma cara. Además de dejarlas en la ignorancia, les había dejado su piel lisa y oscura, así como sus ojos oscuros de corza. Las hijas llevaban la infidelidad de su padre escrita en el rostro.

El hecho de que las llamara a ambas por el nombre de la otra por

equivocación se convirtió en algo de lo que empezaron a reírse cuando se hicieron adultas, igual que cuando descubrieron que las dos habían visto la serie *Cosas de hermanas* cuando eran solitarias hijas únicas en los años noventa y habían deseado encontrar a una hermana gemela perdida. Medio bromeaban sobre las inevitables hermanas que tendrían repartidas por el mundo que con el tiempo saldrían de debajo de las piedras. Una «Bola» en Kentucky, una «Lola» en Nueva Zelanda.

—¿Y el atrevimiento de ponernos nombres que riman? —se desternillaba Fola—. ¡Qué cara tienen los hombres nigerianos!

—Cuántas veces te lo tengo que decir: ¡Olaide y Folake no riman! —le rebatía Ola.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Papá era un desastre.

—Sí. —Ola también se reía—. Lo echo de menos.

—Yo también.

Cuando pasó un tiempo, Fola dejó de recordarle a su padre de una manera dolorosa. La madre de Ola se encariñó mucho con Fola; por eso, ese juego de que eran sus hijas gemelas le hizo menos molesto que viniera de visita. Era difícil que no fuera así: Fola era la encarnación misma de una mañana soleada de domingo, traía con ella la misma luz que su padre. Ola no la veía tanto como hubiese querido: Fola había heredado el gusanillo de viajar de su padre y, en esa época, estaba enseñando inglés en Panamá, pero hablaba con ella más a menudo que con la mayoría de la gente con la que compartía ciudad.

—¿Qué pasa, entonces? —dijo Fola; se llevó la mano a la barbilla y se inclinó hacia el teléfono, como si estuviera sentada frente a ella en una cafetería Costa—. El ensayo es a las cinco y media, ¿verdad? ¿Sabes pronunciar ya tu nuevo apellido? ¡Porque te juro que yo no!

Ola estaba medio esperando sentir el sabor de la sangre. Se estaba apretando el labio inferior con tanta fuerza que tenía la impresión de que iba a partírselo, como si fuera un gajo de mandarina satsuma.

—No estoy segura de poder hacerlo.

Cuando su hermana se sobresaltó y retrocedió, la calidad ya mala de la imagen empeoró y la llamada se desincronizó.

—Espera un momento —dijo Fola—. Espérate. Que no puedes hacer qué. ¿Lo de esta noche? ¿Lo de mañana?

Ola asintió en silencio.

Su hermana arqueó las cejas.

—Chica, estoy en un Uber, vengo desde…

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que debería pagarle a alguien para que averiguara quién estaba tras la Lista? —la interrumpió Ola—. ¿Para que le hiciera preguntas y eso?

Fola se quedó pensando.

—Sí, supongo. O sea, estaba de broma, pero sí, claro.

—Bueno, lo hice, pero para que investigara a Michael. Un detective privado lleva siguiéndolo un mes.

A Fola se le salieron los ojos de las órbitas; se quedó con la boca abierta mientras se apretaba los lados de la cara con las manos. Se convirtió en una inquietante y exacta recreación de *El grito,* de Edvard Munch, con su cabeza calva y su expresión caricaturescamente asustada.

—No ha descubierto nada —afirmó Ola enseguida—, pero me da la impresión de que ese es el problema. Nunca voy a saber qué ha pasado, ¿verdad, Fola? Jamás sabré la verdad. ¿Cómo voy a confiar en él nunca? ¿Cómo va a confiar él en mí, si lo he estado espiando?

Y así, sin más, se echó a llorar.

Fola se puso la mano en el muslo e inclinó la cabeza con cansancio, como si fuera un duplicado de su mustia hermana.

—Vaya, mierda. No sé… No sé qué decir —tartamudeó—. Creía que ya estabais bien, después de los correos electrónicos de su antiguo trabajo. Supuse que por eso habías dejado de sacar el tema, ¿sabes? Como la boda es mañana y todo eso… Mierda. Joder.

Como si oyera la angustia creciente en su propia voz, Fola respiró más despacio para calmarse y cerró los ojos. Acarició la piedra rosa que llevaba colgada al cuello. «Lo más probable es que esté invocando fuerzas para las dos —pensó Ola— de sus piedras o de sus ancestros o de ambas».

—Vale. —Después de inhalar aire, Fola volvió a la realidad y se puso en modo resolutivo, como de costumbre.—. No llores. Vas a estar bien, ¿vale? Vale. ¿A quién tengo que llamar? ¿Qué quieres que haga?

Lo que Ola necesitaba de su hermana era exactamente aquello: que se hiciera con el control de lo que estaba totalmente fuera de control. Que ocupara el espacio de la realidad que Ola había desocupado hacía mucho. Necesitaba que su hermana interviniera, que diese un paso al frente. Pero lo que Ola deseaba era otra cosa: que su hermana escuchara sus pensamientos erráticos. No necesariamente para que la ayudara a encontrarles el sentido, sino para que los reconociera y así no estar hablando sola. No hacía falta que la animara, solo que asistiera como invitada imparcial a su fiesta de autocompasión.

—No lo sé. Tía. Soy una puta idiota.

—No eres idiota —le gritó Fola.

Su hermana siempre estaba preparada para luchar contra los enemigos de Ola, aunque fuesen la propia Ola.

Ola negó con la cabeza.

—A lo mejor debería haber terminado con esto al ver la Lista. Pero

no puedo dejar a Michael sin saber la verdad. Lo quiero, Fola. Mucho. Suena estúpido, pero lo quiero.

—Eso no te hace estúpida. Te hace humana —respondió Fola. Su voz era como un abrazo audible—. ¿Te imaginas las decisiones que tomaríamos si el amor no nos jodiera las facultades? La vida sería perfecta. Salvo que no tendríamos *Lemonade*. Ni *Ctrl*. Ni ninguna canción de Adele. Bueno, nos perderíamos algunas canciones de desamor de puta madre, pero ya sabes a qué me refiero —dijo; luego se quedó callada, con el zumbido amortiguado de Kiss FM sonando de fondo—. Pero, hermana, sea lo que sea que elijas hacer, tiene que ser algo. Y rápido.

Ola tenía que tomar las riendas. Lo sabía. Pero desfallecía al pensar en las llamadas telefónicas que tendría que hacer a todos y cada uno de los invitados si cancelaba la boda, sin poder explicarles en ningún momento el verdadero motivo que la hacía desertar. La devastadora deuda de los depósitos impagados. La vergüenza. Casarse con Michael era el único camino que tenía sentido en aquel momento. No tenía pruebas de que fuera inocente, pero tampoco de que fuera culpable. Por otro lado, dejando de lado la pesadilla logística y la pérdida económica, imaginarse la vida sin Michael era como intentar imaginarse lo que se siente al no existir: la oscuridad total, la nada. Michael era el amor de su vida, le gustara o no.

Antes de que pasara todo eso, habían estado mirando dónde les gustaría comprarse una casa juntos. Habían hablado del plazo de tiempo en el que planeaban empezar a intentar tener hijos. ¿Podría Ola terminar con Michael y empezar de nuevo? ¿Instalar aplicaciones, presentar una versión de sí misma precursora de la verdadera, hablar de cosas sin importancia, tener conversaciones importantes solo para que la *ghostearan* y desinstalar la aplicación hasta la próxima? Se cansaba solo de pensarlo, como se cansaba solo de oírselo contar a Ruth.

De todas las brechas de género sobre las que escribía en *Womxxxn* —la salarial, la de los orgasmos—, era la brecha del tiempo la que más le disgustaba, no solo en cuanto al promedio de horas de ocio que tenían los hombres en comparación con las mujeres. Le enfurecía la idea de que «las niñas maduran antes que los niños», pero los veintinueve años de Michael y sus treinta y uno estaban a años luz de distancia. Su diferencia de edad era muy pequeña, pero muy grande a la vez. A él le quedaba otra década, quizá más, antes de tener que preocuparse en serio por tener hijos. Los treinta y uno de Michael serían lo que habían sido los primeros veinte de Ola: una edad de exploración, años que podía permitirse perder. En teoría, Ola creía en

las ventajas de la soltería: las mujeres vivían más tiempo y eran más felices según decían las estadísticas. Pero quizá se parecía más a Frankie de lo que ella creía. La brecha entre quien era y quien creía ser era muy grande. La brecha entre lo que creía la gente que era y lo que ella creía ser era la mayor de todas. Hasta a la propia Ola le sorprendía lo mucho que, claramente, significaba para ella casarse de blanco.

—Es que no lo sé, Fola.

Su hermana cambió de actitud.

—¿Confías en él?

Silencio.

—A veces. La mayoría de las veces. ¿Que si creo que es capaz de lo que se le acusa? No. Pero eso no significa nada, ¿verdad?

Ola apenas podía confiar en sí misma; no estaba segura de hasta qué punto el amor le nublaba el juicio. Los maltratadores son todos inocentes a los ojos de alguien, tienen un ser querido que cree que es una injusticia que se los persiga. Pero a Ola le era imposible superar la sensación de que todo había sido un terrible error. Y a veces era todavía más difícil pensar en lo que implicaría que eso fuera verdad y que Michael fuera inocente, en lo que había tenido que soportar.

Fola asintió como si estuviera tomando notas.

—¿Te hace feliz?

Michael sí la hacía feliz, aunque también la ponía triste. No en igual medida. Le había hecho daño antes con sus mentiras, había minado su confianza. Pero también la hacía sentir capaz de hacer cualquier cosa. Que podía con todo. Cuando estuvieron en Santorini, Ola insistió en subir andando al cráter del volcán, para luego darse cuenta de que las havaianas no eran el mejor calzado para eso. Michael la llevó subida a la espalda la mayor parte del camino, sin pronunciar ni una vez un autocomplaciente «Te lo dije», como habría hecho ella. Michael la quería, con sus defectos y todo. Y por eso había un lado de ella que solo veía Michael, que solo él podía sonsacarle. ¿A lo mejor lo creaba él? La animaba a ser despreocupada y tonta. La convertía en una «carita sonriente»; ni siquiera cuando era niña la habría descrito así nadie.

Michael hacía que le temblaran las piernas y, en general, la llenaba de debilidad; Ola tenía muy poca determinación cuando se trataba de él. «De tal palo, tal astilla», pensaba Ola, cuando le venía a la cabeza la relación de su madre con su padre.

—No me pone tan triste como me pondría si no estuviera con él —dijo Ola con sinceridad.

En cuanto la confesión salió de sus labios, la decisión estaba

tomada, las dos lo supieron. Fola puso la misma cara de haber mordido una cebolla que hubiera confundido con una manzana. Permaneció serena mientras volvía a recorrer el contorno de la piedra rosa.

—Escúchame, te apoyaré pase lo que pase, ¿de acuerdo? Para eso estoy aquí. A menos que sigas intentando que me siente al lado de la prima loca de Michael. Eso lo cambiaría todo.

Ola puso los ojos en blanco.

—Vale, no estigmaticemos por descuido la salud mental, por favor.

—¡Esa es mi Ola! —dijo su hermana dando una palmada, con la voz menos tensa—. ¡Ha vuelto!

Ola soltó una risita.

—Gifty no está loca. Solo tiene la energía de la bruja de Nollywood, Patience Ozokwor —dijo asintiendo hacia la pantalla—. Sin ofender a la comunidad sobrenatural.

—No nos has ofendido —dijo Fola, sin inmutarse.

—Gracias —dijo Ola, seria, cuando se calmaron las risas de las dos.

—Sí, sí, soy la mejor, ya lo sabíamos —bromeó Fola, antes de poner ella también cara seria—. Aquí estaré para ti. Siempre. ¿Lo sabes?

—Lo sé —dijo Ola con lágrimas en los ojos, deseando abrazar a su hermana y a su padre a la vez—. Gracias, gemela.

15. Un día para la boda

Michael se apresuró a enviarle un mensaje de texto a Ola, mientras se dirigía por el camino de gravilla hacia la casa de Lewis, en la frondosa ciudad de Orpington, y notaba de forma inconsciente que su visión periférica se volvía verdosa.

> Me he dejado los folletos con el orden de la ceremonia en mi casa. Los traes pls? Están en una bolsa en la encimera de la cocina

Se había ido directamente a casa de Lewis desde la barbería y llevaba tanta prisa que se había olvidado de los folletos. En el tiempo que tardaría en volver, recogerlos y hacer el viaje hasta el lugar del ensayo, se lo habría perdido todo.

Michael estaba seguro de que conocer a Lewis Hale, la leyenda del Crystal Palace, aunque fuera en aquellas circunstancias, sería la parte menos surrealista del día. Todo el mundo estaría en el ensayo: Kwabz, Amani, Seun, Celie, Ruth, Fola, la madre de Ola, la madre y el padre de Michael, el sacerdote Oyedepo. Divididos entre los que no se enteraban de nada y los cómplices reticentes que mantenían la fachada por pura lealtad. Una parte de él esperaba que, al llegar, la iglesia estuviera vacía. Desde el fatídico día en que la Lista había salido a la luz, no había recibido ni una sola noticia de Ola sobre los preparativos de la boda. Se preguntó si le contestaría siquiera al mensaje de texto. Si lo hacía, sería el reconocimiento de que iban a seguir adelante de verdad.

Al llegar a la entrada, Michael vio dos Range Rovers aparcados, uno negro y otro plateado. La gravilla bajo sus pies se volvió más fina, y pronto se encontró frente a una finca que le recordó a uno de los dramas de época que ponían los domingos por la noche en la BBC. Sabía que Lewis era extraordinariamente rico, pero el saberlo no impidió que se quedase impresionado. Aquello no era una casa: era una mansión de extensión interminable, rodeada de hectáreas de frondoso follaje.

En principio, iban a encontrarse dos días antes en el Walworth Arms, un pub en Beckton que parecía arrancado del plató de un culebrón ambientado en las Midlands. Lewis le había mandado un mensaje el día anterior a la reunión:

Michael, kolega, estaré en la barra con una gorra hatteras negra cuando llegues :)

Michael sabía que Lewis era consciente de que conocía exactamente el aspecto que tenía. Era un hombre muy famoso, incluso para quien no veía el fútbol. Estaba claro que Lewis no le había mandado el mensaje porque se temiera que Michael no fuera a encontrarlo, sino porque se temía que no iba a aparecer.

Al final no había ido, pero no porque no lo hubiese intentado. Salir de casa de sus padres había terminado siendo más difícil que entrar. Después de atiborrarlo de *waakye, shito* y huevos duros, su madre insistió en lo cansado que lo veía y le aseguró que una siesta rápida no le vendría mal, que ella lo despertaría al cabo de media hora. No había hecho falta mucho para convencerlo, y se despertó a la una de la madrugada con nueve llamadas perdidas, una manta encima y marcas en las mejillas de los cojines del sofá. Hacía semanas que no descansaba tanto.

Esta vez, quedaron en verse en casa de Lewis. Las breves conversaciones que habían mantenido habían sido solo sobre la Lista y para quedar para hablar de ella, pero Lewis terminaba todos los mensajes con una carita sonriente hecha con dos puntos a modo de ojos y un paréntesis como boca, como si los emoticonos y la gravedad de la situación se le escaparan. Michael no estaba del todo seguro de cómo había conseguido su número. Se imaginaba que Lewis era lo bastante famoso como para que no le hubiese resultado demasiado difícil, a él o a quienquiera que contratase un futbolista retirado para organizarle ese tipo de cosas. Le había mandado un mensaje una mañana temprano:

Hola, soy Lewis Hale. Este es el número d Michael Koranteng? Espero k no te importe que contacte contigo :)

Obviamente, Michael supuso que no era él de verdad. Se imaginó que era un trol que le lanzaría improperios sobre la Lista en cuanto le respondiera. Hasta que el agente de Lewis no se puso en contacto con él, no se dio cuenta de que era el legítimo Lewis. El agente le dijo que Lewis prefería hablar por teléfono, y el futbolista lo llamó ese mismo día para explicarle que quería tomarse una cerveza con él y charlar.

—Cuando dices «charlar», ¿te refieres a charlar sobre la Lista? —le había preguntado Michael mientras intentaba entender la locura de la situación.

—Correcto —dijo Lewis.

El sonido de su voz parecía encapsulado en el tiempo. Solo los

hombres negros británicos de cierta edad hablaban con este acento falsamente *cockney,* con las haches caídas, que fluía sin esfuerzo hasta adoptar un deje caribeño.

—¿Quieres hablar conmigo de eso? —repitió Michael.

—Eres un hacha, hijo mío.

—¿Puedo preguntar por qué? No es por faltarte al respeto, pero no sabes nada de mí.

—Tienes razón, en realidad no sé nada de ti —concedió Lewis—. Pero sí sé algo de tu novia. La busqué en Google —dijo Lewis, como si fuera la cosa más normal del mundo—. Bueno, mi asistente la buscó, después de investigar a todos los demás. Cuando llegó a ti, la encontró a ella. Ola la periodista, ¿verdad? Una de las buenas, por lo que parece. ¡Escribe sobre cosas… interesantes! —Lewis empezó a reírse y Michael esperó a que fuera al grano—. Sea como sea, supuse que si ella pone la mano en el fuego por ti, siendo una feminista y todo eso, será por un buen motivo.

A Michael se le revolvió el estómago mientras Lewis decía aquello. La presencia de Ola era una esponja, ya fuera porque limpiaba sus desaguisados o porque absorbía el veneno dirigido contra él. La gente consideraba a Michael mejor persona porque estaba con ella y la juzgaba a ella de forma más desfavorable por ese mismo motivo. Michael sabía que, si Ola lo dejaba, confirmaría sin darse cuenta su culpabilidad, pero esa era la primera vez que se lo decían con tanta claridad. Probablemente, era mejor que Ola no supiera que iba a ver a Lewis. ¿Cómo podría justificarle a ella que se estaba relacionando con alguien acusado de homofobia violenta y maltrato cuando le costaba justificarse a sí mismo? Además, a esas alturas, ¿qué era un secreto más?

Lo que Michael no podía entender era por qué Lewis quería ponerse en contacto con él. Ese hombre no era como él: había salido en los periódicos antes por todo tipo de cosas. La Lista solo andaba circulando por ciertos sectores y todavía no había llegado al espectador medio de *Bailando.* No estaban en el mismo barco, ni mucho menos.

Cuando Michael llegó, Lewis estaba al pie de los grandes escalones de piedra que conducían a la puerta principal. Lo primero en lo que se fijó fue en su postura. Se mantenía erguido, con los hombros hacia atrás, como un abogado presentando su alegato inicial ante un tribunal, solo se le notaba la ansiedad en la cara. Michael le sacaba casi treinta centímetros, pero Lewis parecía tan fuerte y fornido a los cuarenta como cuando Michael lo veía jugar cuando era niño. Estaba bien afeitado y era calvo —no se le veía ni un solo pelo en la cabeza

—, pero su barba apenas incipiente era entrecana. Un hombre de piel clara, del color de los anacardos, con bastantes pecas. Unas patas de gallo se posaban en los bordes de sus ojos amables y unas finas líneas de expresión enmarcaban su boca ancha, en la que se asentaban unas coronas un poco demasiado grandes.

—Michael. ¿Qué tal, hijo? —dijo Lewis mientras se dirigía hacia él, con la cara inundada de alivio. Le alargó la mano—. Soy Lewis.

Michael pensó en lo raro que era ver a alguien presentarse cuando sabía que tú sabías quién era. Michael no conocía a Lewis por la Lista. Lo conocía por las cartas de fútbol y los carteles del «Mes de la Historia Negra» de la escuela primaria, sonriendo entre una Mary Seacole y un Richard Blackwood mal dibujados. Michael y Amani habían llevado ambos su camiseta con el número 9 el día que los dejaban ir sin uniforme al colegio. Lo conocía por los ciento dieciséis goles que había marcado en sus doscientos sesenta y tres partidos con el Crystal Palace. Por sus catorce tripletes. Porque era el segundo mayor goleador de toda la historia del Palace y el comentarista de *Match of the Day*. La madre de Michael lo adoraba cuando salía en el magacín *The One Show*.

—Sé quién eres, tío. —Michael no pudo evitar sentirse deslumbrado—. Eres una leyenda.

Lewis sonrió nervioso.

—Gracias, amigo —dijo subiendo las escaleras hacia las columnas de piedra que conducían a una enorme puerta de roble macizo—. Pasa.

Michael observó lo altos que eran los techos del vestíbulo y los amplios arcos. Una gigantesca araña de cristal colgaba en el centro, y a la izquierda había una escalera impresionante que conservaba la barandilla de madera original. En todas las paredes había una colección de retratos en blanco y negro, de los hombros para arriba, de la mujer de Lewis, Samantha, a quien Michael reconocía de verla en la barra lateral del *Daily Mail* y en uno de aquellos *realities* que se llamaban *Los famosos hacen no sé qué.*

Lewis observó a Michael quedarse boquiabierto.

—¿Quieres que te enseñe la casa?

A lo largo de los años, había habido rumores en la prensa sobre el declive de la fortuna de Lewis, pero un vistazo a aquella casa los acallaría de inmediato. A pesar del clásico exterior, el interior era el cénit de la modernidad. La mayoría de las paredes estaban pintadas de un blanco crudo que contrastaba con el suelo de roble gris. Todas las habitaciones parecían sacadas de un hotel de lujo —el gimnasio, la piscina cubierta, la sala de televisión— y olían a sándalo. Pasaba lo

mismo en la cocina, que olía como si nadie cocinara en ella. Michael se sintió intimidado por los tapones geométricos del fregadero, que se parecían al logo de Tesla y tenían el aspecto de haber sido diseñados por uno de sus ingenieros. En el salón había más seudodesnudos de buen gusto de Samantha. Delgada y bastante inexpresiva, casi formaba parte del mobiliario, como los cacharros parlantes de *La Bella y la Bestia.* Era como si alguna vez hubiera sido una tabla de planchar antropomórfica, hasta que un beso de amor la había transformado en una mujer lituana muy esbelta con los ojos grises y cristalinos, pelo negro azabache y piel nívea, que se vestía casi exclusivamente con ropa deportiva de color marrón leonado.

Como todas las demás zonas comunes, la cocina estaba llena de rincones elegantes de tonos crema propensos a mancharse. Samantha no estaba, pero hasta las cosas que probaban su existencia —sus revistas de moda colocadas en abanico sobre la mesa de centro, sus Louboutin en el pasillo— parecían puro ornamento. Michael se sentía renuente a dejar marca alguna de su presencia, tan fuera de tono con aquella estética estéril.

Agradeció que le sonara el teléfono, pues así tuvo un sitio en el que poner las manos. Era Ola. Había contestado a su mensaje con el emoji del pulgar hacia arriba. Entonces quedaba claro: habría boda.

—¿Todo bien? —le preguntó Lewis al notar su expresión de perturbación.

—Eh, sí, estoy bien. Ola ha ido a recoger los folletos con el orden de la ceremonia. Esta noche es el ensayo. La boda es mañana.

—¿Mañana?

Michael asintió, casi sin creérselo. Lewis hizo un ruido a medio camino entre soltar un chiflido y chasquear la lengua.

—¡Dios mío! Necesitas un trago más que yo —dijo Lewis mirando la vitrina llena de botellas de vino que cubría la pared.

Le preguntó a Michael qué quería tomar y después sacó dos botellas de Guinness de un frigorífico tan alto y ancho como un armario, cubierto con fotos con imán de dos adolescentes con el pelo rizado sonrientes. Lewis colocó las botellas sobre unos posavasos de cristal en la gran mesa de café de cuarzo de la sala de estar.

—Gracias por venir, colega —dijo mientras se sentaba en el sofá—. Ya sé que estos no son tus pagos.

—No hay de qué —dijo Michael. Lewis mencionó haberse criado en Elephant and Castle. En su corazón, seguía siendo un chaval del sur de Londres—. Aunque prefiero The Glades al centro comercial de Elephant and Castle, sin dudarlo —añadió riéndose—. Pero sé que no tengo permitido decirlo.

El día de la publicación de la Lista, su equipo le había puesto al corriente de las acusaciones, que lo tachaban de «homófobo violento y agresivo». Su agente, su representante y su publicista estaban conteniendo la situación, como hacían con todas las noticias de prensa que trataban sobre él. Al principio tuvo poca repercusión, porque Lewis era mayor y casi no estaba en internet, pero también era uno de los hombres más famosos del país.

—Solo es cuestión de tiempo que empiecen a publicar nombres —dijo Lewis—. Los periódicos publican en portada un tuit de una cuenta parodia y luego se preguntan de dónde salen todas las noticias falsas. ¡De ellos mismos! ¡De vosotros mismos, cabrones! Nunca pensé que pudiera ser peor que en mis tiempos de gloria; cada dos semanas me acusaban de tomarme una copa con alguna puta o de montar un trío con las mujeres y las novias de otros futbolistas, pero ¿ahora? Ahora todos los periódicos son sensacionalistas. ¿Y sus fuentes? Twitter —dijo, y soltó un suspiro—. Estoy hablando demasiado. No es como que lo hayas tenido más fácil ¿verdad? —Se quedó callado un momento—. ¿Cuál es tu historia? ¿Cómo un buen chaval como tú termina en esa lista? ¿O eres un puto pedazo de mierda como todos los demás?

Michael clavó la mirada en su botella.

—Por una chica con la que solía hablar —dijo, consciente de cómo debía de sonar—. Una admiradora de mi antiguo pódcast. Estuvimos liados un tiempo, cuando ya salía con mi novia. No me porté muy bien con ella, pero nada que ver con lo que pone en la Lista. Cuando quise dar marcha atrás, empezó a amenazarme con que iba a «destrozarme la vida». Iba en serio, supongo. Pero, sí: la he jodido.

Lewis le lanzó una mirada cómplice.

—El que esté libre de pecado… —Se quedó callado un momento—. ¿Lo sabe ella? ¿Tu novia?

—No.

—Laaa lecheee —dijo arrastrando las es; después dio un sorbo a su Guinness, como si intentara disimular el gesto que no podía evitar poner.

—No hubo nada físico. —Michael sintió la necesidad de decirlo—. Entre esa chica y yo. No nos acostábamos.

Michael se estremeció al oírse a sí mismo. Era probable que una infidelidad pura y dura tuviera más sentido para aquel antiguo futbolista de primera división.

Cuanto más noble quería parecer, más absurdo sonaba. Como si hubiese tirado por la borda toda su relación por unos cuantos mensajes sexuales. De todas maneras, Lewis asintió.

—A veces pasa —dijo Lewis rascándose la nuca—. Entonces,

¿cuáles son las últimas noticias?

—Bueno, parece que nos vamos a casar mañana, aunque Ola me ha dicho que no volverá a confiar en mí jamás, a menos que le demuestre mi inocencia. Lo que no puedo hacer sin hablarle de Jackie.

—Siento oír eso, colega. Es un callejón sin salida de manual. —Lewis tomó otro triste trago. Frunció los labios en una mueca de pesadumbre en cuanto se alejó la botella de los labios—. *Ah suh it guh.*

Ver a Lewis tan abatido incomodó a Michael. Era como ver a su padre perder una pelea; delante de él, una parte de su infancia estaba siendo apaleada hasta la muerte. Se removió en el asiento, y la tapicería de cuero color crema chirrió levemente.

—¿Sabes qué es lo peor para mí? —siguió diciendo Lewis—. Mierda, dice mi agente que ni siquiera puedo defenderme. Si hago una entrevista diciendo que no soy ni homófobo ni agresivo, la mayoría de la gente diría «¿Quién ha dicho que lo seas?», negando con la cabeza con incredulidad. Llamaría más la atención.

—Pero no es verdad, ¿no? —dijo Michael, casi por reflejo.

Lewis levantó la mirada de la mesa.

—¿Es verdad lo tuyo?

—No.

—Bueno, entonces —le soltó Lewis—. ¿Te crees que íbamos a estar aquí sentados si fuera verdad lo mío? —Tomó otro sorbo de la botella—. Si me preguntas eso, suenas igual que todos los cabezas de chorlito de internet.

Michael levantó las manos en señal de defensa. Solo le había hecho una pregunta. ¿Había sido él tan poco razonable con Ola? Lewis cerró los ojos y se recostó en el asiento.

—Perdona. No era mi intención cabrearme. —Le echó un vistazo a su bebida—. No me conoces de nada. ¿Quién te dice que no le he pegado un puñetazo a algún pobre mariquita? —Sacó un cigarrillo y un mechero Zippo de acero inoxidable del bolsillo interior de su americana y lo levantó hacia el extremo del cigarrillo—. ¿Te molesta?

Michael negó con la cabeza y Lewis encendió el mechero. Dio una larga calada y volvió a cerrar los ojos.

—Cuando mi novia me preguntó si las acusaciones sobre mí eran verdad, me mosqueé —confesó Michael, después de un silencio—. Que ella pensara que soy capaz de hacer esas mierdas… Todavía me cabrea a veces. O sea, sé que no soy perfecto, en absoluto, pero no soy…

Se le fue apagando la voz, y Lewis asintió.

—Pareces un tipo decente, Michael —dijo—. Me parece que te has visto envuelto en una situación en la que no deberías estar. Estoy seguro de que ella lo sabe.

—Ya no estoy seguro de eso, tío. Y no es que la verdad sea mucho mejor. Me he portado mal con ella.

—Te entiendo —dijo Lewis—. La verdad duele. —Volvió a llevarse el cigarrillo a los labios y observó a Michael, sopesándolo. De repente, parecía dolido—. ¿Puedo contarte una cosa, chaval?

Michael se encogió de hombros.

—Sí, claro.

Lewis bajó la mirada antes de hablar, frunció el ceño, y la frente se le llenó de arrugas.

—Te enfadaste con tu novia por preguntártelo porque no hiciste esas cosas, ¿no?

Michael asintió rápidamente.

—Pero, mira, yo me he cabreado contigo por preguntármelo porque yo sí las hice.

Michael se dejó caer hacia atrás en el sillón, estupefacto. ¿Había oído mal? ¿O acaso Lewis estaba intentando ofenderlo con una broma de mal gusto? No tenía tiempo para aquello.

—Estaba a la defensiva —añadió Lewis—, porque es complicado.

En la habitación solo se oía el tintineo de la Guinness de Lewis contra los posavasos de cristal. Mientras Michael lo observaba, le invadió una repentina sensación de inquietud. Lewis parecía más serio en aquel momento que durante toda la conversación y a Michael le asustaba cómo iba a terminar todo aquello. ¿Con quién había estado hablando, a quién se había confiado?

—Entonces, tú… —empezó a decir Michael.

—¿Que si soy agresivo? —preguntó Lewis mientras dejaba el cigarrillo en el cenicero—. No, hijo. Definitivamente, no. ¿Soy homófobo? Podría decirse que sí. Soy conocido por ello. He utilizado ciertas palabras que no debería haber empleado. Le he llamado cosas a la gente durante alguna pelea. Como todos los tíos de mi edad. Pero también soy gay, por lo que es probable que las cosas no sean tan simples.

Michael se incorporó y esperó el remate. Esperaba una réplica sarcástica o una sonrisa irónica, pero no aparecieron. Lewis se limitó a darle otro sorbo a la cerveza como si nada. Michael hizo todo lo posible para evitar poner alguna expresión que traicionara hasta qué punto le había dejado estupefacto lo que acababa de oír. Hubo más silencio.

—No te preocupes, colega, no eres mi tipo —terminó diciendo Lewis—. Me gustan más los rubios.

Michael tosió, intentando liberar las palabras de la garganta y adoptar un tono igual de desenfadado que el de Lewis. Al final,

entrecerró los ojos con sarcasmo.

—Así que, aunque os gusten los tíos, los futbolistas negros preferís que tengan la piel blanca —dijo Michael, ladeando la cabeza—. ¿Qué os ponen en el agua durante los entrenamientos?

Lewis soltó una risotada y la tensión en el aire y en sus cuerpos se disipó. Le dijo a Michael que era gay —no bisexual, insistió— desde que tenía uso de razón. Había estado metido en el armario durante todos sus años formativos en un hogar de adventistas del séptimo día y durante los diecisiete años que llevaba casado con Samantha, a quien quería con ternura. Para él, tener novio era arriesgado; se había acostado con muchos hombres en su juventud, pero siempre guardando una gran discreción.

—No estaba seguro siquiera de si me gustaban los tipos más allá de lo físico —le dijo a Michael, avergonzado—. Me seguía diciendo a mí mismo que no era más que sexo y que yo quería a Sam.

Casi consiguió convencerse de ello, pero entonces llegó Cris; cuando se conocieron, se enamoró de él al instante. Se habían estado viendo en privado tan felices durante un año y medio. Cris era la única pareja en serio que había tenido, aparte de Samantha. Al final rompieron, después de que Lewis se negara a dejar a su mujer.

—Nos peleábamos por eso. Le dije unas cosas muy jodidas. Pero nunca hubo ningún puto maltrato, por parte de ninguno de los dos.

Michael sintió una opresión en el pecho.

—¿Y ahora te ha metido en la Lista para vengarse?

—No, no, no —negó Lewis, mientras rascaba distraído, con la uña, la esquina de la etiqueta de su botellín—. Cris nunca haría tal cosa. Pero ¿su hermana la yonqui? Jo me pidió cincuenta mil libras por no abrir la boca. Le pagué hace mil años y esperaba no volver a verla. Pero ahora quiere el doble y está intentando provocarme, ponerme en ridículo. Es una manipulación mental que me acuse de homofobia cuando sabe… —A Lewis se le entrecortó la voz y volvió a empezar después de una pausa—. No creo que esa puta enferma quiera dinero y ya está, no a estas alturas, pero sabe que se lo daré si tengo que hacerlo. Y Sam no es idiota. Ha estado haciéndome preguntas que no puedo contestar. Sé que piensa que tengo una amante. Pero ¿esto? No me lo perdonaría nunca. Y Sienna y Melanie, que oigan que su viejo es… —Lewis carraspeó para aclararse la garganta—. Estoy desesperado. Tan desesperado que he salido del armario delante de un casi desconocido que ahora podría chantajearme —dijo, soltando una risa bronca—. Pero es que a estas alturas no sé qué hacer. Se podría pensar que cargar con esta mierda cuarenta y tantos años lo haría más fácil, pero no es así.

—Tío —dijo Michael, sin saber qué decir. Acababa de conocer a aquel hombre y estaban teniendo una conversación más profunda de lo que solía tener incluso con sus propios amigos. Estaba claro que Lewis estaba ansioso por desahogarse con alguien, con quien fuera—. No sé qué decir. —Michael se quedó callado un momento—. ¿Has pensado en amenazarla tú también? ¿En llevarla a juicio?

—Sí. Pero, si fuera a juicio, tendría que demostrar que ha sido Jo. Y eso implicaría hacer público el hecho de que le he sido infiel a Sam. Con un tío.

Un temor profundo empezó a agobiar a Michael. La impotencia de la situación de Lewis le recordaba a la suya propia. El humo del cigarrillo apagado de Lewis se había mezclado con el aroma del difusor, y el aire de la habitación parecía haberse vuelto espeso.

—Yo fui a la policía —dijo Michael—. También probé con un abogado. Fue una pérdida de tiempo.

—Tampoco tiene sentido que vaya a la policía. Con el pasado que tengo podrían considerar que eso de que soy un violento «homófobo» es verdad. Pero hacen falta más que un tuit y una casilla en una hoja de Excel para conocer todo el contexto de Lewis Hale, chaval.

—¿Has pensado en… —le interrumpió Michael enseguida—… darles ese contexto?

—¿Te refieres a que salga del armario? —dijo Lewis—. Lo he pensado, en algún momento de locura. Cris me ha dicho un millón de veces que él daría la cara y dejaría claro que nunca he sido violento con él. Pero eso le haría más daño a mi carrera que si fuera homófobo. Fue antes de tu época, pero estoy seguro de que conoces a Justin Fashanu, de los años noventa. ¿El hermano de John? —Michael asintió, pero Lewis siguió hablando como si no lo hubiese hecho—. El primer futbolista abiertamente gay de Gran Bretaña. Un chaval negro, además. Imagínatelo, en aquel entonces. Antes de salir del armario, fue el primer jugador negro en conseguir un traspaso de un millón de libras, en el año 81. Debería ser una leyenda. Tú estarías todavía en el colegio cuando salió la noticia de su suicidio. Mis amigos hablaban de él como si mereciera morirse.

Lewis también dijo que se acordaba de los comentarios acusadores que hizo en la prensa el futbolista profesional John Fashanu sobre su propio hermano, de la vehemencia con la que lo repudió. Las palabras de John habían quemado a Lewis como si se tratara de unos imaginarios lametones del fuego del infierno. No se imaginaba que sus propios hermanos, a los que estaba muy unido, fueran a reaccionar de forma muy diferente si saliera él del armario. O sus padres. Eran temerosos de Dios, personas orgullosas que habían llegado a Inglaterra

desde Jamaica, de la generación Windrush, que habían inculcado a sus cuatro hijos valores cristianos y un fuerte apego por su cultura. Pero eso a veces significaba que, si no era un sacerdote de la iglesia el que condenaba a Lewis al infierno, era Buju Banton en «Boom Bye Bye» quien pedía su muerte desde los altavoces del coche. Se imaginaba a sus hermanos asintiendo con la cabeza cuando Shabba Ranks decía que habría que crucificar a los hombres como él, en directo, los viernes por la noche en la televisión. El día que anunciaron la muerte de Justin Fashanu, Lewis oyó por casualidad a su padre, en la cocina, hablar con disgusto del «estilo de vida» de Justin con su querida madre. Escuchó como su madre se apiadaba por la que ella consideraba un alma perdida por una perversión. En el Reino Unido ningún otro jugador profesional había admitido en público ser gay.

—¿Y por qué iban a hacerlo? —dijo Lewis—. ¿Para qué? Cuando yo era niño, todo eran chistes sobre el sida. Mentiría si dijera que no señalé nunca a nadie para alejar las sospechas de mí. Y la cosa no hizo más que empeorar cuando empecé a jugar. Los noventa fueron la cumbre de los *hooligans* en el fútbol, de la cultura del machismo, de todo eso. Jo puede hacer lo peor que se le ocurra; nunca será tan malo como para obligarme a que haga pública mi homosexualidad.

Michael evitó la mirada de Lewis mientras hablaba.

—Hablas en serio, ¿verdad? —dijo—. Es una putada, tío. Pero si la cosa con la hermana de Cris no va a cambiar, quizá sea mejor que lo cuentes tú. Igual te sigue chantajeando para siempre, pero a lo mejor anuncia que eres gay cuando le apetezca. —Michael sintió que se le hacía un nudo en la garganta cuando empezó a pensar en Jackie; le estaba dando consejos a Lewis que debería seguir él mismo—. O sea, no digo que vaya a ser fácil, para nada. Pero ¿sería peor que todo esto? Te has retirado y la tele es más… —Buscó la palabra adecuada—… liberal que el fútbol. En el mundo sigue habiendo muchas cosas que no están bien, pero ya no estamos en los noventa. Ahora es diferente.

—Sí, ahora todo es «orgullo» por aquí y «haber nacido así» por allá —dijo Lewis con una risita sin gracia—. Pasárselo a la gente por las narices. —Bajó la voz, como si tuvieran compañía—. Si la gente lo supiera, yo ya no sería yo. Sería como si hubiera cambiado, aunque en realidad no hubiese cambiado, ¿sabes? Solo quiero tener una vida normal y tranquila. Con Sam y las niñas. Lo perdería todo.

—Tú eres *tú,* tío, pase lo que pase—insistió Michael—. Sí, los gilipollas soltarían su mierda, sin duda. Pero no estoy seguro de que todo el mundo vaya a darte la espalda. Eres una leyenda, eso no va a cambiar nunca. Yo no voy a tener peor opinión de ti, eso lo sé.

—¿En serio? —dijo Lewis. No parecía convencido—. Entonces,

¿cómo habláis tus colegas y tú por lo general de los sarasas, eh?

—Yo no hago eso —dijo Michael—. No es asunto mío lo que hace un hombre adulto con su vida personal.

—Vale, de acuerdo. —Lewis tomó otro sorbo de cerveza—. Tus colegas, entonces. ¿Qué haces tú cuando se ponen a hacer los chistes habituales atacando a los gais? ¿Les dices que no está bien?

Michael pensó en Amani y en Seun. Sus comentarios en clave en el pódcast sobre los hombres que ellos consideraban «afeminados», sus comentarios en el chat grupal. Allí, sentado enfrente de Lewis, Michael hizo lo mismo que con sus amigos: no decir nada. Lewis respondió asintiendo con la cabeza de manera cortante.

—Exacto —dijo, luego suspiró—. Y no es que te esté culpando, por cierto. Yo tampoco digo nada. Pero toda esa cháchara de que ahora las cosas son muy diferentes… Bueno, a mí me parece que siguen igual que siempre.

Michael empezó a sentir una opresión en el pecho.

—Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Dejar esta mierda tal como está?

Lewis lo observó con displicencia antes de encogerse un poco de hombros.

—No, tío —dijo Michael con voz temblorosa—. Esto no está bien. Me importa una mierda lo que diga nadie. Que suframos en silencio, ¿por qué?, ¿por lo que dicen que nos merecemos unos gilipollas de internet? ¿Cuántos hombres inocentes más habrá en la Lista? ¿Cuántas vidas más va a decidir destrozar esa gente?

Lewis parecía incómodo, se llevó a los labios los dedos entrelazados.

—Cuidado, chaval —dijo—. No te precipites.

Michael hizo una mueca.

—¿Qué quieres decir? Te pusiste en contacto conmigo por mi situación, podría haber otros tipos en la Lista que estén pasando por una situación similar.

—Ya te lo he dicho: si no hubiera sido por tu novia, no te habría llamado —dijo Lewis—. Tampoco es que fuera una prueba exactamente; muchísimas mujeres se quedan con malnacidos, ¿no? Así que no te confundas: hay un montón de cabrones horrorosos en esa lista. Ya había oído hablar de ese rapero, Papi Danks, mucho antes de que saliera todo esto. Me añadieron a un grupo de WhatsApp hace unos días, ¿vale?, lleno de tíos que están en la Lista. Todos aseguran que les han tendido una trampa. En todo caso, lo que me ha quedado claro es que se merecen estar ahí. Son una panda de tíos que odian a las mujeres, todos ellos. ¿Cómo los llama mi Sienna…? *Incels.* Eso es. Son una panda de *incels.*

Se quedaron callados un momento; Lewis golpeteaba el botellín con las uñas y empezó a quitarle la etiqueta otra vez para llenar el silencio. Michael le dio un fuerte puñetazo a la mesa, lo que sobresaltó a Lewis.

—¡Mierda! —exclamó Michael. Le empezó a palpitar la mano en cuanto entró en contacto con la superficie y se le entumecieron los dedos—. ¿Qué se supone que tenemos que hacer?

Lewis se llevó el botellín a los labios, echó la cabeza hacia atrás y bebió lo que quedaba, palmeando el fondo para recoger los restos. Miró a Michael.

—Por eso te he pedido que vinieras hoy —dijo Lewis con una serenidad que preocupó a Michael—. Verás, tengo una idea, aunque es probable que no te guste.

16. Un día para la boda

Michael guardaba una llave de recambio debajo de la maceta de la izquierda. ¿O era la de la derecha? Todas las veces, Ola se olvidaba de cuál era y terminaba teniendo que levantar las dos. Era más difícil de lo que parecía, porque eran unas grandes monstruosidades de hierro fundido que le llegaban a la pantorrilla y para inclinarlas hacia atrás tenía que arrodillarse en el suelo. Se agachó para apoyar la maceta izquierda contra la pared y escudriñó la base. Sin suerte. Pasó a la segunda e hizo lo mismo. Bingo. Ola se quitó de las rodillas la basurilla del porche de Michael y abrió la puerta principal.

Al entrar en el pasillo, se notó las axilas húmedas por el esfuerzo y la aprensión. Agradeció que el sudor no se le viera a través de la camiseta, negra con un dibujo en la parte de delante de Louis Theroux de los años noventa, conjuntada con unos pantalones vaqueros cortos, oscuros y desgastados. La ropa informal parecía contradecirse con su pelo, uñas y pestañas extravagantes y extralargos para la boda, recordatorio de que la ceremonia estaba a la vuelta de la esquina. Ola no estaba segura de cómo se las había arreglado para dejar pasar un mes entero sin respuestas ni indicaciones sobre qué hacer con la boda. ¿Cómo iba a concentrarse en el orden de la comitiva, en el ritmo de sus pasos, cuando en realidad sentía que no debía estar allí en absoluto? Pero cuando Michael le mandó un mensaje de texto para pedirle que recogiera los folletos con el orden de la ceremonia de su casa, se lo tomó como una señal. Era una oportunidad para estar sola en casa de Michael con su portátil. Una oportunidad para ahondar todo lo posible. Por muy culpable que se sintiera, ¿qué otra posibilidad tenía? Hacía tiempo que el sentido común la había abandonado, sobre todo desde que había involucrado en aquel desastre a Luke. La boda era al día siguiente y, en ese momento, su total confusión invalidaba cualquier tipo de arrepentimiento. Era el momento final. Si no encontraba nada en el ordenador de Michael, se lo tomaría como si el universo le estuviera diciendo que había hecho todo lo humanamente posible. Si encontraba algo, lo resolvería sobre la marcha.

Ola corrió al dormitorio de Michael. El aire en el interior estaba viciado y lleno de humo. Había platos apilados en fila en el suelo con

comida descongelada y muchas botellas de whisky vacías en la mesita de noche. Era difícil que no le afectara la tragedia de aquel entorno. Abrió una ventana y se inclinó sobre el MacBook que estaba abierto encima de la cama. Se le aceleró el corazón mientras tecleaba la contraseña, segura de que Michael no la habría cambiado. Ya estaba dentro.

Sentada en su cama, conectada de forma ilícita a su ordenador, Ola se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que esperaba encontrar. Era improbable que hubiera un registro ordenado de sus actividades de acoso. Y era probable que ya hubiese borrado cualquier cosa que sugiriese siquiera un comportamiento abusivo. De todos modos, fue haciendo clic hasta llegar a la bandeja de entrada de Gmail y una sensación de sordidez se apoderó de ella. Aunque le resultaba difícil establecer lo que le decía su instinto por culpa del pavor que sentía, algo le indicaba que estaba buscando una respuesta que ya sabía. En el fondo, no creía que Michael hubiese hecho nada malo. Si de verdad ese era el caso, al parecer la única persona en la que no se podía confiar de la pareja era ella. Se deslizó a través de la montaña digital tan rápido como pudo: desde las solicitudes de empleo y los pedidos de zapatillas deportivas hasta las conversaciones con su casero de la universidad. Ola escribió «orden de alejamiento» y «acoso» y «fiesta de Navidad», por si acaso se había saltado una copia electrónica de la citación que le hubiese mandado la policía. Tecleó *mirrorissa92*. Nada.

Su escritorio no era más esclarecedor, lo que era un fastidio. Michael odiaba el desorden y se autodiagnosticaba el TOC, como hacían muchas personas ordenadas, para disgusto de Ola. Aparte de un puñado de documentos relacionados con el trabajo, no había nada de nada. Ola había abierto el navegador y maniobrado hasta llegar a «pestañas cerradas recientemente»: se abrieron de inmediato tres. Una de ellas con un vídeo de *ranking* sobre aceites para barba que él mismo presentaba y que en ese momento tenía 1 020 843 visitas. Cuando pasó a la siguiente, sintió una punzada que la dejó helada: Michael había estado buscando cestas de regalo en el portal *The White Company;* había dejado un pulverizador con la fragancia favorita de Ola, Seychelles, en el carrito de la compra. Ola suspiró e hizo clic en la pestaña siguiente.

Cuando la última pestaña llenó la pantalla del portátil de Michael, la primera reacción de Ola fue de confusión. En lo alto de la página de inicio había un icono *clip art* de una taza de té y las palabras All Tea*, No Crumpet* escritas con tipografía Brush. Por supuesto, Ola sabía qué era All Tea*:* lo seguía en Instagram, como todo el mundo. Igual que Celie, Ola afirmaba que lo despreciaba como concepto y que lo

utilizaba solo por cuestiones periodísticas. En realidad, lo hacía por estar al día de los últimos cotilleos sobre las parejas interraciales famosas de YouTube y las estrellas grandes y pequeñas de los *realities*. No obstante, no sabía que tenían una sección de chat.

Al desplazarse por la página, vio un hilo tras otro dedicados a celebridades de la A a la Z, *influencers* grandes y pequeños. Con cada segundo que pasaba, se iba haciendo más evidente qué clase de plataforma era. Frankie había hecho una vez un reportaje sobre un sitio similar —*Hot Cross Huns*—, en el que los críticos (¿o serían solo admiradores?) escribían comentarios cáusticos sobre las mamás *influencers* de clase media a las que seguían, a pesar de que les cayeran mal. Gran parte del personal de *Womxxxn* admitía leerlos a escondidas para reírse de las conclusiones que sacaban en la página sobre las vidas de unas blogueras blancas desconectadas de la realidad que eran solo un poco más pijas que ellas.

Ola se detuvo en un hilo de conspiraciones que trataba sobre Jada Smalls, que había sido portada de *Womxxxn,* titulado «JAD@ SM@LLZ: ¿¿¿Rachel Dolezal 2.0???». Dejó el ratón sobre el hipervínculo, pero, antes de hacer clic, vio una entrada titulada «L@ L1st@» justo debajo.

Con el pecho palpitándole, Ola respiró hondo y pinchó con el ratón.

«Siguen retransmitiendo a Pap1 D@nk$», decía el primer comentario de una cuenta llamada @Na1ra_Bab£. «Ya he citado como cuatro veces a la BBC 1Xtra para quejarme.»

«Un periodista del *Times* parece que va a poner una demanda», decía una cuenta con el nombre de usuario @Poison_Ivy_Carterrr. «Porque dice que la Lista es difamación. Ha montado un *crowdfunding*».

El siguiente comentario le erizó la piel: «Los periodistas han sido lo peor en toda esta historia. Entre ese tipo y la cómplice anoréxica de Micheal, no puedo más», había contestado @Na1ra_Bab£. «Ol@ es un FRAUDE. Es una estafa total, como la de los príncipes nigerianos. Se hace pasar por feminista mientras su novio anda por ahí maltratando mujeres».

«¡Hola, soy nueva! Me encantaba lo que escribía Ol@. Antes la seguía en *MeteteyaJodr* y me alegré mucho de que le fuera tan bien en *Womxxxn.* Pero me ha decepcionado taaanto, dios. Tendría que salir a decir algo», decía el mensaje de @just_preeing.

Fue como si hubiera recibido dos bofetadas verdaderas: empezó a irradiar calor a través de la piel, las palabras le habían dejado una sensación de escozor. Le resultaba difícil asimilar que estaban hablando de ella.

@Poison_Ivy_Carterrr: ¡Le han dado para que llore con motivo! Aunque cuando lo de Gully TV, habló mogollón. A decir verdad siempre ha habido algo que no cuadraba. Nunca ponía fotos de M!cheal en su Insta. Me pregunto si lo sabía 😳😳😳

@Na1ra_Bab£: ¡Por supuesto que lo sabía! Hay parejas que hacen esas mierdas juntos… Ian Brady y Myra Hindley. Fred y Rose West. ¡Pasa mucho! He escuchado suficientes pódcast de crímenes y estoy enterada de toda esa mierda lol

@cicely_bye_son: Michael estaba con mis amigas en sexto y todo el mundo sabía que trataba fatal a las mujeres. Presumía de lo cabrón que era todo el tiempo en *Pillado en un desliz* 🙄 #ElnortedeLondresnoolvida

@Poison_Ivy_Carterrr: Listas para boicotear *Womxxxn* me da igual. Hay que ir a por ellas

Una cuenta llamada @incog_negro había subido un *gif* de Beyoncé bailando en su gira mundial de 2009, I AM, con el pie «Van a despedir a alguien». Diecisiete pulgares hacia arriba, nueve LOL.

Ola cerró el portátil e intentó respirar, tapándose con un dedo la fosa nasal izquierda y luego la derecha, repitiendo el ejercicio de respiración que le había enseñado Fola. «Sé razonable, Ola. Ya sabías que estarían diciendo este tipo de cosas», pensó. Aquellas personas no la conocían. Pensaban que su pareja era un maltratador y que ella lo protegía. ¿La estaban troleando? Eso sentía. Aunque, en realidad, no la estaban acosando. De hecho, igual que habían hecho con el título del hilo, habían ocultado intencionadamente su nombre para que no lo encontrara. Cuando se acordaban, lo escribían como «Ol@»: ¿lo hacían por cobardía o para asegurarse una protección que iba en ambos sentidos? No podía evitar sentir que un trol seguía siendo un trol, tanto si se quedaba debajo del puente como si no, pero ¿cuál hubiera sido la diferencia si la conversación hubiera tenido lugar en WhatsApp, donde Ola no podría haberla encontrado? Desde luego, ella misma se había ensañado con gente desconocida en sus grupos de WhatsApp. ¿Sería solo una cuestión de etiqueta?

Estaba dudando de nuevo de sí misma, algo a lo que se había ido volviendo cada vez más propensa. Parecía ser algo más que una cuestión de etiqueta. Ola se sentía violentada, humillada. Querían que «rindiera cuentas», pero ¿qué quería decir eso? ¿Que perdiera su trabajo? ¿Seguir humillándola en internet para siempre? Cuando volvió a la página de inicio, apareció el aviso rojo de una notificación urgente en la esquina inferior. Aquello la sobresaltó. ¿La gente se mandaba mensajes privados en aquel sitio? Temblando, lo abrió y soltó un audible grito ahogado que cortó el aire inmóvil de la casa. Un mensaje de @mirrorissa92 se amplió en la página.

Michael le había escrito primero.

Sé quién eres. Sé que has sido tú la que ha metido a Michael Koranteng en la Lista. ¿Por qué lo haces?

La respuesta le puso de punta el vello de los brazos.

Porque puedo, Mikey x

Ola se sintió mareada por un horror vertiginoso; desesperada, intentó poner la mayor distancia posible entre ella y lo que acababa de leer en la pantalla. Michael sabía quién lo había metido en la Lista. Sabía quién era @mirrorissa92. Era una conversación que no se habría creído si no la hubiera visto con sus propios ojos. No era capaz de asimilarlo. Pero ahí estaban las palabras que había escrito Michael.

En mitad de aquella confusión, solo había una cosa clara: Ola no podía casarse con Michael. Tenía que suspender la boda. Y tenía que hacerlo en ese mismo instante.

Ahmaud, el conductor del Uber, se estremecía en el retrovisor del coche mientras Ola escupía gritando improperios en el asiento trasero. Todavía no tenía respuesta de Michael; Fola tampoco contestaba. Ola les había dejado más de once mensajes de voz, y no habían leído el aluvión de mensajes de texto que les había mandado. Sopesó llamar a Ruth, a Celie incluso, pero decidió que, aunque creía que la situación no podía empeorar, era probable que sus amigas le demostraran que estaba equivocada.

Atacada de los nervios, no dejaba de mirar la hora estimada de llegada en la aplicación de Uber. Solo les faltaban nueve minutos para llegar, pero el ensayo empezaba dentro de cuatro. Media hora antes, había corrido con las piernas como un flan hasta el Prius gris plomo, después de muchas idas y venidas con la ubicación, abandonando los folletos con el orden de la ceremonia en la encimera de la cocina de Michael. Mientras Ahmaud entraba en el aparcamiento, Ola prácticamente se tiró del coche y se precipitó hacia el recinto. A pesar de la prisa, la belleza de la iglesia la impresionó cuando se fue acercando, y los detalles que la habían atraído la primera vez volvieron a quedar patentes. Qué espléndido se veía el campanario blanco y brillante con el cielo despejado detrás, qué majestuoso era el chapitel en forma de cruz que lo coronaba. Las ventanas altas y ornamentadas bordeadas de musgo y los cuidados setos que rodeaban el acceso. Un gran arco formaba la entrada, con un friso de delicada talla cubierto de moho que representaba a Jesús, en mitad de las Bienaventuranzas, rodeado de sus discípulos. Fola estaba fuera,

dándole una larga calada a un porro; una piedra lunar le adornaba el dedo índice y una turquesa, el pulgar.

—Me he olvidado de mi aceite de CBD —dijo Fola mientras Ola se acercaba, echándose el humo por encima del hombro—. Y Celie me ha dicho que te diga que está mala, pero que mañana estará aquí seguro, que no cunda el pánico.

«Estará mala en serio, ¿o tal vez su ausencia se debe a otra cosa?», pensó Ola. Cuando iban al colegio, Celie era tan famosa por su puntualidad y asistencia que al final de cada trimestre le daban un certificado plastificado para felicitarla. En octavo, volvió al colegio un día después de que le sacaran las amígdalas porque no quería estropear su expediente.

—¿Por qué no me contestas al puto teléfono? —le dijo Ola, jadeando y agotada.

—¡Eh! —le replicó Fola—. A mí no me grites, ¿vale? El sacerdote nos ha obligado a dejar los teléfonos en los bolsos porque algunas personas estaban en Snapchat durante la primera oración. Siendo Ruth algunas personas. —Fola observó a su hermana mientras volvía a llevarse el canuto a los labios—. ¿Qué te pasa, Ola? Estás temblando.

—Necesito hablar con Michael.

—Está dentro, con todos los demás. Oye, ¿está todo…?

—Necesito hablar con él, Fola. Ahora mismo.

Su hermana se apresuró a dar una última calada, tiró el porro al suelo y lo apagó con su Birkenstock.

—Voy a buscarlo.

Empezó a empujar la puerta, pero Ola tiró de ella.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? ¿A solas? Mi madre no se puede enterar de que estoy aquí. Nadie se puede enterar.

—Hay una oficina a la izquierda, donde hemos dejado los bolsos. Le puedo decir que vaya allí a encontrarse contigo. —Fola le lanzó otra mirada de preocupación—. ¿Qué pasa, hermanita? ¿Está todo bien?

—Ya te lo explicaré, te lo prometo —dijo Ola—. Pero ahora necesito hablar con Michael.

Sobre la puerta de la oficina de la iglesia pendía un crucifijo pequeño de madera. Ola hizo todo lo posible por esquivar la pila de bolsos que había debajo. Al lado de la ventana había un gran escritorio de arce con un aparatoso ordenador Dell y una destartalada silla giratoria de cuero. Las otras dos sillas que había en el despacho eran de plástico, bajas y de color rojo; Ola no había visto ninguna así desde que estaba en el colegio. Se sentó en una y se fijó en un cartel de madera con unas palabras grabadas que había al fondo del

despacho: «Dad gracias por todo».

Cuando, unos minutos después, entró Michael estaba ya alterado.

—Tía, me ha dicho Fola que querías hablar conmigo. ¿Has traído los folletos?

Las patas de la silla roja chirriaron cuando la arrastró hacia sí; cuando se sentó, pareció cómicamente colosal. Una vez acomodado en el asiento, Michael miró bien a Ola por primera vez desde que había entrado. Levantó las cejas.

—Guau. Estás preciosa.

Ola se tocó distraída el extremo de la coleta con la punta de los dedos. Había pensado lo mismo de él: parecía más flaco y más cansado de lo normal, pero era impresionante lo que hacían un corte de pelo y un degradado. Durante un instante, se quedó desconcertada por el cumplido. Las escasas conversaciones que habían tenido aquellos días oscilaban de un extremo al otro, entre los intercambios de información desprovistos de pasión en mensajes de texto y las explosivas confrontaciones emocionales. Hacía solo una semana que no se veían, pero parecía que hacía años, como si Michael fuera alguien de quien se iba distanciando más cada día.

—Tenemos que hablar.

Michael gruñó, dejando caer la cabeza.

—Cada vez que dices eso es que ha pasado alguna mierda. ¿Qué pasa ahora?

La pierna derecha de Ola empezó a temblar; era su teléfono, que vibraba. Se lo sacó del bolsillo. Un mensaje de Luke:

Llámame EN CUANTO PUEDAS

«Esto no, ahora no.» El momento que había elegido Luke no podría haber sido peor, a no ser que le hubiera enviado el mensaje estando en el altar. Si era tan urgente quizá le enviara un mensaje de texto con lo que tuviera que decirle. Rezando en silencio, dejó el teléfono a la vista sobre el escritorio y se dio cuenta de que tenía las manos húmedas. Se las secó en la camiseta y habría jurado que sentía el latido del corazón contra el pecho. Si existía Dios, era el momento de que la escuchara, y lo más seguro es que tuviera más probabilidades en una iglesia.

—Vale —dijo Ola, apuntalándose en la silla—. Lo diré sin más. Michael, sé que sabes quién te ha metido en la Lista. He visto el mensaje que mandaste por All Tea a mirrorissa92.

Una expresión de horror le cruzó la cara a Michael, que se quedó con la boca abierta.

—Antes de que empieces: sí, he buscado en tu portátil —siguió diciendo Ola—. Necesitaba saber que he hecho todo lo posible antes

de la boda, que he removido cielo y tierra. Ese es el motivo. Así que necesito que me lo digas ahora mismo. ¿Quién…?

Una vibración proveniente del escritorio detuvo sus palabras en seco. Ahora la estaban llamando, el nombre de Luke llenaba la pantalla. ¿Qué había descubierto que no podía escribirle en un mensaje? Ola intentó hablar por encima del ruido.

—¿Quién es mirrorissa92? —insistió Ola—. ¿Qué has hecho? Lo que te ha contestado a tu mensaje, «Porque puedo, Mikey», ¿qué significa? ¿Te está chantajeando? Dime la verdad, por una vez.

Michael frunció el ceño.

—¿Mikey?

—¡Contesta a la pregunta!

Ola se tomó un momento para intentar controlar su tono de voz. Antes de todo aquello, habían tenido problemas, claro, pero nunca habían sido de esas parejas que no sabían expresar sus opiniones sin levantar la voz o lanzarse golpes bajos. Lo habían hecho mejor.

—Dímelo, Michael.

Él volvió las palmas de las manos al cielo.

—No… No entiendo qué crees haber averiguado —balbució—. Sí, le mandé un mensaje a una cuenta de All Tea para intentar averiguar si sabía algo de las acusaciones…

—¿Una cuenta? ¿Una cuenta que resulta que utiliza justo el mismo nombre que quien me ha metido en la Lista?

—¿Qué quieres decir? —Ola se dio cuenta de que Michael estaba genuinamente confundido—. ¿Quién te ha contado eso?

Ella tiró del cuello de la camiseta, ignorando las vibraciones frenéticas de su iPhone cuando Luke la llamó de nuevo.

—Me lo ha contado la mujer que hizo la Lista —dijo ella—. La periodista que estaba detrás del documento de Google. Kiran me puso en contacto con ella y quedamos.

Michael abrió los ojos como platos al oír aquello.

—Guau. Así que has quedado con la persona que se ha encargado de destrozarme la vida y no me has contado nada. —dijo Michael, anonadado, y soltó una risa corta y aguda.

—Sí, bueno. —Ola echó los hombros hacia atrás, desafiante—. No es que te haya metido ella en la Lista. Y uno de los dos tenía que hacer algo, porque tú, básicamente, no me has dado ninguna tranquilidad. Pero me parece que mentirme diciéndome que no sabías quién te había metido en la Lista es lo más importante en este momento.

Michael desplazó la mirada hacia el móvil de Ola, que temblaba; se quedó observándolo hasta que la llamada dejó de sonar. Volvió a mirarla, entrecerrando los ojos.

—Alguien con el nombre de usuario mirrorissa92 lleva semanas acosándome en la sección de comentarios de *Tasted* —dijo Michael—. Dice que soy un maltratador y esas mierdas. Vi que decía esas mismas cosas en All Tea usando el mismo nombre, así que estaba intentando ver si podía pillarla. Pensé que a lo mejor se le escapaba algo o se asustaba con lo de la policía y dejaba de hacerlo. Ni siquiera sabía que me había contestado.

Ahora que lo había dicho, sonaba casi razonable. Era plausible que hubiese estado provocando a la cuenta para que le proporcionara algún tipo de información, sin saber nada más que su nombre de usuario. Ola se puso a pestañear muy rápido.

—Pe-pero no me lo habías contado. ¿Por qué no me lo habías contado, si no tenías nada que ocultar?

A Michael ni le había dado tiempo a contestar cuando el móvil de Ola empezó a vibrar otra vez ruidosamente. Ambos se quedaron mirándolo.

—¿No vas a contestar? —dijo Michael.

Ola lo miró.

—Estamos en mitad de algo bastante importante, ¿no te parece?

—Suena como si fuera también muy importante.

Antes de que pudiera impedírselo, Michael se abalanzó sobre el teléfono. Los frenéticos intentos de Ola por recuperarlo fueron en vano; Michael ya estaba examinando la pantalla desbloqueada. La giró hacia Ola.

—¿Quién es Luke?

Ola siguió intentando agarrar el teléfono mientras Michael lo sostenía contra el pecho. A Michael le saltaban chispas de los ojos.

—¡Devuélveme el teléfono!

—Dime quién es Luke. ¿Por su culpa estás constantemente al teléfono, por él andas haciendo movimientos sospechosos?

La silla cayó debajo de Ola y ella se lanzó hacia el teléfono, estirándose a lo largo de la mesa como un gato. Lo único que consiguieron el terror y la desesperación de los ojos de Ola fue que Michael agarrase el móvil con más fuerza.

—¿Me estás engañando, Ola?

Ella se detuvo en seco y dejó escapar una risa sardónica.

—¿Perdona?

—¿Me estás engañando, sí o no?

—¿Que si te estoy engañando yo a ti? —Incluso en mitad de aquel momento de pánico, le dio lugar a ofenderse—. ¿Cómo te atreves a preguntármelo siquiera?

—Te lo pregunto por última vez. ¿Quién es Luke?

Ola se tiró una última vez sobre la mesa para intentar arrancarle el teléfono a Michael de los dedos. Él se levantó y empezó a desplazarse por la pantalla, mientras Ola lo miraba con impotencia y el corazón le latía en los oídos. Michael permaneció con el rostro impasible, dándole golpecitos en la pantalla y leyendo sin pestañear.

—Ola —dijo, sin dejar de examinar el teléfono—. ¿Esto qué es?

—Michael…

—Hay fotos mías en el almuerzo. Volviendo a casa del trabajo. ¿Qué está pasando?

—Si me dejas…

—¿Por qué tiene este tipo una copia de mi certificado de antecedentes penales? ¿Y capturas de pantalla de mi Instagram…? ¿Ola?

Ola se quedó mirando la mesa, incapaz de seguir afrontando la devastación que se veía en la cara de Michael.

—Te lo puedo explicar, si me dejas. —Ola abrió la boca y luego la cerró, al mismo tiempo que cerraba los ojos—. Luke es un detective privado. Lo he contratado para que te siguiera.

Michael frunció el ceño al ir siendo consciente, poco a poco, de la situación; su cara era la pura imagen de la congoja.

—¿Para que me siguiera?

Ola asintió, con la cabeza todavía gacha.

—Lo contraté hace un mes. Le pagué para que te siguiera, para que accediera a lo que hubiera en los archivos públicos. Cosas que ya estuvieran por ahí, ¿sabes? Y luego para que comprobara tus antecedentes y esas cosas, porque la Lista decía que tenías una orden de alejamiento y… El caso es que me informaba todos los días y no aparecía nada. Pero tuve que seguir, Michael, para poder saberlo con seguridad. No podía dejarlo estar, ¿no te parece? No sabía qué hacer. Es que no sabía qué más hacer.

La silla crujió bajo el peso de Michael cuando volvió a sentarse muy despacio y le devolvió a Ola su iPhone. El despacho de la iglesia estaba completamente en silencio, aunque Ola oía la voz del sacerdote Oyedepo desde el pasillo, proclamando en voz alta algo a sus amigos y familiares. Michael agachó la cabeza.

—¿Por qué nos molestamos siquiera en hacer esto? —dijo al rato, visiblemente afectado—. No vamos a ser capaces de hacer que esto funcione, ¿verdad? Odio que hayas tenido que hacer eso, tía. Odio habernos puesto en esta situación. No quiero perderte, pero no te mereces esto.

Le empezaron a temblar los hombros mientras intentaba reprimir los sollozos.

El iPhone vibró. Michael no se movió mientras Ola acercaba el teléfono poco a poco y abría el mensaje de texto de Luke:

> He intentado llamarte. Tengo que dar por terminado tu trabajo a partir de hoy. Llevo un mes sin adelantar nada y tengo otro encargo pendiente. Buena suerte con la boda.

Ola sabía que las posibilidades de que encontrara algo eran escasas, tanto si Michael era inocente como si no. La mayoría de ese tipo de delitos no dejaba rastro. Ella misma no tenía ninguna prueba de las veces que la habían acosado sexualmente o la habían intimidado. ¿Significaba eso que la experiencia que había tenido cuando era becaria no había sucedido nunca? ¿Que cada vez que le habían metido mano en una discoteca había sido un mero producto de su imaginación? No había denunciado al hombre sin rostro que había apretado la entrepierna contra ella en un vagón abarrotado. Todas las mujeres amenazadas por sus maridos, todas las mujeres que les habían gritado a su cita que parara sin que él lo hiciera, ¿acaso eran fantasmas? Era improbable que hubiera registros certificados y fechas, pero por lo menos quería saber si el análisis que hacía de aquel hombre, del único hombre que había querido, era completamente errónea. Si era verdad que lo conocía.

Mientras Michael se secaba los ojos, Ola hacía lo mismo. A lo largo de su relación, solo lo había visto llorar en otra ocasión —cuando le dijeron que su abuelo había muerto— e, igual que entonces, el dolor de él palpitó dentro del pecho de ella. El amor que sentía por Michael no podía desvanecerse sin más, por mucho que lo intentara; había recibido una paliza aquellas últimas semanas, pero era profundo, instintivo. Durante un momento, lo único que importaba en aquella habitación era recordarle eso a Michael, como había hecho él tantas veces mientras ella sufría.

Ola volvió a dejar el teléfono sobre la mesa, abrazó a su prometido y apoyó la cabeza en su hombro tembloroso. Michael puso su mano vacilante sobre la de Ola y se abrazaron, mientras lloraban en silencio.

17. La boda

La cama del Marriott permaneció intacta toda la noche, tan impecable y prístina como cuando Michael se había registrado en el hotel. La habitación era bonita, aunque le faltaba carácter: la decoración era como un retrato robot, con una paleta de colores inofensiva que iba del beis al marrón. Michael no había pegado ojo, ni siquiera había echado una cabezada, solo se había paseado por la habitación y se había dejado caer de vez en cuando en un sillón, cada vez que todo lo desbordaba. Mientras se ajustaba la flor en el ojal de la solapa de la chaqueta, echó un vistazo al minibar escondido debajo de la televisión panorámica y sintió el impulso de las ganas. Era la primera mañana desde hacía semanas que no tomaba nada de alcohol y se estaba poniendo nervioso, pero no podía correr riesgos. Estaba muy cansado, aguantaba a base de pura adrenalina. Aquella mañana se había afeitado como un zombi, se había atado los cordones en piloto automático y en ese momento estaba intentando abrocharse con torpeza los gemelos de nácar con el borde dorado.

Kwabz no tardaría en llegar para recoger los anillos y acompañarlo a la iglesia. Michael suponía que la razón por la que se le había calmado la respiración era porque ese momento no parecía real. Parecía más bien como si se estuviera observando a sí mismo —mientras se aplicaba *oud* detrás de las orejas— desde fuera de la ventana del hotel, mirando con leve interés. De vez en cuando, se daba cuenta de que estaba apretando los puños y clavándose las uñas en la piel de las palmas de las manos para devolverse a la realidad. ¿Cómo iba a poder concentrarse el resto del día, el resto de su vida, cuando seguía intentando asimilar lo del día anterior?

El ensayo había seguido adelante, no se sabía cómo, tenso y robótico de principio a fin. Puede que sus amigos y su familia creyeran que aquel ambiente se debía a los nervios de la boda. Quién sabe. Recordaba los detalles de forma confusa, gracias a las varias caladas que le había dado al porro de Fola. Michael había llegado a la boda ya resentido por la propuesta de Lewis: que hicieran los dos un comunicado conjunto, además de donar quince mil libras para cuatro organizaciones benéficas diferentes. Hasta planeaba ofrecerle a Ola unas declaraciones exclusivas sobre aquella jugada para que escribiera

un artículo. Aquella sugerencia había desatado en la mente de Michael un coro de alarmas sobresaltadas y agudas, un aluvión de banderas rojas que le llenó de pánico. Estaba preocupado por su bien tanto como por el de Lewis. Además de estar seguro de que le saldría el tiro por la culata, Michael se temía que atraería más la atención hacia él.

—¡Ya sabía yo que eras así! —se había burlado Lewis de su escepticismo—. ¡Maldita sea, estaba seguro de que ibas a rechazarlo antes de que empezara siquiera a contártelo! Pero escúchame bien: cada dos por tres la gente se disculpa o niega algo mediante un comunicado que escribe en el iPhone, ¿no? Y, entonces, ¿qué pasa? Sacan unas cuantas reseñas que unos gilipollas de *The Sun, The Daily Mail* producen en masa. Y eso es todo. Entonces ya ha habido una reacción y todo el mundo pasa a lo siguiente. ¿O no? Como la puta manada de buitres que son. Si lo dejas estar, crecerá y crecerá.

Era la única manera, dijo Lewis, de recuperar el control del discurso.

—Yo haré las donaciones, obviamente, no te preocupes por nada —siguió diciendo—. Con todas las mierdas que andan diciendo de nosotros un poco de relaciones públicas positivas no nos hará daño. ¡Y desgravarme impuestos tampoco me viene mal!

Un comunicado era algo que el propio Michael había sopesado hacer y, aunque si sus amigos concordaban unánimemente en algo, por lo general, lo más conveniente era hacer lo contrario, por una vez estaba seguro de que tenían razón y de que era una mala idea. Cuando se despidió de Lewis, Michael esperaba que, una vez sobrio, se diera cuenta de lo fallido que sería su plan. La conversación lo había puesto nervioso. Michael no podía fingir que para Lewis Hale fuera a ser fácil salir del armario, precisamente, pero, de todos modos, no había manera de impedir que la hermana de Cris se encargara de eso. Creyó que aquella sería la mayor emoción del día, pero entonces apareció Ola en el ensayo. En cuanto Michael entró en aquella oficina de la iglesia, Ola se le echó encima sin previo aviso. Le soltó un bombazo tras otro; cualquiera de ellos hubiera sido el titular de un día normal. Ola le había registrado el ordenador, se había reunido con la persona que estaba detrás de la Lista y no se lo había contado; Michael estaba intentando asimilar todo aquello. Después, le reveló que también había contratado a un detective privado para que lo siguiera. Era imposible inventárselo; parecía algo sacado del programa de *Jeremy Kyle* o de una de esas revistas femeninas basura. Debería haber sentido alivio porque Ola no había descubierto lo de Jackie, pero, a decir verdad, habría deseado que lo hubiera hecho. No encontraba consuelo en la superioridad moral que suele acompañar al agraviado; sí, se

sentía traicionado, pero también sabía que a Ola no le quedaba otra alternativa. Ahora estaba doblemente avergonzado, ya que ella por lo menos había admitido sus errores. El día anterior había estado a punto de hacerlo él. En un momento dado, Ola le había preguntado a bocajarro por qué no le había hablado de @mirrorissa92. Aquel había sido el momento perfecto para sincerarse, podría haberlo aprovechado. ¿Habría confesado si la llamada del detective no los hubiese interrumpido? Fuera como fuese, el momento había pasado y la verdad había quedado sin decir.

Por ese motivo, ahora estaba vestido de esmoquin, examinando con detenimiento su propio reflejo. La noche anterior Michael y Ola no se habían reconciliado, pero habían llegado a un acuerdo tácito. Después de las revelaciones y de las lágrimas posteriores, le había preguntado directamente a Ola qué quería hacer. Ola se había quedado lloriqueando en silencio durante un rato, con la cabeza apoyada ligeramente en el hombro de Michael. Después, terminó por liberarse de sus brazos y cogió el iPhone que estaba sobre la mesa.

—Deberíamos aparecer en el ensayo —dijo Ola mientras comprobaba en la cámara del móvil si tenía la cara hinchada de haber llorado. Se sacudió mientras se ponía de pie, respiró hondo y asintió con la cabeza, aparentemente satisfecha de su aplomo. Tenía una expresión calmada, resuelta, como un hombre de Estado—. Vamos.

Y eso había sido todo. Lo había tomado por sorpresa, pero Michael no la presionó para que le aclarase las cosas. Ola lo había dicho sin decirlo: iban a casarse. Intentarían seguir adelante a pesar de todo, con las mentiras que habían quedado al descubierto y las que no, la paranoia mutua compartida, la desconfianza. Pero Michael no había asimilado todo lo que había salido a la luz el día antes, como si fuera peor que el «otro hombre» en cuestión fuese un detective privado. Luke ni siquiera había sido la mayor revelación de aquella noche. Lo que hizo vacilar a Michael fue la respuesta a su mensaje, que no había visto hasta que Ola se lo dijo:

Porque puedo, Mikey x

Mikey. Ahí estaba. No más preguntas, no más debate. Tenía que ser ella. @Mirrorissa92 era Jackie. Nadie más lo llamaba con aquel apodo empalagoso y vergonzoso, salvo ella. Se estaba burlando de él. Probablemente por eso había escrito mal su nombre en la Lista desde el principio: Jackie casi nunca lo llamaba Michael. ¿Considerarían eso una prueba? ¿En un tribunal, en la policía? Sin duda, aquel acoso por internet se merecía algún tipo de investigación, algún intento de rastrear la dirección IP. Aunque con la suerte que tenía,

probablemente no bastaría.

A lo largo de ese suplicio, había deseado a veces encontrarse a Jackie en alguna parte para enfrentarse a ella en persona. No le encontraba el sentido al comportamiento de aquella mujer. En otro tiempo, parecía que iba a quererlo contra viento y marea. Michael era su Ola, alguien con quien quería estar costara lo que costase. ¿Cómo podía hacerle aquello? ¿Y cómo iba a terminar? Nada impedía que le mandara mensajes a Ola algún día, contándole la verdad de lo que había pasado entre ellos. La amenaza se cerniría sobre él el resto de sus vidas. Se preocuparía siempre por si algo pudiera sacar de quicio a Jackie: ¿las fotos de la boda? ¿Su primer hijo? En cualquier caso, la relación que tenía con Ola había entrado en el tiempo de descuento. Y Michael lo sabía. No podía evitar, sin embargo, albergar la esperanza de que, si la compensaba, si le demostraba lo que valía mientras siguieran juntos, entonces, por lo menos, podrían hacer borrón y cuenta nueva. Eso supondría una pequeña oportunidad de ser felices durante un tiempo.

Un golpe en la puerta le hizo volver en sí. Kwabz entró arrastrando los pies, con las rastas recogidas en una coleta baja y un colorido paño kente con motivos geométricos por encima de los hombros del esmoquin. Miró por encima de sus gafas de sol de aviador.

—El hombre del momento —dijo con una pizca de inquietud en la voz—. ¿Todo bien?

—Todo bien.

—¿Sí? —Kwabz le puso una mano en el hombro de Michael y la movió suavemente de un lado a otro con un gesto tranquilizador—. ¿Estás listo?

Michael se frotó la boca contra el dorso de la mano.

—Todo lo listo que puedo estar, tío.

Se sacó del bolsillo una cajita azul marino y se la pasó a Kwabz.

Su padrino la cogió con cuidado.

—¿Llevas todo? ¿Cartera, teléfono?

Michael se palpó los bolsillos y asintió. Se quedaron esperando un momento, intercambiando algo no verbalizado con la mirada, y luego Kwabz tiró de él con un solo brazo para abrazarlo.

—Muy bien, hermano —dijo Kwabz frotándose las manos mientras daba un paso atrás—. Hagámoslo.

Hacía un tiempo, un agujero de gusano de internet había llevado a Michael a leer sobre fobias y durante un rato le pareció interesante buscar en Wikipedia la que fuera más de nicho. Se le había quedado grabada una, la eclesiofobia, el miedo a las iglesias, que sonaría extraño, pero que para él tenía sentido. Ese día le pasó lo mismo: era

innegable que la capilla era magnífica, pero imponente en su esplendor. Había algo condenatorio en las columnas, en las ventanas con vidrieras que medían seis metros de altura y dejaban pasar la luz del sol en franjas psicodélicas, en el roble de los bancos chirriantes del coro. Todo era solemne. Todo daba que pensar.

Desde el vestíbulo oía el murmullo ininteligible de los invitados y veía un mar de colores formado por las ropas africanas. Un arcoíris de guelés, telas estampadas teñidas a la cera y trajes adornados con símbolos *adinkra* de Ghana. Un puñado de uniformes rosa *aso ebi* de Nigeria, batas hechas con telas *gonja* a rayas. Era como si toda la gente que conocía estuviera en la iglesia: su tía Abena, que había viajado en avión para la ocasión, estaba sentada casi al fondo con su primo Gifty. Vio a la derecha a Rachel, la pareja ocasional de Seun, jugueteando con su turbante. Entonces, de repente, el himno se acalló, la multitud comenzó a murmurar y empezó a sonar el *Ave María.*

Cuando, incómodo, empezó a avanzar por el pasillo, la galaxia de luces de los móviles le saludó desde los bancos de la iglesia. Se sentía inseguro: por su pérdida de peso, por las fotos espontáneas que llenarían con #LosKoranteng19, un *hashtag* de boda en el que habían insistido Ruth y Celie. Al acercarse al altar, le reconfortó ver a su abuela y, sentados junto a ella, a su madre y a su padre. Ambas mujeres llevaban vestidos de corte sirena hechos con telas kente y su padre vestía una toga kente cruzándole un hombro y rodeándole el cuerpo. Todos llevaban abalorios de colores alrededor del cuello y las muñecas.

Michael llegó a la parte delantera de la iglesia, donde el sacerdote Oyedepo (con aspecto más de contable que de sacerdote con su traje gris brillante) lo saludó con una inclinación de cabeza. Su pelo blanco se veía radiante en contraste con la piel oscura, y la cara parecía más llena de arrugas todavía porque la estaba contrayendo con solemnidad. Michael volvió la vista atrás mientras las damas de honor y los padrinos entraban tras él: Celie, Ruth y Fola con vestidos de corte diferente y el mismo tono esmeralda; Amani, Seun y Kwabz como guardaespaldas con las gafas de sol negras posadas en la cabeza. Celie iba del brazo de Amani y no parecía nada contenta. Fola iba del brazo de Seun, formando otra extraña pareja. Ruth con una mano se estiraba la parte delantera del vestido y con la otra agarraba el bíceps de Kwabz, que caminaba con aspecto engreído. Michael se rio para sus adentros, seguro de que Kwabz estaría sacando músculo, y los observó mientras ocupaban sus puestos. Hubo un momento de calma, como si la sala estuviera esperando el acontecimiento principal. Entonces, la madre de Ola dobló la esquina.

Apareció a paso tranquilo, balanceando las caderas, con un vestido color maquillaje con un intrincado bordado de cuentas y un bolso y unos zapatos de tacón a juego. El chal Ipele que llevaba sobre el hombro izquierdo y el guelé bordado que lucía atado alrededor de la cabeza eran deslumbrantes. Sonriendo con serenidad, acompañó a su hija hasta el altar. Ola caminaba con elegancia, con el vestido de seda blanca rozando el suelo y el largo velo sujeto a una tiara de diamantes de imitación. A cada paso que daba, más se convencía Michael de que nunca estaría más hermosa. Incluso por detrás del encaje del velo, distinguía sus pestañas oscuras y pesadas, y la manera en que el iluminador hacía que su piel centelleara. La cola de caballo oscilaba de un lado a otro mientras Ola se iba acercando, y Michael notó que había cambiado la argolla de la nariz por un diamante minúsculo. Se frotó el ojo con la manga, parpadeando para contener las lágrimas provocadas por la emoción avasalladora. El amor que sentía por ella atravesó su angustia y su ansiedad como un cuchillo.

Cuando llegaron donde él estaba, la madre de Ola tomó con delicadeza la mano derecha de Ola y la colocó sobre la de Michael. Sintieron las palmas de las manos del otro húmedas al cogérselas. Celie evitó la mirada de Michael cuando avanzó indecisa con los brazos extendidos hacia la novia para recoger el ramo. Entonces Ola se puso frente a él y le cogió las manos; en ese momento, fue como si estuvieran los dos solos en la iglesia. Con cuidado, Michael le levantó el velo, revelando los ojos brillantes de Ola.

El sacerdote Oyedepo carraspeó.

—Aleluya —empezó a decir con un marcado acento de Lagos—. Estamos reunidos en presencia de nuestro padre celestial para ser testigos y celebrar el matrimonio de nuestros dos hijos, Olaide y Michael. Hoy compartimos su alegría y le pedimos a Dios nuestro señor que les conceda su bendición y su misericordia eterna. Oh, Dios Padre, lo que tú has unido, que no lo separe el hombre. —Le hizo señales a la congregación y dijo—: ¿Podemos, por favor, ponernos en pie mientras le encomendamos la ceremonia de hoy?

Los invitados se fueron levantando despacio, un zumbido bajo atravesó la iglesia. El sacerdote Oyedepo cerró los ojos con firmeza y levantó una mano hacia el cielo de manera teatral.

—Padre todopoderoso —dijo, rociando motas de saliva—. En tu eterna misericordia, te rogamos que tu rostro siga resplandeciendo sobre esta pareja. Señor, como hemos empezado, empieza con nosotros. Al final de esta unión de tus fieles servidores, te glorificaremos y te alabaremos. Ahora, oremos.

Michael pensaba que el discurso había sido la oración, pero había

para dar y tomar. Se oyeron gruñidos y lenguas chasqueando. Después, una bendición que sonó como una de las devotas felicitaciones de cumpleaños de su madre, salpicado de súplicas apenas disimuladas para que llegaran los nietos, enmascaradas con palabras como «fecundidad», «abundancia» y «multiplicaos». Michael se preguntó qué estaría pensando de todo aquello una persona esencialmente agnóstica como Ola. Volvió la cabeza hacia ella y vio que lo estaba mirando, con la boca un poco crispada. Michael no podía saber si estaba intentando no reírse o no llorar.

—En el nombre de Jesucristo, amén —concluyó por fin el sacerdote Oyedepo, secándose el sudor de la frente, después de dar la bendición con demasiada energía—. Y ahora, el amigo de toda la vida y padrino de Michael, Amani Best, leerá la primera carta a los Corintios, capítulo 13, versículos del 4 al 8.

La atención se volvió hacia Amani, que llegó pavoneándose hasta ponerse al lado del sacerdote, como si estuviera recogiendo un premio. El afecto que Michael sentía por él atravesó sus pensamientos, llenos de ansiedad. Amani seguía teniendo el mismo encanto de gamberro que tenía en el colegio, cuando era el que te hacía reír en clase en los momentos más inoportunos. Carraspeó a modo de introducción.

—El amor es paciente, es bondadoso —empezó diciendo. Michael sintió que Ola se revolvía—. El amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no es arrogante. No se porta indecorosamente; no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal recibido. El amor no se regocija de la injusticia, sino que se alegra con la verdad.

Michael empezó a sentirse intranquilo allí de pie delante del murmullo concordante de la multitud. «Dios está cachondeándose», pensó. Se acordó de otra cosa que odiaba de las iglesias: lo hacían sentir exhibido; que, igual que sus secretos, su alma estaba expuesta en un pedestal para que todo el mundo la viera.

—Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Amani hizo una pequeña aunque majestuosa reverencia mientras miraba con benevolencia a los invitados sentados en los bancos; volvió a su puesto. El sacerdote Oyedepo dio un paso adelante.

—Todos decimos amén.

—Amén —coreó la multitud al unísono.

Pasaron unos momentos tortuosos y, a continuación, el sacerdote volvió a hablar:

—*Oya.* El momento que hemos estado esperando. —Ladeó la cabeza hacia Michael—. Michael, ¿quieres recibir a Olaide Deborah Adebimpe Olajide como tu legítima esposa? ¿Prometes serle fiel en la

prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad y, así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Costara lo que costase, tuvieran que enfrentarse a lo que tuvieran que enfrentarse, en lo bueno o en lo malo, en la riqueza o en la pobreza, en la enfermedad, en la salud, en cualquier otra cosa. En los tres años que llevaban juntos, no había conseguido renunciar a las demás cosas, pero durante el tiempo que viviera, por mucho que fuese, quería amarla, consolarla, honrarla, protegerla. Todo aquel tiempo, solo había habido una respuesta. Le acarició a Ola el pulgar con el suyo.

—Sí, quiero.

El sacerdote Oyedepo asintió con una amplia sonrisa y dirigió su atención hacia Ola, que estaba temblando. La novia, que era la imagen misma de la pura desorientación, tenía los ojos desencajados. Al brillo del maquillaje se añadía ahora el de la transpiración. Ola se quedó mirando al sacerdote, mientras Michael, suplicante, intentaba mirarla a los ojos por última vez. Su agobio empezaba a ser tan evidente que Michael estaba seguro de que no era posible que la congregación interpretase su comportamiento como simple nerviosismo por la boda. Le agarró las manos a Ola con más fuerza mientras rezaba en silencio.

—Y Olaide —dijo el sacerdote Oyedepo—. ¿Tomas a Michael Kweku Koranteng como tu legítimo esposo?

18. La boda

Teniendo cuidado para no que no se le deshiciera el guelé, Ola apoyó con delicadeza la frente en la ventanilla mientras se alejaban de la iglesia en el coche. Sintió el frescor del cristal contra la sien; el lujoso interior de cuero rojo del coche volvía insoportable el calor que hacía. En el asiento trasero se hizo un silencio sepulcral y Ola se preguntó qué pensaría el chófer de aquello. Ella, asándose con sus *iro, buba* e *Ipele* rosas con diamantes de imitación, refrescándose con un abanico de plumas de avestruz. Michael, hecho todo un príncipe africano, con su gorro *abeti aja* y una *agbada* del mismo color. De espaldas el uno al otro, iban mirando por sus respectivas ventanillas las vistas que iban dejando atrás.

Horas antes, Ola se había atrevido a sentirse optimista. Michael y ella habían superado el ensayo de la noche anterior sin más preguntas que las de Fola, que mantuvo su promesa de guardarse su opinión cuando Ola le relató entre lágrimas lo que había pasado: que había fisgoneado el portátil de Michael; sus acusaciones de estar engañándolo; la cara de agonía de Michael cuando le reveló que había contratado a Luke; lo difícil que había sido soportar el profundo remordimiento que sintió al verlo llorar en el despacho de la iglesia. Cuando había levantado la mirada y le había preguntado «¿Qué quieres hacer?», Ola sabía que quería decir «con nuestro futuro». Pero no sabía la respuesta a una pregunta tan arrolladora como aquella. En aquel momento, lo único que podían hacer era seguir con el ensayo tal como estaba previsto. El jaleo de ir a la iglesia, reunir a sus seres más queridos para decirles que estaban indecisos en cuanto a casarse era demasiado drama para un día ya de por sí lleno de acontecimientos. Además, ¿cómo iba a ser Ola la que anulara la boda, cuando había sido ella quien lo había jodido todo? Lo único que había conseguido Luke había sido desvelar lo deshonesta que había sido ella misma al contratarlo. Michael pareció entender su razonamiento, lo que no impidió que se sintiera fatal. Sobre todo desde que su as bajo la manga, el mensaje de @mirrorissa92, tampoco demostraba nada. En realidad, había dejado las cosas menos claras. En retrospectiva, parecía una burla, pero Ola seguía sin saber cuál era su motivación. Algo no estaba bien. En cualquier caso, Ola llevaba semanas actuando

a hurtadillas y mintiéndole a Michael y, para colmo, no había demostrado nada.

Ola se había alojado en el hotel Hilton aquella misma noche, todavía sin saber con seguridad qué debía hacer —qué haría— al día siguiente. Antes de irse a la cama, acarició distraída la piedra de azurita que Fola le había puesto en la mano para que fuera su «algo azul» en el ensayo. Sus zapatos —un par de tacones blancos de Manolo Blahnik que había alquilado en una aplicación de moda sostenible— eran su «algo prestado» y el Rolls-Royce antiguo en el que iban sofocados de calor hacia el convite era su «algo viejo». Todo lo demás, que les había costado un ojo de la cara, era su «algo nuevo», había decidido Ola. Se tumbó en la lujosa cama, a sopesar aquellos supersticiosos preparativos de boda mientras se quedaba dormida con la esperanza de que la ayudaran de alguna forma. Necesitaba toda la suerte del mundo.

Por la mañana se encontró con algo que se parecía a lo que esperaba que fuera el día de su boda. Llegó la cesta que había encargado Michael, sin nota (¿qué había que decir?), y Ola esparció la fragancia Seychelles con el pulverizador por la habitación del hotel. Ruth retocó el maquillaje, que la maquilladora acababa de terminar de ponerle a Ola, mientras se tomaba una copa o tres de prosecco con su hermana y sus mejores amigas, soltando risitas como colegialas con sus vestidos de fiesta de seda a juego. La habitación era un revuelo de artículos de tocador y letras de canciones que no se sabían gritadas a pleno pulmón. Fola, en su intento de parecer lo más aceitosa posible, se aplicaba brillo de labios y aceite de bebé en los brazos. Ruth ponía a todo volumen su lista de AFROPOP BOPS de Spotify, mientras Celie ponía los ojos en blanco cada vez que Ruth decía «Ayyyyyyyy» cuando empezaba su «canción favorita» (que era cualquiera que estuviera sonando).

—Me muero porque empiece la celebración —dijo Ruth, que se movía al ritmo de *Options* de NSG—. Necesito pasarme la noche lloriqueando sobre el hombro del hijo de alguien. Estas aplicaciones no sirven, estoy harta de guardar nombres de tíos en el teléfono con el apellido Tinder, como si fuera el árbol genealógico más tóxico del mundo. No sabes la suerte que tienes de estar a punto de dejar atrás la jungla, Ola —dijo esbozando una sonrisa de lado—. ¿Has visto a mi papito en el ensayo? Se nota que ha estado yendo al gimnasio.

—¿Kwabz? —preguntó Ola con una sonrisa.

Ruth asintió.

—Voy a intentar subirme a la ola ghanesa, igual que tú.

—Creía que era demasiado bajito para ti.

—No te voy a mentir, su cuerpo compensa su altura. Además, ¿qué voy a hacer si no, si toda la altura de Ghana se la ha llevado Michael?

—¿Por eso hoy vas hecha un par de tetas andantes? —preguntó Fola señalando el pecho de Ruth con las manos ahuecadas.

Debajo de la bata, el pecho de Ruth abarrotaba su vestido de dama de honor de color verde, ceñido al cuerpo, con frunces y sin tirantes. Era difícil no mirar.

—¡Ni en sueños! —resopló Ruth mientras se ajustaba la parte delantera del vestido—. He sacado de paseo a estas muchachas por culpa del complot que tienen montado las marcas de ropa a favor de las tetas pequeñas. Todo es con la espalda al aire, sin tirantes, con cortes, con el escote profundo. Con abertura en la parte delantera, con la espalda cruzada y la parte de delante también o de encaje. Hasta la sección de tallas plus de Pretty Little Thing no tiene ni una mierda que no sea para llevar sin sujetador. Y no todas podemos ir sin sujetador, Fola —dijo Ruth mirándole a Fola el pecho pequeño— y Ola.

Ola soltó una risita mientras tomaba otro sorbo de su copa de champán.

—¿Cómo decía la Biblia, Celie? —dijo Fola sonriendo en dirección a Celie—. «Las de tetas pequeñas heredarán la tierra», o lo que sea que digan los salmos.

Todas soltaron una carcajada. La habitación del hotel empezó a temblar con la línea de bajo de *Sweet Like Puff Puff,* de Papi Danks. Ruth chilló de alegría con las entrada rítmica.

—¡Ayyyyyyy! —Se tomó un sorbo de prosecco con una pajita para que no se le corriese la barra de labios—. ¡Esta es mi puta canción!

Para la ocasión, Celie se había rizado el pelo en largos tirabuzones mullidos, pero, de pronto, dejó de ahuecarse su peinado afro. Su reflejo se quedó congelado en el espejo del tocador.

—¿Por qué tenemos que escuchar esto?

—¡Shhh, que ahora viene el verso de mi otro papito! —dijo Ruth y subió el volumen de la canción de Danks—. *Oi,* ¿no ibais juntos al colegio?

—A catequesis —la corrigió Celie—. No sé por qué te crees que está bien poner eso. Además, Danks sale en la Lista, acusado de cosas muy graves.

—Mmm, ¿no habíamos acordado todas que se es inocente hasta que se demuestra lo contrario? —Ruth había dejado de bailar y sus palabras quedaron flotando en el aire.

Ola sintió que encogía, que su burbuja estallaba. No es que pudiera decir nada ante Ruth exactamente, ¿no?

Celie se crispó.

—Eso es lo que habéis decidido vosotras. Yo no. Mira, hay algo que he estado queriendo decirte, Ola. —Celie giró para mirarla—. Sé que es tu gran día. Pero confío en que no esperes mucho de mí en lo que respecta a Michael. O sea, no es como que vaya a charlar con él ni nada.

—¿Podemos no hacer esto? —se quejó Ola—. ¿En este momento?

Había sospechado que su dama de honor no había faltado al ensayo el día anterior porque estuviera enferma, y aquello era la confirmación. Era la boda lo que le revolvía el estómago.

Celie volvió al espejo y siguió jugueteando con sus rizos. La canción seguía a todo volumen, pero el buen rollo se había esfumado. Además, Ola se había pasado un poco pulverizando fragancia, así que el ambiente se había vuelto claustrofóbico.

—Yo solo lo digo —dijo Celie—. Me alegra celebrar contigo, Ola, pero no voy a hablar con él.

—Señoras —dijo Fola con aspereza—, hoy buenas vibraciones, ¿vale? No me obliguéis a sacar la salvia.

—Exacto —le dijo Ruth a su espejo de mano—. Dejemos los líos por un día, *abeg*.

Celie frunció el ceño.

—No estoy de broma, Ruth, pero no estaba hablando contigo.

—Vale —dijo Ruth. Bajó el espejo y se reacomodó—. Pero yo sí te hablo a ti, Celie, así que ahora qué.

Había sido así desde el colegio: Ruth contra Celie; a veces, Ruth contra Ola, pero rara vez Ola contra Celie, su mejor amiga desde séptimo. En principio habían formado un grupo en el colegio femenino de San Agustín junto a media docena más simplemente porque eran «las africanas». Aunque las dos nigerianas harían frente contra Celie, mozambiqueña, durante las guerras de diáspora de broma que hacían en el patio del recreo, Ruth era la rara de aquel grupo disidente. Siempre andaba defendiendo a alguna persona o algún punto de vista problemáticos. Pero, ahora mismo, la «persona problemática» por la que estaba bateando Ruth era casi exclusivamente Ola.

Ola sintió la mano de su marido sobre la rodilla.

—¿Estás bien?

Se volvió hacia él en el asiento trasero del coche y le dedicó una sonrisa insípida. La ceremonia de aquella mañana había sido un sueño febril protagonizado por casi todos los familiares, amigos y conocidos que tenía. Había sido tan surrealista que, mientras se dirigía hacia el altar, lo único en lo que podía pensar era en que aquel debía de ser la subida al cadalso más glamurosa de la historia. Aferrada al brazo de

su exultante madre, Ola se sentía como una niña. Intentó no pensar en su padre, sabía que la haría llorar. Como si su madre lo hubiese intuido, le apretó el brazo con fuerza justo a tiempo para impedir que los ojos de Ola rebosaran de lágrimas. Se alegraba de tener allí a su madre, a pesar de sus diferencias. Eran muy distintas, en temperamento y apariencia. El vestido peplum de color rosa realzaba la buena figura de su madre, y la congregación comentó entre murmullos la belleza de ambas al verlas entrar en la iglesia. Ola tenía un atractivo más llamativo, más de pasarela, que la bonita apariencia de catálogo que tenía su madre, con su rostro agradable con forma de corazón. Era dócil y de voz queda, probablemente lo fuera todavía más cuando conoció al cosmopolita padre de Ola, mayor que ella, cuando era una ingenua licenciada universitaria. Estaba claro que, para su madre, conducirla hasta el altar era un momento agridulce, pero se la veía más orgullosa de su hija de lo que Ola la había visto jamás. Su sonrisa era más franca que cuando Ola empezó la universidad, se graduó o consiguió un trabajo en *Womxxxn.* Mientras caminaba junto a su madre, la mezcla de emociones que recorría a Ola resultaba abrumadora. Nadie sabía cuánta fuerza de voluntad le había hecho falta para poner un pie delante del otro, para no desmoronarse bajo el resplandor de las cámaras de los teléfonos cuando la multitud se convirtió en *paparazzi.* Se mantuvo firme, a pesar de la provocación de Dios. La había troleado. La lectura de la Biblia de Amani casi había sido un ataque personal: «El amor es confiado».

Hasta que el sacerdote Oyedepo le preguntó «¿Tomas a Michael Kweku Koranteng como tu legítimo esposo?», Ola no había sabido lo que iba a hacer. Como una ingenua, había pensado que sacaría fuerzas de Michael cuando por fin se miraran en el altar, pero él parecía igual de indispuesto. Aun así, Michael dijo: «Sí, quiero». No sabía exactamente lo que tenía planeado decir cuando, después de lo que había parecido toda una vida, el «Sí, quiero» también salió de sus labios. A pesar de lo mucho que aquellas dos breves palabras le iban a cambiar la vida, decir que sí no fue como hacer volar su mundo por los aires, sino todo lo contrario. El resto de la ceremonia terminó en un abrir y cerrar de ojos, pero el día en sí no había hecho más que empezar.

Ola no estaba segura de qué creía que iba a cambiar después, si esperaba que «Sí, quiero» fueran las palabras mágicas que provocaran la ruptura de alguna maldición o activaran algún hechizo protector. Pero cuando el confeti cayó a su alrededor en las escaleras de la iglesia, siguió sintiendo lo mismo que antes. Salvo que, ahora, quizá se había «casado con un monstruo», quizá fuera la novia de Frankenstein.

Y todavía no parecía importarle a ninguno de los invitados de la boda, salvo a Celie. Todos estaban atrapados en el pasado, celebrando una versión de ella y de Michael que hacía tiempo que no existía. La gente solía decir cosas como «internet no es la vida real»: dentro de los muros de la iglesia no parecía serlo. Ola se sentía una mensajera del futuro, la única que comprendía de verdad lo que había pasado y lo que iba a pasar.

Todos los demás estaban atrapados en la teatralidad, los trajes y la pompa que acompañaban a las bodas africanas. Fuera de la iglesia, los invitados se reunieron en el césped, al calor, mientras se ponían al día y esperaban la oportunidad de hacerse fotos con los recién casados. Las damas de honor se organizaron mejor que nunca cuando el fotógrafo les indicó que sostuvieran los ramos a la misma altura. Los padrinos entrelazaron las manos por detrás de la espalda al unísono. Las madres de Ola y de Michael se abrazaron para la cámara, con cara de satisfacción. Ola debería haber disfrutado porque todo estuviera saliendo de manera impecable, antes de que el día y su maquillaje empezaran a emborronarse y desdibujarse. Pero la sesión de fotos fue insoportable, las manos de Michael planeaban sobre los costados de Ola, como si temiera romperla.

Los asistentes a la boda no se percataron de su incomodidad o la ignoraron. Probablemente, ella habría debido hacer lo mismo. «Ya está hecho», pensó. Había cometido un error y tenía que cargar con las consecuencias. Quejarse no iba a mejorar las cosas.

Michael le dio otro ligero golpecito en la rodilla, allí, en el asiento trasero del coche, como respuesta a la expresión inescrutable del rostro de su esposa. Ella cerró la mano sobre la de Michael.

—Estoy bien, perdona —dijo mientras acariciaba la piedra que llevaba en el bolso con la otra mano; se suponía que ayudaba a seguir su intuición, aunque lo que necesitaba era algo a lo que agarrarse.

Intentó no perder el control recordando los hechos. Se había casado con el amor de su vida. No había pruebas de que hubiese hecho nada malo. Estaba empezando un nuevo capítulo. Procuraría empezar aquel capítulo como si su intención fuera seguir adelante.

Se detuvieron en el recinto donde iba a tener lugar la celebración, una majestuosa villa neopalladiana en mitad de un parque de varias hectáreas en Bromley. Ola comprobó que ya estaba al límite de su aforo, cuatrocientas personas. Los invitados se repartían desde el gran vestíbulo hasta la carpa. Resultaba sobrecogedor: centelleantes zarcillos de luces goteaban como líquido desde el techo; arcos de globos rosas, blancos y dorados coronaban las esquinas; los arreglos florales de peonías, rosas blancas y gysophilas cubrían todo el espacio.

Sus seres queridos ponían morritos delante de una gran pared de flores engalanada con #LosKoranteng19 en letras doradas, mientras un proyector mostraba en directo las imágenes con el *hashtag* sobre una pantalla enorme. En el interior de la entrada de la carpa, vio la tarta: un bizcocho descomunal de seis pisos con caramelo salado, encaje de azúcar y follaje rosa comestible que brotaban de cada piso.

—Guauuu —le oyó decir a Michael—. Los decoradores lo han dado todo.

Ola asintió; estaba boquiabierta por lo bien que había quedado todo. Le dio un vuelco el corazón al pensar en su madrina de boda y en su dama de honor, en lo mucho que se habían esforzado por ayudarla. No estaban allí cuando ella y Michael entraron en el vestíbulo, solo estaban los padrinos, formando un estrecho círculo.

—Justo a tiempo —dijo Kwabz cuando aparecieron; en ese momento llevaba un caftán blanco y un gorro *kufi* rosa del que le salían las rastas.

—Tus padres acaban de entrar. Iré a buscar a las chicas y le diré a David que estáis preparados.

Se metió trotando entre el gentío y Seun ocupó su lugar, dándole una palmada en la espalda a Michael.

—¡Big Mike! ¡Felicidades otra vez, hermano! Casi se me cae una lágrima en la iglesia, ¿eh?

—Sí, bueno, estoy lista para la tuya, *bro* —dijo Michael con una sonrisa—. No tardarás.

Seun dio un paso atrás.

—¡Ni hablar, estaba a punto de llorar de la ansiedad, amigo! Rachel estaba tomando nota y cogiendo ideas.

Amani se acercó con sigilo a Ola y le rodeó los hombros con el brazo.

—¡Señora Koranteng! Esa eres tú, ¿verdad?

Ola esperaba que su sonrisa resultara convincente. No era muy fan de los amigos de Michael, más por lo que representaban como unidad que como individuos. Kwabz parecía bastante sensato, pero Ola no podía pasar por alto las cosas que Amani y Seun habían dicho en el pódcast. Parecían más entusiasmados con la despedida de soltero de Michael que él mismo, ya que en un principio querían viajar a Miami «a lo loco». Al final pasaron un fin de semana de discoteca en discoteca en Birmingham, aunque a Ola le había costado dormir aquella noche, preocupada por lo que estaría haciendo Michael.

—¿Qué se siente al ser por fin una señora? ¿Es el mejor día de tu vida?

Ola estaba deseando que todo el mundo dejara de preguntarle eso.

—Claro.

Desde el vestíbulo, una sucesión de voces diciendo «amén» marcó el final de la oración de apertura. En cuanto la multitud se calló, Kwabz volvió al grupo, seguido por las damas de honor, que en ese momento llevaban vestidos *aso ebi* a juego de color rosa y la saludaron emocionadas.

—Va a empezar —gesticuló Kwabz con la boca.

La voz de David Aidoo llenó el vestíbulo: cómico, antiguo presentador de Choice FM y, por el precio adecuado, maestro de ceremonias de bodas. En ese momento se lo conocía más por los *gags* virales que hacía en Instagram; se disfrazaba con pelucas y chaquetas acolchadas para imitar a personajes típicos del centro de Londres: pandilleros, muchachas de los barrios del sur de la ciudad, mujeres descaradas que trabajaban de cajeras en las tiendas de patis jamaicanos.

David gritó algo incoherente que provocó unos aplausos y luego empezó a sonar *Able God,* de Chinko Ekun. En el momento justo, los amigos de Ola y Michael entraron bailando en la sala con sus parejas, ante los gritos de júbilo de los invitados, que esperaban para saludarlos. Seun y Amani se balanceaban y contoneaban con los brazos extendidos, las manos levantadas con los dedos imitando una pistola, las gafas de sol puestas. Mientras tanto, Kwabz llevaba las suyas colgando del cuello del caftán y tenía los ojos clavados en los impresionantes movimientos de cadera de Ruth. El tímido paso a dos de Celie parecía conservador al lado del frenético *twerking* de Fola.

—¡Dáselo, dáselo! —se oía improvisar a David, intercalando cada dos palabras un «eii» de ánimo—. Los amigos y las amigas de los novios, señoras y señores —le dijo al micro en cuanto se hubieron sentado mientras hacía señas al DJ para que bajara la música. La sala se quedó en silencio—. Ahora, los que no estén de pie, *chale abeg,* que se levanten. —Lo dijo con acento ghanés, hablando con la misma afectación que en su popular número cómico «Padres africanos»—. ¡Presentamos a la nueva pareja del 2019, la excelencia negra al cuadrado: el señor y la señora Koranteng!

El DJ jugueteó con el portátil y no tardaron en sonar los primeros acordes de *Yori Yori.* Ola se puso rígida: estaba otra vez camino al altar, era la segunda ronda de su marcha fúnebre. Sin poder evitarlo, miró a Michael, que le rozó el hombro para consolarla y la condujo al vestíbulo.

Ola caminaba tras él, balanceándose ligeramente, mientras el ruido y los flashes de las cámaras ahogaban sus pensamientos.

—¡*Oya,* menea ese cuerpo! —le pidió David desde alguna parte,

frente a ellos, mientras los invitados empezaban a acercarse.

A Ola le costaba moverse con sus pesadas prendas, así que se remangó el *iro* hasta la altura de las caderas, liberando las rodillas para bajar más. Hacía tiempo que no hacía aquello: en el Afro Bar y el Brunch en su despedida de soltera, un recuerdo borroso de palmeras hinchables, vaqueros cortos cortados y copas rojas que parecían no tener fin. Esa noche, Ola había intentado seguirle el ritmo a Ruth, que movió el culo hasta que le dolieron las rodillas, con unos tipos que les pagaron las bebidas a todas a cambio de la promesa de sus falsos números de teléfono. Ola no pudo evitar sonreír al ver a su amiga apretándose contra Kwabz.

Ola sintió que le agarraban de la mano y se giró hacia atrás. Ahora estaba frente a Michael, moviendo las caderas contra las suyas como solían hacer cuando salían a bailar. Hacía mucho tiempo que no estaban tan cerca el uno del otro.

—¡Eii! Qué dulce es el amor *oo* —gritaba David—. ¿Veis cómo bailan? ¡Van a fabricar a los bebés antes de la luna de miel, *maame,* cierra los ojos!

La multitud explotó. En aquel momento, una tía vestida con un *aso ebi* se acercó a ellos con el monedero abierto y le colocó a Ola un billete de diez libras arrugado en la frente sudorosa. La tía siguió colocando billetes donde se quedaran pegados: en las mejillas, en las clavículas, en el pecho. Otra siguió su ejemplo y le pegó dinero rojo y púrpura a Michael en el cuello reluciente. La «rociada» siguió hasta que el dinero cubrió el suelo; Fola y Seun se pusieron en cuclillas para recoger los billetes pisoteados por los bailarines.

Por fin se terminó *Yori Yori* y empezó *Assurance,* de Davido, lo que marcaba el final de su entrada en procesión; la pista de baile quedó libre para todos.

—Quiero ver a todo el mundo de pie *oo* —rugió David señalando con un gesto a los pocos invitados que quedaban sentados.

La tía de antes tiró de Ola hacia ella con una fuerza sorprendente.

—¡Olaide! ¿Cuánto hace? ¿Te acuerdas de mí? ¿De tu tía Korede?

—Sí, tía —mintió Ola, e hizo una reverencia.

—*¡Ehen!* ¡La última vez que te vi ibas en el cochecito! —le dijo su tía Korede por encima del hombro y de la multitud—. ¡Emmanuel! *¿Shebi* que te acuerdas de tu prima Olaide? ¡Ven a saludarla! ¡Kai! —gritó, volviéndole la espalda a Ola—. ¡Mira que te pareces a tu padre!

Ola recibió abrazos de primos que no veía desde que estaba en el colegio y felicitaciones de amigos con los que no se cruzaba desde sexto de primaria. Ancianos a los que no conocía le preguntaban cuándo tenía previsto quedarse embarazada, completos desconocidos

que habían volado a Inglaterra para la ocasión la abordaban. Todos exhibían recuerdos de la fiesta, cortesía de ciertas marcas, con la cara de Michael y la suya: abanicos, fiambreras, relojes, baterías portátiles. Ola se sentía rodeada. Todo parecía un cartel de SE BUSCA. Era imposible esconderse en su propia boda.

Creyó que no iba a poder escaparse de allí nunca, hasta que David anunció que el bufé estaba abierto y la multitud se dispersó haciendo repiquetear los taconeos y chirriar las sillas. Tres cuartas partes de la lista de invitados no tardaron en hacer cola junto a las bandejas rebosantes de *kelewele* y *bofrot,* arroz wólof y plátano macho, bollitos de trigo, mandioca, boniato y arroz acompañados de sopas espesas y picantes.

Se le enfrió la piel húmeda al salir del vestíbulo y sentir el aire fresco de la carpa. Fola y Ruth cotilleaban en la entrada, Ruth con una copa en cada mano, Fola balanceándose al son de una canción de Sarkodie.

—Muy bien, reina africana —la saludó Ruth—. ¡Esta es mi mejor amiga, esta es mi mejor amiga!

Fola pasó los dedos por la manga de Ola, admirando los bellos adornos de cuentas del encaje.

—¿Te he dicho ya lo increíble que estás? ¡Dios es una mujer negra, en serio!

–Sí, me lo has dicho como cincuenta y ocho veces. —Ola sonrió con afectación—. ¡Y no es que me esté quejando!

Ruth brindó al aire con la copa que tenía en la mano izquierda.

—Me muero por ver tu siguiente modelo. ¡Estoy impaciente por verte ir a por todas, *ohemaa!*

—¿Verdad? —concordó Fola—. ¿Cuándo nos vas a hacer el honor de dejarnos ver tu gran conjunto final?

El último conjunto era el favorito de Ola: un vestido de tela kente de seda tejida a mano con un tocado tradicional; Michael llevaría una toga a juego. Habían optado por trajes tradicionales, en vez de una boda tradicional. Dos bodas, como era habitual entre la segunda generación de ghaneses y nigerianas, significaba más planificación, más dinero que no tenían. Además, a Ola nunca le había gustado la idea de la dote, como era costumbre en las ceremonias tradicionales, ni siquiera una dote simbólica. Adoptar el apellido de Michael ya le parecía bastante traición.

—Bueno, no llevo ni media hora con este —dijo Ola señalando su ropa—. Pero, pronto, si eso significa que puedo esconderme un rato en la parte de atrás.

Ruth le pasó la copa que tenía en la mano derecha sin decir nada.

Ola se la bebió de un solo trago.

—Gracias. Lo necesitaba. No sé cuánto tiempo más voy a poder hablar de hijos que no tengo con tías que no conozco.

Fola negó con la cabeza.

—¡Están obsesionadas con el coño de todo el mundo menos con el suyo!

—Pensé que te concederían por lo menos un periodo de gracia, ahora que «has encontrado marido» —dijo Ruth con un acento que recordaba a una de las imitaciones de David Aidoo—. Pero ¿estás disfrutando, verdad? ¿Eres feliz? ¡Porque esto está de puta madre!

—Celie y tú sabéis cómo dar una fiesta —dijo Ola escudriñando la carpa—. *¿Oi,* sabéis dónde está?

—¿Celie? No, ni hablar. Probablemente estudiando la Biblia con el sacerdote.

Ola se rio, pero buscó su teléfono de todas formas y escribió el nombre de Celie en WhatsApp.

Dónde estás, tía?

Celie y ella habían hablado cada vez menos desde que salieron las noticias de la Lista. Ola sabía que en parte era culpa suya, ya que había dejado de responder a los mensajes de casi todo el mundo. Pero conforme se iba acercando la boda, Celie había dejado de llamarla. Había puesto al día a Ola sobre la organización de la boda, pero se había mostrado distante. Era cierto que Celie estaba ocupada: su editora acababa de ganar la subasta, muy disputada, de *Punto punto punto,* una antología de ensayos escritos por destacados escritores con pecas («Bienvenidas a la diversidad en el mundo editorial», se había burlado en el chat grupal). Pero era el día de la boda de Ola y apenas había visto a su dama de honor, aparte de en la ceremonia. Mientras guardaba el teléfono en el bolso, notó un sutil cambio en el ambiente entre sus amigas antes de descubrir a qué se debía: Kwabz se había acercado picoteando de un plato de arroz frito con guarnición de pescado a la parrilla. Abrazó a Ola.

—¡Señora Michael! ¡Felicidades!

Ruth se subió rápidamente los lados del vestido y se acarició la parte superior de la peluca como si estuviera apagando un pequeño incendio. Kwabz se giró hacia ella.

—*Fine gehl* —dijo, simulando acento nigeriano.

Ruth contuvo la sonrisa.

—Hola, Kwabena —dijo Ruth con tono aburrido, a pesar de haberse pasado gran parte de la mañana describiendo con innecesarios detalles gráficos lo que planeaba hacerle a Kwabz y durante cuánto tiempo.

—Me gusta tu vestido —dijo Kwabz, y se quedó mirándola durante un rato que fue un poco demasiado largo y que provocó que Fola y Ola sintieran un estremecimiento. Sin embargo, Ruth y Kwabz estaban tan concentrados el uno en el otro que no se dieron ni cuenta—. La tradición te sienta bien, ¿lo sabías?

Ruth levantó una ceja depilada al hilo de manera inmaculada, pero ya le había desaparecido la sonrisa.

—Te prefiero con el pelo sin recoger —dijo Ruth, echándose el pelo por detrás del hombro.

—¿Eso es lo único que vas a decirme? —Kwabz se volvió hacia Ola con las manos colocadas teatralmente sobre el pecho, como si las palabras de Ruth le hubieran herido—. ¿Ves lo malas que sois las nenas nigerianas? Te juro por lo más sagrado que este año os dejo a todas.

Fola giraba la cabeza de uno a otro, como si estuviera viendo un partido de tenis.

—¿Siempre están así? —le preguntó a su hermana.

Ola asintió. Era probable que aquella danza terminara en la cama de alguno de los dos, como solía pasar.

Ruth estaba preparando su réplica cuando, de repente, giró la cabeza hacia la parte trasera de la carpa.

—Espera. ¿Quién es la *oyinbo?* Parece que se ha perdido.

Ola miró hacia donde le indicaba Ruth: había una morena un poco alterada al lado de la mesa de los regalos. Convencida de estar imaginándose cosas, estiró el cuello hacia delante para intentar ver mejor entre la multitud. No había tenido tiempo para desayunar, así que supuso que sería un espejismo debido al atontamiento.

—¿Esa… esa es Frankie?

Efectivamente, allí estaba Frankie, bebiendo un prosecco junto a Kiran —quien parecía profundamente disgustada—, lanzando miradas confusas. Frankie tenía las cejas más levantadas que Ola le había visto nunca, ya que, por lo general, no era muy expresiva. Era imposible no verla entre el mar de caras morenas, con un vestido chaqueta corto con el que se lucía su esbelta forma física, conseguida tras años de pilates y veganismo intermitente.

—¿Quién? —preguntó Ruth entrecerrando los ojos—. Espera, espera, espera: ¿esa es tu jefa? ¿La guerrera del Waitrose en persona? ¡Nooo! ¡NECESITO conocer a la mujer blanca que hace tres años que te tiene contra las cuerdas!

Justo cuando parecía que iba a salir relativamente ilesa de aquel día. ¿Qué podía ser peor que Frankie viniera a su boda? Mientras Ola se dirigía hacia ella con paso firme, Kiran hacía gestos de disculpa por

detrás de la cabeza de su jefa.

—¡Ola! —dijo Frankie poniéndose de pie para abrazarla. Nunca habían estado tan cerca; Ola olió el prosecco mezclado con tabaco en el aliento de Frankie—. ¡Estás fabulosa! Espero que no te importe que me haya colado un poco en tu boda, pero Kiran y yo estábamos pensando en el próximo número y me dijo que después venía al convite y, bueno, ¡tenía que darte la enhorabuena en persona!

—Le dije que era solo con invitación —murmuró Kiran, mirando a Ola.

Frankie no le prestó atención, porque estaba examinando la mesa de regalos.

—Entonces, ¿quién sale ganando de vosotros dos? Y yo creyendo que las bodas indias eran brutales, pero vaya con «Mi gran boda nigeriana». Ese *hashtag,* que no voy a intentar pronunciar por el bien de todos, ¡está consiguiendo mucho amor!

Ola la había visto borracha las suficientes veces como para saber cuándo cambiar de tema, así que empezó a gritar las presentaciones por encima de la música.

—Esta es mi dama de honor, Ruth, y ella es mi hermana, Fola —dijo—. Ruth, Fola, estas son Kiran y Frankie, de *Womxxxn.*

Ruth tiró de Frankie y le dio un abrazo tambaleante.

—¡He oído hablar tanto de ti!

—¿En serio? —dijo Frankie—. Yo no he oído nada sobre ti. ¡Ola no nos cuenta absolutamente nada de su vida!

Rápidamente, Kiran atrajo a Ola hacia sí agarrándola por el hueco del brazo; iba tan elegante como siempre, con un kurta de seda holgado, pantalones pitillo y tacones de aguja.

—¡Lo siento tanto, tantísimo! —dijo Kiran entre dientes—. ¡Creía que la había despistado en el metro, pero ya estaba aquí cuando he llegado! Solo le he mencionado al pasar la zona en la que era la fiesta. Es probable que se haya ido a su casa y se haya cambiado; después habrá buscado en Google todas las salas de banquetes de la zona y habrá hecho referencias cruzadas con las *stories* de Insta de los invitados —dijo mientras negaba con la cabeza—. ¡La colonización, vivita y coleando!

—No importa, en serio. Me alegro de que estés aquí. No estaba segura de que fueras a venir. —Los ojos de Ola dijeron lo que ella no podía.

—Bueno, es tu gran día —dijo Kiran, evasiva, sonriendo de medio lado—. Todo gira alrededor de la novia, ¿no?

Ola asintió sin comprometerse y dudó.

—Oye, Frankie… Ya sabes… ¿Sabe lo de Michael?

—Sabe que Michael y tú estáis celebrando la boda del año.

Ola soltó un suspiro de alivio.

—Ha sido una pesadilla —dijo Kiran con una mueca de dolor—. ¡Llevo haciéndole de niñera desde que llegamos, así que no he podido ni ligar! Es una espantapolves.

Ola enarcó la ceja con escepticismo.

—Kiran. ¿Qué mierda es una «espantapolves»?

—¿Te gusta? —dijo Kiran sonriendo—. Es mi alternativa de género neutro a cortarrollos. Pero, en serio, es una carga. Se ha creído que esa chica de allí era FKA Twigs y estaba intentando convencerla para que saliera en nuestra próxima portada.

Señaló con la cabeza a una mujer mestiza cuyo parecido con FKA Twigs empezaba y terminaba ahí.

—NO es verdad —dijo Frankie, mientras subía y bajaba la cabeza entre ellas dos como una suricata, con las mejillas sonrojadas por la mortificación, lo que era un modo de confirmar que sí era cierto—. ¡He dicho que se parecía un poco a FKA Twigs, desde donde estábamos sentadas, y que podría ser una chica de portada! Hay demasiado ruido aquí —resopló. Parecía a punto de que le diese una pataleta, pero entonces abrió los ojos como platos al ver algo por encima del hombro de Ola, tensó tanto las mejillas hacia arriba que Ola temió oírlas desgarrándose—. ¿Es quien creo que es?

Michael se abrió paso a través de la carpa, con su *oud* para ocasiones especiales flotando entre la gente. Ola contuvo la respiración.

—Señora Koranteng. —Dio una zancada hacia Ola, alargándole un *cupcake red velvet* decorado con las caras de ellos dos—. Estamos para comernos.

Ola gimió cuando Michael le dio un bocado exagerado al *cupcake* y se inclinó para darle un beso, que Ola se aseguró de parar en seco y que no pasara de un pico. Era su segundo beso desde el del altar y desde que todo aquel suplicio había empezado. Hacía tanto tiempo que casi se había olvidado de lo mucho que le gustaban los labios de Michael.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando para decir eso?

—Se me ha ocurrido en el coche.

Una marca les había enviado los *cupcakes* a cambio de que los promocionaran en sus redes sociales; habían ahorrado algo de dinero en los detalles finales de la boda gracias a ese tipo de acuerdos. Ola se preguntaba hasta qué punto era legalmente vinculante un DM de Instagram, ya que ninguno de los dos iba a subir nada. Era probable que ahora tuvieran que pagarlo todo, más deudas. En contra de su

voluntad, se preguntó cómo se sentiría Michael sabiendo que no podía subir sus imágenes más instagrameables hasta la fecha. No había duda de que las fotos de su boda se habrían hecho virales; de todos modos, aunque no hubiera existido la Lista, Ola no estaba segura de si las hubiera colgado en su cuenta. No después de la conmoción que había provocado la foto del día de su compromiso. A Michael, la validación de gente desconocida en internet le hacía sentir que lo veían, le proporcionaba una prueba de que estaba allí de verdad. Era algo así como aquel dicho sobre el árbol que cae: ¿te has casado siquiera si no tienes una publicación viral que lo demuestre? Después de todo lo que les había pasado por culpa de las redes sociales, de cómo se había desvelado la rapidez con la que los admiradores se pueden convertir en enemigos, ¿cuál era su posición en ellas en ese momento?

—¡Tú debes de ser el maridito! —dijo Frankie, alargándole la mano. Mientras él se la estrechaba, lo recorrió con la mirada desde el gorro de Michael hasta el bajo de su agbada—. Bueno, ya veo por qué Ola te ha tenido escondido de las chicas de *Womxxxn*. ¿Dónde os conocisteis, en una aplicación de citas solo para modelos?

Michael se rio con incomodidad.

—Gracias…

—Ola nunca nos ha contado nada, pero…

—Pero es que yo nunca menciono nada sobre mi vida privada en el trabajo —la interrumpió Ola—. Perdón por no haber comentado lo bueno que está cuando nos ponemos al día por las mañanas; no estaba segura de que fuese relevante.

Michael sonrió abiertamente, mientras Frankie ponía morritos. Ola nunca entendería esa especie de necesidad que tenían sus compañeras de sentir que eran amigas suyas.

—Es verdad, no lo haces —dijo Frankie secamente—. Pero ¡Dios mío, qué dos! Quiero decir, ¿os imagináis cómo van a ser vuestros hijos? ¡Modelos infantiles! Eso no es ofensivo, ¿verdad? —dijo, mirando otra vez a Michael—. Es que una vez, ¿sabes?, dije que los bebés mestizos eran los más guapos, un cumplido que era tanto para la gente blanca como para la gente negra, debo añadir, y Ola se enfadó muchísimo conmigo. Claro que se enfada conmigo por casi todo.

Michael le ofreció una sonrisa tibia y entrelazó sus dedos con los de Ola.

—¿Nos perdonas un momento? Necesito hablar con mi mujer.

—Oh, no os preocupéis por mí —dijo Frankie, que le dio otro sorbo a su bebida—. ¡Sois recién casados! ¡El sueño del amor, la juventud! ¡Disfrutadlo! Yo no lo hice, joder. Así que, cuando tires el ramo, que

sea lejos de mí, ¡gracias!

Fueron a la parte de delante, apartando las manos estiradas de los invitados, como si fueran los protagonistas de una película de zombis. Mientras Michael la guiaba a través de la multitud, Ola recordó una de las razones por las que lo amaba tanto: Michael la hacía sentir cuidada, protegida. Constantemente, intentaba hacer todo lo posible para asegurarse de que estuviera bien, ya fuera, por caso, alejándola de la locura de su jefa o de los impacientes invitados de la boda. Era la primera vez en aquel mes que parecían estar otra vez en el mismo equipo.

Michael se sentó en una mesa vacía que había en la entrada y exhaló.

—Oye —dijo, con los ojos muy abiertos, incrédulo—. Sé que ya me habías dicho que tu jefa estaba loca, pero…

—¿Entiendes ahora lo que te he estado diciendo? ¡Ni siquiera la había invitado!

Michael se rio y le puso la mano en la parte baja de la espalda, como si quisiera atraerla hacia sí para darle otro beso, pero vio algo por encima del hombro de Ola que lo hizo sonreír con una sonrisa tan amplia que se le vio el trozo rosa de encía en el hueco que tenía entre las paletas.

—Así que Ruth y Kwabz vuelven a las andadas… —dijo Michael, señalando con la cabeza la esquina en la que estaban dando vueltas al ritmo de *Mad Over You,* de Runtown.

—Sí —dijo Ola, e hizo un gesto hacia la derecha, donde Seun había acorralado a su jefa—. Y «Sean» está conociendo mejor a Frankie. Pobre Rachel.

—Es una de las pocas mujeres blancas que hay. —Michael suspiró —. Tenía que pasar.

—¿Quién se lo va a decir?

Michael dirigió la mirada hacia ellos y se quedó observándolos.

—¿Cómo, ella es la que es gay? De todos modos, ¿en *Womxxxn* no es gay todo el mundo?

—Kiran es pan, Sophie es lesbiana —respondió Ola cruzándose de brazos—. Frankie es una microagresión andante.

—Ojalá pudiera decir que eso va a desanimar a Seun.

Michael echó un vistazo por la carpa. La mayoría de los invitados iba por su segundo plato de comida y llevaba ya unas cuantas copas encima. Los niños corrían junto a las mesas con sus elegantes trajes de ceremonia con volantes manchados o deshilachados por los juegos bruscos.

—Ay, ¿dónde está Celie, por cierto? Quería hablar con ella. Para

calmar los ánimos.

—No estoy segura. —Ola se quedó callada un momento—. Aunque a lo mejor podríais dejarlo para otro día. Un día que no sea el de nuestra boda.

—Vale, pero ¿te parece que debería saludar a tu amiga Kiran?

Ola miró por encima del hombro de Michael. Kiran los observaba atentamente; Frankie y Seun, que estaban a su lado, estaban contemplando a un trío de chicas que bailaban *Zanku* con un estilo tan agresivo que parecían estar luchando contra unos asaltantes invisibles. Ola estaba segura de que su jefa no volvería a molestarla para que la invitase a nada.

—Dejémoslo por esta noche, ¿vale? —dijo Ola. Rodeó con el brazo a Michael por la cintura y lo atrajo hacia ella.

—Vale —dijo Michael con una sonrisa que no se reflejó en su mirada. Retrocedió un paso y le apretó la mano a Ola—. Escucha, los discursos son dentro de un minuto. Solo quería decirte, antes de decírselo a todo el mundo… Sé que no he sido siempre el hombre que te mereces. Pero te quiero, Ola. Mucho, muchísimo. Nunca sabrás lo agradecido que estoy de que me permitas que te demuestre cuánto te quiero el resto de nuestras vidas.

Se acercó para besarla en la mejilla y, en ese momento, Ola se sintió superada. La sinceridad que había en la cara de Michael, el dolor del mes anterior, todo explotó en su interior al mismo tiempo. Por muchas carencias que tuvieran —como individuos, como pareja—, no les faltaba el amor. Era algo que la Lista no les había quitado.

Conteniendo las lágrimas, inhaló profundamente cuando Ruth y Kwabz se acercaron a ellos dando tumbos, sujetando en alto un puñado de billetes de cinco que habían ganado bailando.

—Lo retiro —dijo Kwabz, rodeando con la otra mano la cintura de Ruth—. Me encantan las nigerianas, *small small* —después dijo, dirigiéndose a Michael—: Tío, los discursos son dentro de diez minutos, ¿no?

—Calma —contestó Michael, y cogió a Ola de la mano.

Se abrieron paso para volver a la fiesta. Se había levantado una ligera brisa que resultaba refrescante. Una vez que llegaron a la parte más alta de la carpa, Ola se detuvo.

—Tardaré un segundo. Solo quiero comprobar una cosa, ¿vale?

Michael asintió y volvió a besarla en la mejilla, después caminó hacia la mesa alta cubierta de tul donde sus padres, su abuela y la madre de Ola estaban sentados en sillas que parecían tronos.

En la entrada de la carpa, Ola rebuscó en su bolso, encontró su teléfono e ignoró las notificaciones de mensajes acumuladas. Ya se

ocuparía de las felicitaciones de todo el mundo luego; en ese momento, solo le interesaba leer la respuesta de Celie:

He tenido que irme, me dolía la cabeza. Disfruta de lo que queda de noche. Beso

Ola estudió el mensaje, intentando averiguar qué significaban de verdad las palabras de Celie. Fola y Ruth por lo menos habían sido cariñosas con Michael, habían charlado con él. Celie lo había ignorado todo el día; era el único con quien estaba más huraña que con Ola. «Hoy no», pensó, soltando el teléfono. Se ha de empezar como se quiere continuar. No podía empantanarse con eso precisamente ese día. Se suponía que era un nuevo comienzo. Al entrar, vio a Michael y a sus padrinos postrándose a los pies de la madre de Ola, tumbados boca abajo, con el pecho tocando el suelo. Una costumbre yoruba que Ola le había dicho que podía saltarse, pero que él había insistido en seguir.

Típico de Michael. Ola estaba tan ocupada sonriéndole embobada, que casi no se dio cuenta de que Frankie se le acercaba. En ese momento, su piel, de un blanco fantasmal, estaba prácticamente mimetizada con la carpa de color marfil. La jefa de Ola dio un respingo, como si le sorprendiera ver a Ola en su propia boda.

—¿Ola? —dijo Frankie— ¿Estás bien? Lo siento mucho, querida.

—¿Que lo sientes? ¿El qué?

Ola se preparó para lo peor, exasperada. Había tenido razón al sospechar que la presencia de su jefa en la boda podría provocar un caos espontáneo. Ojalá se explicara. ¿Qué había roto Frankie? ¿A quién había confundido con John Boyega?

—¡Ay! —Frankie se apartó un mechón de pelo de la cara—. Yo… Suponía que lo habías visto, como estabas mirando el teléfono y… Bueno, parecías…

—Frankie, ¿qué pasa? —resopló Ola. Estaba intentando no ser cortante con su jefa, pero no tenía tiempo para eso—. Van a empezar los discursos ahora mismo.

Frankie miraba el móvil que tenía en la mano. El pánico se apoderó de Ola al instante, las alarmas silenciaron todo lo demás. «No, pensó. Por favor, Dios, no. Te lo ruego. Hoy no». Vio que a su jefa se le desencajaba la cara todavía más al ver cómo se desencajaba la suya. Sin saber cómo, Ola consiguió hablar.

—Enséñamelo.

Frankie le pasó el móvil a Ola, con un movimiento lento y reticente. El Instagram de su jefa estaba abierto en el *hashtag* #LosKoranteng19. Debajo no había selfis de los invitados por cortesía del fotomatón que habían contratado ni vídeos panorámicos a cámara

lenta de la cámara de 360º ni filmaciones de la entrada de los novios ni fotos de su vestido de novia, no había nada de nada. Esas publicaciones habían sido desplazadas por fila tras fila y cuadrado tras cuadrado con la misma imagen: la foto del día de su compromiso con el siguiente texto con gruesas letras negras:

Michael Koranteng = Maltratador
Ola Olajide = Cómplice
#LosKoranteng19
#CoupleGoals
#LaLista

Ola deslizó y deslizó y deslizó el dedo hacia abajo: no importaba cuánto bajara, no se veía nada más. Al levantar la vista del teléfono y ver a los invitados cuchicheando a su alrededor, le quedó claro que las imágenes eran lo único que estaba viendo todo el mundo. Antes de que se le empezara a nublar la vista, vio a los asistentes a la boda estudiando boquiabiertos sus móviles, en estado de *shock*. Una multitud horrorizada se juntó alrededor del proyector del vestíbulo, cuando las imágenes con el *hashtag* empezaron a dominar toda la transmisión de la pantalla de ciento veinte pulgadas. Ola vio a su madre con el pañuelo en la cabeza y la vista levantada hacia la pantalla, observando. Su primo Emmanuel se estaba tapando la boca con las manos al mismo tiempo que su tía Korede. Toda la sala estaba presenciando cómo iban invadiendo el *hashtag*.

Ola sintió una arcada violenta y el amargo sabor de la bilis y del prosecco al fondo de la garganta. Cayó de rodillas. A su alrededor, veía manos y pies y ruidos, pero durante un instante no oyó ni sintió nada. Era como si se hubiese desmayado y, sin embargo, siguiera consciente. Como si su cuerpo y su mente se hubieran apagado, como si fueran inútiles en ese momento, aunque viera la escena a su alrededor. Estaba anestesiada. Qué idiota había sido al pensar que estaba fuera de peligro. El motivo por el que no se le había ocurrido que no iba a pasar nada peor que Frankie se presentara en su boda era, simplemente, porque le faltaba imaginación.

Tercera parte

19

Pasó un tiempo antes de que Ola se diera cuenta de que estaba sufriendo un ataque de pánico; el zumbido en los oídos y la visión de túnel eran experiencias nuevas para ella. Tenía la sensación de que no podía respirar, ni siquiera cuando Fola apareció instantes después de que se cayera al suelo para sostenerla contra su pecho y ayudarla. Fola y Ruth casi la arrastraron por la carpa, mientras los invitados la observaban con asombro, patidifusos. Después de llevarla hasta una calle principal y llamar a un taxi negro, la metieron en el asiento de atrás.

—¿Qué clase de Boda Roja de mierda es esta? —oyó Ola decir a Ruth—. ¿Qué coño vamos a hacer?

—No lo sé —dijo Fola mientras abría la portezuela y entraba tras Ola en el asiento trasero. Rodeó a su desgreñada hermana con el brazo —. La mitad de los invitados ya han visto el *hashtag,* me parece. Tú di que Ola tiene una intoxicación alimentaria o algo así, sácalos de ahí.

Ruth puso las manos sobre la ventanilla bajada, con las largas uñas contra el cristal.

—¡No, tía, no me hagas decirles eso! —gritó hacia el interior del coche—. Dios no permita que pase nada malo. ¡Todo el mundo se va a pensar que se han intoxicado también! Las tías que han traído comida se van a poner a dar gritos y, como lo intenten, ya sabes que no voy a dudar en…

—¡RUTH! Piensa tú en algo, ¿vale?

La respiración de Ola empeoró cuando el coche empezó a moverse. Estaba mareada y aturdida, así que bajó la ventanilla todo lo que pudo y boqueó para atrapar el aire que entraba. Intentó quitarse el tocado, aflojar la envoltura restrictiva que llevaba alrededor de la cintura, pero seguía sintiendo el esfuerzo que hacían sus pulmones. Era como si el estrés de aquellos últimos meses se le hubiese sentado encima del pecho y enrollado con fuerza alrededor de la caja torácica. El coche le parecía pequeñísimo, demasiado abarrotado para contener el fin del mundo en el asiento trasero. Cuanto más intentaba recuperar el aliento, menos capaz se sentía de hacerlo, y al final empezó a jadear tan fuerte que Fola hizo que el conductor parara en el aparcamiento de un hotel Ibis que había cerca y llamó al número de emergencias.

Para cuando llegó la ambulancia, la respiración de Ola estaba volviendo a la normalidad, aunque todo lo demás siguiera siendo el mismo desastre.

La sensación de *déjà vu* era debilitante. El mismo terror y el mismo desconcierto que cuando había leído por primera vez la Lista aquel día en el trabajo. Tenía las manos sudorosas y frías, entumecidas, y le hormigueaban. La cabeza le latía con fuerza después de haber recibido otro golpe emocional que era incapaz de soportar. Fola volvió a arrebatarle el teléfono una vez más para que no pudiera leer el torrente de comentarios maliciosos, mientras Ola se desmoronaba en silencio. Su madre y la madre de Michael la llamaban al móvil sin parar, desconcertadas por lo que les había dicho Fola sobre Instagram y los troles cuando intentó ayudarlas a entender lo que estaba pasando. Le ordenaron que pusiera a Ola al teléfono, que les dijera quiénes eran esas personas, que les explicara por qué estaban haciendo eso, pero Ola no sabía ni por dónde empezar.

Cuando entraron en casa de Ola, su hermana la llevó a la cama, donde se desplomó hecha un ovillo; no abandonó aquella postura durante días. El breve periodo en que su hermana la estuvo atendiendo fue un borrón lacrimógeno de analgésicos y oscuridad total, en el que Ola entraba y salía de un sueño trastornado. Fola tenía que volver a su casa en avión al día siguiente por la noche, pero pospuso su vuelo un par de días. Se tumbaba al lado de Ola mientras ella lloraba hasta quedarse dormida. Le daba de comer con la cuchara. Le había rogado a Ola que la dejara quedarse más tiempo, le daba terror dejarla sola. Ola estaba visiblemente débil por la ansiedad, pero saber que su hermana había perdido casi mil libras por cancelar su vuelo original a Panamá —y que estaba a punto de perder más por faltar al trabajo—, solo conseguía que se sintiera más abatida. Para convencer a su hermana, Ola le juró sobre la tumba de su padre que, en cuanto Fola se fuera, se quedaría con Ruth o con Celie o si no, con su madre. Quizá con Michael, incluso.

Cuando Fola se fue, Ola empezó a comprender la verdadera magnitud de los estragos causados. Su hermana no le había devuelto en ningún momento el acceso a sus cuentas en las redes sociales, pero que se las desactivara todas le dio una idea de lo mal que debían de estar las cosas en internet. La reacción negativa fue todavía más extrema de lo que se esperaba Ola, porque All Tea había publicado en su perfil de Instagram —al que seguía un número de usuarios ligeramente superior a la población de las Bahamas— el *hashtag* #LosKoranteng19. También habían compartido la imagen editada del día de su compromiso y los me gusta superaban ya a los de la foto

original que publicara Ola el año anterior. Junto a ella, en el mosaico de publicaciones, había una captura de la Lista, con la marca de agua con su logo de la taza de té y un gran bloque de texto en la parte superior:

FAMOSA PAREJA POWER DE INSTA MICHAEL Y OLA HUNDIDOS GRACIAS AL HASHTAG DE SU BODA

¡A los que sorben y a los que escupen! Parece que Michael Koranteng, conocido por *Pillado en un desliz,* ha sido pillado en un desliz 👀. Su actual mujer, la periodista Ola Koranteng (de soltera Olajide) y él están en el punto de mira después de que Michael apareciera en una lista muy difundida de hombres del mundo de los medios de comunicación que han cometido abusos. Fue acusado de agresión física, acoso y comportamiento intimidante. ¡Su víctima hasta había solicitado una orden de alejamiento! 😱😱😱

A pesar de ser una periodista feminista, Ola apoyó a su hombre y le dijo SÍ, QUIERO ESE VESTIDO en una fastuosa ceremonia matrimonial a la que asistieron cientos de invitados. Pero los activistas se habían organizado para hacerse con el control del *hashtag* #LosKoranteng19 y saturaron los *feeds* con las alegaciones. Parece que nos hemos quedado sin nuestros Beckhams negros 😭

¿Qué haríais vosotros si os pasara eso el día de vuestra boda? ¡Dejad vuestros comentarios aquí abajo!

Y vaya si comentaron, en tropel. Como el alcance de la cuenta era enorme, la atención que recibieron empeoró. A diferencia de los foros de la página web de All Tea, la plataforma de Instagram no era el coto privado de los «guerreros del teclado», descontentos y escondidos detrás de nombres de usuario y avatares ingeniosos. Era difícil descartar como si fueran troles a gente que tenía cuentas en las que enseñaban su cara real, y siendo algunas de ellas reconocibles. Los comentarios agresivos eran públicos y, al parecer, socialmente aceptables. No se ponían la capa del anonimato para vomitar odio y emitir las opiniones más crueles. La impresión era que, si aparecías en esa página, era porque te lo merecías.

Noooo Michael y Ola no! PM, no podemos tener nada, renuncio al amor y mejor me callo

Por esto tenéis que dejar de idolatrar a las parejas de Insta. A puerta cerrada, Ola se porta como Maxine Carr 🤮🤮🤮

LMAO a esos cochinos los han sacado de su propio *hashtag,* es cosa de Dios

Es este vuestro rey? Es esta vuestra reina?

Ola odiaba leer los comentarios, pero hacerlo se había convertido en parte de sus días, como un horrible medicamento que no tuviera

más remedio que tragarse. Debajo de la publicación, los usuarios señalaban cosas de ella en las que nunca se había fijado. Además de ser «alguien que propiciaba el maltrato», era una pésima oradora con la voz chillona, que decía «emm» demasiado. La achicharraron por su frente de Megamind y, en los comentarios con más me gusta, casi siempre la llamaban «escuálida» o «pecho plano». Su hipocresía y su autoproclamada condición de feminista provocaban que parecieran más enfadados con ella que con Michael. Él, mientras tanto, se merecía que le dieran una patada en la cabeza y muchos se ofrecían a hacerlo. Era patético, estaba «desesperado por ser influyente», su relación era lo único que le daba relevancia y posteaba cosas sobre Ola todo el tiempo para complacer a sus seguidoras, que eran predominantemente mujeres negras.

Mientras Fola la había estado cuidando, Ola había insistido repetidas veces con que era «solo internet». No era «la vida de verdad». Bueno, pues parecía muy de verdad. Aquella gente la odiaba de verdad. Frankie la iba a despedir de verdad. Internet les había costado —también a Michael— sus respectivos trabajos de verdad. Aunque no había pedido que la siguieran, sabía que su número de seguidores no le había venido nada mal a la hora de negociar honorarios como conferenciante en la vida real.

¿Quién sería ella sin eso? Era probable que hubiera terminado encontrando el feminismo, pero internet había acelerado el proceso. Había descubierto Tumblr en la universidad, y allí a Audre y a Gloria y a Angela y a bell, como decía la camiseta viral que en aquella época predominaba en su cuenta. Las frases concisas y fáciles de compartir despertaron su interés y leyó más. Antes de que le inspirasen a empezar su propio blog, otros blogs le enseñaron imágenes de #BlackBeauty y de #BlackGirlMagic que la validaban. Aunque con su nuevo feminismo, ya no estaba segura de si tenía que usar su aspecto como fuente de autoestima.

¿Eran mayores los beneficios de internet que sus perjuicios, cuando los perjuicios podían ser tan horrendos como esos? Se había sentido impotente al leer los mensajes de alborozo en All Tea después de la boda, al ver a toda aquella gente bailar sobre su tumba digital. Los usuarios anónimos del foro se responsabilizaron de haberse hecho con el control del *hashtag,* como si fueran una organización terrorista, y celebraron su victoria con emojis de champán. ¿Sabrían lo que aquello le había ocasionado a ella? Que para ellos no era más que una especie de juego enfermizo de internet, pero que a ella le habían destrozado la vida. Su relación estaba hecha trizas. Su trabajo, en el limbo. Su salud mental había empezado a caer en picado casi en cuanto habían subido

la Lista. De todos los cientos de preguntas que seguían atormentándola día tras día, una en particular aparecía más que las otras: ¿Qué había hecho, en esta vida o en cualquier otra, para merecerse eso?

Ola fruncía el ceño mientras miraba la pantalla de su teléfono, repleta de imágenes de lesiones supurantes. Estaba tumbada de lado, revisando a conciencia los resultados de la búsqueda «¿Cuánto tardan en formarse las escaras?», mientras se preguntaba si se le estaría formando una en la cara interna del muslo. Había empezado a sentir dolor hacía un rato. La página del Servicio Nacional de Salud decía que una o dos horas; dos o tres, según WebMD. No tenía fuerzas para sentarse, destapar las sábanas e inspeccionarse, pero con la mala suerte que tenía…

Habían pasado cinco días desde la boda, tres desde que se había ido Fola. Por lo menos, había dejado de llorar; en un momento dado se había preguntado si alguna vez lo haría. El día anterior había pasado un rato sin llorar, hasta que llegó con retraso un gran regalo de boda con un envoltorio precioso. Se derrumbó allí mismo, en la puerta, delante del repartidor de cara colorada. Hoy, bajo la atenta mirada de Maya Angelou, Ola yacía en su cama como un peso muerto con los ojos secos, repasando sin parar un montaje mental propio de la película de terror que había sido su boda, rememorándola una y otra vez.

Sonó el timbre de la puerta y Ola soltó un gemido por toda respuesta. Llevaba en la misma postura tanto tiempo que estaba segura de que su cuerpo había dejado una hendidura en el colchón. No iba a contestar, no enseguida. A pesar de que le había asegurado a su madre que estaba bien, había venido a verla por lo menos dos noches. Ola le había mandado un mensaje de texto diciendo que se había quedado hasta tarde en el trabajo las dos veces, cuando en realidad estaba tumbada en posición fetal en su dormitorio. Ruth y Celie, tanto por separado como juntas, habían comprobado de vez en cuando cómo estaba, desde que se había ido Fola; en una ocasión, habían acampado delante de su puerta durante casi una hora. Al principio, Ola fingió que no estaba, pero al final les mandó un mensaje diciéndoles que no estaba para visitas y ahora, cada vez que llamaban a la puerta, esperaba por lo menos media hora antes de bajar, para disuadir a quien fuera que estuviera llamando. Ruth había captado la idea, pero Celie se pasó dos veces más y le dejó en la puerta de su casa tarrinas de tallarines con pollo al chili de Itsu, como si fuera su Deliveroo personal. No habían hablado de lo que había ocurrido, a pesar de todas las llamadas y mensajes perdidos. Sabía que sus amigas creían que la estaban ayudando, pero para Ola aquello, el

confinamiento solitario, era autopreservase. Recluirse en su habitación sin contacto con nadie era la única forma concebible de superar aquello.

Media hora más tarde, se levantó arrastrándose; con aquel movimiento, a Ola le llegó su olor y el olor de su dormitorio: el sudor compuesto por el tikka masala de hacía dos días se había convertido en un brebaje potente, agrio y con olor a cebolla. Aprovechó la oportunidad para comprobarse la cara interior del muslo y ver si tenía la escara que creía que le había salido: no tenerla no le produjo ningún alivio. Bajó trabajosamente las escaleras con una camiseta de *Womxxxn* de la talla XL, descolorida y llena de bolitas. Cuando abrió la puerta, no había nadie. Sí había, sin embargo, una gran cesta de mimbre forrada de tela color lavanda con una tarjeta escrita con una elegante caligrafía y colocada con cuidado en la parte de arriba. La abrió con precaución en su dormitorio, medio esperando encontrarse con una nota desagradable dejada por algún trol que hubiera averiguado a saber cómo dónde vivía. No era eso, sino un paquetito de socorro: té Twinings, una bolsa de agua caliente con purpurina y un antifaz para dormir a juego, un pulverizador de lavanda para la almohada y una enorme tableta de chocolate Galaxy. Cuando leyó la nota, le dio un vuelco el corazón.

Vivid alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación,
perseverantes en la oración.
Epístola a los romanos 12:12
Un día cada vez. Celie. Beso

Debía de haberle dejado la cesta de camino al trabajo. Ola hizo una nota mental para mandarle un mensaje de agradecimiento en el que exagerase lo mucho mejor que se sentía gracias a la cesta. Se había sentido muy incomprendida desde la boda, y el amable gesto de Celie no podía llegar en mejor momento. Aunque también se dio cuenta, con tristeza, de que esperaba que fuera de Michael. Le había pedido a Fola que le dijera a Michael que no se pusiera en contacto con ella, una decisión que le provocaba dudas, pero que esperaba que fuera lo mejor para ambos. Ola tenía la sensación de que hablar con él solo enturbiaría aún más sus sentimientos. Apartó los pensamientos sobre Michael a un rincón de su desordenada habitación y decidió volver a la cama, encajándose en los huecos que había dejado su cuerpo, en su propio contorno dibujado con tiza.

Menos de una hora después, tuvo que volver a levantarse y aventurarse más allá de su puerta por primera vez en varios días para

enfrentarse a Frankie. Para su sorpresa, su jefa había dejado pasar un tiempo antes de mandarle un correo electrónico para «ponerse al día». Ola había optado por trabajar desde casa (lo que quería decir estar tumbada sin ducharse entre restos de patatas fritas), pero Frankie le había pedido que se vieran cara a cara aquella tarde. No había duda de que querría desgranar los acontecimientos de la boda que Ola todavía no había procesado y despedirla de manera oficial por lo que solo podría describirse como falta grave. Para Ola, perder su trabajo era como dar a luz todas las mentiras que había contado. Quería terminar con aquello, que Frankie le dijera de qué manera lo había jodido todo y cerrar ese capítulo. «Va a desperdiciar saliva. Que me cuente algo que no sepa», pensó Ola.

Después de conseguir levantarse de la cama unos cuarenta minutos más tarde, con las fuerzas que le quedaban, Ola se dirigió al cuarto de baño para ducharse por primera vez después de cinco días. Tenía las pestañas pegajosas por el pegamento endurecido, le faltaban dos uñas postizas en cada mano. Evitó el espejo y abrió el grifo. El agua fría le hizo dar un respingo. La dejó correr, esperando que la conmoción la ayudara a activarse.

Sus compañeras se quedaron mirándola cuando entró en las oficinas de *Womxxxn* aquella tarde, como si hubiesen estado vigilando la puerta, esperando que la cruzara con el alma en vilo. La sala se había quedado en silencio de esa manera que solo sucede cuando aparece el sujeto de la conversación.

Ola no sabía dónde mirar, así que se las quedó mirando de vuelta. Algunas la observaban sin disimulo, embobadas y preocupadas, otras boquiabiertas, dejándose llevar. Al final, Ola tuvo que dejar de mirarlas, porque le ardía la cara de vergüenza. La sensación de humillación resultaba todavía más acuciante porque había invertido mucho tiempo en mantener al personal de *Womxxxn* alejado de su vida personal. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón del chándal cuando sintió la mirada de Kiran. No le había contado a su amiga que iba a reunirse con Frankie, y Kiran la miró cruzar la oficina con los ojos como platos, como si estuviera viendo a un fantasma. Cuando se dio cuenta de que Ola estaba allí de verdad, atacada, intentó decirle algo vocalizando con los labios.

Cuando cerró la puerta de cristal del despacho de Frankie, Ola sintió decenas de ojos clavados en su nuca. Se recompuso, no estaba dispuesta a darles un espectáculo.

—Ah, Ola, querida —dijo Frankie al verla entrar—. Siéntate, por favor. ¿Cómo lo llevas? ¿Te traigo un vaso de agua?

Ola negó con la cabeza.

—No. Gracias, pero no. Solo quiero terminar con esto, si te parece bien.

—Claro.

Frankie lanzó una mirada a la oficina por encima del hombro de Ola, como diciendo «volved al trabajo».

Cuando volvió a mirar a Ola, en su rostro se veía una emoción indescifrable. Como si estuviera librando una batalla silenciosa contra el bótox para que expresara la misma preocupación que su lenguaje corporal.

—Ola —dijo Frankie, por fin. Le habló con una voz que Ola solo le había oído a través de la rendija de la puerta de su oficina, cuando hablaba por teléfono con su exmarido, después de que se terminaran los gritos. Sonaba triste y sincera, amable. No era el tono que se esperaba—. ¿Tan espantosa soy como jefa?

Ola negó con la cabeza.

—En absoluto —respondió en voz baja.

—Entonces, ¿por qué no me lo contaste? Estoy intentando entenderlo, pero no me das mucho de dónde tirar…

Ola miró el techo y exhaló. Aquello parecía la definición misma de «hacer leña del árbol caído». Por mucho que le horrorizara la idea de mostrarse vulnerable ante su jefa, ya no tenía fuerzas para mentir. Ya lo había perdido todo. ¿Qué tenía que perder si era honesta con ella por una vez?

—Entré en pánico, Frankie. Vi el nombre de Michael en la Lista, tuve una crisis en el cuarto de baño, intenté mantener la calma, pero cinco minutos después me pediste que escribiera sobre eso. Estaba asustada. No estaba intentando parar el artículo para siempre, te lo prometo. Solo quería ganar un poco de tiempo. Por eso le pedí a Kiran que hablase contigo de postergarlo. No sabía qué más hacer. De verdad que lo siento.

—¿Te das cuenta de que si me lo hubieras contado te habría quitado inmediatamente el artículo? —dijo Frankie—. Aparte del evidente conflicto de interés, nadie en su sano juicio habría esperado que lo escribieras tú. Podríamos haberlo hablado.

—A decir verdad, estaba intentando que no escribiésemos nada de nada. Querías un reportaje extenso, algo en profundidad. Eso implicaba nombres, identidades. Necesitaba que todo se ralentizara durante un rato.

—Sí, pero, Ola —dijo Frankie, con un leve movimiento de cabeza—, a lo mejor habría estado en mejores condiciones de ayudarte a ralentizar las cosas si hubiera sabido desde el principio lo que estaba pasando.

En ese momento, Ola se sintió sumamente estúpida. Como si la Lista no hubiese sido lo bastante mala, estaba claro que había empeorado la situación encarando así las cosas. En ese momento, hablar con Frankie sobre el tema parecía la peor idea posible. Aunque, después de todas las malas decisiones que había tomado, pocas cosas había que pudieran ser peores que aquella conversación. Se mordió el interior de la mejilla.

—Lo entiendo —dijo—. Por favor, tienes que saber que Kiran estaba completamente en contra de aplazarlo, solo quería ayudarme. La he puesto en una situación muy complicada, espero que no la despidas a ella también.

Frankie parpadeó rápidamente al oír eso, parecía un poco asombrada.

—¿He dicho yo nada de despedir a nadie? —dijo Frankie—. Sé que piensas que soy una especie de monstruo, pero por lo menos hablo el idioma de los seres humanos. No es que tus decisiones hayan sido ideales, pero son comprensibles.

—¡Oh! —dijo Ola, estupefacta. En ese momento sí que se sintió sorprendida. Había ido a la oficina dispuesta a disculparse y a recoger su finiquito. En vez de eso, se encontró con más pruebas todavía de que quizá había juzgado a Frankie con demasiada dureza. Aunque era de agradecer, ponía de relieve lo desconsiderada que había sido aquellas últimas semanas—. Guau. Vale. No sé qué decir, de verdad. Gracias, Frankie.

—De nada —dijo su jefa con una sonrisa medio satisfecha—. Francamente, despedirte sería pegarme un tiro en el pie. No se me ocurre lugar mejor para que cuentes tu historia que *Womxxxn.*

Ola se quedó helada, como si estuviera esculpida en mármol, era incapaz de moverse.

—¿Mi historia?

—¡Sí! —trinó Frankie—. Cómo es despertarse y ver a tu otra mitad en la Lista. También como feminista, como periodista feminista, nada menos, cuando falta un mes para tu boda. ¿Cómo decidiste que ibas a seguir con él? ¿Cuándo? ¿Por qué? Asumo que es inocente, o no habrías… A menos que… —Frankie soltó un pequeño grito ahogado —. No te habrá obligado, ¿no?

—¡No! —chilló Ola. La conversación había dado un vuelco a una velocidad de vértigo. Ola hizo un esfuerzo para entender lo que estaba diciendo Frankie—. No, no. Pero… Frankie. No. No creo que pueda… O sea, no sería capaz de…

Frankie se reclinó en la silla, observándola con calma mientras trastabillaba con las palabras.

—Bueno, Ola —dijo con frialdad—. Me debes un artículo. Y aunque entiendo por qué no funcionaría que hicieras el informe tú directamente, un artículo confesional de primera mano tendría una potencia increíble. También serviría para compensar bastante lo del mes pasado. Además, ya has visto el *hashtag:* ahora es todo de dominio público, ¿no? Seguramente, nuestras lectoras querrán algún tipo de explicación. Eres una de las escritoras fundadoras de *Womxxxn.* Mira —dijo Frankie, inclinándose de nuevo hacia delante, con un brillo en sus ojos verdes—, dale el enfoque con el que te sientas más cómoda, a mí me parecerá bien.

Ola hundió el cuerpo en la silla, no le quedaba energía en las extremidades.

—Pero yo creía… —empezó a decir.

—¿Creías qué? —Frankie parecía exasperada—. Informar de esas graves acusaciones contra tu propio marido es una cosa, pero, en todo caso, ¡te estoy pidiendo que hagas lo contrario! Esta es tu oportunidad para dar a conocer tu versión de la historia, de reconstruir tu reputación. —Apretó los labios un momento—. Habrás visto lo que anda diciendo la gente, Ola.

Allí estaba. Aquella era la Frankie que Ola conocía y tanto detestaba. Cuando se trataba de *Womxxxn,* era implacable. En realidad, era lo que la hacía excelente en su trabajo, el motivo por el que había prosperado su marca. ¿Cómo se le había ocurrido a Ola que la charla fuera a llevar a otra cosa más que esa? Creía haber sido una estúpida por subestimar a Frankie un mes antes, pero en los últimos cinco minutos le había recordado exactamente quién era. Sintió que le faltaba el aire mientras miraba estupefacta a su sonriente jefa.

—¿No te importa… —consiguió decir al fin, con la voz ronca por el cansancio—nada que no sean los clics, el tráfico y las visitas?

Frankie forzó una sonrisa falsa, sacudiendo la cabeza al mismo tiempo. Señaló a Ola con una uña pintada color melocotón y limada con pulcritud.

—¿Te importa a ti? Esa es la pregunta —dijo Frankie—. ¿Pagas por leer las noticias, Ola? ¿Pagas siquiera la suscripción a *Womxxxn*? Creo que te pago bastante como para que puedas permitirte una. A todas nos encantaría pasarnos el día escribiendo sobre copas menstruales, pero el hecho es que con eso no nos llegaría ni para pagar la luz. Ni de este sitio ni de mi casa. De la tuya tampoco. Sin los clics, el tráfico y las visitas, las dos estaríamos sin trabajo. Nada de esto existiría. —Levantó el brazo hacia arriba con un gesto amplio, como para abarcar la oficina que las rodeaba. De repente, Ola se dio cuenta de que sus compañeras estaban observando desde el otro lado de las paredes de

cristal de aquella pecera—. Llevo un negocio, Ola —siguió diciendo Frankie—. Y ni una sola vez he pretendido estar haciendo otra cosa. Así que la respuesta a tu pregunta es no. No, no me importa. —Golpeó el escritorio con los nudillos como para indicar que había dejado claro su argumento—. A ver, no espero que te pongas a hacerlo inmediatamente, por supuesto. Te daré un tiempo para que pienses el enfoque que quieres darle y… ¡Ah! Espera un momento, ¿qué es esto? —Su teléfono zumbó. Frankie examinó la pantalla unos cuantos segundos y contuvo un grito ahogado tapándose la boca con la mano —. Vaya, vaya, vaya. ¡Es tu día de suerte! ¿Te acuerdas de Morgan Briggs? Han aparecido fotos suyas con la cara pintada de negro, de cuando estaba en la universidad.

Movió el teléfono de un lado a otro delante de las narices de Ola: Morgan, con un tono de piel muchísimo más oscuro que el suyo y una peluca rosa, que Ola se imaginó que sería un disfraz de *Halloween* de Nicki Minaj. Frankie tenía las pupilas tan dilatadas que se le veía el iris casi totalmente negro.

—Qué caída en desgracia —dijo Frankie, y chasqueó la lengua—. ¡El año pasado la elegimos como una de las mujeres que iban a dar que hablar! Pero como acaban de cancelarla, ahí tienes unos cuantos días para escribir el artículo de la Lista. ¿Qué te parece? —dijo Frankie, sonriente—. Podrías escribir un artículo sobre Morgan firmando como «la redacción de *Womxxxn*» mientras esperamos a que escribas el artículo sobre lo tuyo. ¿Te parece bien para el lunes?

Al levantarse de la silla, Ola miró el despacho una vez más. Ese día, los colores pastel le parecieron todavía más repelentes y empalagosos. En *Womxxxn* se había consolidado como periodista, a *Womxxxn* le había dedicado los tres últimos años de su vida. No había duda de que allí había realizado un trabajo que le había cambiado la vida a algunas personas. Le había entregado todo lo que había podido.

—Frankie —dijo Ola, dirigiéndose hacia la puerta y girándose de pronto de forma brusca—. Renuncio.

A continuación, se fue directamente hacia la puerta de la oficina de *Womxxxn,* sin mirar atrás, haciendo caso omiso de todos los ojos que la observaban.

Cuando lo pensó más tarde, Ola habría preferido que la despidieran. Que la hubieran empujado, en vez de tener que saltar ella. Así habría tenido la sensación de que la situación no estaba en sus manos. Irse de *Womxxxn* sin trabajo ni plan de contingencia parecía temerario, pero la alternativa era impensable. Parecía que la pesadilla no se terminaría nunca: cuando no estaba leyendo cosas sobre sí misma en los foros, era en Instagram. Si no era en Instagram, sería en su propia columna.

Por supuesto, dejar el trabajo no impediría que la historia siguiera rodando y rodando. Suponía que así sería su vida a partir de entonces. Sería la mujer que se había casado con un maltratador. La mujer cuya boda se había vuelto viral por ese motivo. Cuando volviera a presentarse algún día a entrevistas de trabajo, era probable que las revistas quisieran contratarla para que escribiera sobre eso.

Como de costumbre, sentía que le palpitaban en la cabeza más pensamientos de los que le cabían en el cerebro. ¿Quién era ahora que había dejado de ser la editora de temas de actualidad de *Womxxxn*? Cuando salió por la puerta de la oficina, Ola había sentido mucho más miedo que libertad. Mientras se dirigía a su casa, intentó concentrarse en la comodidad y la reclusión que encontraría en su cama.

Al atravesar con desgana las barreras de la estación de Tooting Broadway media hora más tarde, sacó el teléfono del bolso y abrió la página de inicio del foro All Tea. Se detuvo en la calle para leer la última publicación sobre L@ L1st@. La había subido la usuaria @cicely_bye_son, era un enlace al que había antepuesto solamente «¡Síííííííííííí!».

Ola pinchó el enlace, que le remitió a un tuit de su colega Sophie Chambers, enviado hacía solo seis minutos.

> ¡Encantada de anunciar que a partir de mañana empezaré en mi nuevo puesto como editora de temas de actualidad de la revista *Womxxxn!* 💃🎉🥂

Debajo ya se estaban acumulando las profusas felicitaciones de otras compañeras periodistas.

Ola minimizó la pestaña de Twitter y actualizó el foro, donde @incog_negro había añadido un comentario:

> Bien hecho, señoras. Ahora a por M!chael K.

20

El salón de Michael llevaba días sumido en la oscuridad, las gruesas cortinas estaban completamente cerradas y apagadas las lámparas. La única luz provenía de la pantalla de la televisión. Estaba viendo la serie *Billions*. O, más bien, la miraba ausente; era incapaz de concentrarse. Era de noche, tarde, y no podía dormir. Era difícil decir cuánto tiempo llevaba allí tumbado, todavía brillaba el sol fuera cuando se tiró en el sofá a todo lo largo con unos calzoncillos negros desteñidos puestos, como había hecho casi toda aquella semana. Como la luz de la luna no entraba a través de las cortinas, el entorno se había vuelto todavía más inquietante.

Michael ignoró su teléfono, que vibraba por enésima vez, estremeciéndose casi sin parar por los mensajes del chat grupal «Los Once de la Lista», donde los hombres se apresuraban a dar su opinión sobre la demencia que había ocurrido aquel mismo día. Le parecía increíble que siguieran con eso.

Por la mañana, Lewis había publicado en internet un comunicado sobre la Lista y, varias horas después, de lo único que se hablaba era de sus repercusiones. Michael no podía involucrarse: ya tenía demasiadas cosas en la cabeza. En la pantalla, la trama vengativa del protagonista pelirrojo con cara de malo estaba concluyendo, pero Michael solo veía, en su mente, las imágenes de sí mismo allí de pie el día de su boda, mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor; a Ola desmayada mientras se la llevaban a rastras. Con los ojos apretados por la angustia de los recuerdos, pensó en su mujer, que estaría en su habitación, haciendo lo mismo que él: viendo en su mente la tragedia de su gran día repetida una y otra vez, humillada de nuevo cada vez.

Michael estaba seguro de que, en el momento en que la noticia de la emboscada del *hashtag* empezó a correr por el salón del convite, había oído el ruido sordo del micrófono de David Aidoo al caer contra el suelo en mitad del silencio sepulcral que antecedió a los murmullos. No pasó mucho tiempo hasta que los susurros se convirtieron en un estruendo aterrador. Ruth y Fola se llevaron a Ola hacia la salida, eso sí lo recordaba. De repente, se encontró él también fuera, en la calle principal, viéndola alejarse a toda velocidad en un taxi negro. No

estaba del todo seguro de cómo había salido de allí, pero, en cuanto lo hizo, siguió caminando hasta llegar a una calle secundaria, donde pidió un Uber que, por suerte, tardó pocos minutos en llegar, aunque fueron los más largos y dolorosos de su vida. Su móvil empezó a sobrecalentarse. No dejaba de vibrar: mensajes de su madre que no podía soportar leer; el chat grupal ya en llamas de sus amigos; llamadas de números que no reconocía con el prefijo +44. Utilizó la batería que le quedaba para enviar dos mensajes apresurados a Kwabz y a su madre para decirles que tenía que irse del convite, pero que se encontraba bien. Antes de que se apagase, llamó a Ola, pero no se sorprendió cuando no contestó.

De camino a su casa, se quedó sin batería por culpa de la catarata de notificaciones. No se molestó en cargar el teléfono al llegar: ¿qué iba a decirles? ¿Qué iban a decirle? Lo que hizo fue desplomarse y, por primera vez desde que había empezado aquel suplicio, llorar como era debido, hasta que le dio un ataque de tos. Los sollozos que había aprendido a reprimir desde la infancia le estremecían el cuerpo corpulento. Durante la celebración de la boda casi se había olvidado de aquel infierno. Claro que no del todo. Gracias a la cara sonriente de su abuela, a las niñerías de sus amigos y a que Ola pareciera volver a ser ella misma por primera vez después de un mes, la Lista había dejado de ocupar su cabeza durante parte del convite. Había esperado que aquella noche no le impidiera dormir.

La noche de la boda, dejó el teléfono apagado. No tenía alcohol en casa, así que buscó lo que le quedaba de marihuana y fumó hasta perder el sentido. Al día siguiente, se despertó a las once menos cuarto con la cabeza embotada. Lo ideal hubiera sido no haber vuelto a encender el teléfono nunca más, pero su sueño se vio interrumpido por unos fuertes golpes en la puerta principal, cortesía de un avergonzado Kwabz.

—Lo siento, *bro* —murmuró cuando Michael le abrió—. Tu madre me ha dicho que vendría con la policía si no sabía nada de ti. No puedes enfadarte con la vieja, con todo lo que ha tenido que pasar en el convite de boda.

Kwabz lo había visto así de mal en la universidad. Michael notó en su amigo la misma cara de miedo de entonces y no le gustó nada. No lo dejó entrar, dijo que tenía la casa hecha un desastre, cosa que era cierta. Kwabz terminó por marcharse, con la promesa de que Michael le mandaría un mensaje de texto a su madre todas las mañanas hasta que reuniera fuerzas para llamarla. Michael sabía que aquella promesa era tanto para su amigo como para su madre. Por suerte, cuando su madre apareció aquella misma semana, lo hizo sin la policía, aunque

todavía le costaba comprender la magnitud de lo que había pasado y ninguneaba a los «acosadores de internet».

—No les hagas caso —le dijo a su hijo, mientras trasteaba en la cocina, cocinando algo que Michael no iba a comerse—. Tienen celos.

Michael despertó de su ensoñación con un sobresalto, justo cuando se encendía su teléfono, vibrando mucho. Los mensajes del chat grupal «Los Once de la Lista» se sucedían con tanta rapidez que era imposible asimilar lo que se escribía antes de responder. Lewis le había añadido al chat el día después de la boda. Al principio, había silenciado el chat, pero ver la acumulación de notificaciones cada vez que miraba el teléfono no dejaba de provocarle ansiedad. Se incorporó con un profundo suspiro, cogió el móvil y abrió la conversación; su rostro quedó bañado por el fantasmagórico resplandor azul de la pantalla.

«Que jodan a todos esos justicieros sociales —había escrito Ben Abbassi, un personaje famoso de YouTube, en uno de los pocos mensajes que había leído Michael—. ¿Están intentando cancelar a Lewis Hale? Por eso no hay que disculparse con ellos. No se puede negociar con esos LGBTerroristas.»

«Esos bandidos de la bandera no están oprimidos, tienen mucho poder —había escrito otra persona en respuesta a otra cosa—. Todo el mundo tiene que reverenciar la agenda gay, pero mira la prisa que se dan para derribar a un hombre negro.»

«Mucho *Black lives matter* hasta que hablamos de un hombre negro que no es un borrego —dijo otro—. Estamos viviendo los últimos días, *bro*. Hace falta que venga Jesucristo a rematar la cosa, a hablar en serio.»

Michael se preguntó cómo se sentiría Lewis al leer lo que estaban diciendo en su nombre. Supuso que a esas alturas estaría acostumbrado. Había más de cincuenta hombres en el grupo de WhatsApp «Los Once de la Lista», y el número seguía creciendo. Había empezado como un grupo variopinto de once hombres: atletas, escritores, presentadores de pódcast, músicos, actores que habían salido todos en la Lista y que profesaban su inocencia. Como en el grupo estaban los hombres negros que habían salido en la Lista, los primeros participantes le habían puesto el nombre en referencia a «Los Cinco de Central Park», cosa que solo conseguía que Michael se sintiera más incómodo, sobre todo porque muchos de aquellos hombres eran, sin ninguna duda, culpables. Uno de ellos, al que Ola había mencionado en #MCsToo, estaba en pleno proceso judicial, defendiéndose de una acusación de agresión con agravantes.

Conforme fue pasando el tiempo, se infiltraron en el grupo los simpatizante. Amigos y admiradores del Reino Unido y otros sitios que

los ayudaron, que les proporcionaban asesoramiento jurídico cuando no estaban lamentándose de la «propaganda» de uno u otro grupo minoritario. A pesar de los recelos que sentía Lewis con respecto al chat, le pareció que a Michael le vendría bien aquel apoyo después de que la boda se hiciera viral. Aunque el grupo era anterior a la toma del *hashtag* #LosKoranteng19, en los últimos días había servido como catalizador para que se extendiera. Es cierto que, al principio, los mensajes de apoyo consolaron a Michael. Luego se volvieron nauseabundos, ya que se daba cuenta de que esos mismos hombres se dedicaban a despotricar de las víctimas y a hacer apología de la violación. Pensó en salirse del grupo muchas veces, pero se sentía obligado en parte a darle una oportunidad.

Al fin y al cabo, Michael no era culpable, y la situación de Lewis no era lo que parecía. A lo mejor había más hombres como ellos. Además, por mucho que detestara admitirlo, prefería eso a la otra posibilidad. Se sintió más aislado después de la boda de lo que se había sentido durante todo aquel suplicio. Ola lo había evitado desde el convite; la única vez que se había comunicado con él había sido a través de Fola, para decirle que la dejara en paz. No contestaba a sus llamadas ni a sus mensajes. Después de la debacle de #LosKoranteng19, habían vuelto a la casilla de salida.

La pantalla seguía parpadeando en la oscuridad de la habitación mientras la lluvia de mensajes se desparramaba por WhatsApp. Alguien se estaba quejando en ese momento del «doble rasero» que se aplica a los hombres negros en comparación con la comunidad gay, olvidándose (o más bien ignorando) que existían hombres negros gais: hombres como Lewis, quien, por supuesto, no respondía nada. No había publicado nada en el chat desde por la mañana. Michael esperaba que estuviese bien, después de lo que había pasado. Habían hablado por teléfono unas horas antes y no le había parecido que estuviera nada bien. Por muy mal que se sintiera por Lewis, estaba enfadado con él. Se podría haber evitado todo si Lewis le hubiera hecho caso. Si Michael se lo hubiera impedido.

Lewis le había dado a Michael una última oportunidad de hacer el comunicado conjunto antes de publicarlo. El escándalo de #LosKoranteng19 había vuelto a poner la Lista en boca de la gente en los días posteriores a la boda y había conseguido que llegara a un público más amplio. Lewis estaba impaciente por encargarse del tema. Michael le dijo, por última vez, que no le parecía buena idea y que, de hecho, cuanto más lo pensaba, peor le parecía.

«Muy bien, hijo, me parece bien —le había escrito Lewis, desestimando las preocupaciones de Michael—. Buena suerte con lo

que hagas o dejes de hacer. Sea lo que sea, estaremos bien :)».

Aquel mensaje, que pretendía consolar a Michael, hizo que se le revolviera el estómago, como si tuviera todo el cuerpo agitado. Esa sensación de asco y retorcimiento solo se le alivió un rato cuando pareció frustrarse el plan. Lewis quería publicar el comunicado a las siete y media de la mañana, pero, en el último momento, se le adelantó otra persona. A las siete de la mañana, una mujer llamada Nour El Masri, estudiante de Antropología Social y Lingüística de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos, había publicado una entrada en Medium titulada «Lo que me habría gustado decir entonces», y Ben la había colgado en el chat grupal y se había quejado de la aceptación que estaba teniendo.

«Obviamente, no se han comprobado los hechos —adujo Ben—. Esa chavala puede publicar cualquier cosa y verlas venir; todo el mundo se va a poner de su parte.»

Los hombres le dieron vueltas al contenido y criticaron a su autora; muchos de ellos expresaron su opinión justo después de haber asegurado que no iban a leerlo. Michael sabía que, si lo hacía, se sentiría peor, pero abrió el enlace de todos modos:

> [Advertencia de contenido sensible: AGRESIÓN SEXUAL] Fuiste mi primer beso. Un hombre de 43 años a quien no le importaba si yo consentía o no. Me robaste el beso en 2014.
>
> Durante el último curso de colegio, asistí a una clase magistral promocional para alumnos que quisieran probar suerte en el periodismo. Quería aprender de ti. Esperaba que me aconsejaras. Así que, después de la mesa redonda, cuando me distinguiste entre la multitud, sentí que me veías. Me dijiste que saliera contigo, me agarraste por la cintura y me llevaste a la zona de fumadores, que estaba vacía. Me pediste mi número de teléfono con el pretexto de que estuviéramos «en contacto». Por ingenuo que parezca, no se me pasó por la cabeza lo inapropiado que era: veía las cosas de un modo infantil, porque, bueno, era todavía una niña.
>
> Charlamos. Me manoseaste a la menor oportunidad. Me pregunté si no era una inmadura, porque cada vez me sentía más incómoda. Cuando nos despedimos, alargué la mano para que me la estrecharas y tú tiraste de mí y me abrazaste, me pusiste la mano en el culo para meterme tu tarjeta de visita en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Te inclinaste para darme un beso; hice todo lo posible para que se convirtiera en el doble beso al aire que había visto dar a tanta gente de los medios de comunicación, y adelanté una mejilla para que tu boca se posara en ella. La desviaste y me besaste en los labios. Insististe en darme otro abrazo de despedida y me empujaste contra un muro, asegurándote de clavarme tu erección contra el muslo. No podía moverme, no podía hablar. Tenía quince años.
>
> Cuando volví a mi casa, me sentía asqueada, preocupada por lo que habría

hecho para darte una impresión que no era. Ya me habías encontrado en Facebook. Me mandaste un mensaje diciendo que no te podías creer que tuviera solo quince años, lo peligroso que era para ti estar cerca de una chica como yo. No te contesté, así que me mandaste una foto de tu pene y te bloqueé. Durante años, cada vez que me han negado una solicitud de prácticas, me he preguntado si sería por haberte rechazado, si debería haber ido a algún bar contigo o ignorado que un hombre bastante mayor como para ser mi padre me pusiera la mano en la rodilla. Me sentí idiota por no haber ido.

Pero en esta historia solo hay un idiota. Y su nombre es Matthew Plummer: un depredador sistemático e impenitente. No denuncié en el 2014 porque no pude. Pero hoy diré todo lo que me habría gustado decir entonces. Quiero darles las gracias a las mujeres que se han enfrentado al poder para que yo pueda hacer lo mismo. Mediante sus palabras, su escritura, su trabajo. Y a las que todavía no han encontrado su voz: levantaremos las nuestras por vosotras.

Siendo honesto consigo mismo, cuando leyó la carta de Nour fue la primera vez que Michael se planteó lo que sería ser una de las mujeres que habían metido a algún hombre en la Lista o una de las mujeres que habían reconocido a su maltratador en ella. ¿Cómo se habrían sentido cada día al ver que los hombres que las habían agredido salían impunes, que invalidaban sus historias, ya bastante difíciles de contar de por sí?

Cuando llegó al último renglón, Nour y todas las mujeres de las que hablaban Ola y ella se volvieron reales. Antes solo las había concebido en términos abstractos, como una masa interminable sin rostro que lo quería hacer pagar por los crímenes de otros hombres. Pero Nour tenía cara, una cara de niña, además. La foto que acompañaba a la carta de Nour y Matthew durante la conferencia, hacía la publicación más desgarradora: los ojos de gálago de Nour enmarcados por el pelo, espeso y encrespado, sus orejas —a las que ella todavía no se había acostumbrado— saltonas y sobresalientes a ambos lados de la cabeza; en contraste, el pelo gris de Plummer, que llevaba un poco largo como para imitar el desaliño de un rockero maduro. Podría haber sido su padre, de no ser por la posición de su mano nauseabunda: más baja de lo necesario, con los dedos apretando el costado de Nour.

El texto llevaba publicado menos de diez minutos y ya llevaba noventa y cuatro aplausos de aprobación de los lectores. Estaría cerca de varios miles a la hora del almuerzo. Lo más seguro, había pensado Michael, era que Lewis se diera cuenta de que la ocasión no era buena, en absoluto, para sacar el comunicado que había planeado. Publicar un desmentido aquel mismo día no solo sería inapropiado, sino la demostración de su incapacidad abyecta para comprender la situación. Pero Lewis, como se daría cuenta Michael luego, tenía toda la seguridad en sí mismo de un genuino tesoro nacional que había

marcado catorce tripletes para el Crystal Palace.

Lewis publicó su comunicado aquella mañana. Una captura de pantalla de la aplicación Notas, con dos párrafos cortos. Envió al grupo un enlace a su cuenta de Instagram en cuanto la subió; cuando Michael lo abrió, se estremeció.

> Hola a todos:
>
> Escribo este comunicado para abordar algunas acusaciones preocupantes, hirientes y falsas sobre mí que se han difundido a través de las redes sociales. El 8 de mayo, se me acusó, en una lista anónima, de ser un «homófobo violento y agresivo». No apruebo ni la violencia ni la homofobia y, aunque todavía no estoy seguro de por qué se me ha acusado, sí creo que hay que rendir cuentas.
>
> Lo digo no solo porque, por algún motivo, mi nombre se haya vinculado con el de otros hombres de mal comportamiento, sino porque, como ejemplo a seguir que soy, como marido y como padre, tengo el deber de cuidar y de escuchar a los demás. Me gustaría dejar muy claro que no siento ninguna animadversión hacia la comunidad gay y que nunca he sido un hombre violento, de ninguna manera. Si hay alguien que sienta que lo he sido alguna vez, le pido disculpas. Pero es importante que terminemos con las noticias falsas.
>
> Espero que a tenor de estas acusaciones infundadas y de mis donaciones a Refuge, CALM, Cybersmile y Stonewall, de quince mil libras cada una, creemos las condiciones adecuadas para tener una conversación civilizada sobre estas cuestiones que nos afectan a todos #StopTheHate #TodosJuntosEnEsto
>
> L. H.

Estaba claro que Lewis había aprendido un par de cosas sobre redactar comunicados en los años que llevaba con su equipo. La publicación no era tan mala como Michael esperaba que fuera, sin la ayuda de un publicista. La elección del momento, por otro lado, había sido horrorosa. Con cautela, fue pasando con el dedo las fotos que Lewis había subido junto al comunicado, con una preocupación genuina por lo que iba a encontrarse. Se confirmaron sus peores temores: después del comunicado había un selfi de mala calidad de Lewis sonriendo y sosteniendo un par de zapatillas de fútbol con cordones con los colores del arcoíris, mostrando hasta el último diente de sus cegadoras carillas. Al lado había capturas de pantalla que mostraban los recibos de cada una de las donaciones de quince mil libras. Michael tragó saliva y abrió la sección de comentarios.

> Si fueras inocente, ¿por qué ibas a pedir perdón por algo que no has hecho? 😕
>
> ¿De verdad este tío acaba de hacer una disculpa al estilo #AllLivesMatter 😯😳😠? ¿El mismo día que Nour El Masri ha sacado su comunicado?
>
> Esto lo tendrías que haber dejado en borrador, jefe…
>
> ¿Cómo sabemos que las capturas de pantalla de las donaciones son de verdad

siquiera? Dicen por ahí que llevas años en la ruina 👀
¿#StopTheHate? ¡Tú primero, Lewis! @bbcsport @bbcone @bbctheoneshow ¡No pago la televisión pública para ver homófobos!

Por si fuera poco, Lewis ni siquiera encontró consuelo en sus defensores. Los aficionados al fútbol, en masa, salieron corriendo en su defensa, denunciando los comentarios de los «ofendiditos», «blandos», «manginas» y «maricones» y pidiéndoles que se fueran de su página si tan ofendidos estaban. Con cada actualización, llegaba un bombardeo. El equipo de Lewis debía de estar haciendo esfuerzos inútiles para controlar las menciones borrando comentario tras comentario, solo para que salieran otros treinta de la nada. Para cuando Michael llamó a Lewis aquella tarde, ya le habían escupido cuando iba de camino a Waitrose.

—Es solo saliva —le dijo con una alegría poco convincente—. El capullo solo me alcanzó la manga y salió corriendo antes de que pudiera noquearlo. He visto cosas mucho peores en el terreno de juego, créeme. ¡Fabien Barthez me dio una vez en todo el ojo, el puto mamón!

Hizo bromas sobre que probablemente su publicista, su representante y su agente serían los siguientes que le dejaran heces en la puerta de su casa, porque no les había pasado el comunicado antes de publicarlo. Algunos medios de comunicación, más de los que Lewis se esperaba, publicaron artículos en los que se detallaba cómo había «criticado ferozmente las acusaciones de homofobia y violencia en una discusión en internet» y «provocado reacciones negativas con su disculpa». Lewis parecía no darle importancia ni se creía que fuera a ser la noticia del día.

A primera hora de la tarde, cualquier pretensión que tuviera Lewis de fingir que estaba bien desapareció rápidamente cuando llamó a Michael para contarle que habían revelado sus datos personales en internet. Se había filtrado su número de móvil y ahora las amenazas de muerte que su equipo borraba a toda prisa de su sección de comentarios se las mandaban directamente a su número personal y después a la puerta de su casa. Al parecer, no era demasiado complicado averiguar dónde vivía, ya que los periódicos seguían publicando historias sobre su mansión de 3,2 millones de libras cada vez que se especulaba sobre sus finanzas. Estaba muerto de miedo por cómo estaban acosando a sus hijas en internet —a quienes había dejado siempre al margen de la prensa y de sus redes sociales con mucha diligencia—. Alguien le había mandado un mensaje a Melanie por Snapchat diciéndole que aquella noche iban a degollar a su padre, así que tuvieron que llamar a la policía.

Lewis estaba acostumbrado a llamar la atención, también a la atención negativa que adoptaba la forma de mentiras y medias verdades, cotilleos y rumores, pero no había visto nada igual en los años que llevaba siendo famoso. Que disculparse provocara aquella reacción lo hacía sentir como si fuera un extraterrestre.

—Hacía tiempo que no me sentía tan conmocionado, si te digo la verdad —le dijo a Michael por teléfono, con un deje de miedo en la voz—. Soy insensible a las críticas. Que hagan conmigo lo que quieran, pero ¿con las niñas? Las cosas que les están mandando. Siempre he hecho todo lo posible para asegurarme de que no les llegaran las mierdas que dijeran de mí y, ahora, mira. Están traumatizadas. Y Sam me echa la culpa, por supuesto. Dice que podrían haberme acusado de cosas peores, que debería haberlos ignorado. Pero estoy cansado, Michael. Necesito que esto se termine.

—Lo siento muchísimo, tío —le dijo Michael.

Se sentía fatal por Lewis y sabía que nada de lo que pudiera decirle le serviría de consuelo.

En comparación, Michael había salido bien parado. No le había escupido nadie. No se había filtrado su dirección. Una vez más, no tener aquella «fama verdadera» a la que había aspirado le había venido bien. Aunque seguía sintiendo que lo juzgaban, la vergüenza a su alrededor. En algún rincón oscuro de su ser, la próxima vez que saliera de su casa deseaba encontrarse con alguien que buscara pelea, solo para poder pegarle un puñetazo a quien fuera y que le pegaran a él. Hacer daño y que se lo hicieran. Quería que su liberación quedara en manos de otra persona y que fuera innegable.

Lewis procuró no sollozar por teléfono, empezaba frases y se callaba a la mitad, cuando se le empezaba a quebrar la voz. Se sentía perplejo y desdichado por no entender por qué su intento de hacer lo correcto le había salido tan mal. Estaba destrozado ante la perspectiva de perder a la madre de sus hijas, después le volvió a contar a Michael que había perdido a su madre en febrero. Leucemia. Había sido un año difícil, dijo. Le venía fatal todo aquello en ese momento. No podía manejarlo. Michael solo podía pensar en que Lewis tenía que evitar mencionar en público aquella pérdida a toda costa. En el mejor de los casos, lo acusarían de desviar el tema. En el peor, lo usarían para hacer leña del árbol caído.

Lewis le dijo que no iba a volver al chat grupal. Siguiendo el consejo de su agente, iba a «desconectarse de internet» hasta que todo se calmara, pasar desapercibido como le habían pedido que hiciera desde el principio. Esconderse no le iba a servir para encontrar refugio, daba igual lo que le dijera su gente, Michael estaba seguro de

eso. Su desaparición de internet sería como darse a la fuga: que lo hagas no significa que la policía no siga buscándote. No puedes relajarte, jamás. Solo es cuestión de tiempo que te alcancen.

21

—¡Bajo, dame dos segundos! —iba exclamando Ola por el pasillo, con la esperanza de que su voz y su alegría fingida llegasen hasta la planta de abajo.

Estaba sentada en el inodoro cuando oyó el timbre, seguido por una serie de golpes fuertes y rápidos. Era Celie. Lo sabía porque la estaba esperando y porque era la única persona aparte de los repartidores que seguía llamando al timbre en vez de llamarla por teléfono cuando estaba en la puerta.

Se levantó, se limpió, se lavó las manos y le echó un último vistazo al espejo. Nunca, en sus más de veinte años de amistad, se había preocupado por el aspecto que tenía delante de Celie, pero hoy le hacía falta convencer a su amiga de que estaba resistiendo. Ola no la había visto desde la celebración de la boda, aunque había vislumbrado su silueta a través del vidrio esmerilado de la puerta de su casa unas cuantas veces, cuando venía a dejarle comida. Esperaba que Celie se tragase su actuación.

Ver a Celie significaba que haría correr la voz de que Ola estaba sobreviviendo, aunque en realidad no fuera verdad. Aquella mañana, se las había arreglado para ducharse y ponerse un pijama limpio. Mordisqueó una pera y consiguió tragarse unos bocados. La casa estaba ordenada, aunque no demasiado limpia, ya que si lo estuviera levantaría las sospechas de Celie. Había tenido abiertas las ventanas toda la mañana para que saliera el hedor a comida rápida y había echado Febreze en la ropa de cama para eliminar las emanaciones que se habían quedado atrapadas allí.

El día anterior, había aceptado ver a Celie, después de volver poco a poco al chat grupal. Se suponía que Ruth iba a ir también, pero al final no pudo, porque había caído presa de una intoxicación alimentaria malísima.

«Dile a tu hermana que he dicho que es una bruja —refunfuñó en una nota de voz—. Intenté decírselo en la boda: no se puede bromear con ciertas cosas.»

«Se lo diré, pero solo va a servir para que se flipe más con sus “habilidades”», había contestado Ola, con la esperanza de que sus amigas tomaran nota de que había respondido a tiempo e intentado

ponerle humor.

Poco a poco, iba mejorando la comunicación con sus seres queridos. Se ponía más en contacto con Fola, pasó de mandarle mensajes de texto a llamarla por Skype. En los días anteriores había mantenido con su madre algunas conversaciones telefónicas que las habían tranquilizado a las dos; una noche, cuando se presentó sin avisar, Ola la dejó entrar. En cuanto abrió la puerta, vio en la cara de su madre que había estado llorando. Esa mañana, cedió y contestó a la primera llamada de Kiran desde que se había ido de *Womxxxn.* Su amiga le había prometido en varios correos de voz no hablar sobre la boda y en vez de eso despotricar sobre su antiguo lugar de trabajo; la curiosidad pudo más que ella. Cuando le contestó al teléfono por fin, Kiran le dio todos los detalles sobre a quién le había echado el ojo Frankie como siguiente chica de portada.

—No estoy segura de si lo has visto, pero la chica que conocimos en el evento del Grupo Iwosa, Nour, ¿te acuerdas? Ha escrito una carta abierta que se ha hecho viral sobre lo que le pasó con Matthew Plummer. Está en todas partes.

Ola la había visto, por supuesto, justo antes de la disculpa fingida y egocéntrica de Lewis Hale por la homofobia y los abusos. A pesar de evitar las redes sociales, la había visto porque, como había dicho Kiran, la carta de Nour estaba por todas partes; aunque no la había leído, no se atrevía.

—Frankie está desesperada por que le haga una entrevista —dijo Kiran—. Deberías haberle visto la cara cuando le conté que ya la conocía. —Se lanzó a hacer una imitación de una exactitud inquietante de la exjefa de Ola—. «¿Qué aspecto tiene? ¿Vale la pena hacerle fotos? Ay, Kiran, no me mires así, no me refiero a si es guapa o no, de hecho, sería preferible que tuviera un poco de sobrepeso, que fuera no normativa. Definitivamente, me parecería una historia de portada más radical. ¿Tiene alguna discapacidad que sea visible, lo sabes?». Eso me dijo, palabra por palabra, nana. Ojalá estuviera exagerando.

Volvieron a llamar a la puerta. Ola sintió la irritación detrás de los golpes y corrió escaleras abajo. Cuando abrió, Celie estaba en la postura exacta en la que Ola sabía que estaría: brazos cruzados, hombros encorvados, temblando de manera teatral, con unas bolsas de la compra a la altura de los tobillos. Llevaba un vestido rojo de lunares atado a la cintura y unas medias opacas negras, una cazadora vaquera y sus bailarinas negras. Se había recogido el pelo, largo hasta los hombros y con pequeños tirabuzones, en dos enormes rodetes en la parte superior de la cabeza. Los cabellos cortos y finos de alrededor

del rostro, engominados hacia abajo con esmero, daban paso a unos mechones de pelo abundante y frondoso. Era lo único de lo que se vanagloriaba. Su pelo afro estaba mejor alimentado que mucha gente, con una dieta de lujoso aceite de coco y la mejor manteca de karité. Sin embargo, el noventa por ciento del tiempo lo llevaba recogido en una sencilla trenza alrededor de la cabeza. Para las ocasiones especiales, lo llevaba suelto y se enorgullecía en silencio de la obsesión que provocaba su melena, aunque evitaba llevarlo así cuando iba a trabajar, porque se imaginaba los dedos curiosos que tendría que apartar de su pelo si lo hacía.

Ola sonrió. Celie parecía una Minnie Mouse pequeñita y cabreada. Celie frunció el ceño y se quedó de pie en el felpudo de bienvenida de la entrada.

—Está a punto de llover, ¿sabes?

—Y, sin embargo, no está lloviendo —dijo Ola, encantada con la convincente actuación de buen humor que estaba dando—. ¡Mira a Dios!

—Llevo siete minutos aquí plantada. —Celie se abrazó a la cazadora mientras entraba.

—O sea, tendrías que haber llegado diez minutos más tarde. —Ola se sentía aliviada. La susceptibilidad habitual de su amiga era señal de un grado de normalidad que no se esperaba—. Ya sabes que siempre llego tarde.

—Mmm —murmuró Celie mientras se inclinaba hacia delante para darle un abrazo reticente—. Hasta en tu propia casa.

Celie se dirigió a la cocina y empezó a sacar las cosas de las dos bolsas del supermercado Tesco: dos paquetes de galletas Maryland, tres paquetitos con trozos de manzana Pink Lady y uvas, una botella de litro de Evian, una caja de Ryvita, seis paquetes de Hula Hoops Barbacoa y una fiambrera con lo que parecían macarrones con queso. Todos los aperitivos favoritos de Ola.

—Te los he traído por si acaso no habías comprado comida —dijo Celie mientras metía en el frigorífico las bebidas, la fiambrera y los paquetitos de frutas.

Ola se quedó mirando a su amiga, la más molesta y la más cercana, mientras Celie deambulaba por la cocina. Empezó a sentirse embargada por la emoción. Los cuidados de Celie a veces eran molestos, por eso Ruth y ella se peleaban tan a menudo; pero fue Celie la que organizó la fiesta de cumpleaños sorpresa cuando Ruth cumplió treinta años, la que creó una lista curativa de canciones de Neo Soul y R'n'B británico para consolar a Ola la última vez que Michael había metido la pata. Muchas veces, la música decía lo que Celie no era

capaz de decir. Por eso en la iglesia —ya fuese durante la alabanza y la adoración o en el coro—, parecía cobrar vida de una forma que Ola presenciaba rara vez.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta y tosió.

—Gracias, Celie.

—Mmm —repitió su amiga mientras subía a la planta de arriba.

Estaba claro que no iba a fingir que no estaba molesta con Ola por el susto que le había dado a todo el mundo la última semana.

Se sentaron, muy tiesas, a ver *Friends*. Ola estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas; Celie se apoyó con todo el remilgo que pudo en el puf verde relleno de semillas delante de Ola y vio la serie con una intensidad casi estudiantil, como si después le fueran a hacer un examen sorpresa. Habían visto ya todos los episodios, así que ahora la serie les servía básicamente como banda sonora para las conversaciones. Pero ¿por dónde empezar? Era como si Celie no estuviera segura de qué sacaría de quicio a su amiga y le pareciera mejor no decir nada de nada.

Celie le preguntó con vacilación por el trabajo, una pregunta que Ola sabía que serviría de puerta de entrada a todo lo demás.

Contestó de todas maneras.

—He dejado el trabajo —dijo con despreocupación, con los ojos fijos en la pantalla.

—¿Has dejado el trabajo?

Ola asintió, imaginándose la indudable mirada de desaprobación de su amiga.

—Sí. Frankie estaba intentando putearme y ya estaba harta. Le dieron a Sophie el puesto de editora de temas de actualidad el día que me fui.

En ese momento, Celie se dio la vuelta con el ceño fruncido, como era de esperar.

—¿Sophie? ¿La heterófoba?

—Bueno, es la que está detrás del *hashtag* #Castradalosheteros —dijo Ola.

En circunstancias normales, le habría recordado a Celie que, en realidad, la heterofobia no existía, pero la atmósfera ya estaba tensa. Ola se preguntó si Celie la veía así también, como a Sophie, una caricatura milenial desdibujada más que dispuesta a afilar su tridente pixelado para apuntarla con él.

—Ya veo —dijo Celie—. ¿Y Michael sigue conservando su trabajo?

Por la expresión en el rostro de Celie, Ola supo que sabía la respuesta. No era para menos: aunque Frankie no la había despedido, Ola se había quedado sin trabajo antes que Michael. También ella se

había preguntado qué hacía falta para que lo despidieran. No es que Ola quisiera que lo echaran, pero el hecho de que no hubiesen despedido ni a Michael ni a ninguno de los que habían salido en la Lista, que ella supiera, en el fondo echaba por tierra las afirmaciones de que iba a provocar despidos.

Ola miró la pantalla que tenía Celie detrás y se concentró en Monica Geller.

—Está de baja.

Celie asintió despacio y volvió a mirar la televisión.

—¿Has hablado con él?

—No, todavía no.

Qué extraño era que no hubiera visto a su marido desde la boda. Quizá por eso evitaba sus llamadas. No parecía ser real. Ola esperaba que lo que había sucedido fuese una alucinación provocada por el cansancio. Pero el tirón que sentía en sus fibras sensibles cada vez que pensaba en Michael la traicionaba. Era el último con quien quería hablar y, al mismo tiempo, el único con quien sentía que podía hablar. No solo porque estaba experimentando lo mismo que ella, sino porque lo quería. Estaba preocupada por él. Y Michael sabía consolarla como nadie y hacerla sentir que, de alguna manera, inexplicablemente, las cosas saldrían bien.

Dudaba de si seguir, pero decidió decir lo que llevaba queriendo decirle a Celie desde el día de la boda.

—Me casé con él porque en gran parte pienso que es inocente —dijo Ola—. Pero siento todo este daño y este dolor y no tengo dónde ponerlo, así que termino dirigiéndolo contra él. Lo evito, lo castigo.

Seis días después, supuestamente, estarían en Barbados, disfrutando de su luna de miel. En cierto modo, la idea parecía todavía más ridícula que la boda. Toallas enrolladas en forma de cisne y pétalos de rosa en un momento así. Irse a un balneario cuando estaba completamente desquiciada.

—Tengo que dejar de comportarme como si no hubiese tomado una decisión —añadió Ola—. No tenía que haber dicho «Sí, quiero».

—No, no tenías que haberlo hecho —murmuró Celie.

Ola cambió de postura en la cama, incómoda.

—Celie. Venga.

—Bueno, lo siento, pero es la verdad.

Ola respiró hondo. ¿Por qué lo hacía, cuando estaba claro que Ola estaba intentando no derrumbarse? Aquella frialdad no era propia de Celie, que era más bien tempestuosa.

—Celie, por favor, te agradezco que hayas venido, pero no puedo hablar de esto ahora.

—No me lo puedo creer —dijo Celie con un extraño temblor en la voz.

—Entonces, ¿para eso has venido? ¿Para hacerme sentir peor de lo que ya me siento?

La fricción había empezado antes de lo que Ola esperaba. No sabía por qué se había molestado en intentarlo. Hablar con Celie de Michael —de cualquier relación romántica— no era fácil. Sus consejos rara vez iban más allá de un «Déjalo, hermana», y Ola tenía la impresión de que en parte se debía a su falta de experiencia. Celie solía bromear diciendo que los hombres la trataban como a una hermana. Detallaba los tres tipos de «hermanas» y decía que ella conseguía un triplete. La hermana del puño levantado, a la que los hombres le decían sin parar que les encantaba su pelo natural, la llamaban «reina» y seguían saliendo solo con mujeres blancas. La hermana en Cristo, a la que los hombres de la iglesia, que sufrían el complejo de la virgen y la puta, desexualizaban completamente. Y, por supuesto, la «te pareces a mi hermana», a la que le decían que les recordaba a alguna de sus parientes. Desde que Ola la conocía, Celie no había tenido ningún novio en serio, por lo que sentía que las complejidades de las relaciones se le escapaban un poco.

Celie se giró en el puf relleno de semillas para encarar a Ola, con una decepción inconfundible en la cara.

—Estoy intentando hacerte entrar en razón —dijo Celie—. La Ola que yo creía conocer no se encogería de hombros sin más ante acusaciones tan graves como las que han hecho contra Michael.

Ola conocía la postura de Celie, pero se sorprendió al oírsela decir con tanta claridad. Se estaba poniendo nerviosa.

—¿Cómo puedes decir que me encogí de hombros sin más? He hecho todo lo que he podido, Celie. No tienes ni idea.

No quería que la situación se complicara, pero ya se le había instalado la ira en el pecho y el corazón le golpeaba dentro de la caja torácica.

—¿Ah, sí? ¿Qué has hecho?

—¡Contraté a un puto detective privado para que lo investigara! —dijo Ola, levantando la voz—. ¿Es culpa mía que no encontrara nada?

Cerró la boca con fuerza después de decir aquello, como si esperara poder tragarse lo que había dicho. No quería contárselo a Celie, pero necesitaba que lo entendiera. Ola vio a su amiga aguantar la respiración un momento y después negar con la cabeza con solemnidad.

—Mírate, Ola —dijo Celie—. Michael te tiene otra vez haciendo de señorita Marple por culpa de sus mentiras. ¿Un detective privado? ¿En

serio? ¿Te parece eso normal?

A Ola se le revolvió el estómago de la vergüenza. Tiempo atrás, en su momento de mayor inseguridad, les había pedido a Ruth y a Celie que se turnaran para espiar los me gusta que Michael ponía en Instagram desde una de las muchas cuentas falsas que había creado Ruth. Se habían hecho pasar por una tienda de extensiones de pelo, una empresa de *catering;* usaron incluso fotos de una antigua amiga de St. Augustine como foto de perfil.

Ola intentó calmarse. ¿Cómo habían llegado a aquello? Celie solo había venido a ayudarla, y ahora se estaban peleando.

Su amiga se echó un poco hacia delante para acercarse más a Ola.

—Nunca conoces de verdad a alguien —siguió diciendo Celie—. Michael te ha mentido antes y es probable que te esté mintiendo ahora; si no, no estaría en la Lista.

—Como si tú supieras algo —dijo Ola, exasperada—. ¡Ninguna de nosotras puede decir lo que es verdad o mentira en la Lista!

—¡Bueno, yo sí puedo! —dijo Celie; el quiebro en su voz fue tenue, pero Ola lo percibió y se quedó helada.

Se inclinó hacia delante en la cama.

—¿Qué quieres decir con eso?

Celie no dijo nada. Volvió a girarse lentamente, apartó la vista de Ola y fijó los ojos en la pantalla, inmóvil.

—Celie. En serio. —Ola descruzó las piernas y extendió una de ellas. Golpeó suavemente la espalda de Celie con el dedo gordo del pie, para que su amiga la mirase—. ¿Qué está pasando?

Celie se quedó con los ojos clavados en el regazo y no respondió. Ola sintió que se le cerraba la garganta.

—Vale, me estás asustando. ¿Qué ha pasado?

—Olvídalo —respondió Celie, por encima del hombro.

—Entonces, ¿sí que ha pasado algo?

Silencio.

Ola volvió a caer sobre la cama, derrotada.

—No sé qué quieres que haga —dijo Ola con voz suave—. Quieres que te escuche, pero no me hablas. Sabes que me creería lo que me dijeras antes de lo que me dijera cualquier otra persona, pero ¿qué me estás diciendo exactamente? Me estás diciendo que no confíe en alguien con quien llevo años, pero no…

—Me violaron —dijo Celie en voz baja.

Aunque estaba tumbada de espaldas, Ola sintió que se caía al suelo.

—Que te han… Celie, ¿qué?

Ola oyó la respiración acelerada de Celie antes de que volviera a hablar.

—Hace dos años.

Celie se agarraba a los lados del puf relleno de semillas, como si lo necesitara para mantenerse erguida.

Ola negó con la cabeza. Simplemente, no cuadraba. Se incorporó y vio a Celie con el cuerpo estremecido y sintió náuseas cuando empezó a asimilar el peso de sus palabras.

—Ay, Dios mío, Celie. Lo… Lo siento. —Ola saltó de la cama y corrió hacia su amiga, pero sintió que Celie se sobresaltaba, así que se detuvo antes de abrazarla y solo le apretó el brazo. Sobrecogida por la culpa, inundada por el remordimiento, no se le ocurría nada que decir. No encontraba las palabras adecuadas—. Lo siento, joder, lo siento muchísimo —repetía una y otra vez—. Ni siquiera sé qué decir. Mierda. Soy una puta idiota. Lo siento.

Volvió la cara para que Celie no la viera, intentó contener las lágrimas. Su amiga seguía con expresión ausente y no estaría bien que fuera ella la que sollozara.

—No. No te lo conté, eso es cosa mía —dijo Celie con la voz bajo control—. Es culpa mía; no iba a hacerlo, en realidad. Pero, por eso, yo… La Lista. He estado intentando…

—No tienes que explicarme nada —intervino Ola—. No puedo imaginar siquiera lo doloroso que debe de ser…

—No lo entiendes, Ola. —Celie negó con la cabeza mientras seguía mirando hacia delante—. Lo que estoy intentando decirte es que el tipo que lo hizo… Es… ¿No te has preguntado nunca por qué estoy tan segura de que los hombres que están en la Lista son animales? ¿Por qué no podía concederle a Michael el beneficio de la duda?

La cabeza de Ola se inundó de lo que parecía lava ardiente. Su pena se convirtió en pavor al oír el nombre de Michael. Sintió la lengua espesa en la boca mientras intentaba pronunciar las palabras.

—Oh, Dios mío. —No se atrevía a terminar la frase—. Celie, no. No, no, no, no, no, no, no. Michael no ha…

—No. NO. Michael no me ha hecho nada —dijo Celie, pronunciando cada palabra con la mayor claridad posible. Un efímero alivio le recorrió el cuerpo a Ola—. Fue Duro. O «Danks», como lo llamáis todos. Ya sabes que nos conocemos desde pequeños. Íbamos juntos a catequesis, antes de su época de *Sweet Like Puff Puff* —dijo Celie con una risa sin alegría—. Sé a ciencia cierta que lo que se dice de Duro es verdad. Así que, cuando vi el nombre de Michael…

Ola apenas se atrevía a respirar.

—Fue la noche en que fuimos a aquella fiesta de la discográfica, en el bar de la calle Old —dijo Celie, jugueteando con sus dedos, concentrándose en eso en vez de en la pantalla de la televisión.

Ola se acordaba del evento: el tipo de cosas a las que iba solo porque daban bolsas de lona llenas de regalos.

—No querías ir —dijo Ola, casi más para sí misma.

Le había prometido a Celie que la invitaría a las bebidas («Ola, es barra libre. Y yo casi no bebo». «¡Vale, así tendremos menos de lo que preocuparnos!»). Al final, la había ganado por cansancio.

—No sé si te acuerdas, pero, al final de la noche, unos tipos de la discográfica nos preguntaron si queríamos ir al *after*. —Celie volvió los ojos de nuevo a la televisión. Miraba a cualquier cosa que no fuese Ola —. El sitio estaba solo a unas cuantas calles y se ofrecieron a llevarnos.

Por supuesto que Ola no se acordaba, estaba demasiado borracha aquella noche. No tenía ningún recuerdo de un trayecto en coche hasta el *after*. Teletransportarse borracha era su superpoder: como una bruja de una serie cómica y cursi de la tele de los años sesenta, si pestañeaba un rato lo bastante largo, se encontraba delante de un telón de fondo completamente nuevo, rodeada de gente diferente. Sabía que Celie la habría acompañado solo para asegurarse de que estaba a salvo. Cada vez que salían y Celie quería irse a casa, Ola le decía que se fuese sin ella. Celie insistía en que se fueran las dos, luego se rendía y se quedaba con Ola, que no estaba en condiciones de quedarse sola.

Sí se acordaba de que, cuando llegaron, las paredes vibraban con los sonidos de una canción de Afroswing que había arrasado aquel verano: *Sweet Like Puff Puff,* de Papi Danks, en la que se comparaban los pechos de una mujer con el desierto nigeriano. *Gal, you sweet like puff puff, you know Danks is into the rough stuff.* Seguía diciendo algo sobre Balenciagas y rimando «tía buena» con «Arsène Wenger». Ola se acordaba de haber pensado lo estúpida que era la letra; ahora no podía evitar pensar en lo siniestra que sonaba. Recordaba solo de manera vaga que Danks se les acercara. No se acordaba del alivio de borracha que sintió cuando un viejo amigo de la familia la liberó de su carabina.

—Cuando llegamos allí, me encontré con Duro. —Celie seguía mirando la pantalla de la televisión mientras hablaba—. Viste a unas personas que conocías, y él y yo nos quedamos charlando mientras.

Ola sintió una punzada en el estómago. Ola —en su egoísmo de borracha— la había dejado sola.

—Me preguntó dónde estaba trabajando, qué tal le iba a mi hermano —dijo Celie—. Hacía mucho que no nos veíamos. —Exhaló despacio—. Dijo que quería darle a mi hermano unas mezclas, ya sabes que mi hermano también hace música, así que me dijo que fuera

con él al coche. Lo seguí hasta el aparcamiento y me pidió que me sentara con él un rato mientras encontraba las mezclas, porque hacía mucho frío, ¿te acuerdas? No dejaba de hablar de que tenía un Mercedes todoterreno clase G nuevecito, con asientos calefactables. Le dije que estaba bien, que iba a ser solo un minuto. Pero siguió insistiendo e insistiendo. —Celie ahora hablaba deprisa, se percibía el miedo en su voz. Ola nunca la había visto así—. No le di importancia, Ola, te lo juro. Hacía años que no lo veía y, sí, solía portarse un poco mal en la iglesia y habíamos estado bebiendo, pero no…

Recuperó el aliento y luego empezó a hiperventilar. Cuando se hubo calmado, siguió hablando con voz plana. Parecía haberse quedado sin adrenalina.

—Cuando entré en el coche, su manera de comportarse cambió. Su lenguaje corporal, todo. Empezó a tocarme y a decirme todas esas cosas. Duro y yo nunca habíamos estado así —dijo Celie—. Nunca. Intenté salir del coche, pero me tenía sujeta por los brazos. Decía que «nunca iba falto», que siempre armado con algo para protegerse por si alguien se le encaraba. Y en pocas palabras… me dijo que me haría daño si no…, si no le hacía… Me obligó a que le hiciera sexo oral. —Le llevó un tiempo pronunciar las palabras, pero cuando lo consiguió, sonó desprovista de emoción, plana y clínica—. Cuando terminó, le rogué que no me hiciera daño y me dijo que ni siquiera llevaba un arma encima. Que era una broma. Se comportó como si estuviera loca por habérmelo tomado en serio. Pero la mirada que tenía en los ojos cuando lo dijo, Ola…

Se quedaron sentadas sin hablar, con las risas enlatadas de *Friends* que sonaban de fondo desentonando entre su silencio. Todo lo que Ola creía saber sobre su amiga se hizo añicos. Sintió náuseas de pura incredulidad. Apenas habían hablado de sexo a lo largo de su amistad, y mucho menos de algo así. Celie no hablaba nunca de sus experiencias, y Ruth y Ola suponían que estaba esperando a casarse.

—Al principio, no creía siquiera que aquello contara como violación de verdad. Hasta que fui a la policía y me dijeron que la definición de violación incluía, ya sabes, obligarme a… —Aspiró aire profundamente—. El acceso carnal por vía bucal.

—¿Fu-fuiste a la policía? —consiguió decir Ola.

Celie asintió.

—Tardé medio año. Y se portaron bien conmigo, en serio. No me preguntaron por qué me fui con él a su coche ni qué llevaba puesto ni nada de eso. Pero no sirvió para nada, Ola. Absolutamente para nada. Cuando anotaban las cosas, parecía que las estaban escribiendo por escribirlas. Parecía como si estuviera confesando yo. Ya mientras lo

estaba contando, sabía que no tendría ninguna consecuencia.

Cerró los ojos con firmeza, como para asegurarse de que no se le cayera ninguna lágrima.

—Tres meses después, me dijeron que no seguirían con el caso. Que no había «conseguido ser demostrado». Nunca me olvidaré de eso. «Conseguir ser demostrado». Te parecerá que estoy loca, pero sentí alivio. No quería volver a pasar por todo aquello, revivirlo. Con alguien como Duro, además. ¿Y si el juicio se hacía público? A veces le doy gracias a Dios porque se quedara en aquello. —Miró a Ola por primera vez, con los ojos agrandados y húmedos de lágrimas—. Debes de pensar que estoy loca, lo sé. No espero que lo entienda nadie.

Sorteando el caos de su mente, Ola empezó a repasar los fragmentos de la historia. Cuando, semanas después de aquella fiesta, Celie había dejado de ir a la iglesia, algo que era una parte tan integral de su vida, Ola estaba demasiado enfrascada en su propia vida como para preguntarse por qué. La mañana de la boda, cuando Ruth puso una canción de Danks, Celie se había puesto tensa y había montado un escándalo. Le había dado la espalda a Michael con tanta seguridad. Todo encajaba. En aquel momento, Ola no había ahondado más en el asunto. Al contrario, se había sentido abandonada. Que Celie no la apoyaba. Le había molestado lo que para ella había sido la incapacidad de Celie de comprender los matices de su situación. Pero su amiga se había sacrificado en silencio, mientras trataba de resolver su trauma para poder estar ahí para su amiga. Celie no había hablado de sí misma ni una sola vez. Había escuchado a Ola hablar de sus inquietudes por la boda, por su matrimonio y su reputación. Había visto a Ola cuestionar una y otra vez la validez de las acusaciones y de quienes las habían hecho, mientras Celie sabía que, con esas mismas palabras, estaba absolviendo a un hombre que había abusado de ella. Cuando Celie le envió un mensaje de texto el fatídico día en que se publicó la Lista para preguntarle si estaba bien, fue justo después de ver en ella el nombre de quien había abusado de ella.

—Te dejé con él —dijo Ola con voz queda.

—No —dijo Celie con un tono casi de reproche—. Ola, ni te atrevas. No ha sido culpa tuya.

—Pero sí que ha sido culpa mía, Celie. Yo te dejé con él aquella noche. Y me has estado escuchando llorar por Michael. Me has traído comida, tía. Pero yo te dejé con él. Tú ni siquiera querías ir, Celie. No querías ir.

Estaba intentando desesperadamente que no se desbordara todo lo que sentía. ¿Cómo iba a permitírselo, cuando Celie estaba allí sentada, con los ojos llorosos pero sin derramar una sola lágrima? Lo que

volvía todavía más difícil no derrumbarse era saber que, si lo hacía, su amiga no dudaría en consolarla.

22

Era raro ver el ático de Ben con tantos hombres dentro. Tenía tanta mala fama como fama en Instagram, ya que lo usaba de plató para su programa de YouTube; por lo tanto, la gente solía verlo repleto de mujeres ligeras de ropa. Estaba claro por qué rodaba allí: era la versión actualizada de la Mansión Playboy en el sur de Londres. En la misma manzana vivían muchos otros *influencers* y creadores de contenido, pero la casa de Ben era, sin lugar a dudas, la más lujosa. Todo era plano, brillante y nuevo, lleno de luces LED y de superficies blancas y elegantes. Michael estaba en la espaciosa sala de recepción barra cocina de planta abierta, que daba a una terraza privada en la azotea. A la izquierda, si entrecerrabas los ojos, se distinguía el London Eye; a la derecha, la vegetación del bosque de Dulwich. Desde las habitaciones se veía el perfil de los edificios de Londres. Una enorme claraboya ocupaba gran parte del techo del rellano.

Había unas quince o veinte personas. El aire estaba cargado de humo, Paco Rabanne 1 Million y testosterona. Después de la repercusión que había tenido la declaración de Lewis, Ben, que se había autoproclamado portavoz del grupo, había decidido pasar a la acción y reunirlos a todos en persona.

«Estamos en guerra y no tenemos estrategia. Tenemos que juntarnos. Organizarnos. ¿¿Cómo si no vamos a derrotar a esas feminazis??» —anunció en un mensaje de texto.

Aquella tarde, Ben eligió personalmente a unos cuantos del grupo «Los Once de la Lista» para que pasaran por su casa a «trazar una estrategia», entre ellos, a Michael y Lewis. Michael no entendía por qué lo había elegido a él; nunca había dicho nada en el chat. En cualquier caso, no tenía planeado ir. Lewis seguía sin conectarse a internet. Si Michael tenía pocas ganas de salir de casa para hacer la compra, mucho menos para «trazar una estrategia». Pero Amani no lo dejaba estar. Llevaba tres días metido en el grupo, que ahora tenía más de cien miembros; lo había añadido otro presentador de pódcast al que habían acusado. Al principio, la presencia de Amani en el chat casi tranquilizó a Michael. Después, lo invitaron a aquella velada, y Amani quiso acompañarlo. Estaba convencido de que sería útil conocer el plan de acción. A Michael le vendría bien salir de casa. Allí

habría hombres con poder. Habría tíos con dinero para abogados, tíos que serían abogados.

«No sé por qué crees que esos hombres son tus enemigos, tío —le había escrito Amani por WhatsApp—. No son ellos los que publican mierdas sobre ti en internet.»

Así que fueron. Michael esperaba que fuera una reunión para negociar. Terminó siendo una quedada para beber: Ciroc y Hennessy en cubos con hielo, globos con gas de la risa que iban pasando de mano en mano. Amani charlaba despreocupadamente mientras Michael bebía coñac solo y evitaba mirar a nadie a los ojos. La sobriedad del día de su boda le había durado poco; en cuanto pudo, retomó el alcohol justo donde lo había dejado. Los hombres charlaban y el ambiente resultaba sorprendentemente jovial, teniendo en cuenta la situación que los había llevado allí. No es que Michael se esperase un funeral, pero tampoco que pareciera que estaban en esa casa para hacer una fiesta, sin tener motivos para celebrar.

Ben, el centro de atención, llevaba un chándal verde menta marca Aries Arise y unas Yeezys blancas; era mucho más bajito de lo que parecía en YouTube. Ahora que Michael lo pensaba, nunca lo había visto en un plano frontal, la cámara siempre estaba inclinada ligeramente hacia arriba. El programa de Ben, igual que él, era famoso y problemático al mismo tiempo. Se promocionaba como el «Factor XXX» de YouTube, y consistía en que mujeres *influencers* compitieran en una serie de retos clasificados X para ganarse un bolso Birkin valorado en dieciocho mil libras. El programa llevaba años sobreviviendo a acusaciones de misoginia; ahora su presentador se había metido en un buen lío después de que lo tacharan de «sobón» en la Lista.

—Estamos en la era de OnlyFans —decía desde el centro del semicírculo que habían formado—. Esas tías filtran sus propios desnudos y lo llaman empoderamiento. ¿Cómo va a ser «políticamente incorrecto» que hagan lo mismo en mi canal?

Era bastante blanco, llevaba el pelo castaño oscuro oscurecido por el fijador y peinado hacia atrás en ondas. Los admiradores que lo conocían por su primer pódcast en el que hablaba de moda urbana con una voz característicamente nasal, solían dejar comentarios sorprendidos en YouTube al ver que Ben era blanco. O que, como repetía Ben con vehemencia para que se enterase todo el mundo, solo lo parecía. Justo el día antes había mencionado tres veces en el grupo la herencia iraní del padre de su madre, cuando otro miembro del grupo le preguntó por qué se creía que el término «hombres de color» lo incluía a él.

—El discurso del empoderamiento me pone enfermo, en serio —dijo un hombre con la barba poblada, gafas gruesas y un gorro de lana gris, moviendo la cabeza hacia Ben—. A ver, sin faltarle al respeto a tu negocio, pero esas instaputas están mal de la cabeza. Están dividiendo a la comunidad negra, al concepto de familia negra.

A medida que Michael iba asimilando el alcohol, iba estando también más seguro de que no sacaría nada de aquella velada, salvo agresividad. Con cuánta libertad habían utilizado la palabra «estrategia». Desde su llegada, todos aquellos hombres se habían limitado a enumerar sus quejas individuales contra las mujeres, casi idénticas a las del hombre que los había precedido. No hablaban ni de su inocencia ni de la de los demás. A Michael le deprimía todavía más que aquella fuera la única invitación que había recibido desde hacía semanas. No debería haber ido, pero, por algún motivo, ahogar sus penas junto a unos desconocidos le parecía que sería menos triste que hacerlo solo en casa. Beber de más pasaba de ser trágico a convertirse en «una cosa de hombres» cuando el contexto era el adecuado, como en una barbacoa, en casa de algún colega o en una discoteca.

De repente, Michael pensó en su padre. Por primera vez en su vida, se sintió mal por él. Era un inútil, vale, pero se preguntó por qué demonios se iba siempre al bar. Quizá, igual que Michael, no servía para nada, por mucho que se esforzara. ¿Tampoco su padre conseguía cumplir con las expectativas? Michael seguía intentando arreglar las cosas, a pesar de que sabía que no bastaba con eso. Hacía una semana que no hablaba con Ola y, sin embargo, la llamaba todos los días, le mandaba mensajes de texto. Era probable que estuviera cabreándola. Sabía que Ola no quería hablar con él, pero no hablar con ella conseguía que la situación que era, ya de por sí, horrenda, se volviera insoportable. No hacía falta que hablaran de aquello: ni de la boda ni del convite ni de la Lista. Michael solo quería escuchar su voz. La echaba de menos.

Amani le dio un golpecito en el hombro y señaló hacia el sofá modular con la cabeza.

—Está aquí Danks, ¿sabes? —dijo, incapaz de ocultar su emoción —. Qué locura.

Michael echó un vistazo. Supo enseguida quién era, no solo por la gente que lo acompañaba, sino porque su cara no era fácil de olvidar. Tenía los labios gruesos y oscurecidos de fumar muchísima hierba y el labio superior sobresalía de forma llamativa; las fosas nasales grandes, y las pupilas casi negras, con el blanco de los ojos de un amarillo lechoso. Tenía el mismo aspecto de siempre: el pelo rapado en los lados y largo por arriba, iba recién afeitado, con un chándal y alhajas

extravagantes. Llevaba una sudadera con capucha blanca de Balmain ribeteada de negro, unos pantalones en la gama de colores inversa, una pulsera gruesa y pesada con diamantes incrustados en la muñeca izquierda y un Rolex en la derecha. Cada vez que hablaba, un diente de oro reflejaba la luz. Del cuello le colgaba la misma cadena enjoyada de siempre: un colgante que decía *DANKS* que le ocupaba la mitad del pecho. También lo acompañaban los mismos tres o cuatro tipos de siempre que estaban con él en todo momento, en los vídeos musicales y en las publicaciones de Instagram. Michael no los habría reconocido si se hubiera cruzado con alguno de ellos solo por la calle, pero cuando iban todos juntos los identificaba por sus dispares características: el de las trenzas africanas revueltas, el que tenía los dientes grandes, el que nunca se quitaba las gafas de sol. Se estaban pasando un porro mientras veían uno de los vídeos de Danks en la pantalla plana.

—Está haciendo bases, ¿sabes? —añadió Amani—. Su mezcla ha entrado en los 40 Principales la semana pasada.

Michael había oído hablar de él más que antes desde que se habían publicado las acusaciones. Papi Danks era un artista de un solo éxito; por lo general, sus amigos solo lo mencionaban en el chat grupal cuando alguna bronca de Twitter llegaba a las páginas de cotilleos, pero la semana antes había salido preseleccionado para la lista de BBC Sound de 2019. A Michael, todo aquello le daba bastante mala espina; Danks le daba mala espina. A Danks lo habían acusado de cosas terroríficas en la Lista —violación, secuestro, agresión sexual—, y Michael se sentía mal por la rapidez con la que se había corrido un tupido velo sobre todo aquello.

Sin embargo, no podía plantearle su inquietud a Amani sin que acto seguido lo refutara con la mayor de las obviedades. Porque, sobre el papel, ¿cuál era la diferencia entre Danks y él? Había tantas pruebas de la culpabilidad de Danks como de la suya propia. Ola le había dicho varias veces que, para la mayoría de los hombres que habían sido acusados, fueran culpables o no, la vida seguiría transcurriendo como si nada. Michael no entendía por qué lo decía, viendo todo lo que le estaba pasando a él y a otros acusados. A un corredor olímpico que estaba aquella noche en la reunión, una marca deportiva le había rescindido el contrato. A un crítico de cine independiente habían dejado de responderle sin más los editores de las publicaciones para las que escribía. Pero, en realidad, eran una minoría. La carrera de la mayoría de los hombres acusados no se había visto afectada. Michael se dio cuenta de que, en algunos casos, como en el de Danks, las cosas no solo habían seguido como siempre, sino que habían mejorado.

—Para serte sincero, no me mola —dijo Michael con desdén—. Aquel éxito suyo era cursi a más no poder. Y siempre está montando algún drama en internet con uno o con otro.

—Hermano, si no te molan los hombres que montan dramas en internet, supongo que no te gustará ningún artista británico.

Michael fingió una sonrisa y volvió otra vez al grupo grande. Todos los ojos estaban puestos en el del gorro de lana, que parecía haberse adueñado de la conversación, mientras Ben estaba enfurruñado al lado de la cocina.

—Es todo una locura —le estaba diciendo al grupo el del gorro de lana, cruzando los antebrazos enormes que tenía—. Esta mierda me obliga a andarme con mil ojos, en plan: ¿este DM va a terminar llevándome a la comisaría?

—¿Sí o qué? —le respondió Amani—. Un tío cuando tira fichas no quiere terminar en un tribunal. Y he estado leyendo cosas sobre lo que estabas contando, tío —dijo señalando al del gorro de lana—. ¿Lo de los Cinco de Central Park? Es una locura. Cinco chavales metidos en la cárcel como seis o siete años en los noventa porque una mujer blanca dijo que la habían violado.

—Sí, tío, sí —dijo el del gorro de lana—. Y no te olvides de los cinco de Cardiff. En los años ochenta, cinco hombres negros acusados del asesinato de una mujer blanca. Sin pruebas. Aquí, en Gran Bretaña. No nos confundamos, esta mierda simplemente va mutando según la época y el lugar. ¿Has visto cómo han intentado cargarse a Bill Cosby? Me da igual lo que digan, ha sido un linchamiento al estilo moderno.

Michael apretó la mandíbula. Miró a su alrededor: nadie parecía desconcertado por aquella comparación.

—¿Por qué han salido todas esas mujeres después de toda una vida, hermano? —siguió diciendo el que llevaba el gorro de lana—. ¿Al mismo tiempo? Hasta con R. Kelly… Me importa una mierda. Cada vez que un hombre negro consigue tener éxito o llega a cierto nivel, ya sabes que no van a permitírselo.

Michael se preguntó si debería decir algo. Casi todos aquellos hombres habían demostrado ser despreciables, pero lo más probable es que no fuera el único que se diera cuenta de lo mierdosa que era aquella comparación. ¿Cómo podían equiparar a unos hombres negros a los que habían metido en la cárcel por error con un agresor sexual en serie que resultaba que era negro? Pero la conversación ya había pasado a otra cosa.

—Todo forma parte de la castración de los hombres negros, ¿me entendéis? —añadió el mismo tipo—. De nuestra feminización. El

hombre y la mujer están hechos de manera distinta. Un rey necesita a una reina. Las hembras deberían utilizar su elegancia y su femineidad para ser admiradas. Que dejen al hombre ser el hombre.

Los demás tipos asintieron con la cabeza.

—¡Verdades como puños! —gritó Amani. Michael sintió que se le apretaba el nudo que tenía en el estómago al ver así a su amigo—. En vez de eso, las tías siguen desatadas, un montón de tíos se las pasan por la piedra. Luego te vienen las que se han acostado con un número de dos cifras y te dicen que se merecen «un hombre que valga mucho». ¿Sabes hervir agua siquiera, mujer?

El salón tembló cuando los hombres salieron en estampida a los distintos rincones, riéndose, y volvieron después a juntarse dándose palmadas en la espalda los unos a los otros.

—¿Miento acaso? —dijo Amani con una risita—. ¿Qué aportas tú, maleducada? Cuando era un niño, mi madre tenía dos trabajos, y aun así le daba tiempo a tener la comida puesta en la mesa cuando mi padre llegaba a casa.

Michael se estremeció. La reunión era de naturaleza más venenosa, pero solo faltaban unos micrófonos para que aquello fuera un episodio de *Pillado en un desliz,* los vasos rojos de plástico y la misoginia ya estaban. ¿Así hablaban sus amigos y él en el pódcast? ¿Sonaban así de retrógrados y contradictorios? A los hombres les repugnaban lo que para ellos eran rasgos femeninos, pero aborrecían a las mujeres que «se comportaban como hombres». Se quejaban de las cazafortunas, pero al mismo tiempo argumentaban que el papel del hombre era ser el sostén de la familia. No tenía ningún sentido.

Amani no había dicho nada que Michael no hubiese oído antes. A él, a Seun, en la barbería, en el fútbol, en internet. Amani pensaba así desde que Michael lo conocía, pero ese día lo consumía la vergüenza, tanto por él como por su amigo.

Por suerte, Amani dejó de hablar; se quedó con los ojos clavados al otro lado del salón. Michael le siguió la mirada hasta llegar a Danks, que se había alejado de sus colegas y había salido por las grandes puertas correderas del patio.

—Voy a hablar con él —dijo Amani mientras se dirigía hacia él a paso rápido—. A ver si consigo que vaya al gimnasio a hacerme publicidad.

Michael había dejado de escucharlo. Le palpitaba el teléfono en el bolsillo; cuando consultó la pantalla, vio lo que llevaba esperando ver toda la semana.

Una llamada de OH LA LA…

—Guay, salgo contigo, sí —dijo Michael, yendo detrás de Amani—.

Tengo que contestar.

—¿Es Ola? —preguntó Amani—. Dile que no me gusta cómo se está portando. Ya no estamos en los noventa, los hombres ya no tienen que ponerse a suplicar bajo la lluvia.

Michael lo mandó a callar y contestó mientras salían al aire fresco de la noche. Se preparó.

—Eh, ¿estás bien?

—Perdona que te llame tan tarde. —Ola tenía la voz ronca, como si hubiera llorado. El alivio momentáneo que sintió al saber de ella no tardó en verse sustituido por la preocupación—. Quería llamarte antes, pero… —Ola se quedó callada—. ¿Estás en la calle? —dijo con un tono más agudo—. No te oigo bien.

La música a todo volumen que sonaba en el salón seguía oyéndose fuera. Michael se cubrió la oreja izquierda con la mano para intentar ahogar el ruido. Lo último que necesitaba era que Ola pensara que estaba por ahí de fiesta mientras el futuro de su relación pendía de un hilo.

—Sí, estoy en la calle. Pero ya me estoy yendo, te puedo llamar cuando vuelva a casa. ¿Está todo bien?

—¿Dónde?

—Estoy con Amani.

—Pero ¿dónde estáis? —dijo Ola. Michael se la imaginó frunciendo el ceño—. Suena como estuvierais en una *rave*.

Michael gesticuló un «¡Mierda!» con la boca y se pellizcó el puente de la nariz en señal de frustración. Ola habría preferido seguramente que estuviera en una *rave* a que estuviera allí. No era así como quería que saliera la primera conversación que tenían desde la boda.

—Te lo explico cuando te llame después. Pero ¿estás bien?

—¿Por qué no puedes explicármelo ahora? —dijo Ola con un deje de exasperación en la voz.

Michael levantó los ojos al cielo nocturno.

—Porque es complicado. —Sabía que lo más probable era que lo que dijera después provocaría que Ola guardara varios días más de silencio. No sería fácil sostener ese borrón y cuenta nueva que había prometido, pero al menos tenía que intentarlo. Se frotó la frente—. No te lo he mencionado porque toda esta mierda ha sido una locura, pero… Llevo un tiempo hablando con Lewis Hale, ¿vale? Ha salido en la Lista. —Lo único que se le ocurría era hablar deprisa para no perder los arrestos. Siguió hablando, antes de que ella pudiera recriminarle nada—. Y ya sé lo que estarás pensando, pero no es lo que parece, para nada. No te lo puedo explicar bien por teléfono, pero cuando te lo explique, vas a ver que la Lista está manipulada. Por lo menos, lo

de Lewis y lo mío. Me ha presentado a otros tíos que estaban en la Lista y nos hemos juntado unos cuantos. Ha venido Amani también.

Michael exhaló cuando acabó de hablar. Habría terminado contándole a Ola lo de Lewis, lo del chat grupal, todo. Con el drama del ensayo, el desastre de la boda…, no había tenido tiempo. De todas formas, ya era demasiado tarde. Esperaba que Ola le echara la bronca, pero, en vez de eso, escuchó su respiración acelerándose al otro lado de la línea telefónica.

—¿Está ahí Papi Danks? —Ola estaba hablando en voz baja, lo que hacía más difícil oírla por encima de la música. Ya no había fastidio en su voz; ahora parecía más asustada que otra cosa—. ¿El rapero?

Michael miró a su izquierda, donde Amani estaba riéndose a carcajadas de algo que había dicho Danks, mientras le daba palmadas entusiasmadas en la espalda.

—Sí, está aquí —dijo Michael, perplejo—. ¿Por qué?

—Michael. Si Papi Danks está ahí, tienes que irte. Ya.

Parecía nerviosa, asustada. Michael se estaba poniendo nervioso, pero intentó calmarla.

—Escúchame, sé lo que vas a decir y te voy a hacer caso. Me iré, te lo prometo. Sé lo que dicen de él en la Lista. No estoy pasando el rato con él, créeme…

Ola dejó escapar un gemido de impaciencia.

—No me estás escuchando. No es solo un rumor, Michael. Le ha hecho daño a una persona a la que conozco.

Le dio un vuelco el corazón. ¿Por qué Ola parecía tan asustada? ¿Tan exaltada? No le gustaba lo que estaba empezando a imaginarse.

—¿Qué quieres decir?

—¿Puedes irte de ahí y ya está? ¿Por favor?

Michael ya se había girado para encarar a Danks. De repente, sintió que le ardía la cara como si fuera un horno, apretó la mano en un puño. Era como si el pecho y la garganta se le cerraran a la vez.

—¿Te-te ha hecho algo a ti? —dijo Michael, apretando los dientes.

—¿A mí? ¡Michael, no! —casi gritó Ola.

—Ola, como te haya tocado un puto pelo, te juro que…

—¡Que no!

Pero Michael no la escuchaba. La ira y el alcohol lo dominaban.

—¡Le voy a joder la vida! —dijo Michael, cruzando el patio a la desbandada.

—¡Michael, que no ha sido a mí! —chilló Ola con voz distante a través de la línea. Se quedó callada un momento—. Júrame que no le vas a contar a nadie lo que te voy a decir. Júralo.

—Ola, te lo juro. ¿Qué está pasando?

Ola se calló otro rato antes de volver a hablar.

—Fue a Celie, ¿vale?

Michael se detuvo en seco en mitad de su paseo por la terraza. Era como si alguien hubiera apagado la música.

—No puedo entrar en el tema ahora —dijo Ola con brusquedad—. Pero las acusaciones que hay sobre él en la Lista son ciertas. Tienes que irte, ¿vale?

Se quedó pasmado un segundo, hasta que se le apareció en la imaginación la Lista que había estudiado religiosamente todos los días durante el último mes, con las acusaciones dirigidas contra Danks: violación, secuestro, agresión sexual.

—En cuanto hayas salido de ahí, llámame —dijo Ola en respuesta a su silencio.

Michael se quedó allí, con el teléfono pegado a la oreja después de que Ola colgara. Se lo terminó apartando de la cara y se volvió hacia Danks y Amani, que estaban riéndose al otro lado de la terraza. Se sentía desorientado, como si necesitara algo que lo apuntalara, aunque la conmoción que le había provocado la noticia le había quitado la borrachera. Un dolor de cabeza intenso y punzante había ocupado el lugar de los recuerdos confusos de la noche. Como poseídas, sintió que las piernas lo conducían adonde estaba Danks, sin que Michael tuviera ni idea de lo que iba a hacer cuando llegara allí.

Danks estaba liándose un canuto cuando Michael le dio en el hombro un golpecito que era más parecido a un empujón. Danks perdió el equilibrio por un momento; mientras lo recobraba, su mirada irradió calor, como si de ella salieran unos rayos láser que escanearon a Michael.

—Hermano, cuidado con cómo me tocas, ¿vale? —gruñó Danks, dando un paso hacia él. Se volvió hacia Amani—. ¿Qué se ha metido tu amigo?

—Tenemos una amiga en común —se oyó decir Michael, antes de que a Amani le diera tiempo a contestar.

Papi Danks relajó la cara al ver que no era ningún admirador demasiado entusiasta.

—¿Ah, sí? —dijo, y lamió el borde del papel de fumar—. ¿Cómo se llama?

Su voz era tan profunda que en los discos parecía falsa, aunque en persona hablaba con el mismo rugido grave.

—Es una amiga de mi novia —dijo Michael forzando las palabras que se le atascaban en la garganta para que salieran—. Celie.

Danks encendió el porro y le dio una calada con indolencia.

—Na, no me suena de nada —dijo después de soltar el humo.

—¿Celestina?

Las fosas nasales de Danks se dilataron y se le tensó la mandíbula. A pesar del disimulo con que lo hizo y de la embriaguez de Michael, este se dio cuenta de que escudriñaba la terraza con la mirada para ver quién andaba cerca. Cuando vio que solo estaban Amani y ellos, sonrió y se acercó más a Michael.

—Guau, ¿Celestina? —dijo—. Sí, claro que la conozco. De toda la vida. —Negó con la cabeza mientras soltaba una risita—. Las tías como Celestina, ya sabes… ¿Cómo está? ¿Ha dejado ya de contar mentiras? ¿Eh?

—¿Mentiras? —dijo Amani, aliviado porque la tensión parecía haberse desvanecido—. ¿En serio?

—Sí, sí. Íbamos a catequesis juntos cuando éramos chavales, ¿sabéis? Celestina es famosa porque va soltando mierdas. Retuerce las cosas —dijo Danks esbozando una sonrisa cómplice—. ¿Sigue en esas?

Aunque en apariencia se mantuviera sereno, Michael vio que a Danks le latía la vena del cuello.

—Tío, nunca se me había ocurrido que fuera de esas —dijo Amani —. Creía que era cristiana a lo loco, de las que «arden por Cristo» y toda esa mierda.

—Esas son las peores, colega —dijo Papi Danks soltando una sonora carcajada—. La última vez que la vi, hace unos cuantos años en una cosa de la discográfica, se portó como si fuera la hija desmelenada de un sacerdote en la semana de los novatadas. Andaba en busca de un hombre —dijo sonriendo; el diente de oro le resplandecía en mitad de la nube oscura de la terraza.

A Michael le empezaron a zumbar los oídos.

—Guaaaaala. ¿Celie? —Amani se tosió en la mano—. ¡Ahí no hay manera de meter goles, tío!

—Ni loco. Aunque me hizo una mamada en el aparcamiento, algo rápido. Pero es obvio que, si la cosa se pone fea y quieres evitar los fuegos del infierno, vas a decir cualquier cosa para que parezca que fue algo que no era.

Michael tenía las manos húmedas del sudor. No lo soportaría mucho más, pero tampoco podía intervenir aunque quisiera. Se había quedado sin palabras, estupefacto ante la indiferencia de Danks por lo que había hecho y ante la facilidad con la que su amigo se tragaba sus mentiras.

—Joder con la mosquita muerta —volvió a farfullar Amani contra su puño—. Me has dejado la cabeza loca, no te voy a mentir. ¡Siempre son las más calladitas! —Se volvió hacia Michael—. Y yo pensando que Ruth sería a la que le gustaban las marranadas. ¡Kwabz anda

detrás de la que no es!

Danks tiró el resto del porro por la terraza.

—Esas tías van muy sueltas y, al día siguiente, se ponen a contar mentiras —dijo Danks—. Cuando toda la locura de la Gully TV, un par de *groupies* y antiguos rollos míos intentaron arrastrarme a todo ese fango, me acusaron de lo que se les ocurrió. Obviamente, este hombre que veis es inocente de toda culpa. ¿Para qué iba a forzar a nadie? Yo soy el hombre, hermano. Soy rico, joder.

Amani extendió el puño para que Danks se lo chocara y se dirigió de nuevo a Michael.

—A ti también han intentado sacarte, ¿no? ¿Diciendo que les pegas a las mujeres? Tú ni caso, tío. Ya sabes cómo son esas putas. —Cuando sonreía, se le veían los dientes luminosos.

Michael había alcanzado el punto de ebullición, una rabia incontenible le recorría el cuerpo.

—Eres un violador, hermano —dijo Michael.

En un abrir y cerrar de ojos, Danks saltó hacia él, separándose de la barandilla de la terraza como si de repente estuviera ardiendo. Estaban con la nariz casi pegada a la del otro.

—¿Qué mierda has dicho?

—He dicho que eres un puto violador —escupió Michael, avanzando otro paso hacia él.

Antes de pensarlo siquiera, estaba arremetiendo contra Danks, intentando alcanzarle con los puños en cualquier parte del cuerpo. Amani se metió entre los dos con los brazos extendidos antes de que Michael pudiera asestar el primer golpe.

—Eh, Michael, tranquilo, tranquilo, tranquilo. Déjalo, tío. —Amani se volvió hacia Danks con la palma de la mano extendida, esquivando los brazos que agitaba el rapero—. Está colocado, no lo dice en serio. —Amani empujó a Michael hacia la puerta—. *Oi,* venga, tío, vamos.

—¿Eres idiota? —Danks estaba tanteando alrededor de la cinturilla de sus pantalones, buscando algo, balanceándose y serpenteando mientras intentaba llegar hasta Michael—. ¿Te crees que no te voy a rajar? ¡Porque te voy a matar, ahora mismo, primo!

—¡Venga, valiente! —gritó Michael, dándole casi un golpe en la cabeza a Amani mientras apuntaba a la mandíbula de Danks. No le importaba si de paso le hacía daño a su amigo. Le daba igual hacerse daño él mismo. Lo único que quería era dejar inconsciente a Danks—. ¡Puto violador!

Para entonces, también había salido Ben; algunos de los demás hombres se habían metido en medio, mientras los demás intentaban mantener a raya a los chicos de Danks. Michael estaba acumulando

flema para escupirla en dirección de Danks cuando Amani, jadeando, lo sacó a rastras.

—Te voy a encontrar y te voy a joder vivo, hermano —oyó gritar a Danks por detrás—. Te crees que eres un malote, ¿eh? Tú y yo no hemos terminado, pandillero. ¡La próxima vez que te vea no vas a poder ni pestañear, puto maricón!

Michael seguía revolviéndose mientras Amani se lo llevaba a rastras por el pasillo y escaleras abajo hacia la escalera de incendios. Que su amigo lo estuviera casi ahogando no bastó para evitar que se retorciera como un animal metido en un saco. Danks estaba hablando en serio, Michael lo sabía, iba a hacer que lo asaltaran. Pero todavía no le había aflorado el miedo, se había agotado y había agotado a Amani; ambos estaban jadeando, sin aliento, con las manos apoyadas en los muslos. Entonces Michael vio la sangre que tenía en la camisa; se tocó el labio y al apartar las puntas de los dedos parecieron mojadas en vino. Ni siquiera se había dado cuenta de que Danks le había dado.

—Tío, ¿qué mierda intentas hacer? —dijo Amani, todavía encorvado y recuperando el aliento—. ¿Todo este conflicto por Danks? ¿Cuando encima va con escolta? Ya sabes que a esos no los vas a pillar nunca sin algo encima. ¡La mitad de sus estrofas hablan de apuñalar tipos, lo dice en el puto estribillo de su última canción!

—Bah, cállate, tío —rugió Michael. Empezó a jadear y a pasearse arriba y abajo, alterado—. Ese gilipollas es una puta escoria.

—¿Qué quieres decir?

Michael miró fijamente a Amani sin poder creérselo.

—¿Qué quieres decir con «qué quieres decir»? Lo han acusado de una puta violación.

—¿Acusado? —Amani contrajo la cara, confuso—. ¿Acusado cómo, igual que a ti? ¿Como a la mitad de los hombres que hay ahí?

A Michael no se le ocurrió ninguna respuesta, así que se limitó a negar con la cabeza.

—Hermano, no me estás escuchando —dijo Michael, respirando con dificultad—. Él sí que ha hecho esas mierdas. —Se quedó callado un momento, intentando ordenar sus pensamientos—. Tienes que creerme. Es un puto violador.

—No te voy a mentir —dijo Amani irguiéndose, ahora que ya podía —. No sé nada de todo eso.

—¿Estás enfermo, hermano? ¿No has oído lo que te he dicho?

—Michael —dijo Amani con sequedad—, cuidadito con el tono, hermano. Ya te he oído. ¿Me estás diciendo que la Lista es de verdad, salvo donde pone que le zumbas a las mujeres?

—¿Eso es lo que vamos a hacer ahora? —No se podía creer lo que estaba oyendo. Se le empezaron a formar unas lágrimas ardientes de rabia detrás de los ojos, pero se cuidó bien de dejarlas caer. Parpadeó con fuerza—. Amani, eres mi mejor amigo desde que teníamos once años. ¿Cómo puedes comparar siguiera las dos cosas?

—No estoy comparando nada. Pero ¿cómo vas a pasarte de la raya con ese tío por la misma mierda que te está pasando a ti? No tiene sentido.

Michael dejó de dar pasos de un lado a otro mientras seguía jadeando.

—Como quieras, tío. —Empezó a alejarse de su amigo sin darse la vuelta. No podía mirarlo; no soportaba tenerlo cerca. Le ponía furioso que Amani no entendiera lo que debería quedarle muy claro—. A la mierda con esta mierda —dijo Michael—. Que os follen a todos. Me largo.

—Que me follen, ¿eh? —gritó Amani tras él—. A mí, que te acabo de salvar la vida, ¿no? Pues muy bien, no me digas más. ¡Puto vago!

Michael quería aclararse las ideas. Sabía qué tenía que hacer. Se había terminado. Desde el momento en que Ola había colgado, Michael había entendido que la siguiente vez que le contestara al teléfono sería para hacer estallar su vida por los aires. Se le había acabado el tiempo hacía mucho; se había enredado en sus propias mentiras y tenía que dejar de huir. No tenía adónde ir. Se había pasado el último mes esforzándose por impedir que llegara aquel momento, pero, aun así, había llegado.

Michael sacó el móvil del bolsillo. Abrió WhatsApp y le mandó a Ola el mensaje que había esperado no tener que mandarle nunca.

Necesito hablar contigo en persona. Es sobre por qué estoy en la Lista.

23

Para Ola era difícil imaginar lo que iba a suceder cuando Michael se lo contara. A lo mejor se quebraba como el cristal o entraba en combustión espontánea. Entre toda la gama de las emociones humanas, no había ninguna reacción suficiente. Aunque no le gustaba el melodrama, una parte de ella creía que se moriría en el acto cuando las palabras salieran de los labios de su marido. Su corazón no podría soportarlo; el martilleo que sentía en el pecho le latía también en el cuello, las muñecas, los brazos. La cosa iba a empeorar. Si algo había aprendido en el último mes era que, por muy mal que se sintiera en un momento dado, podía y terminaba sintiéndose peor.

Se había imaginado cómo iba a ser, pero no sabría cómo sería de verdad hasta que pasara. La noche anterior había contestado a Michael inmediatamente y le había pedido que la llamara, que fuera a su casa; le importaba un carajo que fueran las dos de la mañana. Pero Michael le dijo que necesitaba estar sobrio. Egoísta, como siempre. Soltarle algo así en mitad de la noche sin considerar cómo iba a sobrellevarlo Ola.

Ya eran casi las nueve de la mañana; Michael no tardaría en llegar. A Ola no se le ocurría qué hacer mientras. ¿Cómo iba a pasar los últimos minutos antes del fin de su mundo? Reviviendo el mes pasado, preocupándose por un futuro inconcebible. No volvería a confiar en nadie jamás, nunca lo superaría. ¿Cómo podría? Había sido lo bastante estúpida como para quedarse con Michael. Se había casado con él. Semana tras semana, lo había apoyado; más bien, había ido delante de él, sirviéndole de escudo contra las balas que él le había asegurado que estaban mal dirigidas, solo para confesarle luego que se las merecía.

Salvo que Michael nunca lo admitiría, porque era un narcisista autocomplaciente. No lo admitiría del todo. Tendría alguna explicación. Le aseguraría que la definición de acoso de la Lista era errónea. Que tenía pendiente una orden de alejamiento, pero que eso no quería decir que fuera justa. Se le revolvía el estómago al pensar en su víctima, @mirrorissa92, fuera quien fuese. Luego pasaron por su mente una serie de caras: la de Celie, la de Nour, la de Rhian, la de Kiran. Numerosas mujeres sin rostro que ella había silenciado. Lo

dijera como lo dijera, confirmaría lo impensable. Igual que Danks, Matthew Plummer y todos los demás trozos de mierda que estaban en la Lista, Michael era culpable.

Sonó el timbre. Ola estaba al lado de la puerta. Al abrirla, vio a Michael frotándose apresuradamente los ojos. Los tenía rojos e irritados. Podría haberlo abofeteado allí mismo por tener la osadía de llorar. Solo a Michael se le ocurriría hacerse la víctima. ¿Cómo tenía la desfachatez de quedarse allí de pie, herido y lloroso?

Fue hasta la sala de estar sin decir palabra. Michael la siguió. Ola se aseguró de que no se sentaran; no quería que aquello durase más de lo necesario. Michael ya le había hecho perder mucho tiempo. Solo quería oírle decir la verdad sin equívocos, sin súplicas. Luego podría irse de su casa y de su vida para siempre. Se quedaron callados un momento, Ola con los brazos cruzados, incapaz de mirar a Michael, él con los brazos caídos a los lados y los hombros encorvados. Tenía el labio inferior partido y sangre pegada a los pliegues.

—Antes de empezar, quiero decir que siento mucho lo que pasó en el convite —dijo Michael con voz ronca—. Siento lo de Celie. Lo siento todo, Ola. Te lo juro.

A Ola se le heló la sangre. No dijo ni una sola palabra, y Michael no esperó a que hablara. Por lo menos, la conocía lo bastante bien como para ir al grano. Michael cerró los ojos con firmeza y suspiró, como para aliviar algún dolor. Cada palabra que salía de su boca parecía provocarle una angustia física. Estaba utilizando todas las fuerzas que tenía para sacárselas de dentro.

—Te he dicho muchas veces que no sabía quién me había metido en la Lista. No sería justo contigo si siguiera diciéndote eso, cuando no es verdad.

Por las mejillas de Ola rodaron unas lágrimas silenciosas. Ahora que Michael estaba allí, no se veía capaz de soportar sus palabras.

Él se secó la frente con el dorso de la mano.

—De verdad que no sé cómo decirte esto —dijo Michael. Estaba pegado al sitio, inmóvil—. Pero antes de que nos prometiéramos… Durante un tiempo… Estábamos en crisis. Te acordarás de que teníamos problemas cuando yo no trabajaba.

Ola casi se rio. Michael no llevaba ni cinco minutos allí y ya estaba echándole la culpa a ella. Excusas, excusas, como era de esperar. Descartaba su responsabilidad antes incluso de haberla aceptado. ¿Qué estaba intentando decirle? ¿Que porque habían tenido problemas en su relación se había visto obligado a atacar a otra mujer?

—No nos comunicábamos de verdad —siguió diciendo Michael—.

Y eso es culpa mía. Lo admito. Admito la culpa que tengo en todo esto.

Ola se reprimió para no poner los ojos en blanco. ¿Quería una palmadita en la espalda por aceptar por fin la responsabilidad de algo? Se sintió tentada a marcharse, pero sabía que necesitaba oírlo para aceptar que se había equivocado con él.

—Durante aquella época —Michael bajó la mirada y la voz—, Jackie y yo empezamos a hablar otra vez.

Ola sintió que se le doblaban las rodillas instantáneamente. Al oír aquel nombre se le estremeció todo el cuerpo. Nunca olvidaría el momento en el que entendió lo que Michael estaba diciendo. Lo que en realidad estaba admitiendo. No se le había ocurrido que fuese a confesarle algo distinto a que las acusaciones eran ciertas. Pero, claro. Claro, joder.

—No nos acostamos —dijo Michael volviendo a subir el tono de voz. Se limpió la nariz y los ojos con la camiseta, como un niño de primaria—. Nunca quedamos. Nada de eso. Pero fue una total falta de respeto. Antes de pedirte que nos casáramos corté con ella para siempre. La dejé, no hubo más contactos. Pero a Jackie le molestó. Tú ya has tenido que sufrir sus mierdas. Ya sabes de qué rollo va. Y creo que… —Michael sacudió la cabeza y volvió a empezar con más convencimiento—. Ola, creo que ella me ha metido en la Lista. Sé que ha sido ella. Nunca la he amenazado, jamás le he pegado, nada. Te lo prometo. Pero sé que me metió en la Lista como una especie de venganza, porque…

Ola se dio cuenta de que, literalmente, estaba luchando para pronunciar las palabras. Parecía que iba a vomitar.

—Porque me amenazó. Después de que cortara con ella, me advirtió que algo haría. No estaba seguro de qué, me dijo de todo. Pero me imagino que lo que decidió hacer fue eso.

Por supuesto. Todo aquel tiempo, Luke había estado buscando donde no era. Michael sí estaba mintiendo, pero así era su marido: una caja de sorpresas. Tan predecible y a la vez tan impredecible. Esta vez, Ola ni siquiera había sospechado que fuera una infidelidad. Como una idiota, había pensado que jamás volvería a oír el nombre de Jackie.

—Sé que es probable que no me perdones —siguió diciendo Michael, débilmente—. Y no te estoy pidiendo que lo hagas. No merezco tu perdón. Solo quiero explicártelo todo. Le conté a la policía cuando estuve en la comisaría que había sido ella. Jackie se aseguró de que supiera que había sido ella. Me ha estado troleando con esa cuenta, mirrorissa92. Por eso le mandé ese mensaje por All Tea.

En mitad del silencio, por segunda vez, se hizo la luz para Ola.

«Porque puedo, Mikey», había escrito @mirrorissa92 como respuesta. A Ola le vinieron a la mente las capturas de pantalla que Jackie le había enviado hacía varios años de los mensajes que había intercambiado con Michael. El número de Michael guardado como *Mikey* junto al emoji del corazón rojo y un mono tapándose los ojos con las patas. Todo le volvió a la mente: cómo se había estremecido al leer aquel apodo, lo doloroso que había sido leerlo todo.

El día en que se enteró de lo de Jackie y Michael, hacía años, Ola no tenía planeado revisarle el teléfono. No tenía motivos para desconfiar de él. Pero decidió hacerlo después de ver muchas veces el nombre de Jackie en las notificaciones de la pantalla bloqueada del móvil de Michael, un nombre que reconocía de la sección de comentarios de su Instagram. @jackie_ayyx era difícil de olvidar. Tenía una cara del montón (lo que provocaba en Ola alivio y rabia a partes iguales), pero su cuerpo parecía la jactanciosa foto de un cirujano plástico del «después» de una elevación de glúteos al estilo brasileño. Claro que todo de manera natural, cosa que Jackie se apresuraba siempre a aclarar a sus seguidores mediante varios *hashtags.*

Michael se había dejado el móvil en la cama mientras iba al cuarto de baño, y la sensación molesta que sentía Ola cada vez que veía el nombre de Jackie en la página de Michael se adueñó de ella y cogió el teléfono. Se puso a navegar enseguida por los DM de Instagram. Leyó las mismas notificaciones que le habían llenado de mariposas el estómago durante sus primeras semanas de noviazgo y que ahora le llenaron de nudos la garganta. Los DM eran insinuantes, aunque para un ojo inexperto no pasaban de la raya, era difícil de calibrar sin el contexto de las bromas privadas de conversaciones anteriores. Sin embargo, las fotos de desnudos que encontró en WhatsApp no le dejaron lugar a dudas. La última era de hacía pocas horas.

Ola nunca se olvidaría de la cara ofendida de Michael cuando se encaró con él, como si esperara que fuera Ola la que se disculpara por revisarle el teléfono. Su primera táctica fue negarlo todo con rotundidad; le aseguró que Jackie y él no eran más que amigos, que estaba exagerando. Después de un interrogatorio más intenso, terminó diciendo la verdad, aunque negó haber cometido ninguna fechoría. Cuando Jackie y Michael habían empezado a hablar, Ola y Michael no eran novios «oficiales-oficiales». Esa fue su frase. Llevaban saliendo seis meses «en exclusiva», aunque estaba claro que cada uno tenía definiciones distintas de lo que significaba eso. Ola no había estado con nadie más, pero Michael afirmaba que en teoría podría haberlo

hecho. Desde el principio, le había dicho que solo salía con ella, lo que después aseguró que quería decir «salir en serio solo con ella». Semántica aparte, lo que de verdad le hizo daño a Ola fue su frivolidad cuando lo confrontó. Como si los sentimientos que habían estado cultivando hasta ese momento solo se ratificaran con el sello de noviazgo. Como si no le hubiera dicho que se había enamorado de ella el primer mes y no le hubiera presentado a su madre.

Michael la tranquilizó asegurándole que lo que Jackie y él hacían era algo menor, algo «trivial». Que era «diferente» a lo que tenían ellos; al fin y al cabo, a Ola la quería. Además, ella nunca le había preguntado si se acostaba con otras, lo que en la práctica era verdad, pero si no lo había hecho era porque tenía la impresión de que Michael no se estaba liando con nadie que no fuera ella. Por eso no habían usado preservativo. Ola, por lo general prevenida y cuidadosa, siguió el mismo consejo que daba en su blog. Le preguntó allí mismo si Jackie y él tampoco usaban preservativo; Michael le contestó con los ojos, bajando la mirada hasta el suelo.

Después de arrastrarse un poco usando a Kwabz de intermediario y pasado un tiempo, lo superaron. Es un error que no habría cometido si hubieran estado juntos de manera oficial, sostenía Michael, y eso hicieron en el instante en que volvieron a estar juntos. Sin embargo, los muros de Ola nunca terminaron de derrumbarse del todo. Se le encogía el pecho cada vez que vibraba el teléfono de Michael. A altas horas de la noche, cuando no podía dormir, se preguntaba qué otras cosas habría averiguado, unas semanas más tarde, sobre Jackie. ¿Habría cortado Michael con ella si Ola no hubiese encontrado los mensajes? Las posibles respuestas la preocupaban.

Como la ambigüedad había sido la excusa de Michael, de ahí en adelante Ola fue muy clara con él. Michael reaccionaba a las atenciones femeninas de una manera demoledora para el orgullo nigeriano de Ola. Ella le planteaba hipótesis, le preguntaba qué le parecería si, por ejemplo, un hombre hiciera un comentario insinuante sobre su cuerpo como el que le había hecho alguna mujer a él en un selfi en el gimnasio. ¿Le parecería bien que ella, igual que él, contestara con una sonrisa vergonzosa y un beso? Porque a ella no le parecía bien y no le importaba parecer posesiva e insegura. Porque a lo mejor así era ella. Michael replicaba que él no reaccionaría como ella. Y Ola nunca podría aportar una prueba de lo contrario. Michael tenía una ventaja eterna sobre ella, porque Ola no lo pondría jamás en aquella situación.

Ola sabía que su incapacidad para confiar en él hacía sentir a Michael castigado permanentemente. Sabía que echaba de menos a la

antigua Ola, pero que esa Ola ya no existiera era culpa suya. A Celie y a Ruth les resultaba difícil deshacerse del recuerdo de cuando la autoestima de su amiga más fuerte había descendido a los niveles de la adolescencia por culpa de un hombre que nunca les había gustado. Después del «incidente», Ola se aseguró, incluso en sus peores arrebatos de ira, de no contarles toda la magnitud de las fechorías de Michael. Les ofrecía un resumen, sin adornos, pero nunca los detalles. Celie y Ruth utilizaban las mismas palabras de Ola para arremeter contra él cada vez que la cagaba, y esas palabras resonaban en sus oídos cada vez que se reconciliaban. Si Celie y Ruth no hubiesen visto la Lista antes que ella, la reacción inicial de Ola a lo mejor habría sido intentar lidiar con ella sin sus amigas.

Eso había pasado en 2016, y allí estaba otra vez tres años después. Michael era coherente, eso tenía que concedérselo.

—Entonces has venido a contarme que me has engañado —dijo Ola con toda la claridad que pudo, con los hombros caídos y el rostro sombrío. Michael tenía los ojos clavados en sus zapatos—. Que no has acosado ni le has pegado a Jackie ni a nadie, pero que te ha acusado de esas cosas para vengarse. Y que nunca me lo habías contado. Me dijiste que no tenías ni idea de quién te había metido en la Lista y me permitiste seguir adelante con la boda sabiendo lo que escondías y lo culpable que me sentía yo por todo.

Detallar sus traiciones era como que la apuñalaran poco a poco; sin embargo, después de semanas de engaños y confusión, Ola necesitaba transparencia total. Michael parecía empequeñecerse con cada frase, retroceder ante la absoluta fealdad de los actos que ahora salían a la luz.

—Lo siento mucho —dijo Michael con voz ronca.

—Me has mentido. Sobre absolutamente todo. Otra vez, Michael.

—Solo quiero que sepas que yo…

—Me acusaste, joder —bramó Ola, tan fuerte que él se echó hacia atrás—. Me miraste a los ojos y me preguntaste si te estaba engañando.

—Ola —dijo Michael, poniéndose de rodillas y juntando las manos en una súplica. Parecía que estuviera rogando por su vida—. Sé que no puedo decir nada para arreglar esto…

—Después de todo lo que había pasado, volviste con Jackie —siguió diciendo Ola. Una ira absoluta la consumía mientras revolvía los brazos—. Precisamente con Jackie. La única persona a la que te había rogado que no vieras. La persona con la que me prometiste que no ibas a volver a hablar nunca.

Michael juntó las manos detrás de la espalda, como si estuviera

dispuesto a que lo azotaran.

Ola sintió que estaba perdiendo el control. Intentó respirar profundamente durante un rato para calmar la rabia que sentía. Seguía teniendo preguntas. Necesitaba respuestas.

—¿Qué hicisteis? —preguntó Ola, después de unas cuantas inhalaciones largas.

En la frente de Michael apareció una arruga de perplejidad.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, has dicho que no follasteis —dijo Ola con brusquedad—. Así que, ¿qué hicisteis?

La cara de Michael pareció hundirse todavía más.

—Sobre todo, nos mandábamos mensajes. Hablábamos por FaceTime. Desnudos. Nada físico.

—Qué considerados sois —dijo Ola con la voz cargada de sarcasmo. Apartó la mirada de Michael. No quería que la viera llorar—. ¿Durante cuánto tiempo?

—Ca-casi dos meses —tartamudeó él—. Empezó como en Navidad y corté con ella en febrero.

—¿Y os escribíais mensajes sexuales? —preguntó Ola sintiendo que la bilis le subía por la garganta.

Michael se apretó los ojos con los talones de las manos y gimió.

—A veces sí llegábamos a eso —dijo—. Pero nunca hicimos nada en la vida real. Ya estaba bastante mal todo, pero no quería faltarte al respeto…

En ese momento, Ola avanzó hacia él y lo empujó con tanta fuerza que casi lo tira.

—¡No te PUTO atrevas, Michael! —vociferó Ola—. ¿Respeto? ¿En serio?

Durante un minuto, no oyó nada, solo un zumbido en los oídos. Volvió a mirar al suelo, con los ojos encharcados.

—Entonces, ¿de qué hablabais? —Michael se quedó callado y Ola se rio de forma seca—. Ah, vaya, ahora eres tímido. Venga, Michael. ¿No habías dicho que querías contarme la verdad?

—Le dije que tú y yo estábamos teniendo problemas —dijo él en voz baja—. Que no estaba seguro de si se iba a arreglar. Que no estaba seguro de si…, de si éramos el uno para el otro.

Ola sintió que la conmoción se le atascaba en la garganta. Ni siquiera la rabia que sentía bastó para enmascarar el punzante impacto de aquella afirmación. En un instante, se imaginó a Michael y a Jackie en la cama, el uno en brazos de la otra, riéndose, diseccionando los defectos de Ola y su relación. Ola tuvo que recomponerse antes de seguir.

—¿Lo decías de verdad?

—No —respondió Michael enseguida, mirándola a los ojos—. No de esa manera… Quiero decir, a veces sí, cuando las cosas iban mal. No sé, Ola, a veces creo que estarías mejor sin…

—¿Qué más?

Michael volvió a taparse los ojos con las manos, abatido por lo que tenía que contar. Cuando las bajó, tenía el rostro contraído por la agonía.

—Solo decía lo que se me ocurría en el momento —dijo Michael—. Ola, lo siento mucho…

—Enséñame los mensajes. —Por la manera en la que Michael hundió los hombros, supo que los había borrado—. Pues claro —dijo Ola para sí.

De pronto, la habitación se volvió roja y Ola cogió el mando a distancia y se lo tiró a Michael al pecho. Michael permaneció inmóvil, callado. Ola lanzaba insultos al aire mientras Michael la miraba; Ola quería quebrarlo física, mental y espiritualmente. Cuanto menos reaccionaba él, más se enfadaba ella; cuanto más se enfadaba ella, menos reaccionaba él.

—¿Cómo puedo estar segura siquiera de que fue ella quien te metió en la Lista? —dijo Ola con la esperanza de que eso le hiciera decir o hacer algo—. ¿O que no hiciste lo que ella dice? No haces más que mentir y hacer daño a las mujeres. A lo mejor sí que la acosaste. O le pegaste, a ella o a otra. ¿Cómo voy a saberlo?

No era una pregunta irracional, aunque no la estuviera haciendo en serio. Por supuesto que Michael podría haber hecho todas las cosas de las que lo acusaba Jackie. Que Michael admitiera haber tenido una aventura no demostraba nada, salvo que había sido con Jackie. Jackie, cuyo preocupante encaprichamiento por Michael había presenciado Ola en primera fila. Cuando Michael y ella empezaron a solucionar las cosas después de su primera separación, Jackie se puso intensa. Lo que Ola no había visto el día que le revisó el teléfono a Michael, lo vio más adelante en capturas de pantalla. Jackie se las mandó a Ola una y otra vez en varias diatribas por DM. Había sido horrible leer todo lo que Michael le había dicho, todo lo que habían hecho. Calcular las fechas en las que había estado con las dos el mismo día. Pero también había visto destellos de lo que Jackie era capaz, mensaje tras mensaje, en los que le decía que era una imbécil que se dejaba pisotear, una zorra, una puta. Que Michael y ella daban vergüenza y se merecían el uno al otro. Que esperaba, por el bien de Ola, que supiera pelear. Jackie siempre era la primera en mirar sus historias de Instagram; cuando Ola por fin la bloqueó (y a las cuentas de sus amigas, que

también habían empezado a salir de la nada), le quedó la tarea de localizar y bloquear las numerosas cuentas fantasma que, sin duda alguna, también eran suyas.

Aquel recuerdo estremeció a Ola. Se había visto atrapada en un mezquino *The Boy Is Mine,* por un hombre que ni siquiera era el Mekhi Phifer de los años noventa. Las mujeres no brotaban sin más de la tierra locas, furiosas y vengativas como en los mitos griegos. Ola lo sabía. Pero, dada su historia, costaba menos imaginarse a Jackie acosando a Michael que lo contrario. Habría deseado llegar a la conclusión de que Michael era inocente porque confiaba en él, pero, en realidad, fue porque confiaba en ella, en su instinto.

Michael levantó un poco la cabeza y le sostuvo la mirada.

—Solo quiero ser honesto.

—¿Y después qué? —dijo Ola—. ¿Esperas que me crea cualquier cosa que me digas? ¿Qué pretendías conseguir con esto? Nos vamos a separar, eso es evidente. Así pues, ¿de qué sirve?

En realidad, Ola no estaba segura de si no hubiese preferido no saberlo.

—Sé que no vas a querer volver a tener nada que ver conmigo —dijo Michael lloriqueando—. Y nunca me perdonaré haberte hecho daño. No sé qué me pasa. No sé por qué no puedo ser el hombre que te mereces, cuando te quiero más de lo indecible. Pero necesito que sepas que… Jackie y yo no… No es como que… —Se contuvo.

Ola levantó la cabeza, buscando el final de la frase de Michael en el silencio.

—¿No es como qué?

Michael retrocedió un poco.

—Ibas a decir que no era como que Jackie y tú follarais, ¿verdad?

—No lo hicimos —se lamentó Michael—. Y no estoy intentando molestarte al decirlo, pero quiero que quede claro.

La ira aullaba en los oídos de Ola. Levantó la mano para darle una bofetada a Michael, pero, antes de que pudiera darse cuenta, él la agarró por las muñecas. Ola se liberó y se abalanzó sobre él por segunda vez, así que Michael la rodeó, aplastándole los brazos contra el pecho mientras Ola rechinaba los dientes de izquierda a derecha.

—¡Que te JODAN! —gritó Ola.

Le dio una patada en la espinilla a Michael y él la soltó. A lo mejor se merecía todas las cosas horribles que le habían pasado el último mes. A lo mejor el karma era una perra llamada Jackie Asare.

—Si te preocupa no ser lo bastante bueno para mí es porque no lo eres, joder —dijo ella mientras se recolocaba el jersey—. Nunca lo has sido y nunca lo serás. Vete.

Michael se dirigió a la puerta. Con la cabeza gacha, parecía más pequeño que cuando había entrado. Abrió la puerta y, en cuanto puso un pie en el felpudo, Ola cerró con todas las fuerzas que le quedaban.

Aunque en público jurase que para ella el matrimonio era poco más que una formalidad, había tenido el descaro de sentirse orgullosa al contarle a sus seres queridos que iba a casarse. En secreto, se sentía pagada de sí misma por ser la primera de su grupo que se había prometido con su rey. Su madre diría que esos votos seguían siendo lo único que importaba, que la reacción de Ola era exagerada, porque la mierda que fuera que Michael hubiera estado haciendo con Jackie no era tan mala como si se hubiera acostado con ella. Su madre diría que, por lo menos, Ola no había tenido que soportar lo mismo que ella, y que incluso así había conseguido hacer funcionar las cosas con su padre.

Pero ¿hasta qué punto era distinta Ola de su madre? Hasta cuando era niña, la rabia que debería haber dirigido contra su padre infiel la descargaba contra su madre. Y ahora, la rabia que debería haber dirigido contra su propio marido infiel, la descargaba contra sí misma. Mientras Michael estuvo en su salón, encorvado y lloriqueando, Ola sintió las corrientes subterráneas de la compasión subiendo hasta la superficie. A una mujer inteligente y capaz como ella, el amor la volvía más estúpida que la mierda. Se imaginaba a Michael en aquel momento, relatándoles su versión de los hechos a sus amigos, que dirían que Ola «se estaba pasado de la raya», como siempre. Le echaría la culpa a sus problemas, de los que nunca hablaba a no ser que fuera para excusar sus defectos. Ola era la mala por no haberse dado cuenta de lo mal que se sentía Michael cuando lo hacía sentir como un inútil.

Una parte de Ola deseaba que se hubiera follado a Jackie, porque Michael creía que no llevar hasta el final el agravio, de alguna manera, lo volvía honesto y no cobarde. Eso le daba permiso para decir que él «no era como otros tíos». Se pensaba que era un buen partido porque se acordaba de su aniversario. Físicamente, le era «fiel» a Ola, que era más de lo que se podía decir de algunos hombres. En general, era un «buen» compañero, lo que era fácil de conseguir si la honradez pasaba a un segundo plano.

Ola siempre había sabido que así era estar con un hombre: sufrimiento compensado por el orgullo de tener a alguien al lado. Lo había visto en su madre, que consideraba que todos los desaires y secretos valían la pena a cambio del título de «esposa». Ola había jurado que ella nunca sería así. Y, sin embargo… Y, sin embargo, allí estaba, castigada por confiar en Michael una vez más. Aliviada porque

no estuviera agrediendo ni intimidando a ninguna mujer, solo engañándola con ellas. Y, de todas formas, ¿no era cierto que hasta cuando lo habían acusado de aquellos delitos, Ola se había quedado con él?

—Quiero pasarme el resto de mi vida haciéndote feliz —le había dicho Michael una vez, demasiado en serio, durante una de sus primeras citas.

—¿Quieres hacerme feliz? —había repetido Ola, meditando sus palabras—. Es fácil. No me humilles.

Michael se había reído.

—No se puede responsabilizar a un hombre de lo que hace después de tomarse unas cuantas copas de ron Wray and Nephew si suena *Pow!*

—En serio —dijo Ola torciendo la boca hacia la izquierda—. No me dejes en evidencia.

Michael le agarró la mano y la besó con dulzura.

—¿Por qué iba a hacer yo eso?

¿Por qué iba a hacer él eso? ¿Por qué lo había hecho? Porque Ola se había sentido estúpida muchísimas veces. La Lista no había sido la primera vez que había sospechado que se murmuraba a sus espaldas. Debería estar acostumbrada, aclimatada, al inevitable dolor sordo de la traición que Michael le había infligido muchas veces, pero cada vez la había sentido tan fresca como la anterior, le desgarraba el cuerpo como una enfermedad extenuante, le robaba el apetito y la concentración. Estaba, por primera vez, tan segura de su inocencia como era posible estarlo.

—Más vale que Michael esté diciendo la verdad —le había dicho Kiran—. Y más vale que sea capaz de demostrarlo.

Desde luego que lo había demostrado.

El teléfono, que le pesaba contra la pierna, empezó a vibrar; sintió que la furia le crecía por dentro. ¿Cómo tenía la temeridad de llamarla minutos después de haberse ido, patético y gimoteando? Se lo sacó con prisas del bolsillo, pero no era Michael, sino Kiran.

Ola miró la hora en la pantalla. Eran más de las diez, y Kiran estaría en el trabajo, así que no podía ser algún cotilleo rápido de la hora del almuerzo. A lo mejor era algo importante. Pero, igual que Michael, *Womxxxn* ya no era problema de Ola. Además, en aquellos días nunca salía nada bueno de contestar al teléfono. Lo dejó en la encimera de la cocina y subió las escaleras despacio. Fuera lo que fuese, Kiran tendría que esperar.

24

Para cuando Michael se detuvo en la rotonda de Elephant and Castle, ese mismo día, era hora punta. Se acercó a trompicones al bordillo. A los transeúntes solo le interesaban a medias sus pasos dispersos y los tragos taciturnos que le iba dando a la botella.

Era algo que odiaba de Londres. Ese frío desinterés mezclado con desdén tan específicamente metropolitano. Lo fácil que les resulta a los londinenses apartar la vista de la mano tendida de una persona sin hogar en un tren abarrotado, mientras ponen los ojos en blanco y refunfuñan como si fueran ellos los perjudicados. Una vez había visto a una mujer llorar a gritos en un vagón del metro, con los ojos y las mejillas enrojecidos y llenos de churretes de las lágrimas. Michael fue el único que le preguntó si estaba bien. No es que quisiera que nadie se le acercara mientras estaba al lado del semáforo con la cara mojada y temblando, pero la indiferencia de los transeúntes que pasaban a su lado tenía un matiz de fastidio, como si Michael fuera un estorbo. Iban abrazados a los abrigos y a los *Evening Standards,* con los cuerpos tensos por la desconfianza.

Michael miró cómo pasaban a toda prisa los autobuses y los coches y se agarró al frío poste para conservar el equilibrio. Le temblaron las manos al llevarse el borde de la botella a los labios y tragar otro sorbo ardiente, esperando que el mundo se volviera borroso. ¿Qué había debajo del fondo? ¿El infierno? El fondo del infierno, allí, probablemente, se dirigía. No sonaba bien, y el whisky hizo que se riera a carcajadas al pensarlo.

¿Cuántas veces se había sentido Michael así aquel último mes? El día que había salido la Lista, todo el mundo parecía saberlo. Después, el día de su boda, el *hashtag* #LosKoranteng19 le dejó claro que todavía le quedaba dolor por sentir. La publicación de Lewis hizo que llegara a un público completamente nuevo. Y ahora había perdido a Ola para siempre. Otro bajón. Las cosas no hacían más que empeorar cada semana que pasaba.

Esa mañana, poco después de que saliera de casa de Ola, recibió el primer mensaje sobre el artículo. Estaba menos al tanto después de haber salido del chat grupal «Los Once de la Lista», pero Lewis, de quien hacía días que no sabía nada, le mandó el enlace seguido, sin

ironía, de los dos puntos y el paréntesis de cierre :(. La revista *Womxxxn* había publicado su largo reportaje definitivo. «Los hombres entre nosotras: el momento #MeToo en los medios de comunicación de Reino Unido» era el titular; su autora, Sophie Chambers. Michael solo se atrevió a hojearlo para ver si mencionaban su nombre, cosa que no hacían. Sí mencionaban, sin embargo, la toma del *hashtag* de la boda, refiriéndose al novio como a un «antiguo presentador de pódcast que había sido contratado por CuRated después de un pleito racista con mucha publicidad». Aquella descripción, así como la inclusión de las acusaciones, lo hacía completamente reconocible. Al caer la tarde, el reportaje, que también incluía unas citas en exclusiva de Nour, ya había vuelto a poner la Lista en el candelero.

Ola no debería haber intentado contener a su jefa, ya que Michael se lo merecía. Le había hecho daño una y otra vez, y ella había terminado quebrándose. Se había hartado de protegerlo, se había cansado del abismo que había entre ellos. Michael iba siempre a contrapié en la relación, intentando compensarla constantemente, resarcirla. Después la volvía a cagar y la brecha se ensanchaba. No sabía cuántos errores tendría que cometer Ola para que llegaran a estar en igualdad de condiciones.

El reportaje no fue lo peor de aquella mañana. La repercusión del artículo de *Womxxxn* se hizo evidente con rapidez. Se referían a acusaciones que estaban muy difundidas, pero que antes podían descartarse como chismes de poca monta de internet, y ahora el artículo las había convertido en una noticia legítima y fidedigna difundida por una fuente creíble. Cuando Michael llegó a su casa, la puerta chorreaba yema de huevo; el felpudo de la entrada estaba cubierto por una metralla de cáscaras. Cuando empezaron a llegarle mensajes ofensivos, consultó All Tea*;* entre los comentarios vio su número de teléfono y su dirección publicados junto a los de decenas de acusados que aparecían en la Lista. Al cabo de menos de una hora, Beth le había mandado un correo electrónico para concertar una reunión de emergencia; más o menos cuarenta minutos después, estaba delante de Beth y de Seb en la oficina de Camden de Curated.

—Michael —dijo su jefe—, siéntate, por favor.

Las frases de Sebastian, despojadas de sus «tíos» y «colegas», eran apabullantemente concisas. Ese día era la viva imagen del primer policía con el que había hablado Michael sobre la Lista, con la misma expresión cansada. La decoración de la oficina de Seb era genérica y ordinaria, mucho más minimalista que el resto de CuRated. No había ningún letrero de neón ni carteles, apenas efectos personales. Era como si los decoradores hubieran parado al llegar allí. Lo único digno

de mención era una estantería hasta el techo, detrás de él, revestida con un premio Netty tras otro.

—Gracias por venir con tan poco aviso —siguió diciendo Sebastian—. Nos ha parecido que, después de los acontecimientos de esta mañana, lo mejor sería que hablásemos cara a cara. —Se quitó una pelusa invisible de la americana azul marino—. Hemos estado reflexionando durante tu ausencia, intentando encontrar la manera de proceder con tu… situación para conseguir que el entorno de trabajo de CuRated sea seguro. Para todos.

Michael se arrugó al oír la palabra «seguro».

—Lamentablemente, tras la publicación de un artículo en el que se han vertido graves acusaciones sobre tu conducta en otros lugares de trabajo, varios compañeros han reiterado su malestar… Entre eso y que te has ausentado la mayor parte del primer mes…

—¿Ausentado? —lo interrumpió Michael, aunque sabía que era en vano—. Me disteis de baja. Fue una sugerencia de Beth.

Miró a Beth, quien clavó la mirada en su regazo.

Sebastian guardó silencio hasta que Michael terminó.

—… Creemos que la situación se ha vuelto insostenible —siguió diciendo Sebastian, volviendo a la vida como si una mano invisible hubiera pulsado el botón de *play* y Michael no hubiera dicho nada—. Lamentablemente, vamos a rescindir tu contrato con efecto inmediato.

—Pero la orden de alejamiento ni siquiera existe —imploró Michael—. Eso lo sabéis. No he hecho nada malo.

—Lo sentimos, Mike —dijo Beth en voz baja; se había sonrojado por la incomodidad, sus mejillas rivalizaban con el tono rojo cereza de la barra de labios que llevaba puesta.

—A ver si lo entiendo —dijo Michael—, ¿me vais a despedir para proteger vuestra reputación? ¿Como si no fuera ese el motivo por el que me contratasteis en un primer momento?

Sebastian miró su reloj con disimulo y luego a Beth.

—Creo que de lo demás ya te puedes encargar tú, ¿no? —dijo, sin mirar siquiera hacia donde estaba Michael.

—He hecho todo lo que he podido —dijo Beth cuando se cerró la puerta, con una desesperación nueva en la voz en ausencia de su jefe—. Sé que no te servirá de ayuda oírlo, pero es la verdad.

Michael se frotó las sienes.

—Te ayuda a ti a sentirte mejor por joderme —dijo Michael.

—Lo siento. —Beth lo miró—. Michael, seguimos intentando recuperarnos del fiasco de «Not rated». No podemos permitirnos que nos consideren sexistas además de racistas.

A Michael no se le ocurría qué más hacer, salvo sacudir la cabeza.

—Será una cosa discreta —siguió diciendo Beth—. Nada de declaraciones de relaciones públicas, nada de hurgar en la herida. No lo anunciaremos, me aseguraré de que así sea.

Las blancas arenas de la culpa blanca de CuRated habían llegado por fin al otro extremo del reloj de arena. Les había valido para resolver su crisis de relaciones públicas. Ahora que tenía la suya propia, era una carga para ellos. No debería ser una sorpresa para Michael, pero el cuidado con el que Beth le había concedido la baja, el empeño que había demostrado por ayudarlo, le habían llevado a sentir una falsa sensación de seguridad. Conseguir un trabajo que deseaba de verdad había sido una batalla que le había llevado años. Los padres de Michael no trabajaban en los medios como los padres de muchos de sus compañeros, no podía permitirse aceptar prácticas no remuneradas. Que lo contratasen en CuRated había sido todo un acontecimiento. Algo por lo que había estado esforzándose desde siempre y había desaparecido en un instante. Volvía a la casilla de salida. Era otra vez el chico sin blanca al que Ola quería pero no respetaba. Y ahora también la había perdido a ella.

Después de la reunión de esa mañana, se detuvo en un quiosco de prensa a comprar una botella de Jack Daniel's y se abrió camino por el cálido aire veraniego hasta la estación de Camden Town. Después de entrar tambaleándose en el tumulto agobiante de la hora punta, pasar por los tornos y bajar las escaleras mecánicas, una mujer con hiyab y sin aliento le tocó el hombro para pasarle a Michael sus llaves de su casa; no había oído que se le hubieran caído del bolsillo. Se bebió la botella entera en el trayecto, inmune al ceño fruncido de los viajeros. Cuando iba a salir de la estación, perdió un poco el equilibrio y se tropezó. Entonces, se dio cuenta de que no encontraba la tarjeta, así que volvió al andén, por si también se le había caído. Cuando estaba en las escaleras mecánicas rebuscó en su mochila y la encontró.

Michael llegó a Elephant and Castle sudoroso, borracho y seguro de estar cubierto por una fina película de mugre. Siempre le había gustado aquella zona; en los viejos tiempos, Ola y él solían visitar todas las semanas el Mercado Metropolitano, donde cada vez compraban alimentos diferentes a un vendedor distinto. Qué despreocupados vivían entonces, comiendo *cannoli* y kebab del tenedor del otro. Se imaginó a Lewis de joven caminando también por aquellas calles y pensó en mandarle un mensaje de texto, pero cambió de opinión. La única persona con la que quería hablar lo odiaba. Lo miraba como si no lo conociera. No esperaba que lo perdonase, pero aquella mañana se había dado cuenta, por cómo lo había mirado Ola, de que le producía escalofríos.

Michael lo entendía, hasta él sentía lo mismo. Ola parecía creer que Michael había contestado a los mensajes de Jackie porque quería estar con ella como fuera. Era como si él fuera el único que recordara cómo eran las cosas entre ellos por aquel entonces. Aquellos días oscuros en los que apenas hablaban, cuando a él le costaba levantarse de la cama y no era capaz de hacer el trayecto hasta la oficina de empleo. Al principio, Ola le había dicho que no importaba que siguiera en mitad del proceso de ponerse las pilas. Lo entendía. Al fin y al cabo, ella había ido a una universidad mejor porque tenía mejores notas y se había sacado un título mejor, cosa que la ayudó a conseguir un trabajo mejor con un sueldo mejor. Sin embargo, cuando despidieron a Michael —de un trabajo que él no había querido, de un puesto que a ella nunca le había parecido bien—, en algunas ocasiones, el apoyo que le mostraba le recordaba a las burlas mordaces de sus padres.

—¿Qué se puede hacer en realidad con un título de Administración de Empresas? —decía Ola chasqueando la lengua cuando buscaban en portales de empleo.

Michael se sentía susceptible y estúpido cuando las indirectas de Ola le molestaban. No recordaba ningún momento de su relación en el que no se hubiera sentido humillado, muy en el fondo. Las cosas que le gustaban de ella —que fuera culta, que tuviera éxito, que fuera sexual— no le hacían sentirse bien consigo mismo necesariamente. Cuando Ola le dijo con cuántos se había acostado, Michael no permitió que su expresión traicionara el horror que sintió, porque el número solo estaba un poco por debajo de su propio número colosal. Era complicado verbalizarlo sin parecer un idiota, por lo que renunció a intentarlo. En cualquier caso, le había faltado al respeto a Ola, le había mentido, le había hecho daño. La quería de una manera que a Ola no le servía, de una manera que hacía que estuviera mejor sin él. Decirle que la amaba más que a la vida misma significaba poco, ya que Michael no amaba la vida. Pero quería a Ola de una manera que le daba significado a su propia vida, que le hacía creer que valía la pena vivirla. No valía la pena, claro, pero no era culpa de Ola. Era culpa suya.

Se le desenfocó la vista mientras observaba la gran estructura brutalista situada en el centro de la rotonda, un brillante cubo de acero inoxidable. Ola le había contado una vez que era una especie de monumento conmemorativo. Michael nunca le había prestado mucha atención, pero ese día no podía evitar pensar que parecía una nave espacial. Observó cómo se reflejaban las luces del tráfico en la superficie espejada mientras imaginaba dónde le dejarían las flores si moría allí. «Podría terminar con esto ahora mismo», pensó. No había

nada que lo detuviera. Podría beberse el resto de la botella, apretar los ojos y adentrarse en el tráfico. Probablemente ni siquiera le dolería. El Jack Daniel's le había entumecido el cuerpo; apenas sentía los miembros.

Divagó hasta imaginarse su funeral. Toda la gente a la que había decepcionado que se vería obligada durante el duelo a fingir que era un hombre mejor de lo que era en realidad. Su madre, a la que no visitaba tanto como debiera, debilitada por la pena, sollozando sin consuelo. Michael lamentaba que no tuviera más hijos ni nietos. ¿Cómo podía hacerle eso, después de todo lo que había pasado para tenerlo a él? ¿Su único hijo, a quien sobrevivirían sus padres y su abuela? Ojalá pudiera seguir adelante, aunque solo fuera por ella. Kwabz haría todo lo que estuviera en su mano para consolarla, mientras ella lloraba entre sus brazos. El más íntegro de sus colegas, el mejor de ellos, aunque se burlaran de él por eso. En realidad, eso lo decía todo. Kwabz era el hermano que Michael siempre había querido y necesitado tener. Al fin y al cabo, sus amigos se habían portado bien con él. A la hora de la verdad, su banda le cubría las espaldas. Aunque Seun tenía sus defectos, ¿acaso el propio Michael no los tenía? Siempre habría amor entre ellos. Eso también valía para Amani.

Luego estaba Ola. ¿Iría a su funeral? La quería tantísimo que en aquel momento la única razón por la que temía a la muerte era porque significaría no volver a verla, hacerla reír. Pero Ola no quería verlo nunca más, así que, ¿qué tenía que perder?

La intensidad de sus pensamientos hizo que sacudiera la cabeza, como para tratar de deshacerse de ellos. Michael se acercó la botella a la altura de los ojos y la estudió: solo quedaba un cuarto. Se la metió en el bolsillo de la chaqueta y sacó el teléfono, en el que empezó a redactar temblorosamente un mensaje para Ola. Incluso con el aturdimiento de la borrachera, se preocupó por corregir las faltas de ortografía. La pantalla se desenfocaba y volvía a enfocarse. Quería ser claro.

> Hay tantas cosas que quiero decirte, pero no sé cómo. Tú eres a la que se le dan bien las palabras. Pero sí quiero decirte que siento mucho el dolor que te he causado. Tú, precisamente, eres la que menos se lo merece.
>
> Ojalá pudiera explicarte cuánto lo siento, Ola. Todo. Sé que es difícil creerlo, pero te prometo que lo único que he querido siempre es hacerte feliz. En el fondo sabía que nunca sería capaz de hacerlo. Yo mismo no era feliz. Pero no quería perderte y por eso estaba dispuesto a perderlo todo. Eso es lo que he conseguido, la culpa no es de nadie, solo mía.
>
> Quiero lo mejor para ti, y los dos estamos de acuerdo en que no soy yo. Pero siempre te querré.

Michael releyó el mensaje antes de enviarlo y se sacó la botella del bolsillo. Se bebió lo que quedaba y volvió a mirar por encima de la carretera la construcción brillante con forma de caja. Era grandísima y muy peculiar. Michael se preguntó si tendría un grabado o algo así, alguna placa explicativa. Se enjugó los ojos llorosos con el dorso de la manga y empezó a cruzar la calle sin rumbo fijo, entre coches y bicicletas de Deliveroo que circulaban a toda velocidad. Michael ni se estremeció cuando hicieron sonar los cláxones a su paso, lo invadió la calma cuando se dio cuenta de que no le importaba si lo arrollaban. Dio unos cuantos pasos lentos e indolentes más hacia el tenue borrón rojo del semáforo.

Todo pasó muy rápido. Oyó el claxon de un coche y los gritos antes de ver los faros. Vio los edificios de enfrente convirtiéndose en cielo. Y luego, nada.

Michael no recordaba el momento del impacto; cuando intentaba imaginárselo, solo se le aparecía la oscuridad más absoluta. El último recuerdo que tenía después de meterse en la calzada era el de intentar levantarse del asfalto, mientras una voz lejana le decía que no lo hiciera, que la ambulancia no tardaría en llegar.

Justo después se despertó en una cama de hospital con un collarín en el cuello, un gotero en el brazo y un tubo metido en la garganta. Lo que habían dicho los médicos mientras estaba inconsciente se le había infiltrado en la mente y se había entrelazado con sus recuerdos; tenía la sensación de que podía ver el coche desviarse, de que recordaba el parachoques golpeándole en el costado y lanzándolo por los aires hasta el carril contiguo. Al conductor tras el volante restregándose el cuello por el latigazo en las cervicales, una lesión que podría haber sido mucho más grave, según dijeron los sanitarios de la ambulancia. Aquel veredicto era válido para ambos: Michael tenía un pulmón perforado, la mandíbula fracturada, un hombro dislocado y ocho costillas rotas.

Cuando abrió los ojos, la primera cara que vio fue la de Ola, inclinada sobre su cuerpo roto como si fuera un bebé en una cuna. La madre de Michael estaba tras ella, secándose los ojos a toda prisa cuando Michael se despertó. Le apretó la pantorrilla desde los pies de la cama, con cara de cansancio y alivio. Las dos mujeres a las que más quería, preocupadas, a sus pies, como las Marías bíblicas.

—No intentes hablar —dijo Ola y le rozó levemente la mano con la suya.

Michael agradeció la sonda de alimentación; no sabía qué decir. Después de todo lo que le había hecho pasar, ella se hacía cargo de la situación, una vez más. Por supuesto que no la esperaba allí, en la

habitación del hospital; él mismo no esperaba estar allí. Pero allí estaba Ola. En aquel momento, la culpa de la última conversación que había tenido con ella se vio reemplazada por una nueva culpa. Y todo quedaba eclipsado a su vez por la tremenda vergüenza que sentía.

¿Y si Ola pensaba que era una estratagema desesperada para llamar su atención, para manipularla y conseguir que hablara con él? Aunque recordaba muy poco de lo que había pasado en la rotonda, estaba bastante seguro de que había sido un accidente. Sí, estaba borracho y muy desanimado; la idea del suicidio se le había pasado bastante por la cabeza, pero no se había metido en la calzada para que lo atropellaran, ¿no? Más bien parecía que había dejado de importarle lo que le pasara. Como si estuviera dispuesto a dejar que la naturaleza siguiera su curso.

No habría hecho que Ola y su madre tuvieran que pasar por aquello si hubiese tenido la mente despejada. No después de todo lo que había pasado. Necesitaba que Ola lo supiera. Intentó levantar el brazo para tirar del tubo, pero no pudo. Al ver el angustioso esfuerzo que hacía Michael por moverse, Ola colocó la mano justo encima de la cánula para detenerlo. Y después carraspeó.

—Michael —dijo Ola en voz baja. Separó y apretó los labios varias veces antes de volver a hablar. Tenía las cejas fruncidas, como un médico que estuviera a la cabecera de su cama a punto de darle una terrible noticia—. Michael —repitió—. Ha pasado algo.

Cuarta parte

25

El informe toxicológico indicaba que en el torrente sanguíneo de Lewis se había encontrado un cóctel de alcohol, cocaína y antidepresivos. En su atestado, la policía de Orpington confirmaba que los agentes recibieron una llamada desde una dirección en Keston Park, Kent, poco antes de las 17:30 horas del 14 de junio de 2019. Encontraron a Lewis inconsciente en su dormitorio. El forense dio como causa médica provisional de la muerte el ahorcamiento. Aunque se había prohibido a la prensa que entrara en demasiados detalles sobre el suicidio, sí informaron de que llevaba un tiempo tomando sertralina y que estaba en proceso de declararse en quiebra. A la mañana siguiente, los periódicos sacaron historias sobre la muerte de su madre, sus problemas matrimoniales y su nota de suicidio, en la que había escrito largo y tendido sobre todo aquello, incluidos sus conflictos con su sexualidad. Su última publicación en las redes sociales fue una historia de Instagram en la que recordaba a sus amigos y a su madre, con la letra de *Million Years Ago,* de Adele.

La reacción fue inmediata y abrumadora. Su última publicación se inundó de emojis de manos rezando, corazones y palomas. Muchos que le habían dicho que se quitara de en medio dejaron comentarios de pésame en la publicación en la que Samantha anunciaba la muerte de su marido. Unos cuantos famosos subieron fotos en escala de grises en las que aparecían rodeando a Lewis con el brazo y escribieron páginas enteras de homenaje como pies de foto de Instagram.

«No dejo de pensar en la última vez que nos tomamos una copa, Lewis», había escrito un comentarista deportivo en una imagen de Getty con marca de agua en la que aparecían abrazados en una alfombra roja. «Eras un tipo lleno de elegancia, un completo caballero y una absoluta leyenda. Esto no puede ser verdad». Aquella misma mañana, había compartido el artículo de *Womxxxn* sobre la Lista en el que se hacía alusión a las acusaciones que pesaban contra Lewis, una publicación que luego había borrado. Se habían subido cientos de publicaciones como aquellas recordándole, hablándole directamente como si fuera a responder. Michael se preguntó qué le había dicho aquella gente a Lewis, si es que le habían dicho algo, cuando los había necesitado.

En un lateral del centro comercial Elephant and Castle pintaron con aerosol un mural de Lewis con la equipación de Crystal Palace, aunque apenas se veía por todas las flores, banderas arcoíris y camisetas de fútbol que dejaron. En Selhurst Park se celebró una vigilia silenciosa y el monumento a Michael Faraday se inundó de pancartas y *post-it*. Los asistentes observaban el cortejo fúnebre, sollozaban desde las barreras, sostenían velas y globos. El *hashtag* #RememberLewis se hizo viral enseguida; se pidió a los usuarios que pensaran en la muerte prematura de Lewis antes de publicar comentarios negativos en internet. Aquello generó una campaña llamada #ThinkFirst que no tardó en aparecer en camisetas y cabeceras de Twitter. Al cabo de menos de una semana, una recaudación de fondos para crear en nombre de Lewis una fundación de apoyo a jóvenes negros LGBTQ+ y sin hogar superó cuatro veces su objetivo de doscientas cincuenta mil libras.

Entonces se sumaron los parlamentarios. Al día siguiente de la muerte de Lewis, una petición para que se aprobara la «Ley Lewis» contra la difamación en internet superó las cien mil firmas, por lo que se debatiría en el Parlamento. A la semana siguiente, Paul Moore, diputado conservador por Orpington, lo mencionó en el turno de preguntas al primer ministro.

—Señor primer ministro —dijo, ajustándose las gafas mientras leía sus notas—: Lewis Hale, vecino de mi distrito electoral, condecorado con la Orden del Imperio Británico, era un tesoro nacional, un icono del fútbol. Padre, marido e hijo. Él también ha sido, como muchísimos hombres de Gran Bretaña, víctima del suicidio. El suicidio es ahora mismo la primera causa de muerte en el Reino Unido de los hombres menores de cuarenta y cinco años. Lewis tenía cuarenta y dos años cuando se quitó la vida, después de que se publicaran en internet de manera anónima unas acusaciones sin fundamento en su contra. ¿Se unirá el primer ministro a mi petición de que se tomen medidas urgentes sobre este asunto y apoyará la propuesta de la «Ley Lewis»?

Para cuando el médico le indicó a Michael que podía volver a comer alimentos sólidos, el proyecto de ley había desatado una apasionada disputa sobre la libertad de expresión. A Michael le resultaba imposible evitar el debate en torno a la muerte de Lewis; estaba en todos los periódicos, en todos los canales. Las enfermeras y los médicos hablaban de eso mientras le tomaban las constantes vitales. Chasqueaban la lengua, suspiraban y movían la cabeza con preocupación.

—Las redes sociales pueden llegar a ser un sitio horrible —decían mientras le apretaban el tensiómetro en la parte superior del brazo.

Seguía sin parecerle verdad, incluso días después: la muerte de Lewis, las secuelas, su propia experiencia cercana a la muerte. Cuando Ola se lo contó, no lo entendió bien del todo. Tanto el trauma del accidente como el fentanilo lo habían dejado cansado y desorientado. Cuando se despertó en el hospital, todo había adquirido una especie de aire onírico. Se había quedado dormido justo después y casi se había olvidado de lo que le había contado Ola, hasta que vio las noticias a la mañana siguiente mientras desayunaba. Encendió la televisión y vio a una presentadora rubia de Sky News leyendo impasible un titular sobre el suicidio de Lewis. La habitación empezó a flotar, se le ensombreció la visión periférica. Agradeció que su madre estuviera dormida, que no tuviera que consolarlo en aquel momento de constatación. Sintió que se le hundía el corazón en la boca del estómago, las lágrimas silenciosas.

El ciclo de noticias dejó atrás los panegíricos y no tardaron en multiplicarse los debates sobre la guerra cultural, la muerte de Lewis y la Lista, televisados en el programa matinal *Loose Women* y después arrasando en la LBC cada vez que la enfermera encendía la radio. Por la mañana discutían sobre eso en *Good Morning Britain;* por la noche, en *Question Time*. Cuando Michael volvió a utilizar el móvil, le llegaban recomendaciones de vídeos de YouTube con titulares como «¿Han MATADO las feministas a Lewis Hale?» y de pódcast con títulos como «Juicios modernos a las brujas de Salem: cómo Twitter condenó a la horca a Lewis Hale». Una vez oyó lo que al principio le pareció un efecto secundario alucinatorio de la medicación para el dolor, pero que en realidad era la voz nasal e incorpórea de Ben Abbassi reproduciéndose automáticamente en uno de aquellos programas, un conocido pódcast libertario llamado «Wokeflake Pod».

—¿Cuántas mujeres más habrán mentido, hermano? —decía Ben mientras el presentador, de acuerdo con él, decía «mmm»—. ¿Sobre cuántos hombres más estarán diciendo mentiras? Lewis era un miembro activo de nuestro movimiento, «Los Once de la Lista», y no vamos a descansar hasta que se haga justicia. Por él y por todos los hombres de la Lista.

Igual que le había pasado con el chat grupal «Los Once de la Lista», Michael se preguntó qué habría pensado Lewis de todo lo que se estaba diciendo y haciendo en su nombre. Se imaginaba lo que le habrían hecho decir a su propio cadáver como ventrílocuos si no hubiese sobrevivido al accidente. Lewis se había convertido en un balón de fútbol político, zarandeado de un lado para el otro. Un santo, un mártir, una efigie, un *hashtag,* en contraposición al ser humano vivo que era o había sido. Todos los días, Michael pensaba en lo

mucho que deseaba haber enviado aquel mensaje a Lewis cuando se le pasó por la cabeza aquel día en la rotonda de Elephant and Castle. Cuando habían hablado en casa de Lewis, su situación le había parecido imposible; apenas le habían convencido sus afirmaciones de que el mundo era más comprensivo, más progresista. Se sentía asqueado por la repentina avalancha de empatía hacia Lewis, empatía que habría necesitado desesperadamente mientras estaba vivo. Pero Michael también sentía que no se diferenciaba demasiado de aquellos hipócritas. Él también podría haberle dicho algo, haberse comunicado con él, tendido la mano como él se la había tendido esas semanas. Mientras todos los demás le habían dado la espalda, él había intentado ayudarlo. El aplastante remordimiento que Michael sentía por su falta de acción hacía que le costara comer. Le echaba la culpa a la horrible comida del hospital, en un esfuerzo por ignorar el sentimiento de culpa que le corroía por dentro. Tumbado allí solo, sentía las lágrimas resbalándole por la cara y empapando la almohada.

Durante tres semanas, Michael permaneció ingresado en el Guy's Hospital. Su madre y Ola estuvieron en su cabecera todos los días, sin falta. Se turnaban para leerle, para hablarle, mientras él se quedaba mirando distraído por la ventana. Cuando pudo incorporarse, Ola le contó que Kwabz, Seun y Amani habían pasado a visitarlo, su padre también. La idea de que los hombres de su vida lo hubieran rodeado mientras estaba inconsciente, mientras el informe del médico sobre los acontecimientos rebotaba en sus oídos, lo había hecho sentir muy incómodo. En cuanto le quitaron el tubo, le dijo a la enfermera que no quería recibir visitas. Durante casi un mes, estuvieron solos él, su madre y su mujer, de la que se había separado. Michael observaba a Ola mientras dormitaba en una silla a su lado y no podía creerse que alguna vez hubiera pensado que aquella mujer lo había traicionado. ¿Había creído Lewis que Samantha lo habría abandonado si hubiera averiguado la verdad? Cada vez que Michael la oía hablar histérica por la radio, se estremecía. El dolor en la voz de Samantha era visceral. Estaba destrozada, no por la sexualidad de Lewis, ni siquiera por su infidelidad, sino porque había perdido a su mejor amigo. Al padre de sus hijas.

El día que le dieron el alta, Ola y su madre lo recogieron para llevarlo a casa de sus padres. Mientras su mujer se acercaba al maletero con su bolsa, le dio un pequeño apretón en la mano. Significaba que, por ahora, todo lo demás podía esperar. Nada de aquello —la boda, las mentiras, el dolor— importaba en ese momento. Ya tendrían tiempo para eso más adelante. Con las pocas fuerzas que había recuperado, Michael le devolvió el apretón. Se sintió

reconfortado, aunque afligido. «Ojalá Lewis siguiera aquí para sentir el reconfortante apretón de la mano de Samantha o el peso tranquilizador de las cabezas de sus hijas contra el pecho», pensó Michael mientras subía al taxi. Sabía que la familia de Lewis, como la suya, habría dado cualquier cosa por poder asegurarle que, por ahora, todo lo demás podía esperar.

26

—Bueno —dijo Ola—. ¿Cómo te sientes?

Michael se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Y tú?

Caminaban despacio el uno al lado del otro bajo la ligera brisa otoñal, Ola con los brazos cruzados sobre el pecho y Michael con las manos metidas en los bolsillos. Ella no estaba lo bastante cerca de Michael, pero olía el aroma fantasmagórico de su Tom Ford en el aire.

—Me siento un poco como una fracasada —dijo.

Michael se detuvo en seco.

—¿Una fracasada?

Ola siguió caminando, esperando que Michael captara la indirecta. No quería oírlo, no quería que él le asegurara que no era culpa suya, que no podría haber hecho nada. En cierto modo, sabía que esas palabras eran ciertas, pero le seguían sonando huecas. Michael debió de entenderlo, porque Ola no tardó en oírlo caminar de nuevo tras ella.

Michael inspiró aire rápidamente antes de cambiar el paso.

—Ya veo que estás en tu época Lemonade, ¿no? —dijo después de dar unas zancadas en silencio, mientras señalaba con la cabeza las trenzas rubias como la miel de Ola—. Te sienta bien.

A Ola le encantaba cómo resaltaba el color dorado sobre su piel; casi se sentía mal por el buen aspecto que tenía, aunque se había pasado toda la mañana asegurándose a conciencia de que así fuera. El atuendo que llevaba era de los que mejor le sentaban: un vestido ajustado de punto con una gran raja por la que se extendía la bota hasta el muslo. Pensó que era mejor no pensar demasiado en si se lo había puesto por despecho o por aquella sensación que seguía teniendo cuando estaba cerca de Michael y que hacía que le diera un vuelco el estómago.

—Bueno, las rubias se divierten más, ¿no? Y después del año pasado… —dijo mientras la voz se le iba apagando.

Michael asintió.

—Tú limítate a no acercarte a mis cosas con un bate de béisbol, ¿vale?

—¿Has aprendido a conducir? —dijo Ola con mucha dulzura para

que no sonara sarcástico—. Porque, si mal no recuerdo, Beyoncé rompía las ventanillas de los coches.

Michael gruñó.

—Sigues siendo una salvaje, tía.

Se rieron como si no hubiera pasado el tiempo. La tensión que había habido entre ellos cuando se vieron por primera vez, mientras intentaban orientarse por sus nuevos límites, no había tardado en disiparse. Hacía poco más de un año que habían llamado a Ola desde el Hospital Guy porque era el contacto de emergencia de Michael. Lo había visto por última vez unas semanas después de que le dieran el alta. Lo rápido con que había pasado de la rabia al miedo el día del accidente le había provocado un trauma emocional. No es que se hubiera dado cuenta de que lo quería, eso ya lo sabía. Más bien fue que, al verle allí tendido, comprendió que no quería que se muriera, cosa que no podía haber dicho con certeza esa misma mañana, en mitad del fragor de su discusión. Las semanas que había pasado al lado de la cama de Michael con su suegra, turnándose para preparar tazas de té y derrumbándose en el pasillo cuando nadie la veía, le hicieron estar segura de que querría a Michael el resto de su vida. Pero también tuvo la certeza de que no era un motivo lo bastante bueno como para pasarla con él.

El día que Michael le había contado lo de Jackie, Ola supo que no había vuelta atrás. Al menos, no a lo que habían sido antes. No a los recién casados, el señor y la señora Koranteng, a los símbolos del Black Love que se habían convertido en un cuento con moraleja. Su hogar estaba construido sobre una base de desconfianza mutua. Con el tiempo, Ola llegó a comprender que Michael no era mala persona. Sabía que, a pesar de su extraña forma de demostrarlo, la quería. Pero el amor por sí solo no bastaba, y menos un amor que le hacía cuestionarse cuánto se quería a sí misma. Lo había perdonado, pero no podían superar lo de Jackie después de todo lo que había pasado desde entonces. Y no pasaba nada. A veces, Ola sentía que estaba tirando la toalla, que era una fracasada, pero se negaba a que el amor fuera algo que tuviera que padecer. Algo que le restaba valor, que la empequeñecía. Había terminado dándose cuenta de que, en un mundo alternativo donde no hubiese existido la Lista, al final se habrían separado de todas maneras. Quizá habría tardado unos cuantos meses, años incluso, en enterarse de lo de Michael y Jackie. Habrían disfrutado el uno del otro durante más tiempo antes de que llegara lo inevitable, pero, en última instancia, habrían terminado en el despacho de otro abogado.

—Michael, tendrás ocho días para responder —había dicho el

abogado aquella tarde—. Siempre que estés de acuerdo, el siguiente paso será solicitar un decreto que confirme que el tribunal también apoya la anulación.

El proceso tardaría unos seis meses. La boda les había costado más de treinta mil libras y deshacerlo todo, sin embargo, quinientas cincuenta libras.

—Todavía no me puedo creer que no hayamos follado nunca estando casados —bromeó Michael cuando salieron del abogado. Ola había solicitado la anulación alegando que el matrimonio no se había consumado—. El sexo matrimonial es el único tipo de sexo que no hemos compartido.

Las bromas eran un mecanismo de supervivencia común. No les costaban trabajo: cuanto más serio fuera el tema, más probabilidades había de que se lo tomaran a broma. Aquel día había sido difícil, pero el empeño de Michael en robarle risitas a regañadientes y ceños fruncidos de desaprobación lo hizo menos complicado. A Ola le sorprendió disfrutar bastante de su paseo mientras guardaban la distancia social en mitad del frío de Battersea Park, bañado por la ilusoria luz del sol, unos delgados rayos que se colaban por entre las hojas. Lo echaba de menos. Estaba dispuesta a hablar. Como Michael había dejado de beber, el plan era ir a una cafetería a intentar procesar el comienzo de la anulación y el año que los había llevado hasta ella.

Un año que todavía no habían terminado de entender por los efectos que había tenido tanto en Michael como en ella. Antes del atropello, Ola había intentado reprimir las punzadas de simpatía que sentía por Michael, por si estaban dirigidas a un maltratador. Después, cuando salió la verdad a la luz, cualquier sentimiento de compasión quedó ahogado por la furia ante las mentiras de Michael. Sin embargo, cuando recibió la llamada del hospital, comprendió la factura que le había pasado también a él de la peor manera imaginable. Había muchas cosas que había querido decirle y que no había tenido oportunidad, cosas que no le habían parecido bien hasta entonces.

—Pero ¿cómo estás? ¿Sigues haciendo las prácticas?

No estaba segura porque Michael ya no estaba en redes sociales, ni siquiera su antigua e inactiva cuenta de Facebook había sobrevivido a la matanza. En parte por eso no podía dejar de mirarlo ese día en el parque: hacía mucho tiempo que no veía al que pronto sería su exmarido. En ese momento, tenía todo el aspecto de un profesor universitario, con su elegante chaqueta informal y sus pantalones chinos, el pelo crecido y apelmazado en gruesos rizos texturizados, esponjados cuidadosamente en la parte superior de la melena

degradada. Tenía unos cuantos mechones de canas por el estrés, pero estaba tan guapo como siempre.

Ella misma había estado a punto de desconectarse del todo, había borrado de manera definitiva sus perfiles de Instagram y de Twitter. La mayoría de sus seguidores eran fruto de una relación que ya no existía, así que parecía lógico que las cuentas también desaparecieran. Con el tiempo, abrió una nueva cuenta privada de Instagram con la que solo seguía y la seguían personas a las que conocía personalmente, y encontraba consuelo en el símbolo del candado que mantenía a raya al resto del mundo. A veces, cuando recibía una solicitud de seguimiento de algún desconocido, hacía clic en su propio perfil e intentaba imaginar cómo se vería a través de los ojos de otro. Cómo la percibían cuando no la definía su relación con Michael, para bien o para mal.

—Me he cambiado a tiempo parcial, así que ahora me queda un año y pico —contestó Michael—. Era muy intenso, y Marcia me ha dicho que tengo que relajarme y tomarme mi tiempo.

Ola hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Marcia, un nombre de mujer que le producía alivio cuando Michael lo pronunciaba. El hospital había remitido a Michael a Marcia para que hiciera terapia por trastorno de estrés postraumático después del accidente, pero durante las primeras semanas la terapia se había centrado sobre todo en su trauma por la Lista. Había sido su terapeuta quien le había dicho que aprovechara su título de Administración de Empresas, quien lo había animado a sacarse el Certificado de Formación Pedagógica, como Kwabz. Por lo visto, le recordaba a su hijo menor y las noches en que Michael sentía que las paredes se le venían encima y le preocupaba que sus nuevos colegas descubrieran algún artículo o tuit incriminatorio, Marcia contestaba a sus llamadas aunque fueran a deshoras, según le contó a Ola.

Ninguno de los dos se podía creer lo fácil que le había sido conseguir una plaza en un centro de enseñanza secundaria. Ola no podía evitar pensar en los hombres culpables que habían seguido adelante con sus vidas al mismo ritmo que antes, en puestos de confianza similares. Michael había dejado de buscar trabajo, porque sabía que le costaría encontrarlo. La mayoría de los hombres acusados en la Lista, sin embargo, habían conservado su trabajo, por lo que no tenían de qué preocuparse. El *youtuber* That Guy Abe le había cambiado el nombre al canal, sin más. Muchos hombres que en un principio habían apoyado la Lista públicamente se retractaron de manera discreta, otros lo hicieron de manera más ruidosa. La rapidez con la que se retractaron convenció a Ola de que condenando a los

acusados esperaban convertirse automáticamente en los «buenos», protegerse contra cualquier acusación potencial. Y no fueron los únicos en cambiar de opinión. Cuando Ola se dio cuenta de que la página L@ L1st@ de All Tea había desaparecido, en vez de alivio, sintió que la habían privado de algo. Todos los demás habían podido seguir con sus vidas una vez limpiaron sus servidores, pero unas cuantas personas —Lewis, su familia, Michael— se quedaron con las cicatrices.

Durante las semanas que siguieron al atropello, Michael no pudo hablar de Lewis, pero cada vez que Ola le echaba una ojeada a su teléfono, Michael estaba leyendo comentarios sobre su muerte. Ola tampoco podía dejar de leer cosas sobre él. Se sentía culpable, no podía evitarlo. A pesar de que no estaba del todo segura de Michael, había supuesto la culpabilidad de Lewis rápidamente y no se había cuestionado la manera en que lo habían tratado hasta que fue demasiado tarde. La hacía sentir peor el hecho de que, incluso con todos aquellos titulares, compromisos y promesas, la muerte de Lewis no había cambiado nada. Cada dos semanas, veía cómo un tuit redactado con torpeza o un vídeo de mal gusto se convertían en una avalancha en internet que duraba días. Había visto cómo un rumor había destrozado una vida antes de que se comprobaran los hechos. Y lo que la sacaba de quicio, lo que no podía soportar, era que no hubiera diferencia entre los que pedían castigos más severos y los que insistían en que hacía falta más amabilidad en internet. Eran exactamente los mismos, los que se creían honestos en todos los supuestos, los que señalaban con el dedo a cualquiera y a todos, salvo a sí mismos. Pensar que las cuentas que acosaban a Lewis usaban la misma wifi para llorar su muerte le hacía hervir la sangre. Se sulfuraba cada vez que pensaba en los que usaban el *hashtag* #ThinkFirst justo después de haber echado a alguien de internet para siempre. Internet nunca olvida, hasta que sí lo hace.

Por costumbre, seguía navegando por All Tea de vez en cuando, medio esperando que el hilo volviera a aparecer. No lo hizo, pero solo era cuestión de tiempo que estallara otra tragedia; los troles seguían utilizando el portal de la misma forma. A veces, Ola deseaba acusar en falso a alguno de los usuarios del foro. Elegir una cuenta al azar y hacer estallar su vida por los aires, solo para demostrar lo fácil que era. Cómo, igual que ellos, Michael y ella eran personas reales, supuestamente poderosas gracias a su visibilidad y a una insignia azul que habían adquirido de forma arbitraria.

Ola aplastó con el tacón una hoja marrón que emitió un satisfactorio crujido.

—Es estupendo, Michael —dijo, con cuidado de no referirse a él como «cariño»—. Bien hecho.

—¿Y tú? —le preguntó Michael—. ¿Cómo te va la vida de autónoma?

—Bien. Ayer tuve una reunión con una agente, de hecho. Le ha gustado la propuesta de libro que le hice, ya sabes, el que quería escribir sobre el auge de las mujeres en el rap. Creo que voy a firmar con ella.

De lo único de lo que se arrepentía Ola era de no haberse ido antes de *Womxxxn;* ahora ganaba más y se preocupaba menos, escribía sobre lo que le apetecía. Además, nunca llegaba tarde porque tenía el despacho en su dormitorio.

—¡Vaya, guau! Ola, qué locura. Estoy orgulloso de ti, tía —dijo Michael rascándose la barba—. Supongo que ahora escribirás firmando como Ola Olajide, ¿no?

—Sí, claro, de todas formas no iba a cambiarme el nombre con el que firmo. Olaide Olajide lo peta. Mi padre no tendría que haberse esforzado tanto cuando me puso el nombre.

—¿Sabes qué? Me parece perfecto. Significa que ningún otro hombre te va a dar su apellido. No hay mal que por bien no venga.

Ola le enseñó la punta del dedo corazón, de color rosa chicle.

—¿Sabías que Ruth y Kwabz están saliendo en serio? —dijo Ola, cambiando rápido de tema.

—Me lo ha contado él. El tío la llevó a Hakkasan en la primera cita. —Michael chasqueó la lengua como burlándose—. ¿Qué ha hecho que cambiara de opinión? Kwabz seguía siendo igual de alto la última vez que lo vi.

—Fola le leyó la carta astral y al parecer está bien que sea virgo, porque tiene la Luna en Aries. O en Acuario. No sé.

—Vaya, ¿en serio? —dijo Michael riéndose—. Pero nosotros sí somos compatibles, ¿no? ¿Piscis y Tauro?

—Vaya, ¿ahora crees en los signos del zodiaco? —dijo Ola mientras se enrollaba juguetona una trenza como de cuerda alrededor del extremo del dedo—. Porque antes decías que era brujería…

—Sí, bueno, llevo todo el rato diciéndote que he cambiado, ¿no? —Michael soltó otra sonora carcajada antes de cambiar de tema—. ¿Y Celie? ¿Cómo le va?

La verdad es que Celie estaba como siempre: estoica, manteniendo la calma y siguiendo adelante. Como se negaba a poner su amistad en peligro una segunda vez, Ola no la presionaba cuando decía que no quería ir a terapia, pero sintió alivió al saber que había empezado a ir otra vez a un grupo de estudio de la Biblia de mujeres. Se alegraba de

que su amiga tuviera algo que la ayudara a superar aquellos primeros meses después de que la Lista provocara que su agresión resurgiera de forma tan traumática. Era insoportable escuchar a Papi Danks usar la muerte de Lewis como prueba de que la Lista era un montaje; su novia hasta se había metido en Snapchat a atacar a los que perseguían a los famosos y a las «guarras». Qué doloroso fue que una remezcla de *Sweet Like Puff Puff* llegara al puesto once de los 40 Principales y se volviera todavía más omnipresente que la original y se oyera en las tiendas y en las pistas de baile durante meses. El insufrible baile viral *Puff Puff challenge* de TikTok le insufló nueva vida, y adolescentes de miembros ágiles la convirtieron en algo prácticamente ineludible. Pero Celie no quería hablar de eso, así que no lo hacían.

Ola intentó consolarse con la parte positiva: el despido de Matthew Plummer y su inclusión en la lista negra. Después de una investigación interna, fue uno de los pocos hombres que perdió el trabajo. Pero cuando organizó una recaudación de fondos para reunir dinero para demandar a Nour El Masri, cayó por tierra cualquier sensación de victoria. La recaudación para las costas judiciales de ella superó con creces la de él (Ola había hecho una donación, aunque esta vez se sintió menos inclinada a hacerla pública). Sin embargo, el mero hecho de que Plummer recibiera donaciones siquiera le resultaba irritante. Esa era la ironía, que los hombres temieran las acusaciones falsas, pero las víctimas eran a las que difamaban de forma injusta. Por muchas pruebas que hubiera para respaldar las acusaciones, durante meses se exigió a las acusadoras que reflexionaran primero y recordaran a Lewis con los *hashtags* #ThinkFirst y #RememberLewis.

—Celie está bien —dijo Ola—. Ocupada con su trabajo, con cosas de la iglesia. En noviembre nos vamos a Bruselas en avión a celebrar su cumpleaños. Ruth ya anda preguntando que por qué no vamos a Dubái.

Michael sonrió.

—Genial, genial. Suena divertido. —Aminoró un poco el paso y hundió más las manos en los bolsillos—. Y… ¿Estás saliendo con alguien?

Ola respondió con una tos entrecortada, la había pillado desprevenida. No salía con nadie, para consternación de Kiran, que le había creado a Ola perfil tras perfil en una aplicación tras otra, loando las virtudes de la pansexualidad y del poliamor, como si tuviera acciones. Justo el día anterior le había mandado un mensaje.

> Soy como una testigo de Jehová que difunde la buena nueva, Dios mío! Debería decirle a Soph que esa es mi religión??!! 😜😂

En ese momento, Kiran estaba saliendo con un actor distante en lo sentimental que había conocido por Hinge y con su novia diseñadora gráfica, a la que prefería con mucho.

KIRAN: como conocedora de casi todos los géneros que existen te lo digo, nana: sal con mujeres. Serías el mejor partido entre todos los partidos. Con tíos? Sí, hay donde elegir, pero hay más posibilidades de que termines con algún gilipollas
KIRAN: o con herpes
KIRAN: y en realidad me parece que el herpes sería menos doloroso.

Ola le dio a Michael la misma respuesta que le había dado a su amiga.

—Ahora mismo estoy centrada en mí misma y en trabajar en el libro. —Intentó sonar lo más despreocupada posible—: ¿Y tú?

Michael negó con la cabeza y Ola se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—No. La Lista sigue apareciendo si bajas lo suficiente en los resultados de Google. No es la mejor línea de apertura para una aplicación de citas. «Adivina cuál es la verdadera: soy alérgico al queso, nací en Escocia, una vez me acusaron falsamente de acoso y agresión física».

Michael no se equivocaba; el Reino Unido era pequeño. Era más difícil conocer a alguien que no se hubiera topado con la Lista que a alguien que sí lo hubiera hecho.

—Además —añadió mirando a Ola de reojo—, si no conseguí que funcionara contigo, es probable que no lo consiga con nadie. —Siguió mirándola hasta que Ola arrugó la nariz con aire escéptico—. Ay —dijo Michael riéndose entre dientes—. ¡Valía la pena intentarlo!

Siguieron caminando, riéndose y poniéndose al día. Luego, al girar y pasar por delante del zoo infantil, Ola la vio. Se le erizó el vello de la nuca y abrió la boca de golpe. La reconoció al instante: no había manera de confundir aquella mandíbula prominente, el perfil que había estudiado tantas veces en Instagram. Los ojos hundidos, la boca regordeta. A lo lejos, notó que tenía el pelo distinto —un corte bob recto, negro— y que llevaba de la mano a una niña de color caramelo que saltaba arriba y abajo mientras iban avanzando por el sendero. Con la otra mano empujaba un carrito gris y plateado.

Conforme se fue acercando, el globo de la barriga se hizo más pronunciado y prominente dentro del vestido de canalé color avena, rivalizando con la rotundidad de su trasero. A Ola nunca le había parecido guapa, pero ese día se la veía radiante gracias al innegable resplandor sobrenatural que le daba el embarazo. Al verla, Ola sintió de pronto, de manera muy intensa, que le habían robado algo.

No pudo evitar que se le escapara un grito ahogado. Durante mucho tiempo, Jackie Asare había sido su atacante en la pantalla, el adversario final de un videojuego. Y allí estaba, en carne y hueso, rodeada de una camada de niños como si fuese una diosa de la fertilidad. Pero no tenía ni cuernos ni pezuñas ni tridente que la adornaran. Parecía una persona normal.

En cuanto Ola vio a Jackie, se dirigió hacia ella. Para cuando Michael cayó en la cuenta y se percató de a quién tenía en el punto de mira, ya le llevaba mucha ventaja, mientras que él se había quedado paralizado. Ola lo oyó de fondo, llamándola, intentando hacer todo lo posible para detenerla. Pero ella se abrió paso con resolución a través de la muchedumbre de paseadores de perros y oficinistas en su hora de descanso, como una mujer que tuviera una misión que no había resuelto todavía. ¿Qué iba a decirle a Jackie? ¿Qué iba a hacerle? ¿Qué tendría Jackie que decirle a ella? ¿Lo negaría todo? ¿Cogería desprevenida a Ola con una disculpa entre lágrimas? Ola ya estaba corriendo, el viento le zumbaba en los oídos.

—¡Oye! —gritó Ola hacia donde estaba Jackie—. ¡Oye!

Ola juraría que había atraído las miradas de Jackie. Mientras iba ganando velocidad, con los ojos todavía clavados en ella, se estrelló contra un adolescente que iba en patinete eléctrico y lo derribó limpiamente. Ola detuvo su marcha. Los curiosos aminoraron el paso y estiraron el cuello para observar el alboroto. Ola bajó la mirada y vio que el adolescente, ileso, se sacudía el polvo, y volvió a mirar a Jackie. Había desaparecido.

Se quedó estupefacta un momento, buscando en vano, de izquierda a derecha. Al poco tiempo, Michael estaba a su lado, agarrándola y diciéndole cosas que Ola no alcanzaba a entender. Tiró de ella para llevarla a un banco. Ola se agarró al brazo del banco y al de Michael para sentarse mientras intentaba respirar. Inclinado sobre ella, Michael irradiaba calor.

—¿La has visto? —dijo Ola, jadeando.

Michael asintió.

—Quiero decir, se parecía a ella. Aunque a lo mejor no era —añadió Michael, poco convencido.

Ola sopesó por un instante la idea de que su rabia y su odio hubiesen creado un espejismo convincente, que Jackie tuviera una escalofriante *doppelgänger* y que Ola hubiese reparado en ella como una maniática.

—Era ella —dijo Ola por fin.

—Sí. Quizá —contestó Michael, con un tono claro de duda. Apretó ligeramente su hombro contra el de ella—. ¿Estás bien?

—No. No, no lo estoy, joder.
—Ya. Yo tampoco.
—Esa mujer ha jodido nuestro matrimonio antes de que empezara, Michael —dijo Ola mientras se le quebraba la voz. Sintió náuseas ante aquella sensación que tan bien conocía. Era como si hubiese vuelto a 2019 y su vida se estuviera haciendo añicos otra vez—. Los cuernos, vale, eso fuisteis los dos. Ya lo sé. Pero todas sus mentiras, sus bolas de mierda en All Tea… casi te matan. Todavía tengo pesadillas con el día de la boda.
—Te entiendo.
—Lo ha jodido todo, lo ha destrozado todo, y después ha seguido con su vida. Sin consecuencias, sin cargos. Sin ni siquiera una disculpa. ¿Y se supone que tenemos que qué, superarlo?
—Lo sé.
—¡Es una puta mierda! —rugió Ola. Sus gritos asustaron a un setter irlandés que ladró con fuerza para responderle—. No puede salirse con la suya. No puede. —Ola esperó a que Michael asintiera, pero él siguió sentado en silencio—. ¿Michael?
Michael se echó hacia atrás y suspiró.
—No sé, tía. Supongo que me he hecho a la idea de que sí lo hará. Marcia me ha advertido de que a lo mejor no consigo pasar página nunca. Si te hubieras acercado a ella ahora, es probable que no lo hubiese admitido. Y eso solo habría empeorado las cosas, porque te habrían visto acosando a una mujer embarazada en Battersea Park. Y sé que no es así como quieres salir de este asunto. Además…
—Además ¿qué?
—Además, ya nos ha quitado tantísimas cosas, Ola. —Volvió a suspirar—. Me ha quitado mi trabajo, la salud. Jodió las cosas con la única mujer que he amado. La única mujer a la que amaré. —A Ola le dio un vuelco el corazón—. No me malinterpretes, sé que me he portado mal, pero no puedo permitir que me quite la poca paz que por fin tengo. Tú tampoco. ¿Me entiendes?
Ella se dejó caer en el banco a su lado, agotada, y suspiró.
—Un poco.
Se quedaron sentados un rato, escuchando el susurro de las hojas entre la brisa, mientras les subía y les bajaba el pecho y recuperaban el aliento.
—Aunque ha sido un poco sexy verte correr hacia ella para darle un puñetazo —terminó diciendo Michael.
Ola se mordió el interior de la mejilla para reprimir una carcajada.
—No es divertido.
—¿Quién ha dicho que esté de broma? —dijo Michael, acercándose

a ella—. ¿Qué os pasa a las chicas del sur de Londres, tía? ¡Te has lanzado a por ella como Suge Knight!

—Ya veo que a Marcia todavía le queda trabajo por hacer.

—No, en serio. Has estado a punto de ajustarle las cuentas al bebé que llevaba en la barriga. A lo mejor no eres tan distinguida como yo pensaba, ha sido una mierda digna de *Love & Hip Hop*.

—Sí, sí, sigue soltando chorradas. ¿Te crees que no voy a ir a por el bate de béisbol?

—¿Lo ves? ¡Siempre eliges la violencia! —Michael se rio y después se frotó la nuca—. ¿Sigue en pie lo de ir a tomar café? Si prefieres no ir, lo entiendo, sin obligaciones.

Ola siguió con los ojos clavados en el suelo mientras sopesaba las palabras de Michael. Se quedaron colgando en el aire, mientras el arrullo de las palomas que pasaban junto a sus pies llenaba el silencio que había entre ellos. Con un resoplido, se levantó del banco y se sacudió la parte delantera del vestido con las palmas de las manos.

—Tengo tiempo para un cúrcuma *latte* —dijo Ola, sonriendo sin disimulo cuando Michael sonrió de oreja a oreja.

27

Jackie entró, cerró la puerta y echó el pestillo. Hizo lo que pudo para mantener la compostura —no quería alterar todavía más a Amiyah—, pero le temblaban las manos cuando se apoyó en la barandilla de la escalera para estabilizarse. Así al menos pudo sostenerse en pie.

Aaron salió al vestíbulo al oír el portazo de la entrada, con un paño de cocina colgado del hombro. Le echó un vistazo a Jackie y supo que algo no iba bien.

—¿Cariño? —preguntó con la voz cargada de preocupación—. ¿Qué pasa?

Jackie cayó entre sus brazos temblando. Le lanzó aquella mirada con la que le comunicaba lo que no podía decir mientras su hija adoptiva pudiera oírla: «Delante de las niñas, no». Amiyah tenía entonces cuatro años, una edad en la que no se podía tener una conversación sin que ella lo repitiera todo chillando como un loro.

—Amiyah, corazón —llamó Aaron a su hija—. Vete a tu cuarto y ponte Peppa Pig, ¿sí?

Amiyah subió feliz las escaleras.

Aaron se volvió hacia Jackie:

—Voy a meter a Danielle en la cama y después hablamos, ¿vale?

Jackie asintió, tapándose la cara con las manos, y él sacó a la bebé dormida del cochecito para subirla al dormitorio de la planta de arriba.

Cuando Aaron entró en el salón, Jackie estaba sentada en el sofá, abrazada a uno de los cojines que tenía en el regazo, mirando al frente, absorta. Aaron se sentó, le pasó la mano por detrás del cuello y le hizo un masaje.

—¿Qué pasa?

—Acabo de ver a Michael y a Ola —dijo ella en voz baja—. En Battersea Park.

Aaron odiaba oír a Jackie diciendo aquel nombre, odiaba pensar en ella cerca de ese hombre. Apretó la mandíbula y el puño al mismo tiempo, aunque intentó mantener la animada apariencia exterior que lo caracterizaba. Su rabia se vio eclipsada por lo impaciente que estaba por escuchar lo que Jackie tenía que contarle.

—Vaya —dijo—. ¿Siguen juntos?

Jackie se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero ha sido una locura. Ola me ha visto y, cuando quise darme cuenta, venía corriendo hacia mí desde el otro lado del parque, como una loca, gritando mierdas. Michael iba tras ella, también viniendo a por mí. Todavía estoy conmocionada.

Una oleada de calor atravesó a Aaron, que estaba tan furioso que tuvo que levantarse y caminar de un lado a otro.

—¿Te ha tocado? —dijo con voz ronca—. ¿A Amiyah? Te juro por Dios, si alguno de los dos…

—No, no, no —dijo Jackie, que se levantó para sujetarle los brazos. Aaron los dejó caer en cuanto lo tocó—. He conseguido salir de allí antes de que sacaran las cosas de quicio. Es solo que ha sido un *shock* y… muy raro. —Jackie se estremeció—. Después de todo el tiempo que ha pasado, después de todo lo que salió sobre Michael el año pasado, de toda aquella mierda de su boda, ¿Ola viene a por mí? Yo lo he superado. Pensé que ellos lo habrían hecho también—. Le apretó el hombro a Aaron, como para enfatizar—. Hace más de dos años que no hablo con él. No me he puesto en contacto con él desde que se terminó. Con ninguno de los dos.

Aaron apartó la mirada mientras asentía envarado. El ambiente del salón cambió.

—Sé que he hecho locuras en el pasado, pero fue en el pasado —dijo Jackie, negando con la cabeza—. Sabe Dios lo que le habrá contado a Ola para que se porte así.

Jackie bajó las manos y se mordió el labio, dio un paso más hacia él. Aaron la abrazó y le acarició el pelo, sintió las lágrimas de Jackie humedeciéndole el pecho.

—Siento que esta historia nos siga afectando —sollozaba Jackie—. Solo quería llevar a las niñas a que pasaran un día agradable, pero es como si no pudiera dejar esa mierda atrás.

Aaron suspiró y la hizo callar.

—No seas tonta, cariño. Todos cometemos errores. Ya no eres esa persona. Venga —dijo mientras le limpiaba con delicadeza por debajo de los ojos con los pulgares—, intenta no estresarte. No es bueno para Jordan.

Jackie resopló.

—Te quiero mucho, cariño —dijo, acurrucándose otra vez contra su pecho; las palabras quedaron amortiguadas por el abrazo.

Aaron sonrió, le cogió la barbilla y le inclinó la cabeza hacia él para darle un beso.

—Yo también te quiero. —Luego dio un paso atrás, abrió bien los dedos y puso las palmas de las manos en la curva de su vientre—. Y a

ti también, hombrecito.

Jackie se quedó dormida en el sofá poco después. Mientras dormitaba, Aaron volvió con sigilo a la cocina para poner la tetera. Le prepararía una taza de agua caliente para cuando se despertara. Era el antojo menos extraño de su embarazo —los limones y el hielo eran otros—, y esperaba que le calmara los nervios. Se quedó observando cómo le subían y bajaban el pecho y el vientre mientras dormía y sintió el impulso irrefrenable de estrecharla a ella con su barriga entre los brazos y ahogarlas a besos. Los quería muchísimo. Qué día horrible había tenido que sufrir su novia. Estaba tan conmocionada cuando llegó que se había aferrado a él como si le fuera la vida en ello. Mentiría si dijera que no sentía algo de culpa mientras la miraba descansar. Jackie era la última persona a la que quería hacer daño. Al fin y al cabo, lo había hecho por ella.

Meter el nombre de Michael en la Lista había sido un impulso. No es como si Aaron se hubiera desvivido por encontrar una hoja de cálculo con maltratadores en la que incluir el nombre de Michael, no estaba tan loco. Simplemente vio la oportunidad y la aprovechó, justo igual que había hecho Michael con su novia. La Lista se la había mandado su hermana, que trabajaba como A&R en una discográfica y a quien no le había sorprendido la presencia en ella de un antiguo cliente, Papi Danks. Cuando Aaron se dio cuenta de lo que era, comprendió lo que una lista así provocaría en la vida de cualquiera. En sus manos tenía una manera anónima e inmediata de ajustar cuentas. De hacer frente a un agravio que le corroía desde hacía tiempo. Mientras escribía el nombre de Michael en la hoja de cálculo, Aaron se dio cuenta de que quizá no superaría nunca la aventura de Jackie. Pensó en las noches sin dormir. En la humillación. En cuando se había topado la semana anterior con el anuncio engreído y autocomplaciente de Michael sobre su nuevo trabajo. En el anuncio del compromiso antes de eso, que lo coronaba a él y a su prometida, que no se enteraba de nada, como el rey y la reina del #BlackLove. Y en el día antes, cuando el altavoz *bluetooth* del salón se había sincronizado con el Spotify de Jackie y supo así que había estado escuchando episodios antiguos de *Pillado en un desliz*. Aaron echaba humo por dentro.

Nunca había entendido qué le veía Jackie a Michael. Qué tenía él que la hacía desearlo tanto. Tenía carisma, eso se lo concedía, en aquel pódcast con el que Jackie estaba obsesionada. Había tenido la desfachatez de llevar a Aaron a unos cuantos programas en directo. Decía que le serviría de estudio de campo para su errático pódcast, que nunca terminaba de despegar. Más tarde, Aaron se enteró de que

lo había llevado para poner celoso a Michael. Lo había visto unas cuantas veces antes y después, en talleres y eventos organizados por amigos comunes. Alto, de piel oscura y guapo, justo como le gustaban a Jackie; al principio había rechazado a Aaron porque no le gustaban los «claritos». Aun así, nunca pudo entender por qué seguía luchando Jackie por el amor de un hombre que a todas luces no la respetaba. Aunque a lo mejor él era igual que Jackie: Aaron la había querido desde que estaban en la universidad, aunque fuera del tipo de chica que la mayoría de los tíos no se tomaba en serio. Había visto en ella todo lo que Michael no veía. Jackie era la persona más amable que había conocido; su energía era contagiosa. Era un cliché decirlo, pero era verdad que su sonrisa iluminaba cualquier habitación en la que entraba. Cuando por fin cruzaron la raya en la primavera de 2016 y Aaron pudo salir de la *friend zone,* se sintió capaz de volar. Hasta que Jackie se enrolló con Michael y lo *ghosteó.* Por supuesto, había estado allí para recoger los pedazos cuando Michael la descartó, igual que los demás. Le secó las lágrimas como había hecho ese mismo día.

Habían conseguido retomar la relación, o eso creía él. Pero un año después, de repente, Jackie volvió a estar hosca, monosilábica. Había sido más o menos por Navidad. Aaron supo enseguida que era por Michael y, en cuanto pudo, le revisó el teléfono a Jackie mientras dormía. Había cambiado el nombre de «Mikey» a «Manicura», pero encontró mensaje tras mensaje histérico que Michael ni se molestaba en contestar. Se desplazó hacia arriba y fue recibido por mensajes sexuales explícitos y fotos del pene erecto de Michael. Patrañas evidentes sobre que la echaba de menos, que pensaba en ella. Después, lo más doloroso fueron las fotos del cuerpo desnudo junto al que dormía cada noche. No podía creerse que Jackie hubiera vuelto a aquello, después de la facilidad con la que Michael la había abandonado la primera vez. Era como si prefiriese su cruel indiferencia al amor de Aaron, a su decencia. Se sintió como un tonto, allí solo, leyendo las declaraciones apasionadas de ella a un hombre que no era él.

El contenido de aquellos mensajes le produjo arcadas. La enumeración de actos repugnantes y repulsivos que Jackie decía desear y suplicaba que le hiciera. Pero las relaciones sexuales de Aaron y Jackie nunca habían sido así, ¿de dónde salía aquello? Michael debía de haberla presionado, coaccionado. Aquel hombre había degradado tan completamente su dignidad que quería que la estrangulara y le escupiera. No había duda de que había una dinámica de poder en juego, una dinámica desequilibrada. No era tan ingenuo como para sugerir que había obligado a Jackie a engañarlo, pero debía

de haber un elemento de presión.

Aaron siguió su primer instinto. Con el teléfono de Jackie, llamó a Michael para decirle en términos inequívocos que la dejara en paz. Pero Michael no contestó a aquella llamada a altas horas de la madrugada; después supo que había sido una suerte. Mientras Jackie dormía, escribió todo lo que quería decirle a Michael en unos mensajes desde el móvil de ella. Le deseó la muerte a él, a su madre, le dijo que sabía dónde vivía y que le iba a estropear con ácido su cara bonita. Le prometió que le destrozaría la vida. Era un poco exagerado, pero perfectamente plausible, dado el comportamiento de Jackie en el pasado. Sus tendencias autodestructivas, su falta de autoestima, su insensatez. Michael nunca sentiría la tentación de acercarse a ella, no le respondería si volvía a enviarle un mensaje, cosa que, probablemente, haría Jackie en algún momento de debilidad. Cuando le dio a enviar, se maravilló ante la magia de la tecnología moderna, porque pudo borrar todas las pruebas de lo que había escrito, las eliminó todas del teléfono de Jackie.

Al principio, cuando confrontó a Jackie para preguntarle sobre Michael, ella le restó importancia, le dijo que solo habían intercambiado mensajes sin importancia. Cuando Aaron le dijo que había leído que había planeado dejarlo, Jackie le aseguró que Michael la había incitado, lo que, por supuesto, desmentían sus mensajes. Se revolvió de manera patética buscando una excusa, quedándose al final con que Michael la había deslumbrado, encandilado, que tenía alguna especie de poder sobre ella. Una «atadura del alma», dijo. Después de una noche de bronca, Aaron transigió y entre los dos adoptaron la idea de que Michael había ejercido su influencia como si se tratara del cautivador líder de una secta, lo que terminó haciendo posible el perdón. Eso y el hecho de que Jackie le soltara que estaba embarazada de tres semanas.

El bebé era definitivamente suyo, ya que Jackie le prometió que ella y Michael no se habían acostado esa última vez que habían reavivado su relación, como si, de alguna manera, eso mejorase las cosas. No habían sido sus palabras exactas, pero Aaron la conocía mejor que nadie. Sabía leerla entre líneas. Michael era famoso, poderoso, y Jackie era vulnerable, débil. Otros hombres se habían aprovechado de ella antes, él lo había visto de primera mano. Las relaciones anteriores de Jackie habían seguido la misma pauta de codependencia y autosabotaje.

Aaron sabía que se había excedido al proteger a Jackie. No había querido destruirle la vida a nadie: todo lo había hecho para proteger la suya. Su primer hijo venía en camino, Jackie era una gran

madrastra para Amiyah. Y la habían maltratado. Más o menos. De acuerdo, se había permitido un poco de licencia poética. Pero ¿quién podía decir si se habían producido abusos o no? ¿No era probable que los hubiese habido en algún momento, tratándose de alguien como Michael? La forma en la que había tratado a Jackie, haciéndola llorar todas las noches. El desgaste que le había producido en la autoestima había sido de verdad. Michael era una amenaza. Era necesario sacarlo de las calles, impedir que le hiciera daño a nadie más. Impedir que volviera a hacerle daño a Jackie. Aaron la estaba manteniendo a salvo de un hombre que nunca la querría, no como él la amaba.

Se suponía que «mirrorissa92» empezaría y terminaría con la Lista, además de con unos cuantos comentarios de troleo aquí y allá para asustar a Michael. Cuando Aaron se metió en All Tea, fue más para desahogarse que para llevar a cabo un plan. No obstante, le pareció emocionante hacerle saber a Michael por qué había hecho lo que había hecho cuando le envió el mensaje «Porque puedo, Mikey». Aun así, se olvidó de la Lista al cabo de un tiempo, cuando ningún medio de comunicación se hizo eco de ella. Sin embargo, por debajo de la superficie, las acusaciones fueron cobrando vida propia, se volvieron más grandes en todas aquellas salas de chat y foros de internet. El acoso interminable, el doxeo. La toma del *hashtag* de la boda, hasta él sabía que era ir demasiado lejos. Ola era un daño colateral, pero al foro parecía no importarle. Las mujeres de All Tea estaban muy enfadadas con aquellos hombres, dispuestas a luchar.

Había dicho mujeres, pero, en realidad, podría ser cualquiera. «¿Qué les gusta a las chicas?», recordaba haber pensado Aaron mientras buscaba un nombre para la cuenta. A Jackie le encantaba la serie *Insecure.* Issa Rae. Antes de decidirse por *mirrorissa,* le había dado vueltas a *ChampagneMami_* y a *Beyonces_Tethered;* se había devanado los sesos para buscar las referencias culturales pop que manejaban su hermana y Jackie. El 92 no era más que su año de nacimiento. Tuvo cuidado en no subirlo desde su propio portátil o desde su teléfono; utilizó uno de los ordenadores de acceso libre de un espacio de *coworking* donde no tenía un espacio fijo asignado.

Si acaso, Aaron había sido compasivo. Podría haber acusado a Michael de violación. Pero fue impreciso de forma intencionada. Acoso, pero ¿de qué tipo? Agresión, pero ¿hasta qué punto? Lo entremezcló con los detalles justos para que Jackie y el resto del mundo se dieran cuenta de que Michael Koranteng no era lo que parecía ser. No estaba muy convencido de que nadie fuera a tomárselo tan en serio. Ni siquiera había escrito bien el nombre de Michael. Pero la situación se volvió grave muy deprisa y de manera extrema. Todo

funcionó a las mil maravillas. En realidad, Aaron no se creía demasiado listo ni astuto. Simplemente, había mentido en internet, como hacía la gente todos los días.

Y se salió con la suya. Eso no quería decir que no le hubiera sorprendido lo lejos que había llegado la situación. Pero tampoco podía hacer nada para volver atrás, para ralentizarla. Algunos días navegaba por el foro con mudo estupor, mientras el ejército de All Tea planeaba su siguiente línea de ataque. Cuando se enteró por ahí de que Michael había terminado en el hospital después de que lo atropellara un coche, esa noche no pudo dormir. Corrió el rumor de que había sido un intento de suicidio, como el de Lewis. Aunque eso no era lo que Aaron había planeado, le había prometido a Michael que le destrozaría la vida, igual que él había hecho con la suya. Y, a diferencia de Michael, Aaron cumplía sus promesas.

Cuando la tetera empezó a hervir y a silbar, oyó que Jackie se incorporaba despierta en el sofá.

—¿Cariño? —lo llamó, somnolienta, en la habitación vacía.

En la cocina, Aaron cerró los ojos hasta que escuchó que el burbujeo del agua se aquietaba en el hervidor eléctrico. Se quedó mirando al vacío mientras echaba el agua en la taza favorita de Jackie, dejando que el vapor ascendente le envolviera el rostro un instante. Una vez sintió que se le liberaba la tensión del cuello, respiró profundamente y se calmó.

—Ya voy, nena —gritó mientras volvía al salón.

Agradecimientos

La Lista es un libro que casi no termino de escribir. No habría llegado a buen puerto de no ser por una serie de personas asombrosas a las que he tenido la increíble suerte de conocer a lo largo de los años y que me han inspirado, animado, editado, defendido, apoyado y querido. ¡Algunas veces todas esas cosas a la vez!

Yem y Yinks: mis dos personas favoritas del planeta y mi mayor inspiración. Cada vez que las cosas parecían imposibles, habéis conseguido que siguiera adelante. Os quiero más de lo que podré expresar nunca, así que os seguiré dedicando libros.

Mamá y papá: gracias por permitirme siempre ser yo misma, para bien o para mal, fueran las que fueran mis pintas (¡y vaya si algunas veces han sido raras!). Mamá, gracias por ser la persona más digna de confianza y desinteresada que conozco. Papá, gracias por el don de la imaginación, por las historias de camino al colegio, un viaje que ha terminado justo en esto. ¡Os quiero!

Michelle Blackman-Asante y Pamela Chinwe Nnajiuba: mis primeras lectoras de lo que era un lío confuso en vez de un libro. Pero las dos seguisteis creyendo en él y en mí. Meech, mi amiga de siempre y mi mejor colega. ¡Llevas aguantándome más de veinte años! Gracias por eso. Pam, a ti llevo aguantándote más de diez. ¡De nada! Ahora en serio, las dos me servís de inspiración y me siento muy orgullosa de que seáis mis amigas.

Elizabeth Uviebinene y Philippa Mensah: Polly, sin ti, no tendría este libro ni mucho menos cuatro más. ¡He tenido mucha suerte con mis hermanas, y luego Dios me dio otra más por si acaso! Pip, gracias por tu realismo, tus oraciones y ser tan tú. Cuando la gente conoce a mis seres queridos, comentan lo geniales que son, y vosotras sois un claro ejemplo del porqué.

Bosun Lewis y Nels Abbey: ¡mis *manes* susurradores! Gracias, Boss, por la jerga legal y por asegurarte de que no cayera en desgracia con las referencias futboleras. Eres fuerte como una roca y te aprecio mucho. Nelson, gracias por ser el hermano mayor que estaba segura de no querer ni necesitar. Gracias por aguantar las miles de llamadas llorosas sobre todo y nada. Ambos sois reclamos maravillosos del macho de nuestra especie.

Clarissa Pabi y Trim Lamba: inspiración involuntaria del vestuario de Ola, la pandilla de todo al negro. Todavía espero poder absorber por ósmosis aunque solo sea una fracción de vuestra elegancia en el vestir… No hay un dúo más icónico. Gracias por ser siempre honestas conmigo y por preocuparos siempre por mí.

Jochebed Fening, Amanda Regan y Sasha Bello: Joch, gracias por decir que tenía un «don léxico» en aquella clase de Política en el instituto. ¡Me lo tomé muy a pecho! Mandy, gracias por seguir alentando cada uno de mis pasos desde el extranjero y por tu interminable e inquebrantable apoyo. Sash, gracias por estar siempre al tanto y mandarme tu cariño, sin que importe el tiempo que haya pasado o lo ocupada que estés.

Silé Edwards, Helen Garnons-Williams, Alison May, los «Devon Firestarters» y Debbie Flint: gracias por ayudarme de numerosas maneras a cambiar y a darle forma a este libro para mejor, ya fuera leyéndolo cuando peor estaba, por dedicarme palabras de aliento en los momentos más difíciles y por proporcionarme un telón de fondo idílico y bien abastecido donde escribir (¡y vino, mucho vino!).

Thomas Mensah, Leticia Mensah, Peter Asante; tía, tíos, gracias por ayudarme con el twi de este libro y por aseguraros de que no insulto a mi hermanos de Ghana.

Hayley Steed: lo único que tenía eran treinta mil palabras y un sueño. Gracias por ayudarme a convertirlos en mucho más. Gracias por tener la valentía que me faltaba a mí a veces para contar esta historia. Gracias por cambiarme la vida.

Kishani Widyaratna y Jessica Williams: habéis convertido billones de pensamientos frenéticos a medio formar en un libro de verdad. Me habéis hecho reflexionar en profundidad sobre las maneras en que podía contar esta historia, os habéis asegurado de que le hiciera justicia y habéis sido el centro de la creación de algo de lo que estoy muy orgullosa. ¡No hay palabras para deciros lo agradecida que estoy!

Reina Naomi Mantin, Niriksha Bharadia, Matt Clacher, Liv Marsden, Jessica Thompson, Katy Archer, Nicole Jashapara, Essie Cousins, Martin Bryant, Amber Burlinson, Paul Erdpresser, Natasha Lanigan, Rochelle Dowden-Lord, Anna Derkacz, Bethan Moore, Michelle Kane, David Roth-Ey, Chris Gurney, Graham Holmes, Arthur Heard, Josie Freedman, Hannah Ladds, Jacqui Siu, Neil McSteen, Glenn Miller, Micheal Foster, Deborah Frances White, Nana, Amy Reed, mis *moukies:* gracias, gracias, gracias.

Y a todos los demás. Tawanda Mhindurwa: me has apoyado desde el momento en que aparecí en tu *timeline* de Twitter hace casi una década. Gracias por estar ahí durante los mejores y peores momentos.

Bernardine Evaristo, por ser el alma más amable de un sector que puede llegar a romperlos y por ser tan genial como todo el mundo piensa que eres. Tonica Hunter, porque creo que nunca te he agradecido como es debido que me empujaras a hacer algo con la escritura en mi año fuera de la universidad; aquí tienes tus merecidas flores. Adjoa Kwarteng, porque sin ti no habría superado el segundo curso en la universidad que ya he mencionado y, por lo tanto, no habría escrito este libro. Tom Northover, porque me imploraste sin venir a cuento que me tomara la escritura en serio en el Messenger de Facebook hace unos diez años y nunca lo hice (¡y nunca lo haré!), ¡olvídate!

Por último, pero no menos importante: a ti, lector, por tomarte el tiempo de leer mi primera novela (y estos agradecimientos interminables).

Título original: *The List*

Edición en formato digital: 2024

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-23-0

Table of Contents